

JOSE MARTI

Obras Completas

13

En los Estados Unidos



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Volumen 13

En los Estados Unidos

Norteamericanos. Letras, Pintura y Artículos Varios

Pág.

ÍNDICE

NORTEAMERICANOS

La Opinión Nacional, 19 de mayo de 1882	
Emerson. Muerte de Emerson. El gran filósofo americano ha muerto. Emerson filósofo y poeta. Su vida pura. Su aspecto. Su mente, su ternura y su cólera. Su casa en Concord. Éxtasis. Suma de méritos. Su método. Su filosofía. Su libro extraordinario: "Naturaleza". ¿Qué es la vida? ¿Qué son las ciencias? ¿Qué enseña la naturaleza? Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano. La virtud, objeto final del Universo. Su modo de escribir. Sus maravillosos versos.	17
Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria	33
La Nación, 3 de junio de 1883 Peter Cooper.	47
. La América, febrero de 1884 Wendell Phillips	57
La Nación, 28 de marzo de 1884	
Wendell Phillips. Muerte del gran orador norteamericano. Su aparición. Su influencia. Su carácter. Elementos de su oratoria. Su intolerancia y amor a lo absoluto. Su independencia. Su estilo.	63
La Nación, 2 y 13 de junio de 1885	
El General Grant. Vindicación de Grant. Escenas de su agonía.	73
La Nación, 20 de septiembre de 1885	
Muerte de Grant. El lecho de muerte. Preparativos para sus funerales. Los diarios. Las calles. Disputas sobre el lugar de sepultura. Se le entierra en Nueva York. El monumento. La tumba provisional. Grant, en la guerra y después de ella.	79
La Nación, 27 de septiembre de 1885	
El General Grant. Estudio de la formación, desarrollo e influjo de SU carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.	83
La Nación, 3 de octubre de 1888	
El General Sheridan. (Felipín). Sus primeros años. Aventuras de colegial. Con los indios. En la gran guerra. Asalto de una montaña. Mando en jefe. La caballería antes y después de Sheridan. La carrera del caballo "Rienzi". De la derrota a la victoria. La campaña del Shenandoah. Carácter de Sheridan. El militar en la república.	119
La Nación, 26 de junio de 1887. El Partido Liberal, 1887	
El poeta Walt Whitman. Fiesta literaria en Nueva York. Vejez patriarcal de Whitman. Su elogio a Lincoln y el canto a su muerte. Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Withman. Novedad absoluta de su obra poética. Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético. La poesía en los pueblos libres. Sentido religioso de la libertad. Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman.	131

La Nación, 9 de enero de 1886	
Hendricks. Ojeada sobre su carácter. Cómo crece una persona política. El gran fraude de 1876. El sacrificio de Tilden. Representación de Hendricks en la administración de Cleveland. En caso de muerte de Cleveland, los Estados Unidos quedarían sin presidente. Reforma de la Constitución.	147
La Nación, 4 y 5 de febrero de 1887	
El presidente Arthur. Análisis de su carácter. Interioridades e intrigas de la política de los Estados Unidos. Los caracteres menores en la política. Blaine, Conkling y Arthur. La presidencia y la muerte de Garfield. Gobierno, ambición y muerte de Arthur.	155
La Nación, 26 de marzo de 1886	
El General Hancock. Muerte súbita del contendiente de Garfield para la Presidencia. El general hermoso. Su carrera y su carácter. Su casa. Muere pobre.	169
La Nación, 19 de junio de 1888	
Roscoe Conkling. Estudio íntimo de un político americano. La oratoria famosa de Conkling. Los bastidores de la política. Querrela célebre de Conkling y Garfield. Carácter y grandeza de Conkling.	175
Bronson Alcott, el Platoniano	187
La Opinión Nacional, 19 de octubre de 1881	
Louisa May Alcott. (La originalidad literaria en los Estados Unidos) Garfield. Garfield ha muerto. El último día y la última noche. Pánico y luto. El nuevo Presidente. Duelo inmenso. El camino de la bala. Ahorcado en efígie. Misterio. Comienza la apoteosis. Viaje lúgubre y glorioso. Arthur jura. Coronel blasfemo. Confraternidad. Ofrendas. La noticia a la madre. El viaje a Cleveland. Noche histórica. Loa funerales. Acompañamiento. Nueva York admirable. Para la viuda la muerte es útil.	199
La Opinión Nacional, 22 de marzo de 1882 Longfellow.	225
La Opinión Nacional, 11 de abril de 1882	
Longfellow. Longfellow ha muerto. Su muerte, sus versos, su vida. Urnas sonoras.	228
La Opinión Nacional, 31 de marzo de 1882	
Henry Garnet, notable orador negro. Hermosa vida de Henry Garnet.	235
Lo Opinión Nacional, 1882 Jesse James, gran bandido. Sus proezas, su fama y su muerte.	239
La Nación, 13 de mayo de 1883	
John Payne. Honores públicos a un poeta muerto. "¡Hogar, Oh dulce hogar!" Funerales excesivos de un pugilador. Justicias inútiles.	245
La América, junio de 1883 Dos damas norteamericanas. Lydia Pinkham y la Sra. Roebing.	251
La Nación, 18 de agosto de 1883 Los ingenieros del puente de Brooklyn. Roebing, padre e hijo.	255
. La América, abril de 1884 Blaine y Tilden	263
La América, mayo de 1884 Judah P. Benjamin.	269
La Nación, 1 de octubre de 1884	
Grover Cleveland. El gobernador de Nueva York. Candidato del Partido demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos. William F. Cody, (Búfalo Bill). La diversión norteamericana. La América, julio de 1884.	275
La América, junio de 1884, y La Nación, 16 de agosto de 1884	
Escenas de la vida del Oeste. Un héroe de las selvas. El gran "Búfalo Bill!"	281

La Nación, 4 de octubre de 1885	
Los secretarios del Presidente. El Honrado Ministro de Marina. El contratista John Roach. Cómo colectan sus fondos y pagan sus gastos los partidos. Ligas de especuladores y politicianos. Historia íntima. El Secretario de Marina era el ahogado del contratista. El Consejo de Marina servía al contratista. Anticipos cuantiosos. Quiebra de John Roach. La política de acometimiento. Los acometedores de los Estados Unidos y su génesis. Los mercenarios de ayer y los de ahora. Los acometedores en Washington y los que los ayudan. Banqueros privados. Ministros sombríos. La política de la sombra. Dentro, corrupción; conquista, fuera. Planes perfectos. “¡Adquirir!”	287
Último proyecto: compra de los Estados del norte de México.	
La Nación, 20 de diciembre de 1885	
El general McClellan. Bosquejo de su carrera. Su carácter y significación peculiar. El actor McCullough.	293
La República, 1886	
Tilden. Muerte de Samuel Tilden, el Presidente electo de 1880. Su vida y su carácter. Ejemplo para los jóvenes: político honrado. Su abnegación. Deja tres millones de pesos para fundar una biblioteca pública.	299
La Nación, 24 de febrero de 1887	
El general Logan, candidato a la Presidencia. Su carácter su valor, su oratoria y su significación en la política. Su esposa. Los militares en las repúblicas. Grant y Logan.	305
La Nación, 25 de febrero de 1887	
Pancroft. El historiador George Bancroft. Bosquejo de su carácter y de su obra. Cómo trabaja en su ancianidad. Un tipo del carácter nacional.	311
El Partido Liberal, 1887 y La Nación, 13 de noviembre de 1887	
Las fiestas de la Constitución de Filadelfia. La procesión industrial. La parada: la ceremonia de los discursos. Recuerdos históricos. Los Estados Unidos antes de la Constitución. Razones para la nueva Constitución. División y celos de los Estados. Nacionalistas contra estadistas. Los grandes hombres de la Convención. Oradores y políticos. Washington y Franklin. Hamilton, Madison, Morris, Randolph, Patterson, Martin. Los abogados en la Convención. Historia de las tres grandes transacciones. Los debates. La escena de la firma. “¡Un sol que nace!”	315
La Nación, 29 de abril de 1888	
Bergh. Caracteres norteamericanos. Dos muertos notables. Un humanitario y un platoniano. Protección a los animales. Filosofía trascendentalista.	331
La Nación, 25 de agosto de 1888	
Narraciones fantásticas. Supuesta contienda electoral en los Estados Unidos. Convenciones y candidatos. Escenas interesantes.	337
La Nación, 9 de septiembre de 1888	
Courlandt Palmer. El librepensamiento en los Estados Unidos. Muerte de un millonario socialista. Sus últimos momentos. Su obra. El Club del siglo XIX. El Socialismo y los ricos. Champaña y ateísmo. Libertad y teocracia. Funerales privados. Llamas azules.	349
La Nación, 10 de diciembre de 1888	
Noche de Blaine. Una asamblea popular en el juego de pelota. El gentío neoyorquino. Oratoria para las muchedumbres. Escenas en los alrededores. Blaine. Llegada dramática. Su aspecto. Su desembarazo. Su mirada. Su oratoria.	359
La Nación, 17 de abril de 1889. El gabinete de Harrison. Bocetos ministeriales.	367
La Nación, 21 de junio de 1889	
El centenario americano. Washington y la Constitución. La mano del héroe. En la paz y en la guerra. ¡Aquellos tiempos, aquellos hombres! El principio de la fiesta.	379

. La Nación, 23 de febrero de 1890	
Desde el Hudson. El problema del Sur. Los negros. La soberanía de los Estados Unidos. Henry Grady. El carácter y la influencia de un orador	393
Whittier. Un poeta de ochenta años	403
Recuerdos. Franklin, Washington, Lincoln y Webster	407

LETRAS

La América, noviembre de 1883	
Libros americanos. Plática de libros. Cómo se imprime un libro en los Estados Unidos.	419
La América, enero de 1884	
“Las Leyes de la Herencia”. (Libro nuevo). Teoría nueva y racional de Brooks. Supremacía del padre en la transmisión de los gérmenes vitales.	425
La América, abril de 1884. Cansancio del cerebro.	427
La América, febrero de 1884	
Repertorios, Revistas y Mensuarios literarios y científicos de Nueva York. El “Harper’s”. El “Century”. El general Sheridan. El “Mensuario de Ciencia Popular”. “Revista Norteamericana”.	428
La América, abril de 1884	434
El “Century Magazine”. Dante triste. Paseo por la Casa Blanca de Washington.	
. La América, abril de 1884	
Notable número del “Mensuario de Ciencia Popular”. Modo de hacer revistas. Materias interesantes y diversas	437
La América, abril de 1884. La “Revista Norteamericana”.	439
La América, abril de 1884. Libros nuevos. “Conceptos y teorías de la física moderna”.	440
La América, mayo de 1884. Un libro sobre los indígenas de Norteamérica.	445
La América, mayo de 1884	
El “Century Magazine”. Los indios de Norteamérica. La campaña de los “nez parcés”. El “Trueno que Rueda en las Montañas”. Nathaniel Hawthorne. Hawthorne y las obras de imaginación.	447
La América, junio de 1884	
Libro monumental de Bancroft. “Historia de los Estados del Pacífico”. El último tomo, “Historia de la nueva California”.	451
La América, junio de 1884. Un libro nuevo de Bain.	452
El Economista americano, agosto de 1887	
Libros nuevos. “California’s wild Justice”, H. H. Bancroft. “Our Electoral System”, Ch. A. O’Neil. “La Cronología prehistórica de América”, Daniel G. Brinton.	453
La Nación, 12 de marzo de 1880	
Clubs y Libros. El Club de los trece. El senado de los ricos. Por las lenguas modernas y por Browning. Los “Dramas en prosa” de Ibsen. El “Yanqui en la corte” de Mark Twain. Los “Caballeros” del Sur. Un club de mujeres.	456
Críticos de Chicago	462

PINTURA

The Hour 1880. The Fifty-Fifth exhibition in the National Academy of Desing.	469
La quincuagésima quinta exhibición de la Academia Nacional de Dibujo (Traducción)	471

The Hour, 1880. Metropolitan Museum.	473
El Museo Metropolitano. (Traducción)	476
El Partido Liberal, 18 de septiembre de 1888	
El Arte en los Estados Unidos. ¿Hay un arte propio? ¿Puede haber arte vigoroso en un país industrial? Los acuarelistas americanos. Su adelanto pasmoso. Su entrada franca en la escuela de la luz. España, Italia y México en el arte yanqui. La Nación. 13 de marzo de 1880	479

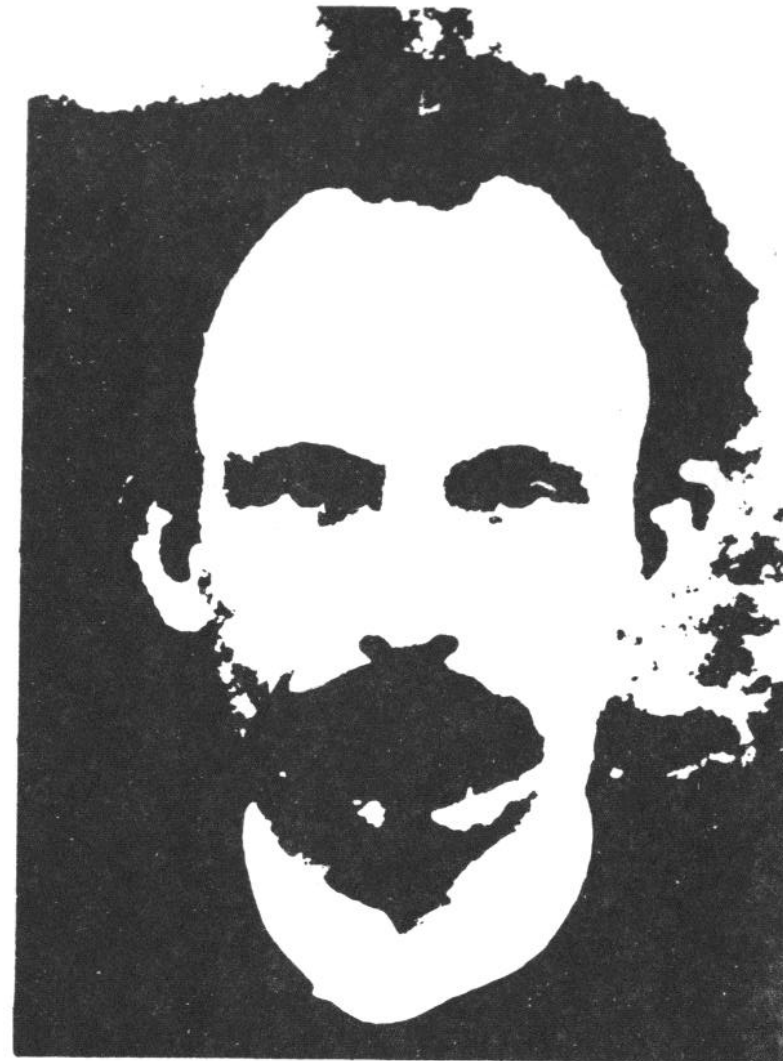
ARTÍCULOS VARIOS

La América, junio de 1884. El Tabaco.	487
La América, junio de 1884. Verano.	488
La Nación, 2 de julio de 1887	
Gran exposición de ganado. En Nueva York. La lechería. La agricultura, sus productos, sus auxiliares. El toro triunfante. Razas. Modelos. Criaderos. Alimentación. Mejoras. Indicación. Premios.	490
El Partido Liberal, 1889	
El Centenario de Washington. Primera fiesta. Inauguración de la “Exhibición de retratos y reliquias”. De lo que se habla en Nueva York. Los provincianos. La crónica del gran baile. Cisma en la alta sociedad. Los aristócratas de la sangre contra los aristócratas del dinero. Despachos e injurias. La exhibición. La mascarilla de Washington. Las espadas. La espada de la inauguración. La plata de mesa. Cinceladuras y relieves. Los autógrafos: Washington. La vajilla de campaña y la de la presidencia. Traje de seda con que Washington juró. El traje de Martha Washington. La vajilla de campaña y la de la presidencia. El baúl de la guerra. Los retratos. Hamilton y Franklin. El Washington militar de Peale mejor que el Washington pomposo de Stuart. Mrs. Cleveland.	502
El Partido Liberal. 12 de marzo de 1890	
Boletín de “El Partido Liberal”. “Ciencia Loca y Sabia Locura”. Libro curioso y usos prácticos del fonógrafo.	509
La Nación, 11 de enero de 1891	
La exhibición de flores. Orquídeas y crisantemos. Las palmas. Las plantas humildes. Una casa de bodas. El Día de Gracias.	511

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992



RETRATO DE MARTÍ, HECHO EN BATH BEACH, LONG ISLAND, EN 1890

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0068-0
959-06-0041-7

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

NORTEAMERICANOS

LETRAS, PINTURA Y ARTÍCULOS VARIOS

EN LOS ESTADOS UNIDOS

NORTEAMERICANOS

NOTA PRELIMINAR

En su carta testamento literario¹ a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Martí señaló, al referirse a la publicación de sus semblanzas de figuras prominentes de los Estados Unidos:

“De norteamericanos: Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman. Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias a Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott, y muchos más.

”De Garfield escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se vé, ni lo conocía yo, así es que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla. Y mucho hallará de Longfellow y Lanier, de Edison y Blaine, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.”

Para cumplir lo mejor posible esa voluntad expresa de Martí, esta parte de sus Obras Completas, titulada Norteamericanos, se inicia según el orden indicado por él, y se continúa con otros trabajos suyos del mismo tema.

EMERSON

Muerte de Emerson.—El gran filósofo americano ha muerto.—Emerson filósofo y poeta.—Su vida pura.—Su aspecto.—Su mente, su ternura y su cólera.—Su casa en Concord.—Extasis.—Suma de méritos.—Su método.—Su filosofía.—Su libro extraordinario: "Naturaleza".—¿Qué es la vida?—¿Qué son las ciencias?—¿Qué enseña la naturaleza?—Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano.—La virtud, objeto final del Universo.—Su modo de escribir.— Sus maravillosos versos

Tiembla a veces la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer, y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en lo alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que le

dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida. ¡Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño, tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse, y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cautivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson, “una visión celeste”. Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era “pasar hora bendita”. Para Estedman, crítico bueno, “había en el pueblo del sabio una luz blanca”. A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece “un infortunio no haberle conocido”. Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. El no era familiar, pero era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque. El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor

en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía, de pie como un siervo, buen jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Frínés de la pena son esos poetillos jeremíacos! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisiaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. El no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. El veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. El se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz que brada que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como

sobre zancos? ¿Ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver? ¿Ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿Ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto? ¿Ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con olio de la propia vida, y cúpide de monte?

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la *dé* su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cegó al pasarlo. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas, que es la vida. El no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza. No obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios, por serlo. Dijo lo que vio; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos, y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. El lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo,

como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindús, que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su propia alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición, pensar bien! ¡Y qué gozo, entender los objetos de la vida! —¡gozo de monarca!— Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbra, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blandas que acarician. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecía montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza. La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se

despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que diluye, sino cincel que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminitos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, lo acrisolaba, lo aquilataba, lo ponía a hervir. Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien; y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro; mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute; establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a un alba riante. Para ser bueno no necesita más

que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en ~~mar~~ luminoso: ¡qué chispazos! ¡qué relampagueos! ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. El mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. El apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. "Naturaleza" se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. El no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella. El ve que la naturaleza influye en el hombre, y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el es-

pectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto, que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo, que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza, que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador, que hay una unidad central en los hechos,—en los pensamientos, y en las acciones; que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella; que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimular al hombre a buscarse y hallarse; que “dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno”. La vida no le inquieta: está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: “la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad”: la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que “una estación en la naturaleza”. Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas, por sobre humano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro,—es como clavar un águila viva! ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es

vivir adelantando por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el ciclo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegre, como una buena acción. La

naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infinidad el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El Hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbré tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve—todo el exterior,—y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza? ¿La naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy per-

petuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla pródigo, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujaban, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindús, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahma, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y desluce sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su edificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos trasportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos, en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: "Es un hermano"; de éste ha de decirse: "Es un padre". Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó "Rasgos ingleses". Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos "Ensayos", y les dio leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: "toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño". El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la

ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Abrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Esta, husmea como un can; aquél, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es, en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: "es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza". Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: "son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro". ¿Se quiere oír cómo habla? Así

habla: "Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza." "No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme." "Cortad estas palabras, y sangrarán." "Ser grande es no ser entendido." "Leónidas consumió un día en morir." "Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos." "Ese hombre anda pisóteando en el fango de la dialéctica."

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son una vez como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de mayo de 1882

HENRY WARD BEECHER

SU VIDA Y SU ORATORIA

Parece que la libertad, dicha del mundo, puede rehacer la muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis; de cada nuevo hervor sale más bello el mundo; el ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva. En vano frunce la razón meticulosa el ceño, y recatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíticos y atormentados. ¿A qué sino a desconfiar de la eficacia de la existencia han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea florece la fe en la armonía del Universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella; siempre fue el Cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos de sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que las crearon. Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo; la entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florecencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la Naturaleza. Las religiones se funden en la religión; surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias; ya no cabe en los templos, ni en éstos ni en aquéllos, el hombre crecido; la salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre, ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir. En él, como criatura de su época, la fe en Cristo, heredada de su pueblo, ya se dilataba con la grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que

se deshacen a la aurora, tenía los bordes orlados con los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y pueblo, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas a la Primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema y la muerte una casa de rosas. En la puerta de su casa no pusieron, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses le bordaron, para cubrir su féretro, un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales oficiaron todas las sectas, excepto la católica. A su iglesia, la iglesia que llamó a su púlpito a los perseguidos y rescató a los esclavos, la vistieron de rosas, del pavimento al techo, y parecía, al penetrar en el enflorado recinto, ¡que la iglesia cantaba!

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la Naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos. Viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota, les empuja y pervade; no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento; esas son las grandes bodas del hombre: sus bodas con la patria. ¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuese más liberal que las rivales; porque los hombres, subidos ya a la libertad entera, no han de bajar hasta una de sus gradas. Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo, por padres en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpité, culminó como ella, y en su naturaleza robusta, nodriza de aquella palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo; clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y tendieron las alas sus victorias.

El era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y empuje, arrancándoles sonidos siniestros; mas, sin los vientos, ¿qué fuera de las arpas? El era sano, caminador, laborioso, astuto

fuerte; él había levantado en el Oeste su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la Naturaleza una elocuencia familiar, grata y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la pertinacia y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura. El usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él, que perteneció en su Estado nativo al bando de colonos hostiles a la esclavitud, trajo al público de Brooklyn aquella ira local que fue nacional luego; él, puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía; él vio crecer los tiempos, a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su congregación con la novedad, llaneza y gracejo de sus sermones; arremetió contra la esclavitud con todo su ímpetu y descomedimiento campesinos. Cedió su púlpito a los abolicionistas apedreados por las turbas. Su oratoria batallante y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación. Y cuando Inglaterra ayudaba a los Estados rebeldes, a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra; la hizo reír, llorar, avergonzarse, celebrar en él la justicia de su pueblo. Luego bajó la cuesta de la vida, acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer de un amigo. Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un Hércules. Jamás recobró la altura que tenía antes de su pecado, porque todo se puede fingir, menos la estimación de sí propio; aunque en su pasmosa energía, o en su sincero arrepentimiento, encontró fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado.

Mas desde que quedó resuelto el gran problema en que se confundió con su República, sólo fue lo que con su naturaleza bullente, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido siempre en un país donde la fe no es asustadiza y la originalidad es rara: fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar. Era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro; defendía, con pujanza de león, la dignidad humana; se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involuntariamente; sólo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje. Traía a su púlpito a sus adversarios, a un car-

denal, a un ateo. Apenaba verle luchar entre sus hipócritas reticencias de pastor y el concepto filosófico del mundo, que se enseñoreaba de su juicio. No se atrevió, acobardado por la ancianidad, a defender a los pobres como había defendido a los negros. Pero introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la Naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas hostiles que con sus comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora, anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del Universo.

Henry Ward venía de antepasados vigorosos; de una partera puritana, que sacó al mundo mucho hijo de peregrino cuando aún no se había podrido la madera de La Flor de Mayo; de jayanes que bebían la sidra a barril alzado, como los catalanes beben el vino en sus porrones; de un herrero que, a la sombra de un roble, hacía las mejores azadas de la comarca; de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo, con los seminaristas que se hospedaban en su casa, sobre la religión y la política; del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza exaltada, nomádica y agresiva de aquella familia de puritanos menstrales.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los nombres gloriosos de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria "La Edad de la Razón", de Tomás Paine; todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadernaban sobre las cabezas las Biblias. Lyman, que empezó en el seminario de despenseiro, salió de él pastor elocuente. Componía sus sermones vagando por el campo; y luego, en el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas en el ejercicio y sensatez del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus abuelos, y de lo agitado y directo de su propia vida. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus oyentes en apotegmas y epigramas; y tan estremecido quedaba del choque, que le conocían por "el pastor del violín", porque calmaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trenzadillo en la sala de su casa, la casa de un pastor

de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón cardado e hilado por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que le dio un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas cartas bellas, que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet, la que había de escribir "La Cabaña del Tío Tom", quería que le hiciesen una muñeca; allá adentro, en la sala, discutían los pastores, envueltos en el humo de sus pipas; ornaba las ventanas la penetrante madreSelva; mecían sus copas compasadamente los álamos y meples, guardianes de la casa; como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas, sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar majestuoso que bordeaba los lagos vecinos; y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje; en monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos, se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas. Durante el invierno, leía el pastor, rodeado de sus hijos, los patriarcas de la lengua: Milton, austero como su San Juan; Shakespeare, que pensaba en guirnaldas de flores; la Biblia, fragante como una selva nueva. O bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell. En el comedor oscuro ardía perennemente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra, iba creciendo el niño, rebelde a reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía más que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia "le parecía que iba a una cueva donde no entraba nunca el Sol"; pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí el cuerpo mismo del Señor y otras le inundara de alegría la belleza del mundo. Para las palabras no tenía el niño memoria; su ingenio se mostraba sólo en sus réplicas, cómicas y sesudas. Se iba por los caminos recogiendo flores; volvía de sus excursiones por el bosque cargado de la bellota misteriosa, de piñones, de semillas; gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y de una descendiente de escoceses románticos, que se embebecía en las músicas de la Naturaleza; que comparaba sus semejanzas y colores; que observaba la sabiduría de sus cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la

misma destrucción; que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad; con la primavera, que desata las alas; con el estío, que atormenta y enciende; con el otoño, el himno de la tierra?

“¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?” — decía una vez Beecher. — “Si me enviáis las notas de la oropéndola que trinaba en el ramaje de mis árboles el último junio, o las burbujas tornasoladas de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces yo también, amigos míos, podré enviaros mi plegaria.” Esa era su oratoria. El la improvisaba, porque conocía la Naturaleza. Por la fuerza del lenguaje amó luego a los clásicos; de su abolengo de puritano le vino su ímpetu de reformador; pero el amor fogoso a la libertad, la salud y la alegría, y la abundancia y color de su elocuencia, le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su madre, que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario; jamás aprendió el griego; supo mal sus latines; era el primero en los ejercicios corporales, en correr, en nadar, en luchar, en tirar a la pelota; también era el primero contra las brutalidades del colegio, el manto, la bebida, el juego, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores eran sus amigos, pastor lo hicieron a él; estas carreras heredadas malogran los hombres; la cogulla para aquel mozo indómito hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio y la astucia que enseña cuán prudente es entrar por un camino hecho. El bosque se come a los exploradores. Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, en lo que dio prueba de nobleza. “Me casaré con ella, aunque no tengamos para vivir más que la punta noroeste de una mazorca”; y juntos se fueron a la aldea, donde derribó él los árboles de que hizo su casa, ayudado por sus feligreses y vecinos. El era el pastor, el sacristán, el apagaluces; su parroquia era de ganapanes; recibía, como su padre, trescientos pesos al año. Pero luego en una ciudad de más viso, la angustia fue mayor; allí a su mujer la envejecía la ira; el Oeste rudo la sacaba de quicio; ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los

cofonos que se resistían a permitir la esclavitud en el Estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia, cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla!

Al fin, lo oyó predicar un día un viajero, por cuya recomendación lo llamaron de Brooklyn. ¡Brooklyn, del Este! Allí los pastores son gente de mucho libro; no dicen chistes en el púlpito; no cantan a voz en cuello con sus feligreses; usan zapatos finos y sombreros de copa; ¿qué va a hacer allá el pastor de rostro bermejo y cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue cambiarles el guardarropa, porque el que llevaban era para reír: ella, unas mangas abullonadas, y saya de vuelos; él, una levita flotante y locuaz, el sombrero risueño y caído sobre la oreja, el cuello a la Byron.

Para reír también era la oratoria del pastor. ¡Qué ademanes, qué chascarrillos, qué transiciones súbitas, qué hablar de las costumbres de las ardillas y de los amores de los pájaros! ¡Pues no discurría sobre política en el púlpito! el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre y cuidar de que no se menoscabe la libertad. Unos períodos parecían arrullos; otros, columnas de humo perfumado; de pronto un manotazo en los faldones, un círculo dibujado en el aire con el brazo. ¡Y qué herejías! El no creía en la caída de Adán; el hombre estaba cayendo siempre; la divinidad se estaba revelando sin cesar; cada nido es una nueva revelación de la divinidad; los domingos deben ser alegres; el mundo no pudo haber sido hecho contra lo que revela con su propio testimonio. Zumbaba el encono alrededor del púlpito. “¡Por Dios, sáquenme al hijo del Este” decía Lyman Beecher. “Allí se sabe demasiado.”

¡Ah, sí! pero allí no se tiene la altivez pujante de los que se crían alejados de las ciudades populosas. El traía su religión oreada por la vida. El venía del Oeste domador, que abate la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia misma de su iglesia pobre le inspiró una elocuencia sincera y amable. Hacía tiempo que no se oían en los púlpitos acentos humanos. Le decían payaso, profanador, hereje. El hacía reír, él se dejaba aplaudir; iculpable pastor que se atrevía a arrancar aplausos! El no tomaba jamás su texto del Viejo Testamento, henchido de iras, sino que predi-

caba sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la Naturaleza. En lógica, cojeaba. Su latín era un entuerto. Su sintaxis, toda talones. Por los dogmas pasaba como escaldado. ¡Pero en aquella iglesia cantaban las aves, como en la primavera; los ojos solían llorar sin dolor y los hombres experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyeran exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud? Ellos le habían admirado cuando, afrontando la cólera pública, cedió su púlpito al evangelista de la abolición, a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse con el pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejó, armados de garrotes. El púlpito crecía; de la nación entera venían a oír aquella palabra famosa. “¡Siga al gentío!” decían los policías a quienes les preguntaban por la iglesia. Allí solía encrespase la elocuencia del pastor, y subir, como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir solía, como el garrote de sus feligreses. Pero era, en lo común, su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco bóscaje por cuyos árboles de escasa altura trepan, cuajadas de flores, las enredaderas, ya la roja campánula, ya la blanca nochebuena, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero; pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas del valle, argentando la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose en las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla y volviendo de ellos más retozonas y traviesas. Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; más luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No poseyó la palabra nueva, el giro abrupto, el salto inesperado, la concreción montuosa de los creadores. El era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y rica. Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza; fuerza en la cantidad y los matices de la palabra, fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡Y todo se tocaba menos ella!

Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba entonces ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la Naturaleza; aquellos ojos azules centelleaban, y se veía en el fondo el mar; aquel predicador de gestos burdos producía sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hendiendo el aire y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita; y se buscarían en él en vano, a pesar de su amor a la Naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau y aquella lengua raizal de Emerson. No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel Hawthorne; pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a éste en que todos se reúnen, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel Ward, “la polipiedad es la impiedad del mundo”. La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún cuño nuevo, ningún ingrediente desconocido y olvidado, ningún injerto brioso. No ilustraba su asunto con anécdotas, como Lincoln, sino con símiles. La imagen era la forma natural de su pensamiento. El hombre era su libro. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que él decía de Burns: “Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sino educado sin ayuda ni cultivo exterior.” El, como Burns, pedía “una chispa del fuego de la Naturaleza”: ésa era toda la ciencia que él deseaba.

Célebre era la iglesia de Plymouth en aquellos días en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Norte, herido en sus derechos, a protestar al fin contra, la esclavitud; un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher; no se salía sin llorar un solo domingo de su iglesia; exhibía en su púlpito a una niña esclava de diez años, y despertaba el horror de la nación; con las joyas que llevaban puestas libertaban otro día sus feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks golpeó brutalmente, en el Senado, con el puño de su bastón, al elocuente abolicionista Sumner, los magnates de Nueva York no invitaron a Beecher a protestar con ellos en su reunión solemne; pero Beecher fue a ella; lo vio el público; lo echó sobre la tribuna, abandonada por los magnates medrosos, ¡y halló en aquel instante de soberbia emoción pa-

taoras históricas que todavía flamean, tal como lloran las que dijo cuando voló la luz de Lincoln!

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, el saludarlo por las calles, el llenarle el púlpito de lirios, el recibirlo en triunfo las ciudades, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra? Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban a los confederados. La Unión corría peligro; aquella Unión, mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde, con tal causa, halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellos arranques portentosos! ¡Para eso se han hecho los montes, para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las deshacía con un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos momentos húmedos los ojos. ¡Cómo le movía, con alusiones a sus propias desdichas, las entrañas! ¡Con qué fortuna, de un revés del discurso, echaba a tierra una interrupción insolente! Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus chistes, sus argumentos, sus cóleras, sus lágrimas; ellos, cercando siempre su tribuna, frenéticos, enseñándole los puños, vociferando; ¡mas siempre, al fin, domados! Esgrimía, aporreaba, fulminaba. Era invencible, porque llevaba la patria por coraza. ¡Cuán fácil es lo enorme! ¡Cuán poco pesan las tareas grandiosas!

Vinieron luego los días del triunfo, cuando él, que defendió a la Unión en Inglaterra fue llamado a proclamarla en nombre de Dios sobre aquellas mismas murallas de Sumter que por primera vez la vieron abatida. Vinieron los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había ayudado a levantar a la nación contra el Sur esclavista, pidió luego en vano, con palabras que cayeron al suelo con las alas rotas, que los vencidos entraran en la Unión con su derecho pleno de hijos. Vinieron luego los días del escándalo, cuando a él, el pastor adorado, lo acusó el orador celoso a quien alzó a la fama y casó con una de sus feligresas, de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la mujer ajena. ¡Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida! Sentaron al pastor en el banquillo; fue su proceso la befa nacional. Que se había insinuado en el alma de su oveja; que no había dejado el hombre a la

puerta, como debe el pastor cuando va de visita a las casas; que le había bebido la mente con místicos hechizos; que había caído sobre Danae, merced a las vestiduras divinas. El jurado era un teatro; se oyeron cosas que daban vergüenza de vivir; cien mil pesos pedía Tilton, el orador celoso, por su honra; la esposa del pastor se sentó siempre a su lado, con adorable fortaleza. Protestó Beecher ante Dios, en escena dramática, de su inocencia; complaciase su acusador en darle vueltas por el lodo, como a su presa un perro envenenado. El tribunal ni absolvió ni condenó a Beecher, que, declarado por su iglesia exento de culpa, ni entonces, ni luego, abatió la cabeza. Un diario implacable ha estado en vano exigiéndole confesión con amenazas dantescas. Beecher, regocijado y rubicundo, era el primero en las juntas políticas, en las reformas, en las campañas de elecciones, en las reuniones de teatro, en los festines. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien en privado creía culpable.

Culpable pudo ser; mas su pecado será siempre menor que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel, y a su hijo soldado. Grande ha sido, porque la Naturaleza le ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés, ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque, como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era: amigo del hombre y ciclópeo. Grande ha sido, porque, creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la alegría, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Y cuando salió de su iglesia para no volver a ella jamás, a la hora en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, iba de la mano de dos niños.

PETER COOPER

Y ¿quién es ese viejecillo, de espalda corva, y alba y lacia melena, que va camino de esa casa grande, que él ha hecho casa de leer para los trabajadores, apoyado en su bastón nudoso, y en el brazo de su hija que lo mira con amor? Es Pedro' Cooper, amigo de los hombres, que acaba de cumplir noventa y un años. El ha creado ese Instituto Cooper, para que los pobres lean libros y periódicos, y tengan cátedras de bien sentir y bien pensar, en las que cada sábado se sienta a hablar con aquellos hijos suyos, el trémulo anciano. ¡Cómo lo vitorean los buenos obreros! Defenderían a Pedro Cooper de todo daño, como los habitantes de Harlem defendieron de los soldados de Alba a su ciudad. Es de salir a abrazar hombres, contento de serlo, la defensa de Harlem. Y cómo ríe el anciano, —que da ahora a raudales el oro de sus arcas, y que vivió en Nueva York cuando este viejo pueblo de Gotham no tenía más de cuarenta mil vecinos,—siempre que cuenta que allí donde ha puesto ahora una fuente para que tengan buena agua los pobres, allí sirvió él de mozo de tienda, y vendió harinas y especias, y caviló en fabricar aquella locomotora de vapor, que fue la primera fabricada en estos pueblos, y que llevó él mismo, gozoso, como mago moderno sentado en su resortes colosales, por los alrededores de la rica Baltimore. La noche es la recompensa del día. La muerte es la recompensa de la vida. Y la vida es una lucha a dentelladas, en que los hombres detractores echan abajo, royendo como gusanos o espadeando como guerreros, las fortalezas que acumulan, para ampararse de la pasión y estar más cerca de lo alto, los hombres creadores; y en que los creadores, de rodillas, sin miedo a las mordidas del insecto ni a los relámpagos de la espada, abarcan y rehacen sin cansancio las fortalezas que echan en tierra los hombres destructores. Ese Pedro Cooper que va todas las mañanitas, como padre a ver su hijo, a su Instituto benéfico, ha pasado la vida inclinado sobre los abismos, preguntándoles sus secretos; y volviendo fuerte de sus pláticas con la naturaleza, como

impregnado de una luz extraña, que parece luz de luna, a poner paz y amor entre los hombres. Ocho días ha cumplió años, y los mejores de la ciudad fueron a desearle bien y se sentaron a su mesa. ¡No han de decir los poetas que no hay en este tiempo en que vivimos caudales de poesía, sino que son tales las maravillas de este tiempo, que ni el concebirlas ni el narrarlas cabe ya en la mente de un poeta maravilloso! Tal vez la poesía no es más que la distancia.

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de marzo de 1882

2

Nueva York, 9 de abril de 1883

Señor Director de *La Nación*:

Las banderas están a media asta,—y los corazones: Peter Cooper ha muerto. Este que deja es un pueblo de hijos. Yo no he nacido en esta tierra—ni él supo jamás de mí,—y yo lo amaba como a padre. Si lo hubiera hallado en mi camino, le hubiera besado la mano. Y cuando se abran en sus tallos frescos, al aire y a la luz de mayo, las flores aromosas de la Primavera,—¡no estas que crecen bajo cristales,—flores pálidas y enfermas de invierno!—cogeré en algún campo vecino un ramo de flores silvestres, y las dejaré a la puerta de la tumba donde, cual manto de ángel caído a tierra al emprender el vuelo el dueño alado, yace el cuerpo del anciano amoroso.—Y murió, y los que le conocían bien, con aplauso de toda la ciudad, le pusieron un lirio sobre el pecho: así fue a la tumba: ¡oh pecho maravilloso aquel en que, tras de noventa y tres años de vida en la tierra, se abre un lirio!—La vida es ahora como la batalla de un mancebo vestido de túnica blanca, que con las manos febriles debátese en medio de la noche porque no manchen con sus mordidas su alba túnica ejércitos de fieras rastreras, y satánicas, que le asaltasen por todos los recodos del camino, arrastrando los vientres pesados; iluminando, con la llamarada siniestra de los ojos, sus rostros humanos; destilando los dientes azuzados—famélicos de túnicas—licor fangoso. Póstrase la tierra con justicia a ver morir a un hombre que ha sacado la túnica inmaculada de su paso por el ejército de fieras.

Amó, fundó, consoló. Practicó el Evangelio humano. Puso paz en los corazones rencorosos, pan en las manos tendidas, alimento en las inteligencias avarientas, dignidad en la vida, ventura en sí, y gloria en su pueblo. Deja un colegio donde aprenden dos mil artesanos, donde leen,—con lo que se apaciguan,—millares de hombres; ¡pues no hay altar en catedral alguna que levante a su santo más alto que a Peter Cooper levanta este colegio! Durante su vida cavó la tierra, desmontó bosques, zurció telas, inventó máquinas de cortarlas, máquinas para hacer tranquilo el sueño de los niños, para vaciar las minas, para navegar los canales, para enfrenar el vapor, antes de él rebelde, como colérico de verse preso. La tierra, como pródiga madre, le abría su seno. Hirvió metales, que es ejercicio que da singular fuerza: parece que en las hornallas bullen mundos nuevos: el resplandor de estos hornos da a los hombres aspecto de dioses.

Vivió serenamente, porque vivió sin pecado. Su esposa no fue para él, como otras esposas, amazona impía que lleva mal al caballo de la brida —sino ala.—Era tan tierno que parecía débil; pero tenía esa magnífica energía de los hombres tiernos. Lloraba de oír a un niño; pero echaba a andar por las selvas la primera locomotora que cruzó con éxito tierras de América; y de hacer, con su arte de sombrerero, un gorro a una anciana vecina, se levantaba para dibujar con mano firme una máquina de avasallar y utilizar el poder de las mareas.

Fue cincuenta y dos veces, y no más, a la escuela. Y cada año, de la escuela que él fundó, salen centenares de hombres y mujeres, preparados de arte y de ciencia, como de escudos, para la batalla de la vida. Sus padres fueron míseros. A los 5 años, Peter Cooper ayudaba a su padre a vender cerveza. A los 10, ya hacía sombreros; a los 15, cuando quería zapatos, se hacía con sus propias manos la horma, y el zapato luego; a poco hacía coches, y ahorros, que daba a su padre en penuria. Con la guerra inglesa, se ve la nación pobre de vestidos, y de máquinas de cortarlos, y él las fabrica—¡el pobre cervecerillo! Con lo que le dan las máquinas, y a pesar de cuanto él da, porque vivía de darse,—viene a Nueva York a vender especias,—frente a donde hoy, con su generoso Instituto rescata almas; y edifica; compra fábricas; inventa sustancias de comercio; seca pantanos, vacía arenales, rompe montes, sustenta a miles de hombres, descubre cuanto ha menester, doma cuanto le sale al paso, levanta colosales fábricas de hierro, abandona cuanto inventa a que otros lo gocen, da a sus hijos sus bienes, y se crea otros, crece como los mares.

—¡Y siempre tiene tendidas las manos patriarcales y serenas sobre las cabezas atormentadas de los hombres!

Para Peter Cooper, no era un mérito hacer el bien, sino un crimen dejar de hacerlo. Hubiera temblado de espanto, como si sobre él fuera a descargarse mano tremenda y monstruosa, el día en que no hubiese hecho una buena acción. Creía que la vida humana es un sacerdocio, y el bienestar egoísta una apostasía. No se encaró a Dios, airado de sentirlo y de no verlo, ni volvió el puño al cielo desdeñoso; sino que vivió mansamente, como quien entrevé deleites sumos: y fue venturoso, porque conoció el objeto de la vida. Sólo una llave abre las puertas de la felicidad: Amor. No sufre quien ama, aun cuando sufre, porque del alma a quien devora el amor a los hombres, surgen como de una copa de incienso que se quema, aromas embriagadores. El vio que el mayor goce viene de hacer bien, y la mayor tortura de no poder hacerlo; que el dolor puro nutre, pero que el impuro o mezquino, cual la mayor suma de los dolores humanos, azota el alma, como los manojos de alambres erizados—los ijares de los caballos enloquecidos en las carreras bárbaras del carnaval de Roma.

Y él vio que quien se encierra en sí, vive con leones: y quien se saca de sí, y se da a los otros, vive entre palomas. Y si le hincan los malvados el diente colérico, él no siente dolor de ser mordido, sino de que haya aún un diente que muerda. Y apoyará la mano en la frente del mordedor, y le mirará en los ojos de tan tierna manera, que el mordedor vencido sacará al cabo los dientes de la herida.

En suma, Peter Cooper vivió seguro de una existencia posterior, cuyos albores le inundaban ya de luz. Jamás placer alguno de la tierra, ni música de orquesta alguna, le pareció comparable a aquella música y gozos de su espíritu. “¿Por qué me dais este título de Doctor en Leyes?” dijo una vez al canciller que le traía las letras latinas en el honroso pergamino con que la universidad premiaba a aquel que tan alto grado tuvo en la Universidad de la Naturaleza. “Si me lo dais porque he predicado el modo de ser venturoso, que es ser bueno; porque pruebo con mi larga vida que dar fuerzas a los demás robustece las propias; porque voy enseñando con mis canas limpias y mis mejillas aún rosadas, que quien se alimenta de ideas jóvenes, vive siempre joven; porque propago que la ciencia no es caperuzada de dómine, ni misterio de iniciados, ni privilegio de los aristócratas de la mente, sino el medio único que tiene el hombre de explicarse las leyes de la vida;—dadme acá vuestro generoso

pergamino, por más que no sea yo caballero de escuela, y todo ese latín esté para mí en griego.” ¡Y ya tenía quien así hablaba 90 años!

Nunca fue fuerte de cuerpo, lo cual no precisa siéndolo de alma. Jamás se detuvo en un intento, sino hasta hallarlo, y acudir a otro. A cada maravilla de fuerza en la naturaleza, oponía otra maravilla de fuerza mental. Su mano, como el sol los huevos de los peces, calentaba invenciones. Aquello sobre que él ponía mano, salía mejorado. En sus años de pan duro y mesa de pino, como que su mujer atendía el guiso, él había de mecer mientras tanto en la cuna al pequeñuelo; y se saca de la mente fértil una maquinilla que a la par mecía la cuna, espantaba las moscas, y ponía en son una caja de música. Le hacen comprar un gran trozo de costa, en que todos ven ruina; pero él lo fecunda. Llevaría bien un ferrocarril los minerales del terreno, pero están aquellas regiones selvosas muy llenas de vueltas—y las máquinas de entonces, cual cocodrilos de hierro, vuelven mal las curvas: él se entra por las paredes de la máquina, rehace sus entrañas, crea la caldera tubular, y echa a andar por América la primera locomotora. El pueblo paga muy caro, como que le vienen en ferrocarril, los frutos que podría comprar a menor precio si le vinieran por canales; más los caballos tiran muy lentamente desde las orillas las balsas que traen los frutos canal arriba: él imagina un sistema ciclópeo de cadenas, que corren por las orillas del canal, y hacen andar a las embarcaciones una milla en seis minutos. De una mina muy alta necesita llevar, por ríscosa pendiente, el mineral a lejano depósito: ni se sabe cómo irán los baldes cargados del mineral, ni cómo volverán los vacíos;—mas él crea un aparato circular, que tira por sobre la pendiente, y mide tres millas: llena en la mina los baldes, que por su propio peso ruedan sobre el aparato monte abajo, a la par que, empujados por los que nuevamente despiden llenos de la cima, los ya vacíos ligeros vuelven de rechazo cuesta arriba. Oye que Turquía sofoca y tiñe de sangre a Grecia: ¿qué tiene el alarde de independencia de los pueblos que trueca en apóstoles a los mismos malvados, y en leones devastadores a las palomas? Peter Cooper se sienta a maquinar un aparato de destruir, un torpedo, que se guiará desde la orilla, por muy luengos alambres, como por las riendas un caballo, y de un choque hará trizas un barco mahometano. Piensa que fuera bueno—porque no extinga el fuego de las maderas el ara donde ha de estar encendido el del espíritu—fabricar a prueba de fuego el Instituto de Artes y Ciencias y gasta \$75,000 en maquinaria preparatoria para producir vigas de hierro. Y las produce. Se mira a veces como un Satán del bien. Cuando vence a una fuerza ma-

ligna de la naturaleza, se le esparce por los anchos labios sonrisa llena de malicia angélica. Gusta de encerrarse a solas entre retortas y sopletes. No busca el oro, pues que lo tiene en sí; sino el medio de arrebatar un secreto a la naturaleza, después de lo cual ríe alegremente, como jugador satisfecho que ha ganado una difícil partida, o niño que halla al cabo el juego que le tenía escondido su madre. Busca el modo de producir a poco costo sustancias caras, para que el pobre goce de ellas, que es su amigo. Está siempre sentado entre sus trabajadores, preguntándoles si quieren más salario, o si la labor les fatiga mucho, o qué quieren que él haga para que ellos sufran menos, mas en su torno nadie sufre. Cuanto su genio le produce, su mano lo vierte sobre la almohada de los infortunados. Cada centavo que ganaba le parecía un deber darlo. Se veía como el administrador de su riqueza, y no como su dueño. A cada buena ventura en los negocios, añadía a su Instituto una buena sala. Millones le traía su industria, millones devolvía su caridad. Y calladamente, y sin que nunca permitiera premio fastuoso, ni formal reconocimiento, ni alabanza pública. El está a la cabeza de toda grande empresa; por él se mejora el telégrafo, por él, que al ver el cable una y otra vez roto no desmaya y anticipa cuantiosísima suma, se tiende al fin el cable. El está en sus asuntos privados y en su Escuela, que vela todos los días, y en los asuntos públicos. No le preguntéis si tiene hijos, que os dirá que lo son todos los trabajadores. El lleva sus llagas en el pecho, él ruega a los acaudalados que sean piadosos, él pide a los descontentos que sean pacientes, y se les da en muestra y les enseña todos los tesoros, que como cintas mágicas de sombrero de prestidigitador, han surgido de aquel pobre gorrillo que cosió en sus mocedades para la anciana vecina. El no cree en la eficacia de la ira, sino en la de la ciencia. El predica que la ignorancia llega a veces a hacer aborrecible la justicia. El les anuncia que no hay pujanza que resista a la inteligencia humana cultivada. De la armonía de todas las leyes conocidas, y de la imperfección y brutal rudeza de la actual vida humana, infiérese que el hombre no vislumbra todavía las reglas suaves y amplias de la vida, y que la tierra guarda con exceso bienes holgados con que aquietar los deseos de todos los que la habitan. Estudiar las fuerzas de la naturaleza, y aprender a manejarlas, es la manera más derecha de resolver los problemas sociales. El comercio intelectual ennoblece. El hombre ignorante no ha empezado a ser hombre. El hombre lleva todas sus espadas y todas sus lanzas en la frente.

Pero a Peter Cooper no bastaba aliviar, sino redimir. La beneficencia es un narcótico: mas no efectiva medicina. Seca las lágrimas en el rostro;

pero no seca la fuente de las lágrimas. Y Peter Cooper, que había comenzado con los pies descalzos la jornada lacrimosa, quiso fortalecer los pies de los hombres para la jornada. ¿De qué vale aprender en las escuelas palabras cuyo sentido no se entiende, números cuyas combinaciones caprichosas huelgan en la mente cual en caja de médico dislocados y fríos huesos, y estos o aquellos límites geográficos, que una ala de la memoria trae al cerebro, y otra ala se lleva? ¡Pues sacad a los desventurados de esas urnas de vida—que tales debieran ser las escuelas,—y ved si con esas adargas y con esos escudos puede librar bien la batalla! Viven los hombres de mero azar, y de la bondad de otros, y de crearse por sí laboriosamente en la época mayor, lo que en la menor, de preparación, debieran haber aprendido sin labor alguna. Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para la vida. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.

Así Peter Cooper, que anheló aprender y no tuvo dónde—imaginó, cuando ya le iban contados los sesenta y cuatro años de su hermosa vida,—abrir casa de industrias, artes y ciencia, a los que han de vivir de la labor que las requiere. ¿No enseñaréis a cabalgar al que ha de ser jinete del desierto? ¡Pues enseñad la Tierra, la Tierra viva, múltiple y palpitante, al que ha de vivir en ella y de ella! Alzáronse los arcos solemnes; tendiéronse los pavimentos espaciosos; pobláronse de millares de libros los anaqueles; sentáronse eminentes maestros en las cátedras; abriéronse de par en par las puertas; y entráronse por ellas, como por aguas de río de redención, los trabajadores incultos: ¡allá van unos, a la cátedra de Química! ¡Allá van otros, a la de Grabado en madera, a la de Fotografía, a la de Dibujo práctico e industrial, a la de Mecánica! ¡Juntos vienen en la bulliciosa muchedumbre hombres y mujeres, que en la noble casa aprenden artes de vida, y toman de ellas grado a fin de año; y salen—puesta la mano en las riendas de la Fortuna,—a servir en el empleo que la casa misma a veces proporciona! Entrad: ¡qué silencio! Dos mil hombres leen. Seguid: ¡qué hermosura! Trescientos jóvenes estudian. Y mirad por estos vastos corredores, y magníficas salas: hierven grupos que esperan a los maestros del Instituto que vendrán a explicarles cómo se manejan tales instrumentos, o dirigen tales aparatos, o se mueven las fuerzas sociales, o se almacena y radifica la electricidad, o como Peter Cooper quiere que se diga que la única religión digna de los hombres es aquello que no excluye a hombre alguno de su seno.

¡Y ya ha muerto! ¡ya ha muerto! Ya no vendrá, como tenía de uso, cada sábado, apoyado en el brazo de su hija, a visitar a su Instituto amado. Ya no verán sus ojos aquella juvenil muchedumbre agradecida, que le aguardaba al pie de las escaleras, y lo atajaba por las calles, y llenaba los vientos de sus hurras, y ondeaba frenéticamente en su aplauso los sombreros. Ya no se apartarán para dejar pasar su coche, y saludarlo con respeto, las gentes recias y poco ceremoniosas que guían carruajes y carros de cargo. Ya no le esperarán seguros de la dádiva, como lo esperaban cada día y se colgaban a la portezuela de su coche, racimos de pobres. ¡Ya no bajará en día pleno, de su carruaje viejo y agrietado, y ayudará a su cochero con sus manos de 93 años, que han amasado millones, a coser con una aguja de palo y un cordel una correa rota, ni desde el estribo de su carruaje hablará ya más, como aquel día, a la multitud que se ha congregado conmovida para verlo, y que a altísimas y prolongadas voces aclama a su sencillo bienhechor!

La ciudad entera ha ido tras su féretro. Alrededor de la iglesia en que yacía, apiñábase, bajo la lluvia, muchedumbre tan grande que parecía como si quisiese llevarse sobre sus hombros a la iglesia. En seis horas, vieron al anciano muerto 15,000 neoyorquinos.

El templo era un cesto de flores, las calles una alfombra de cabezas descubiertas. Senado, Cámara, Municipios, Cuerpos de Comercio, todos han anunciado su luto, lo han proclamado padre de la nación, y llevan cinta negra al brazo.

En las casas, al oír su nombre pónense de pie hombres y mujeres y niños,—y sirvientes. Y en las ventanas al ver pasar su féretro,—por delicado y nunca visto homenaje,—¡se quitaban sus sombreros de colores y de plumas las mujeres!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 3 de junio de 1883

WENDELL PHILLIPS²

² En *La América* de mayo de 1884 apareció la siguiente nota de Martí sobre el primero de estos dos trabajos:

“Acaso recuerdan los lectores de *La América* que en el número de marzo se publicó en este periódico un artículo en que, como de pasada y muy en concreto, se reseñaba la extraordinaria y limpia vida de Wendell Phillips, el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que, si fueron de oro sus palabras, todavía más de oro fueron sus hechos. Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.

“En los Estados Unidos es famoso, como una especie de Charles Lamb, para los norteamericanos, el escritor y orador George W. Curtis, por su cincelado estilo, su juicio sano, su lenguaje, que no rehúye imágenes, y cierta puritánica entereza, que luce aquí tanto más cuanto que ya quedan pocos que la posean. Más culto escritor y más elegante orador no lo tienen ahora los Estados Unidos, que por estas razones lo eligieron para pronunciar el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Lo pronunció, y es como suyo: en estilo, un modelo; en espíritu, amoroso; en su crítica, justo. Tiénese el elogio como el veredicto que los Estados Unidos pronuncian definitivamente sobre la vida del abolicionista formidable.

“Como con las razas varían los criterios, y como *La América* peca más de amante que de insidiosa, hubiéramos temido, y teníamos, que nuestra apreciación de Wendell Phillips difiriese grandemente de la que en justicia hicieran de él los hombres de su propio pueblo. Pero ahora no sólo vemos con gozo que en todos sus puntos coinciden, tanto en la alabanza como en las razones que damos para algunas deficiencias del orador, el juicio de *La América* y el de George W. Curtis, sino que este caballero se sirve decirnos en carta bondadosa: ‘Me es sumamente agradable ver que, en nada difieren la apreciación de Vd. y la mía sobre el gran orador.’”

WENDELL PHILLIPS

La Tierra tiene sus cráteres; la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia. Hay cierta pereza en las almas verdaderamente grandes, y cierto horror al empleo fútil, que las lleva a preferir la obscuridad solemne a la publicidad y cacoleo por causas menores. La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres; tal como en espera de guerra reposan en las almenas formidables de los castillos, para cubrirse tal vez de orín si no hay caso de lidia, cañones gigantescos que de un aliento acostarán mañana un buque. Pero los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos. Balbucean y vacilan cuando, errante la mente en palacios vacíos, obligan su palabra desmayada a empleos pequeños; pero si se desgajara de súbito un monte, y de su seno saliese, a azotar con sus alas el cielo lóbrego, colérico y alborotado, bandada incólume de águilas blancas, no sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncadas, espumas crespas, rías anchurosas, gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines. Así, de ira de ver aplaudidos por un prohombre del Estado de Massachusetts a los asesinos del reverendo Lovejoy, que defendía en el primer tercio del siglo la justicia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; así, encendido todavía el rostro en la sagrada ira con que meses atrás había visto, desde su bufete de abogado joven y rico, a una caterva de bostonianos acaudalados que de una cuerda que habían atado alrededor del pecho del abolicionista Lloyd Garrison lo llevaban arrastrando por las calles, como a una bestia inmundada; así, bello, como si en la mano le centellease una

espada de fuego; tremendo, como si la frente magnífica le coronasen las serpientes sagradas de la profecía; pujante, como quien de una sola arremetida de los hombros, cual bisonte a ovejas, dispersa y acorralla; así, para marcar con letras negras en la frente a los que, en una junta llamada a censurar a los matadores de un abolicionista, osaban defender la legalidad de la esclavitud y la justicia de la muerte, se reveló con tamaños extremos y amor sumo el orador Wendell Phillips a los bostonianos. Acaba de morir, y todavía no le ha nacido un émulo.

¡Qué brío! ¡qué pompa! ¡qué anatema! ¡qué flagelo! Maceradas se hubieran visto aquella noche las espadas de los esclavistas, si las hubiesen desnudado de sus ropas. Era una ola encendida que les comía los pies, y les llegaba a la rodilla, y les saltaba al rostro; era una grieta enorme, de dentadas mandíbulas, que se abría bajo sus plantas; como elegante fusta de luz era, que remataba en alas; era como si un gigante celestial desgajase y echase a rodar sobre la gente vil tajos de monte.

Treinta años habían de pasar aún para que la redención se realizase. Por lo que otros vencieron luego como héroes, murió el viejo John Brown de Ossawatomie, como un malvado, en un patíbulo. Por lo que más tarde sacó millones de hombres a rabiosa pelea, Wendell Phillips peleó treinta años, solo. Fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas, romper—por no jurar lealtad a una Constitución que parecía prohijar el vil derecho de los amos de esclavos—su título laborioso de abogado. Vio aquella ofensa humana, y se hizo hierro ardiente para secarla. El era rico; era de ilustres padres; era de universidad famosa; era de culta, diestra y armoniosísima palabra; era estudioso, impetuoso, ambicioso, ágil; ¡parecía que la tierra lo recibía en casa de fiesta, y todo iba a ser para él éxito, paga, puesto público, fama fácil, gloria brillante, carroza de oro! Pero era de esa raza de hombres radiantes, atormentados, erguidos e ígneos, comidos del ansia de remediar los dolores humanos. Y ¡qué arreos le dio Naturaleza para la batalla! Parece que, de no sentirse en pueblo sensible a lo grandioso, había hallado manera de acomodar su palabra, abundante y segura, a las artes menores que seducen a auditorios incultos y vulgares; chisteaba, anecdotaba, digredía, ridiculizaba, maceaba, hendía de un juicio acre a su enemigo. Pero por encima del gusto burdo, en aquella época sobre todo, de la nación que le cupo en suerte; por encima de su voluntad misma generosa, que a la propia gloria prefería el triunfo de la idea con que, más que con su mujer misma, se había desposado; por encima de los hábitos nacionales y los intentos previos, hinchábase de súbito su oratoria

como las nubes en tormenta, y de acá alzaba el mar, de allá lo vertía en lluvia sonora; y parecía venirse sobre el público, como cerrada nube negra, y abrirse en rayos. Era en una parte su discurso como llovizna de flechas, todas cortas y agudas; plática, en otra, popular y amena, que le traía la atención, estima y juicio del vulgo; párrafos, en otras, que, como lienzo encogido a vientos magnos, se hinchaba, redondeaba, adelantaba y crecía, y se abría al cabo en alas.

Mas no salía el vibrante discurso de sus labios con ese aparato fragoroso, verba plena ondeante y cabellera de relámpagos con que deslumbra y asombra, como si una selva o una tempestad se humanaran y hablasen, la elocuencia hispanoamericana; sino de suave, firme y penetrante modo, como si de antemano trajese estudiados el lugar y el alcance de la herida, y con deliberado movimiento y mano fría hundiese el arma en la víctima elegida. Maestro saetero de los tiempos de casco mitrado parecía, que cuando escogía de blanco un roble, lo vestía, como de un manto a un desnudo, de saetas.

No tuvo aquella amplitud, catolicidad, ciencia de vida, desapasionamiento de juicio y tolerancia, que son menester para dar opinión viable, aun en detalles mínimos, sobre las cosas humanas; que sólo el que concibe bien el conjunto puede legislar en el accidente, que es su abreviación y suma. No hirvió por largos años, como el orador que ha de influir en su pueblo debe, en esta artesa colosal de hombres, donde se sazona, al fuego de la vida, la inteligencia, y cuecen las pasiones. Ni clavó, como el Dante, el diente trémulo, sentado en los peldaños del palacio ajeno, en el pan salado de otros. No le enseñó la vida aquella melancólica indulgencia, artes de tránsito y ajuste, y moderación saludable que ella enseña; vino de súbito a vivir entre los hombres, menores de espíritu en su mayoría, con todas las dotes sublimes y funestas de los mayores de espíritu. La pobreza, el destierro, la oscuridad del nacimiento, las amarguras del noviciado, toda esa levadura de la vida, que la pone a punto y acendra, para él no contó. Su natural encumbramiento, su ansia de darse y de esparcirse, su afán de atraer a todos a su cumbre, por lo que andaba siempre, con mengua de su misma vida, colgado al borde de los abismos, con un brazo defendiéndose de los que lo empujaban a ellos, y con el otro levantando de ellos a los buitres, y azotando con los que se asían de su mano, como con un ramo de sarmientos, el rostro de los egoístas; su ternura abundante, y como oceánica; su violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno; su supramundo, en suma, no mermado en su niñez por carencia, ni alarmado por anuncio humano

alguno, no se corrigieron ni bajaron de quilate, como ha de bajárseles si se les quiere hacer encajar en la existencia diaria, sino que se precipitaron y encumbraron, por el comercio entusiasta con grandes hombres y robustos libros, en que el heroísmo y la imaginación campean; de modo que sólo lo sobrenatural—que ha de dirigir finalmente, pero que no puede dirigir inmediatamente lo natural,—llegó a ser natural para Wendell Phillips.

Un día, y como quien recibe una bofetada en el rostro, vio aquel hombre, condensación—como toda criatura superior—del espíritu humano, pasar, arrastrado de una cuerda, por ante sus ventanas, a otro hombre, por el delito de compadecer a los esclavos y ser bueno. Así como, para arremeter en lucha armada a un enemigo fuerte, se concentran, con desusada energía, casi maravillosa, todas las fuerzas, de modo que el empuje no sea menos que el riesgo que las espera y el adversario que las alza, así ante el crimen de la esclavitud, legalizado y practicado en la mitad de los Estados de la Unión, auxiliado por gran parte del Norte e infiltrado, a manera de sangre venenosa, en toda la nación, se recogieron por instantáneo y culminante esfuerzo las potencias y bríos de Wendell Phillips, para oponer a aquella infamia inmensa enemigo capaz de sujetarla y abatirla; así, a ser animada, se levantaría la tierra en monte cuando viera venir sobre ella, en hombros de la tormenta arrasadora, el mar desatentado. Toda la luz de su espíritu la puso de modo que enseñase bien los antros de aquella institución tan infamante que enloquece y hace llorar, de ver cómo vuelve viles, pacientes e insensibles a los más claros hombres. Y como antros tan grandes requerían, para ser bien escrutados, luz tan poderosa, toda la de Phillips se fue a ellos, y quedó como sin luz, o con porción escasa para todas las cosas de la vida que no fuesen la liberación del espíritu del hombre, deseo febril de las almas soberanas. Otros añaden al mérito que viene del ansia de redimir, el de sofocarla y no dejarla ver entera, para levantar así tormenta menor entre la gente usual, y hacer más inmediata su eficacia. Phillips ni debió, ni pudo. A otros, terciar, vadear, tentar, retroceder, conceder, empalmar, juntar orillas, echar puentes; a él, con clarines de oro, despertar al horrible monstruo, y mantenerlo siempre en pie, para que todo el mundo lo viera. Su defecto, pues, fue defecto de exceso; y él fue como debió ser, dada su naturaleza y la de su nación en su tiempo.

De aquel supremo deleite que viene de la visión constante de la propia alma consagrada al bien ajeno; de aquel permanente ímpetu en que mantiene el amor vivo a la justicia a los espíritus preclaros; de aquel útil

desdén y legítima arrogancia con que a las turbas interesadas, torpes, equivocadas o coléricas, afrontan los que se sienten poseídos de la palabra magna y pura, que quemándoles les viene, como de una cruz hecha del fuego de las estrellas, de vehemente e incondicional amor al hombre; de la certeza misma del tamaño y poder de la institución que combatía, y del oportuno sacrificio de la gloria que, para lograrla mayor y definitiva acaso, consuman los oradores honrados, se originaban en Wendell Phillips el perpetuo e intenso brío, la solemne y altilocuente plática, la serena e incontrastable arremetida, la posesión de sí extraña y perfecta; y su soberbia y poderosa calma ante los clamores y hostilidades de la muchedumbre. Poco menos que arrastrado fue por las calles; poco menos que lapidado fue en juntas públicas. “La canalla de levita”, como él, con crudeza y desembarazo yanquis, la llamaba; la gente de Boston amiga de los esclavistas, y la de todas partes de la Unión Americana, que quería deshacer Phillips si había de seguir juntando a los Estados cemento tal de “sangre y fango”, cual la Constitución, que, a juicio de él, como al de Calhoun del Sur y sus secuaces, prohijaba y mantenía el derecho de poseer esclavos; los amigos fervientes de la Unión; los aliados por miedo, preocupación o conveniencia de los propietarios del Sur, llenaban los teatros en que hablaba Phillips, y lo voceaban y silbaban a su aparición; lo denostaban como a un traidor nacional o un demagogo odioso, hasta que a poco, como que habían tenido alzados los brazos en amenaza y alboroto, sentían que por el pecho descubierto se les había entrado el arma fina, a raíz de la tetilla; y se les oía cejar y crujir, como una fiera herida y deshuesada. Aguila parecía, luchando con gorriones. Si a una frase suya, como fiera que va a acometer, se revolvía y contestaba con un clamor de cólera la muchedumbre, no bien expiraba a sus pies el rugido, les repetía con lentitud e intensidad más grandes la frase condenada. Y con más recia furia, como a un golpe del látigo del domador, reclamaba el concurso y se agitaba. Y con fuerza mayor y mayor calma, como quien hunde una espada hasta el pomo, o friamente echa el guante a la cara a su enemigo, decíales otra vez, como si fuera acero ya de muchas hojas, la frase temida; hasta que, respetuosa al fin la muchedumbre, les dejaba la frase bien clavada.

Esa fue su vida: ministerio sereno de justicia.

Ese fue su espíritu, a la liberación de los esclavos consagrado, por ser el mal visible y urgente, en su época primera; y luego, aunque por ello se alejasen de él como de enemigo abominable los hipócritas, los po-

derosos y los ricos, a la liberación de todos los tristes y desamparados de la Tierra, a la defensa de todos los que, aun cuando de modo violento, excusado sólo por los extremos de la acción despótica, se rebelaban, por miseria extrema o cólera santa, contra los detentadores del hombre.

Ese fue su carácter; que tan seguro de la suprema justicia del amor a los hombres vehemente y desinteresado estaba, que jamás entendió el uso de la libertad contra la libertad, ni derecho contra el derecho; ni tachó de menos que de participio en la iniquidad todo recurso medio e incompleto, toda espera y lentitud, prudentes acaso, aunque repugnantes; toda arte de compromiso con las maldades que azotaba.

Esa fue su representación, no la de esas profundas y monumentales personalidades en que, como en grandes moles de piedra, se vacían, en su época de hervor y superabundancia, las condiciones distintivas de una época o un pueblo; ni la de esas incontrastables, derrumbadoras, tremendas y lumíneas en que—como si todo el dolor que destilan en noches cruentas y días mudos los hombres oprimidos se condensase y castigara—toman brazo y espada, y abrasadora lengua, dolores y abusos que han durado siglos; ni fue de esos tónantes y parleros, gigantescos, resplandecientes y voltarios, en que en sus horas de revuelta y acción pública, como en pujante y servicial agente que los refleja y acomoda, se entregan, por períodos nunca largos, los pueblos en desquiciamiento o en reenquicio; sino que fue Phillips de aquellos seres sumos que, venidos a la Tierra con las condiciones todas que dan derecho natural a la grandeza humana, el mando y el goce, a la vida sedosa, muelle y llana, a la gloria pacífica, áurea y cómoda, hizo con todo un haz ardiente y lo puso bajo los pies de los malvados. Se privó de sí, por darse. Y soberano de naturaleza, como vio que las gentes de corte no eran buenas, cambió la púrpura por el sayal de paño pardo, y el látigo por el cayado, y caminó del lado de los humildes.

Y ésa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tudente, aristofánica.

La América. Nueva York, febrero de 1884

2

WENDELL PHILLIPS

Muerte del gran orador norteamericano.—Su aparición.—Su influencia.—Su carácter.—Elementos de su oratoria.—Su intolerancia y amor a lo absoluto.—Su independencia.—Su estilo

Nueva York, 11 de febrero de 1884

Señor Director de *La Nación*:

Solicitan en vano la pluma los hechos menudos, que en estos días de fiestas de ciudad y emboscadas en el Congreso nutren pesadamente diarios y pláticas. En vano pesan en la memoria, como si no debieran estar en ella, un asesino que se exhibe; la mujer de un bandido que anda en circos, disparando ante niños que fuman y vocean, las armas con que más de una vez abatió vidas su esposo; y el camarada que por unos dineros de recompensa le dio muerte, y ahora con beneplácito y regocijo de las turbas del Oeste, cada noche representa en una escena de teatro, con el revólver y los vestidos mismos que tenía cuando mató a su amigo por la espalda: la escena del asesinato:—en vano, suenan, como hojillas de latón contra espadas de ángeles, disputas de políticos menores y de gente privada: Wendell Phillips ha muerto. Aquel vocero ilustre de los pobres; aquel magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra; aquel orador famoso que afrontó turbas egoístas, y las juntó a su séquito, o cuando aullaban bárbaras, las sujetó por la garganta; aquel abolicionista infatigable de quien John Bright dijo que no tenía par entre americanos e ingleses ni por la limpieza de su corazón, ni por la majestad de su discurso, ni por la serenidad de su carácter—ya no habla. Dolerse no es preciso de su muerte, hecho usual y sencillo que debe merecerse con una clara vida; esperarse en calma y recibirse con ternura. Los grandes hombres, aun aquellos que lo son de veras porque cultivan la grandeza que hallan en sí y la emplean en beneficio ajeno, son meros vehículos de las grandes fuerzas. Una ola se va, y otra ola viene. Y son ante la eternidad los dolores tajantes, los martirios resplandecientes, los grupos de palabras sonoras y flamígeras, los méritos laboriosos de los hombres—

como la espuma blanca que se rompe en gotas contra los filos de la roca o se desgrana, esparce y hunde por la callada arena de la playa.

Pero el que tuvo ya en los labios puesta la copa de los goces, y la dejó caer sonriendo, y echó a andar de brazo con los tristes;—el que, a poco de ver en la vida, entiende que ésta tiene sus plebeyos, que son los que se aman a sí mismos, y traen la tierra toda a su almohada y su mandíbula,—y sus nobles, que son aquellos a quienes come el ansia de hacer bien, y de su sangre dan a beber, y de su corazón dan a pastar; y con su propio óleo alimentan la lámpara humana;—el que, cuando padece universal empleo, que embriaga y deseca como las orgías, la acumulación de la riqueza,—ve tras de la montaña de la muerte, y en las de sí mismo;—se enciende en amor vivo; en amor, siempre doloroso; y del contagio escapa; y a los desventurados alza de su desventura; y para sí recoge el gozo siempre amargo de defenderlos, como única moneda valedera;—el que en la general perversión de las fuerzas mentales y morales, halla en sí la inteligencia que esplende y ensancha, y la levanta en alto con respeto, como levanta un sacerdote una hostia;—el que se consume en beneficio ajeno y desdeña en cuanto sólo le sirven para sí las fuerzas magnas que en él puso el capricho benévolo de la naturaleza, héroe es y apóstol de ahora, en cuya mano fría todo hombre honrado debe detenerse a dar un beso.

Cincuenta años hace.—Rugía, rugía la muchedumbre. Chaming, orador grande, había llamado a junta, a la gente de Boston, para condenar a los asesinos del buen Elijah Lovejoy, defensor bravo de la abolición de la esclavitud, que murió al pie de sus prensas:—¿quién dijo que no había poema en nuestra época?—Un Austin, perro de presa, y gobernador del Estado, llamó a los negros bestias, y dijo esas cosas que dicen los que saben ser amos de hombres: y la junta, toda de amos, voceaba frenética, en honor de Austin.—¿Quién se levanta, pálido y sereno? Aire no se respira, sino silbidos. Muro le ponen; y bracean y vejan; y la sala parece masa extraña, en que de tronco confuso surgiesen torsos y garras de diversas fieras:—¡Oh qué gran gozo, erguirse ante ellas!—Uno dice que el joven abogado de los esclavos es hijo del primer Mayer de Boston, y de mal grado callan. ¿Qué sucede, que Austin palidece? Ya no es silbos el aire, sino lluvia de piedras encendidas. De fantasmas tremendos se puebla la atmósfera. Salen de sus retratos, vengadores, y van, puño cerrado, al esclavista, los padres de la patria americana. Renacen, ya sin fuerzas, los rugidos. Y de letras de fuego se dijera, y de ruedas de fuego, que está llena la sala.—“¡Hurra! ¡hurra!” y las gentes se abrazan y es-

tremecen:—“¡Hurra! ¡hurra!”—las garras ya son alas. “Hurra” sin fin ni cuento: Wendell Phillips ha hablado.—¡Oh palabra inspirada—taller de alas!

Ya al otro día, Boston estaba, y el Norte todo, como madre a quien le ha nacido un hijo.—Se cansan los pueblos de sus hombres puros, y de verlos constantemente altos llegan a perder el tierno respeto que en el primer momento tributaron a su alteza: a fatigarse llegan todos de la monotonía y descolor de la virtud; pero no hay gozo más hondo, ni que de luz más bella ilumine los rostros de las gentes, que el sentir que entre ellas, y de ellas, vive una criatura extraordinaria.—Luego lo muerden, lo lapidan, lo desfiguran, lo abandonan. A Wendell Phillips, en sus treinta años de propaganda abolicionista lo escarnecían, lo injuriaban por las calles; de no menos que de traidor e infame le tildaban. No había peso fuerte en los bolsillos de los esclavistas que no se lo lanzasen a la cara.

Pero ahora, que muere ¡a tierra los mosquetes! ¡abajo las banderas! ¡de luto, todos los púlpitos! ¡en obra, el cincel del estatuario! ¡descubiertas, bajo nieve y en el frío, a verlo pasar, todas las cabezas!

Era un ímpetu irresistible el que llevaba aquella propaganda, demagógica entonces y punto menos que infamante, al elocuentísimo discípulo de la Universidad de Harvard, dueño de buena fortuna, y de la que viene con nacer de casa honrada y vieja. ¿En qué sitio no se hubiese sentado aquel esbelto y culto caballero, en quien la austera elegancia de la raza buena de la Nueva Inglaterra, parecía, como en Motley, haberse aquilataado y acendrado? Con ir por donde iban los poderosos, o con no ir entre los que salían al paso de ellos, ¿qué públicos honores, qué pingües beneficios, qué vasta y sabrosa fama, qué amena y grata vida no hubiera disfrutado?

Ya la gloria cruenta del apóstol, que padece de ella tanto que no le es dado gozarla, hubiese reemplazado esa más pintoresca y provechosa que viene de servir intereses de hombres, serpear entre sus odios y flaquezas, flotar sobre los hombros de ellos, y acomodarse a las condiciones normales de los Estados. Wendell Phillips amaba su palabra, porque le salía con valor de las entrañas, como toda palabra verdadera; veíase y oíase a sí propio, moldeando con sus robustas manos una patria más justa y generosa, e iluminando luego, con la límpida luz de su discurso la estatua de sus manos; miraba a solas, en su bufete de abogado joven, relampaguear en apretada esgrima las agudas contiendas en el foro:—e iba y venía, de un lado a otro, como si en sí tuviese espíritus alados, que lo empujaran a constante marcha. Pero un día, pasa ante él, arrastrando

al abolicionista Garrison por una cuerda que le habían atado en torno al cuerpo, muchedumbre de hombres bien vestidos, que escarnecían y golpeaban a su presa. Tiraban de él, como arrieros de sus mulos. Lo hablaban de este lado y aquel, y reían de su angustia. Alzó Phillips los puños contra los malvados, y no los bajó nunca.

Se desposó con la justicia. Trocó la ambición de brillar por sus talentos, dones casuales,—por la más difícil gloria de sacrificarlos en provecho de los que la reconocerán, y morderán la mano que les hace bien, y no le darán pago alguno. A los regalos de la apacible vida bostoniana, prefirió ese magnífico deleite que mantiene como sobre alas y entre bálsamos, a las almas consagradas al servicio de la justicia pura, y reconquista del hombre.—Y como se vio solo, solo entre fanáticos y débiles, ante un crimen humano y una maldad inmensa,—se concentraron, a despecho suyo y por natural fuerza de nivel, en esta obra magna, todas sus claridades y energías, y adquirieron, al empuje de la potente indignación, la consistencia, impenetrabilidad y elevación de una montaña.—Así la tierra, al encumbrarse en un punto, deja llanos por vasto espacio los lugares vecinos.—Y fue eso Wendell Phillips, en aquella formidable faena de treinta años: un monte que anda.—Recogido su espíritu en la necesidad intensa de oponer, con su desnuda palabra de abolicionista terco y perseguido, un adversario capaz de victoria a los intereses seculares y múltiples, preocupaciones tenaces y prácticas legales de la mitad más poderosa de la Unión, había naturalmente de perder aquella elasticidad, variedad, catolicidad, a toda obra viable necesaria, que vienen sólo de largo y difícil roce con las dificultades y problemas de la existencia,—y no son posibles—en cuanto tienen de conciliares y cedentes—a un alma levantada por el espectáculo ofensivo de una injusticia abominable a una pasión violenta e intransigente por la inmediata aplicación de la justicia.

El Universo entero adquirió para él la forma de un negro esclavo. Si el Universo hubiera dado muestra de favorecer la esclavitud, como la muchedumbre que aplaudía a Austin en Faneuil Hall hubiera hecho frente, cortante y deslumbradora la mirada, despeñada y flameante la palabra, al Universo.—Aquella condensación de fuerza requerida para oponerse con éxito al mal extenso y poderoso, juntóse en Wendell Phillips, para privarle de esos talentos menores de acomodación, pequeños talentos amargos que rara vez logran adquirir las grandes almas, con el desconocimiento de la vida real, indispensable para dar con acierto en las leyes que han de regirla: que tanto vale legislar sin este conocimiento como ejercer la Medicina sin haber puesto los ojos en el cuerpo humano.

De sí propio tenía Wendell Phillips exaltado amor al sacrificio, la perfección humana y la pureza. De la vida escolar, en que fue egregio, sacó un amor arrebatado por lo extraordinario. Y a su campaña heroica, por no haber tenido nunca menester de amasar su pan para vivir,—salió de este comercio con lo sobrehumano y sumo, y antes de que el trato con la existencia lenta y difícil le hubiera dado esa melancólica y saludable tolerancia que templó el alma sin menguar sus méritos, y le añade acaso el mayor de poder ejercer con ellos más eficaz influencia.

El trato exclusivo con lo sobrehumano aleja naturalmente al espíritu de las soluciones meramente humanas. Quien tiene lo extraordinario en sí sin contar con lo que le añade lo extraordinario en la Historia, Letras y Artes, ya está mal preparado para legislar en lo ordinario. Un águila no anda a trote:—y ésa es la vida—¡hacer trotar un águila!

Así, el que con voz profética, no menos alta que aquellos sonos de clarines que echaban por tierra los muros de la ciudad bíblica, ni menos magníficas y maravillosas, sacudían el pueblo norteamericano, con vigor acrecido con las dificultades, cuanto de generoso y expansivo dejaba en él su vida mercante e individual, y el hálito del largo e infame abuso; el que no poseía condición que no fuese sorprendente y amorosa, desconocía a veces, con intolerancia indispensable sin duda para el buen éxito de su campaña, los merecimientos de los que movidos al mayor conocimiento de lo humano y posible, pretendían con menor alarde y menos violentos medios poner remate al tráfico de esclavos. Para Wendell Phillips no había paces sino en lo perfecto, inmediato y extremo. Cuantos demoraban, le parecían traidores: y encendía su hierro, y se lo clavaba en la frente. Como la Constitución de los Estados Unidos parecía—a lo que decían Calhoun y sus secuaces, contra Carlos Sumner y el Norte—prohijar la esclavitud, o permitir la—sin vacilación y sin miedos llamaba criminal a la Constitución. “Ni veo yo—decía—que a un pueblo que anda sea adaptable una Constitución que no anda.”—Y como para ejercer su profesión de abogado hubiera tenido que jurar fidelidad a la Constitución, que creía inicua, no juró fidelidad, y se cerró la que para él hubiera podido ser tan brillante carrera.—No era de los prudentes, que transforman, y son necesarios; sino de los impacientes que sacuden, y no son menos precisos que aquéllos, para espuela de los juiciosos, y azote de los egoístas, que a los juiciosos mismos cierran el paso. ¡Y por encima de todas las cabezas restallaba aquel látigo de fuego!

Lo que no debía ser, no debía ser. Toda desviación de la justicia absoluta, cualesquiera que fueran las condiciones de la época y mente que

la cohonestaran, le parecía un crimen:—y mientras más alto el desviado, mayor el crimen. ¿Washington tenía esclavos? Pues Washington era “el gran esclavista de la Luisiana”. Henry Clay, “un gran pecador”. Daniel Webster. “toda una casa de fieras, y un hereje que había acostado su cabeza en las rodillas de la Dalila de la esclavitud”. Y si de un muerto salía una vileza esclavista, como los obispos romanos al papa Formoso, lo exhumaba, y lo sentaba en su silla; y lo sentenciaba. En aquel juicio unilateral, y en un lado grandioso, la maravilla que permitía en su seno un gusano, ya no era maravilla: y en vez de extirpar con cuidado el gusano,—de una puñada o de un cercén hubiera echado la maravilla abajo. Y aquella certidumbre de la pureza de sus amores, aquel artístico y sumo acabamiento de su sacrificio intelectual, aquella fiera confianza en la honradez de su proposito, y aquel concepto superior y real del hombre, a atentar al cual no daba derecho al hombre mismo—le hacían a veces áspero contra el ejercicio de la voluntad ajena, cuando ésta, en natural uso de sí, se empleaba para atacar la libertad.—La arrogancia de su virtud suele de este modo hacer parecer despóticos a los hombres más enamorados de la justicia.—Sí daba a la justicia Wendell Phillips derechos ilimitados. Creía eficaz y natural la tiranía de la virtud.—Y de estos impulsos movido, solía hablar en hueco ante un pueblo desahituado a lo absoluto, y que, si se empequeñece en lo futuro, sea cualquiera su grandor visible, será por su amor y práctica de lo concreto.

Se entregan sólo los pueblos a quien los encabeza y condensa. Jamás un hombre de alta virtud condensará pueblo alguno. Se asirán de él en la hora del peligro, y cruzarán el mar en su barca. Mas llegados a la orilla, a vuelta de pocas contemplaciones, se darán de nuevo a quien comparte sus puerilidades y vicios.

La hora única de triunfo de Wendell Phillips fue aquella momentánea en que las razones políticas trajeron al fin la solución que en él venía predicando la razón virtuosa. Pero era fácil de ver su ira y gran tristeza ante la vida arrebañada y mecánica de la mayor suma de la gente de su pueblo.—Padecía agudamente de ver toda la vida nacional puesta en el logro de la fortuna. Y lo que tenía, lo daba. Y se volvía al Norte colérico: “Estáis atragantados de algodón.” “¡Las máquinas no salvan!—Por todas partes se os oye sonando a dinero: no hay más en esta tierra que chirriar de ruecas, polvo de comercio y ruido de pesos.” “¡Franklin os ha corrompido con su economía sórdida del ‘pobre Ricardo’!”—“¡O levantáis el alma, o vendréis tarde o temprano a tierra!”

Jamás, jamás, aquel ardiente caballero de la dignidad humana; aquella admirable criatura consagrada a los más altos objetos, puros dolores y exquisitos goces; aquel orador magno, infatigable y fluente, —halagó, para hacer triunfar momentáneamente siquiera sus ideas, pasión alguna de la muchedumbre.—Que la represión de la justicia hubiese ocasionado la acción violenta de sus reivindicados, no deslucía a sus ojos la cantidad de justicia que a mirada más vulgar hubiera quedado oscurecida por la violencia empleada en reivindicarla. Si no excusa la justicia la violencia que se comete en su nombre, ésta no desvanece la razón leal de que es exceso.—Pero si su amor caluroso a la extensión y perfeccionamiento del ser humano,—y aquel tan sutil y vivísimo sentido de la dignidad del hombre, que de toda ofensa a éste le sacaba la sangre al rostro como si hubiera sido hecha a él;—si su franca y vehemente simpatía, con todas las agrupaciones establecidas para el recobro de la libertad y el decoro humano—pudieron hacerle parecer a tantos ruines, avaros y medrosos demagogos fanáticos—jamás, jamás, por apartar una tempestad de su cabeza, o asegurar aplausos a sus palabras, o a sus propósitos victoria, cortejó—como tanto parlante caballero de palabra fácil y alma corderuna—las preocupaciones vulgares. ¡El, un aristócrata de la inteligencia, sin lo que no se puede ser demócrata perfecto! Pues en crecer y subir consiste el progresar,—no en decrecer.—Tan viles son los cortesanos de la multitud o de las pasiones públicas como los que buscan damas y entretienen vicios a privados y a reyes. Hábiles podrán ser; pero son viles o traidores,—aunque hayan venido a la vida con magnas fuerzas, y precisamente porque vinieron con ellas, traidores al espíritu humano y a la patria.

¿Cortejar a la muchedumbre? No concibió verdad que no dijese. Su palabra, arsenal era, y torrente de flechas, limpias, gruesas y duras como aquellas que a clavar en trozos de roble enseñaban a sus hijos los reyes normandos. Cuantas gracias le ofrecía el lenguaje, con una especial suya de redondearlo y magnificarlo, tantas ponía en sus tremendas invectivas.

No discutía: establecía. No argüía: flagelaba. Decía lo que era vil, y no se detenía a probar que lo era. Su frase era serena y elevada como su rostro; como él, elegante e impasible. Sus anatemas los lanzaba de segura y tranquila manera. Ni se dejaba, ni se proponía, arrebatarse: ni gusta el pueblo norteamericano de excesos de pasión que no comparte. Gran duelo a espadas parecía un párrafo de Wendell Phillips: y el otro, sin variar apenas de tono, gran juicio desde nubes negras y altas, des-

pedido de libros encendidos de profetas. Lo montuoso y lo oceánico asomaban a cada punto en su elocuencia. Lo grandioso de la idea, lo acabado de la construcción, lo armonioso y cerrado de la frase, lo artístico, en suma, ningún otro orador norteamericano lo tuvo en mayor grado. "Es una máquina infernal puesta en música"—dijo un coronel del Sur.—"Todo lo dice como un caballero en una sala".—Y del más sutil modo, y con voz rica, de saetas de honda punta dejaba clavados todos los pechos esclavistas.—Y cuando sin mayor ira que aquella santa que tenía en sí en todo momento, concentrada, por arte en el discurso o riesgo en el auditorio se hacía menester actividad mayor de desdén o de cólera,—no era ya su elocuencia fino acero, sino tremenda y desatentada catapulta. Garra era de león, forrada en guante. Implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 28 de marzo de 1884

EL GENERAL GRANT

SUCESOS DE LA QUINCENA

Proceso del banquero Fish.—Vindicación de Grant.—Escenas de su agonía.—Memoria del general Santa Anna.—El aniversario del rendimiento del general Lee.—La escena en Appomattox

Nueva York, Abril 14 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Grant, vindicado, expira; y si como Presidente dejó pensar y gobernar por sí a sus amigos y valedores, que abusaron de su nombre y desconocimiento de la cosa pública en provecho de ellos y de sus camarillas; si como soldado deslució sus glorias adquiridas en la campaña contra los Estados del Sur, con su disposición a marchar a la cabeza de las tropas que debían en caso de protesta armada de los electores del demócrata Tilden, colocar en la Presidencia al republicano Rutherford Hayes, nombrado en virtud de fraude; como hombre de negocios al menos, aunque débil y ciego, cual suelen ser fuera de sus quehaceres militares, los hombres de armas, queda bien probado que le engañaron en vil acuerdo un atrevido bribón, Ward, a quien quería como a un hijo aventajado, y un presidente de banco, Fish, que arregló con el rufián la manera de ir disponiendo, en forma de préstamo a su cómplice sobre seguridades nulas o supuestas, de los depósitos acumulados en el Banco, que como provechos de la firma Grant, Ward y Cia. iban, en parte a Grant y a sus hijos y en parte mucho más considerable a Ward y a Fish. El nombre de Grant lo había deseado Ward, de rostro vago, lechoso y lampiño, y mirada llena de atrevimiento y desvergüenza, que en el mundo pasan por intrepidez y empuje,—ya por los naturales beneficios que, con

semejante asociado y el caudal que él y sus hijos aportaban, habían de venir a la firma; ya por la esperanza de tener por medio del ex Presidente aquellos prolíficos y misteriosos negocios de Gobierno que en todas partes, según es fama, hacen crecer a ríos, allegados por de contado con aguas turbias, las fortunas que eran antes de ellos escuálidos arroyos. Y Grant, por su parte, airado de que los Estados Unidos no abundasen en aquellos sordos e imperiales deseos suyos de extensión y conquista que le hacían desear por tercera vez la Presidencia, y en que le apoyaban, como jefe del partido de resistencia a las masas inquietas, los que pudieran llamarse aquí conservadores, se echó de bruces, espoleado por la visión de crecimientos súbitos y el amor a sus hijos, en las tramas de uno de esos proyectistas ávidos lenguaraces que, por su falta de escrúpulos y sus capacidades de acometimientos, hallan siempre acogida en los negociantes crédulos o ambiciosos. Mas por Grant no vinieron, como Ward suponía, aquellas secretas influencias y contratos pingües que de él se aguardaban; ni Ward, que tenía en éstos toda su esperanza, supo hacer más, si esto siquiera hizo, que mermar de tal manera en unas cuantas especulaciones secretas de Bolsa, el capital aportado por Grant y sus hijos, que a poco de asociarse a ellos, ya le fue preciso, en la esperanza acaso de una salvación remota, fingir, en compañía de Fish, y merced a la prominente situación de Grant, la existencia de productivos contratos de Gobierno, con cuyos amplios rendimientos explicaba el alto interés que pagó siempre, como incentivo para atraer a sus arcas las fuertes sumas requeridas ya por él para algunas especulaciones locas que aumentaban sus apuros, ya por su cómplice Fish, para ir cubriendo la falsa situación del Banco, que en tanto estuviese en pie les proporcionaría sumas que irse repartiendo como provechos de la firma. Grant entraba y salía en estos negocios, y firmaba en ellos mucho, mas sin entenderlos.

De fumar con exceso se le llegó a acentuar en la garganta una disposición cancerosa que hoy se extiende por toda ella, y ya le está comiendo, en presencia de un pueblo afectado, las últimas migajas de la vida. En mortaja lo envolverán cuando se muera; pero cuando el desastre de su firma trajo aquel pánico de Wall Street, en que las mujeres llamaban sollozando a las puertas de los Bancos cerrados, que habían jugado sus ahorros, y los hombres fornidos se sentaban en los bordes de las aceras a llorar su ruina como mujeres; cuando su prolongada asociación con aquellos dos desfalcadores y truhanes, que sólo una excesiva ignorancia explica, trajo sobre su cabeza las acusaciones y desvíos

más rudos; cuando el que se vio tratado por encima de Washington en su propia tierra, y como a rey en las ajenas, se veía en política desdeñado como jefe inepto y ambicioso, y en privado como el amparador y compadre de un fullero; cuando a duras penas recobraba un tanto del respeto público por su determinación de pagar con sus mismas reliquias de guerras y viajes los ciento cincuenta mil pesos que por consejo de su asociado pidió a su amigo Vanderbilt, y este dio sin tardanza, y no quiso cobrar luego; cuando del más alto poder y fortuna vino a verse de modo que recibió con lágrimas de agradecimiento unos mil pesos que dejó en su mesa D. Matías Romero, el ministro mexicano en Washington, que le quería muy bien, y unos quinientos más que le mandó en préstamo un extraño compasivo;—mortajas fueron ya para aquel hombre, rotas todas sus vestiduras, y el día mismo que le veía vivir, y los rayos de sol que por el alma triste le penetraban como espadas: ¡sólo para los felices es hermosa la Naturaleza! Y a todas esas humillaciones venían a unirse la áspera censura de algunos diarios inclementes, que aquí sacuden el látigo sobre la frente de los moribundos y las cenizas de los muertos, y la negativa de la Cámara de Representantes a cumplimentarle con su colocación en las listas de retiro en el carácter de General en Jefe que abandonó para ocupar la Presidencia. Hacía Grant pensar en aquel desdichado general Santa Anna de México, que llegó a ser venerado como Alteza por las gentes de su pueblo y murió al fin, ya después de mucho tiempo de haber muerto, apagadas sus atrevidas ilusiones, vacías las arcas pródigas en que tanto aventurero puso mano, solo, apretados los dientes, con un rasgón de su colcha entre las manos crispadas, en cuarto de paredes polvosas y de alfombra roída, como por el despecho su propia alma.

Mas ni fueron como las de Santa Anna, las culpas de Grant, ni ésa por cierto será su muerte, aunque en la amargura y desastres de los últimos meses de su vida se venían pareciendo.

Porque, no bien fue el peligro de Grant conocido, y se supo que el general que sacó a puerto la Unión, y recosió con su espada la carta rota de la República, tanto bajo el peso de sus desdichas como bajo el de sus enfermedades, se moría, los enemigos esgrimieron con menos fiereza sus armas; los veteranos comenzaron a recordar hechos gloriosos de su Jefe; el Congreso avergonzado de su demora lo puso a la cabeza de la lista de retiro; los sacerdotes de sectas diferentes que en esta época del año—buena para gente anciana—se congregan, le enviaron sus plegarias; la Casa Blanca, que está ahora en los recibos de primavera, suspendió sus ban-

quetes y sus bailes; los niños de las escuelas, con rosas cogidas por sus manos, le mandaron su tristeza y sus buenos deseos; la calle de su casa, en los días en que más se ha temido por él, no se vio un instante sin grupos de gente silenciosa, que miraba amorosamente a las ventanas del cuarto donde expira, y en que la luz, a través de unas cortinas amarillas, entra para verle luchar, con un valor que le atrae las simpatías que le enajenaron sus errores, faz a faz y a sabiendas con la muerte, para oírle despedirse uno a uno, y con voz entera, de su mujer, y de sus hijos, y de los amigos que rodean su cama, para alumbrar la escena en que, sentado en su sillón de brazos, declara en el proceso del banquero Fish hechos que llevan a toda la nación la certidumbre de la inculpabilidad de Grant en las vilezas de la firma que llevó su nombre, y para ver cómo lo escribe, ya limpio de esta mancha, y generalmente venerado, en el libro de autógrafos de un niño.

Así queda muriendo. Y el banquero Fish, juzgado en jurado, muy discreto por cierto, en estos días, es reconocido culpable de los cargos más graves que puedan hacerse a un negociante honrado, cada uno de los cuales, que son nueve, lo sujeta a prisión, de cinco a diez años. En prisión está ya, cubierta la mala cabeza, cabeza turbia de anciano vicioso, con un casquillo de seda negra; sin que en el rostro gris de barba rala, acentuado por los labios gruesos y los ojos fríos, se le note la grande vergüenza de haber venido a parar de presidente de uno de los Bancos más sanos y antiguos de la Nación en despreciado huésped de una de sus cárceles. En la misma está Ward; y se esquivan, como dos cobardes que han tenido quehaceres con la misma moza. Así vio Fish el 9 de este mes, aniversario de la mejor batalla que ganó Grant en su vida de soldado, y de su clemente aceptación de la rendición de los confederados en Appomattox.

El 9 de abril era; Appomattox, río estrecho; en el pueblo, cinco casas; un juzgado, un taller de carrero, una pulpería, una casa de ladrillo, una taberna; del pueblo al río, un terrenillo, y en él un manzanar, que daba buena sombra; a un lado del camino, donde un negro tiene ahora una cabaña, descansaba Grant, recién llegado, bajo unos pinos: del otro lado, a lo lejos, ya seguro de que el maravilloso Sheridan le había cerrado con su caballería el paso por donde pensaba escapar con su ejército, venía el general Lee, despacio sobre un caballo rosillo, vestido de coronel confederado, a la cabeza de su Estado Mayor. Ya había venido carteándose con Grant sobre la manera de efectuar su entrega; ya llevaba la bandera de los Estados sin fortuna caída sobre su corazón; no

quería ya más sangre americana; venía muy lentamente, bajo el ala del fieltro oculto el rostro, las riendas sobre el cuello del caballo; y, en silencio, llegaron al sombrío.

Sentado estaba allí entre sus oficiales apeados, sobre unas estacas de la cerca del manzanar con que le improvisaron un asiento, cuando se vio venir en son de ataque a una parte del ejército del Norte. Hizo Lee enarbolar en una astilla un lienzo, que no se sabe si fue pañuelo o toalla, y con él en alto salió un emisario al paso de los federales, a decirles que Lee, rendido, deseaba ver a Grant; de debajo de un árbol de manzana, salió con este mensaje el emisario. Viose a poco subir por la pendiente a un hombre corto y recio, de holgados vestidos, y fue hacia él seguido por sus oficiales hasta poco trecho, Lee, que se bajó de su caballo a medio camino, y siguió a pie a saludar al que venía. Dicen que de lejos no parecieron más que buenos amigos que se dan la mano y hablan de cosas indiferentes. Concertaron allí nueva entrevista, para firmar las estipulaciones de la rendición; y esto hicieron unas dos horas más tarde, en la casa de ladrillos, a donde Lee acudió con su mejor traje, y al cinto la espada, que cuando salió de allí llevaba: Grant iba en traje descompuesto por no haberle llegado con el triunfo su equipaje, y recibió de manos del desdichado capitán uno de los más grandes ejércitos que han movido guerras sobre el mundo, mas no quiso que los confederados rindiesen sus caballos "porque habían de hacerles falta para el arado de la primavera!"

Lee, casi lloraba. ¡A Grant, que montó a poco a caballo y siguió a Washington, no se le vio ni alegre, ni movido con afecto alguno, el rostro! A las pocas horas, el árbol de manzanas a cuya sombra se había sentado Lee estaba hecho trizas, y todas ellas en manos de los soldados federales, que aquella noche se las enseñaban con júbilo al resplandor de las grandes hogueras con que festejaron su victoria.⁸

La Nación. Buenos Aires, 2 de junio de 1885

⁸ A continuación esta carta trata de otros sucesos en los Estados Unidos.

Grant mejora.—Cómo se despidió Lee de sus soldados

Nueva York, Abril 23 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Funerales de Grant; suspensión y estremecimiento público; reunión definitiva, junto al féretro, de los federales y los confederados; reavivamiento en los diarios de las trágicas y pintorescas memorias de la guerra;—de como en Pittsburg, que fue terrible, nadie vio temblar a Grant, sino andar a paso contenido en su caballo, de un lado para otro, con un tabaco en la boca, siempre encendido; de como Lee, cuando acabó la guerra, reunió a todos sus generales frente a su casa de Richmond; que echaron pie a tierra, con las bridas al brazo, de cuyo modo se fue Lee despidiendo de ellos uno a uno, tomándoles largamente por la mano, y mirándoles, en silencio, muy despacio, en el rostro, en el rostro de todos aquellos generales que lloraban, después de lo cual, sombrero en mano, cuando ya muchos de aquellos bravos sollozaban abrazados al cuello de sus caballos, subió Lee paso a paso la escalinata de su casa antigua, y con la mano libre, cubiertos los ojos, llenos de lágrimas, se entró precipitadamente, sofocando sus altos gemidos, por su morada solitaria:—ésas y más, historias y sucesos tenía ya preparados la fantasía popular. Ya se le tenía elegido a Grant lugar de reposo a la sombra del monumento a Washington, y se decía con este motivo: “Para dos cosas servirá este costoso y feo obelisco, a más de conmemorar la gloria del padre, para medir, como merced a él se ha medido, con más exactitud la velocidad de la luz, y para albergar en su recinto a un gran soldado.” Ya un periódico novedoso y brutal había impreso, con vivos detalles, el orden del séquito fúnebre y las ceremonias con que había de ser puesto el cuerpo en tierra;—cuando la prensa entera cae sobre los siete médicos que habían declarado a Grant moribundo de un cáncer en la garganta, porque una buena mañana el general, sin ayuda de brazo ni bastón, bajó en el elevador hasta el comedor donde almorzaba su familia y se sentó entre ella, a comer de sus panecillos calientes y su guisado de carnero. Y se ha levantado Grant, y va en carruaje al Parque Central, que está cerca de su casa, al doblar de la cual están por cierto las dos casas suntuosas que

compraron, en la Quinta Avenida, Barrios, el muerto, y el que fue su amigo y Presidente de Honduras, amigo de las letras y de sus prohombres, Marco Aurelio Soto. Y no sólo sale Grant en carruaje, sino a pie por los alrededores de su casa, por donde hay siempre un grupo de curiosos que se descubre al verle pasar, a lo cual él, dulcificado por el sufrimiento, responde con gratitud en la sonrisa: no hay como verse cerca de la muerte para aprender a ser humilde. Ahora dicen los siete médicos después de un mes de exámenes microscópicos de lo que creyeron un epiteloma, que puede ser que no lo haya más que en la superficie, o que la hemorragia que puso en riesgo al enfermo—fue de una úlcera común, y no cancerosa:—y como la conmoción pública, alimentada por los constantes boletines de los siete doctores, fue profunda, ahora hay alegría porque el héroe de la guerra puede bien salvarse, y cólera contra los doctores que tan plenamente erraron. Porque al tenor de los boletines, hora sobre hora, un cáncer estaba comiendo a Grant la garganta, y en “su bata de paño pardo y con el gorro de seda que usa para librarse de neuralgias” podía a cada momento quedar muerto en brazos de su fiel criado negro, de su Dr. Douglass de barba blanca, y de sus hijos. Ese es acaso, con no ser más que personal, el suceso más saliente y notorio de estos días.⁴

La Nación. Buenos Aires, 13 de junio de 1885MUERTE DE GRANT⁴

El lecho de muerte.—Preparativos para sus funerales.—Los diarios.—Las calles.—Disputa sobre el lugar de sepultura.—Se le enterra en Nueva York.—El monumento.—La tumba provisional.—Grant, en la guerra y después de ella

Nueva York, Agosto 3 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Las calles están vestidas de negro. Las veletas de los techos echan al aire sus cintas de luto. Edificios de once pisos están cubiertos de ca-

⁴ A continuación esta carta trata de otros sucesos en los Estados Unidos.

simir fúnebre. Todo Wall Street, la calle de la banca, parece un féretro. Poco menos que de pie sobre el aire cuelgan de paño sombrío los decoradores, columnas y balcones más altos que las torres de las iglesias.

Los carreteros han puesto sobre las sienes de sus caballos rosetas de duelo, los maquinistas han atado a la chimenea de sus máquinas sus cintas de tristeza, que, a par del humo oscuro, van oscilando al viento. La ciudad entera se viene preparando a ver pasar el sábado, con doscientos mil soldados y lo mejor de la Nación tras él, el cadáver de Grant.

Murió el 23 de julio. Lo rodeaba toda su familia, su criado fiel, sus médicos. Los nietecitos dormían en sus ropas blancas de sueño, en el cuarto que daba sobre su cabeza. La esposa le tenía de las dos manos, se las acariciaba, le apartaba los cabellos de la frente. Nadie lloraba. De pronto, aspiró el aire, con ese movimiento de fuego fatuo con que lo aspiran por última vez los moribundos. Y murió como a las ocho y ocho minutos de la mañana, en Mount Gregor, a más de diez horas de Nueva York. A las ocho y once minutos, con el telegrama que anunciaba la hora del fallecimiento, salía a las calles, el *Evening Telegram*, que es el alcance al *Herald*. De entonces a hoy, y van ya diez días, ni diarios ni gentes hablan más que del funeral de Grant, a quien Nueva York ha sacaporado para sí, con gran celo de Washington, que lo reclamaba como a héroe nacional; de Chicago, siempre celosa de Nueva York; de Galena, la humilde ciudad donde nació y padeció pobreza, y de donde salió a la guerra primero, después de cinco años de quehaceres penosos por asegurar el pan del día, y luego a la Presidencia de la República. En los lugares puros y apartados del campo se crían las grandes fuerzas.

Política, teatros, artes, todo parece en tregua desde hace diez días. Los detalles más menudos de la vida del general llenan, de la fecha al pie de imprenta, los periódicos: las casucas empinadas de los barrios más ruines los puestos de frutas de los italianos, los sillones de los limpiabotas en las esquinas, todo se ha ido adornando con guirnaldas y coronas negras y retratos del muerto. En el gran Parque Nuevo lo van a enterrar, mas allá del Parque Central. Quinientos mil pesos quieren reunir para levantar sobre su tumba un mausoleo de granito y bronce. Fabrican provisionalmente, mientras se le levanta el palacio de granito, una bóveda recia, semejante en la forma a una ambulancia militar. Día y noche está en sus alrededores la policía arrollando gente, que va a millares a ver hacer la tumba, y a recoger como memento una esquirra de ladrillo, una pedrezuela, un puñado de tierra, una hoja de los árboles de la cercanía. El funeral adelanta, como una apoteosis. La ciudad de Nueva

York ofreció a la familia de Grant, el lugar que ella eligiese para sepultar al jefe muerto, que ya en vida había dicho que contaba a Nueva York entre las ciudades donde le sería agradable ser sepultado, "porque el pueblo de Nueva York le había sido amigo en su necesidad"; y como el municipio concedió a la viuda el derecho de ser enterrada al lado de su marido, según éste quiso, la familia prefirió a Nueva York, que con las más ostentosas celebraciones se prepara a agradecer el privilegio de abrigar en su suelo el cuerpo del que llevó de gloria en gloria, contra los rebeldes esclavistas, el ejército colosal de la Federación. A veces, la sangre le llegaba, como en la batalla de dos días en Shiloh, hasta las cañoneras de las sillas, él, entre los labios el tabaco, el fieltro sobre los ojos imperturbables, avanzaba. Si por la derecha le cortaban el paso, se iba por la izquierda; si por ésta se lo cortaban volvía por la derecha. Caía, sin cólera, como una avalancha. A donde puso el ojo, puso la bandera.

Una capa nueva podría hacerse a la tierra con los soldados que perdió en una sola batalla; pero expulsó de sus cuarteles del oeste a los confederados; pero forzó el paso del Mississippi; pero entró en Vicksburg inexpugnable; pero jamás tuvo que hacerse atrás; pero acorraló al ejército enemigo contra el manzanar donde se le rindió Lee. Y como tendió la mano a los vencidos, éstos, los generales mismos a quienes echó de ciudades y atrincheramientos, han venido a sentarse a su cabecera y llevarán mañana las cintas de su féretro en su entierro: ¿quién dijo que se habían acabado los poemas? Nueva York no quiere ver hoy en Grant, ni la Nación agradecida quiere ver, ni en realidad quiso ver nunca, al hombre de armas en quien era vicio ya el mandar, abarcar y arremeter, al Presidente parcial y manejable, al político autocrático e inculto, cuyas faltas alcanzaron siempre a disimular el resplandor de su triunfo y el candor de su ignorancia. Las grandes personalidades son como cimientos en que se afirman los pueblos. Pueblo hay que cierra los ojos a los mayores pecados de sus grandes hombres, y necesitado de héroes para subsistir, los viste de sol, y los levanta sobre su cabeza.

Cuantos errores pudo cometer hombre, en cosas públicas; muchos de los atentados que puede imaginar Presidente de un país libre contra el derecho de su país y el del ajeno, Grant, que tenía apetito de marcha, permitió e imaginó. El miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y sólo por el mar y la lejanía, no miraba con ansia igual al Oeste asiático.

Mascaba fronteras cuando mascaba en silencio su tabaco. La silla de la Presidencia le parecía caballo de montar; la Nación regimiento; el ciudadano recluta. Del adulator gustaba; del consejero honrado no. Tenía la modestia exterior, que encubre la falta de ella, y deslumbra a las masas, y engaña a los necios. Concebía la grandeza cesárea, y quería entrañablemente a su país, como un triunfador romano a su carro de oro. Tenía el rayo debajo del ojo; y no gozaba en ver erguido al hombre. Ni sabía mucho del hombre; sino de empujar y de absorber. Pero ahora no escribimos su vida. Ya nos asomaremos el sábado, los lectores de *La Nación* y nosotros, a verlo pasar, con la carta que su pobre mujer le hizo poner en el bolsillo del pantalón en que “se despide de él hasta un mundo mejor”; ya veremos el sábado este suceso histórico, y en las paradas de la procesión de doscientos mil soldados, hablaremos de aquel que sin pestañear ni cejar se fue derecho al triunfo, a la cabeza de un millón de hombres. Esta masa, no manejada antes nunca por el hombre, tuvo en las manos, que no le temblaron.

No era de los que se consumen en el amor de la humanidad, sino de los que se sientan sobre ella. Ha muerto noblemente, robándole a la muerte los días necesarios para escribir el libro que deja como único caudal a su mujer y a sus hijos. Antes de morir concibió y proclamó la hermosura de la paz. Fue leal. No fue cruel. Le esperan, en fila silenciosa, para acompañarlo a la tumba, los cañones envueltos en crespón, y las casas colosales de Nueva York, a la generala.

La ciudad no está triste; comienza a estar solemne. No se debe ahorrar a los pueblos los espectáculos grandiosos.⁵

La Nación. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885

4

EL GENERAL GRANT⁶

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo

I

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreó leña; en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, o porque sus cuentas andaban oscuras, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando recibos; cuatro años más tarde, era general en jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados que peleaba por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores. Seguidos de cincuenta mil soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra. ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiar injurias!

Se pelea mientras hay por qué, ya que puso la Naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos

⁶ Este trabajo de Martí, que fue enviado por él a *La Nación* de Buenos Aires con fecha 12 de agosto de 1885, apareció en dicho diario el 27 de septiembre de 1885. Se reproduce aquí como lo publicó Gonzalo de Quesada y Aróstegui, en el tomo VIII, NORTEAMERICANOS, de las *Obras* de Martí, por ser, sin duda, ésta la forma definitiva en que Martí dividió este trabajo.

⁵ A continuación esta carta trata de otros asuntos.

de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos son los menos bravos, o los que pelearon sin justicia y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Sólo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles. Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebatan al dictamen de la razón la ferocidad del hombre; después, como los federales de Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar, como mercenarios impuros, con una soldada perenne, el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio; y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando, al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su fétetro por las calles de Nueva York, Johnson, a quien su teniente Sherman desalojó de Atlanta; Buckner, a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson; Fitzhugh Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso que, por Grant sólo, fue rendido. Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete, la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas, de madera el cercado, monte atrás, en el patio follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer, descansaba el padre de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia, brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant; generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres meras representaciones de fuerzas espirituales que se condensan y acentúan? “¡Firme! ¡firmel!” rezan los motes del linaje de Grant; uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: “¡Firme, Craig Ellachie!” De Grant era todo un regimiento

inglés en la India, que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza; todo eso se encuentra en Grant, y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: “¡Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!” En Chattanooga: “¡arriba, arriba!” por la montaña, entre las nubes, por encima de las nubes; se ven de abajo como cintas de fuego y se oyen estampidos graneados; al resplandor de la fusilería, la bandera sube; en lo más alto del pico ruedan las balas tras los confederados, monte abajo; ¡la montaña encendida!

De niño, aprende muy poco. Los libros le enojan, como le han de enojar siempre. Dicen que a los dos años oyó un tiro sin pestañear: “¡Otra vez! ¡otra vez!” A los ocho años, se sube en cuanto caballo halla a mano. Tiene el cuerpo endeble en apariencia; fuerte en realidad. Se educa como todos los niños pobres de campo de su tiempo: en invierno, a la escuela; en verano, al trabajo.

A los doce años, guía en una excursión el cochecillo de unas señoras, y a lo que iban por un arroyo, notan las señoras, aterradas, que los caballos han perdido pie: “No hablen, y yo las saco en salvo.” Y las saca.

Quiere que su padre le compre un caballo, para emparejar con uno que ya tiene, y se obliga a pagarle el precio de él acarreándole los leños que corta en el bosque el peón de la casa; acarrea leños ocho meses; un día, no halla al peón; saca del carro al caballo, le hace arrastrar los leños sobre un árbol caído, de donde los rueda sobre el carro y vuelve a la casa. “¿Y el peón?” “No sé, ni me importa. Cargué solo el carro.”

Así crece, de madre llana y leal, de padre inteligente y poco afortunado.

A los 17 años, por servicio de un representante del Estado, entra en la Escuela Militar de West Point. Montar, monta muy bien; estudiar, estudia mal. Es el mejor jinete de su curso; pero al fin de la carrera, en una clase de treinta y nueve, obtiene el número veinticinco. Ha sido silencioso, poco amigo de juegos, obediente y cortés; “un buen muchacho”. Las matemáticas no las estudió a disgusto. De deberes militares, táctica, ordenanza y balística aprendió más que de mineralogía, geología, química, ingeniería y mecánica. Se enamora intensamente, que es signo de personalidad. Se casa joven, que es signo de nobleza. Y va, con grado de teniente segundo, a la frontera, como todos los militares jóvenes.

Ambiciosos y esclavistas se juntaron por aquellos años, en los Estados Unidos, para arrebatar a México una porción de territorio. Los colonos americanos inundaron a Texas y se alzaron con él, como Estado perteneciente a la Unión del Norte por la voluntad de sus habitantes. México clama. Los esclavistas del Sur, que venían lidiando desde principios del siglo por introducir la esclavitud en los Estados libres, o aumentar el número de Estados esclavistas, favorecen en este concepto la anexión de Texas. Van Buren, candidato a la Presidencia, censura la tentativa de anexión, como motivo probable de una guerra injusta con México; y su contendiente Polk, que personifica la idea anexionista, es electo. Las tropas americanas, so pretexto de defender a sus conciudadanos de Texas, entran más allá del límite extremo del Estado. Las tropas de Arista se les oponen, de lo que toma Polk excusa para dar por declarada la guerra. Taylor marcha sobre México y lleva a Grant entre los suyos. Adelantan, como suele la injusticia. Grant peleó contra los cadetes imberbes que a la sombra del último pabellón mexicano cayeron sonriendo, apretados uno contra otro, sobre los cerros de lava de Chapultepec. En un parte fue citado Grant, por bravo. Y en nada más se distinguió, aunque tenía veinticinco años. Sirvió bien como habilitado, y allí aprendió a cuidar del soldado en campaña, y de bagajes y almacenes. El conocimiento de los detalles es indispensable para la preservación de la grandeza; el impulso necesita ser sostenido por el conocimiento.

II

No parece que a su vuelta de México, donde llegó a capitán, fuera tan sobrio en el beber como el decoro aconseja. Es creencia pública que este triste hábito llegó a ser en él tan manifiesto, que, a no haber accedido a pedir la renuncia que de él solicitaron sus jefes, hubiera caído en un consejo de guerra; ni parece tampoco, en pura verdad, que semejante costumbre le siguiese en los años oscuros y amargos en que vivió Grant hasta que estalló la guerra civil, ocupado en penosas faenas, si bien tiene biógrafos que sólo por la persistencia de aquel hábito, aun en sus días gloriosos, se explican ciertos errores y acometimientos en la guerra. Anduvo Grant de hacienda en aldea. En California establecía un billar, y quebraba. Vivió luego en una hacienda de su mujer; él cortaba la madera, él la acarrea por el pueblo y él la malvendía. Para cobrar no servía mucho, porque era dadivoso y no sabía ver lástimas. Apetecía la

fortuna; mas no era ruin y abusador de naturaleza; de modo que, cuando andaba luego de cobrador de rentas a par que de vendedor de madera, recio el cuerpo y despacioso, oculto el rostro bajo un fieltro ancho, por pieza de mangas una blusa y embutidos en las altas botas los calzones, más eran las cuentas que dejaba atrás que las que amonedaba, aunque él siempre recordó aquellas fatigas con orgullo. “Aquellos eran buenos tiempos, amigo”, dijo una vez en la Casa Blanca a un marchante suyo de aquella época que, electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido, cuando ya era Grant Presidente; “buenos tiempos eran aquéllos; porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia.” Y siguió conversando con la esposa de su marchante, de las mañanitas frías en que él le llevaba la leña, la apilaba con sus manos y la media, e iba luego a cobrarle a la oficina. Pero en tantas estrecheces se vio, que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre y hermano tenían una curtiembre, un empleo de seiscientos pesos anuales; y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años.

Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor y no la obtuvo. Se paseaba; callaba; fumaba. No mostraba impaciencia. De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que, por capricho de la fortuna o influjo de amigos poderosos, alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos, acaso, que él creía sentir en sí. Mas estos celos, apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras, por cierto, como deben ser siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración, con Sherman, que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia.

Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado, fiero; Grant, corto de cuerpo, ya espaldado, lento, sobrio en el habla, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí. Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que, como lluvia de chispas, vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía en sí, y aunque siempre estuvo pronto, con generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en sus victorias, si recibía influjo de ellos, no gustaba de dejarlo ver, ni ponía en acto la idea ajena hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le fue creciendo tan fuera de

medida la persona, que llegó a ponerse en él en lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio.

Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido en la oficina de la curtiembre, cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas lo tuvieran desconfiado y encogido, ya porque, comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres; la queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muere en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está; ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

No era Grant de carácter amigable, y si no desdénaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió siempre como extraño y perseguido; ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de la vida militar, que se exacerbaban con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no inspirar temor y un sentimiento previo de derrota a los espíritus sencillos; mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen, sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le era más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política si le hubiera parecido bien, pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política no le distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia el partido que al Estado en la Unión, y al hombre en el Estado, reconocía más derechos, y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años sólo en una elección había dado su voto; y en una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontestable simpatía. Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha: los que arrancan de la Naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, reconocidos y aclamados sólo en las grandes crisis, que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social sólo son útiles como fuerza saludable de resistencia, en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía.

Otro carácter natural vivía en Galena: el abogado Rawlins, un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayo de luz. Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde, de Secretario de la Guerra. Solo se educó; solo se hizo abogado; solo impuso respeto a sus cofrades; se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza; dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado; pero sólo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la firmeza, la honradez, el consejo. Aplastaba las intrigas como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros, se fue Grant acercando poco a poco; en sus defensas bebió luces; en su consejo superior encontró un dueño; de los labios de Rawlins salían, acabadas y perfectas, las ideas que, en su forma rudimentaria de instinto, fatigaban el cerebro a Grant. Y juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querrela con el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Unión, tenía asombrada a la gente de Galena.

III

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los Estados del Norte: "No ha de haber más esclavos."

Desde que Garrison fundó su "Liberator" no hubo paz en la Unión; ¿cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el "Liberator" en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista; ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de "la libertad", el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud, "contrato con el infierno y convenio con la muerte". Los 7,000 que en 1840 votaron por el partido de "la libertad" ya eran 62,500 cuatro años más tarde. En 1848 ya eran 300,000; ya pedían, congregando en una organización formidable a los antiesclavistas de todos los partidos, "la tierra libre para el pueblo libre". Ya en 1856 fueron 1.341,000, y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República: fue Lincoln. ¿Dónde se vio mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del Cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares, seguros, en una época próspera y pacífica, para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta la vida, que en una tierra libre y próspera enamora.

El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades, y desafiaba a la gente burda de los Estados libres, empujado sobre sus esclavos. El Norte, lento como todos los fuertes, cauto como todos los trabajadores, miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba. No había paz desde 1831, desde el "Liberator". Por todas maneras persiguió el Sur al periódico de Garrison; por la voz del Presidente Jackson pidió al Congreso la persecución de toda la propaganda abolicionista.

El Sur pidió más tierras para criar la esclavitud; el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los Estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos Estados. Si un territorio entraba a ser Estado, el Sur lo clamaba para sí, para tener esclavos en él y más votos en el Senado sobre el Norte:

y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y de la arrogancia del Sur, clamaba como libre el Estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales, o en asaltos nocturnos, disputaban la tierra a los colonos abolicionistas. Cuando Wilmott pide que los Estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión puedan, a su voluntad, no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue como herido en la médula; y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución, que cuando se trata de la incorporación de California como Estado libre pide, por la voz de Calhoun, que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de Henry Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso en que, a trueque de que el Sur reconozca Estado libre a California y el distrito federal y faculte a Nuevo México y Utah a declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión del territorio de Texas, y a devolver por una ley de fugitivos los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras contra la ley de esclavos prófugos. Reúnense en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista; y en 1856, contra el partido republicano, que nace con un millón y medio de votantes para impedir la extensión de la esclavitud en los Estados libres y territorios, eligen Presidente a Buchanan, uno de los tres ministros esclavistas de Europa. Recoge el Norte el guante. Ya el Norte es un partido y el Sur otro.

¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las legislaturas de los Estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de los esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio, y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere, porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen y el partido republicano, en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Carolina del Sur llama a convención para discutir el derecho del Estado a separarse de la Unión; y ella y once Estados más se separan, y, reunidos en congreso, crean la Confederación de América y eligen Presidente a Jefferson Davis. Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del Gobierno en el Sur caen, sin oposición, en manos de los

confederados, que al fin disparan sobre el fuerte Sumter. ¡Un leñador está en la Casa Blanca; un curtidor de cueros está en Galena!

Oye Grant la noticia. "El Gobierno me educó para militar, dice, y todavía no le he pagado bien mi deuda." Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75,000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir, y a que lleve al Gobernador la compañía de Galena. Apenas recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado, de puerta en puerta, pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese, que cinco años después llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria, no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayudante General, que no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan, que lo conoce; en vano las dos veces. Lo hacen, al fin, por carencia de instructores, coronel de un regimiento, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del Estado que le fue siempre amigo, lo nombran Brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins, que erraba pocas veces, estaba ya a su lado, "preparándolo a vencer", de secretario y ayudante; Rawlins, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena, la palabra que pule. Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre para crecer a nivel de sus dificultades.

Dieciséis mil hombres tenían por todo ejército los Estados Unidos cuando se declaró la guerra que cinco años después cerraba, al mando de Grant, con 1.000,561 soldados en servicio activo y 2.254,006 en reserva; dieciséis mil hombres componían el ejército, esparcidos en lugares apartados de la nación por el Ministro de la Guerra del Gobierno de Buchanan, para que no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación, que con tanta presteza como el Norte cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el Norte un ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los Estados, las ciudades. De \$100 a \$400 daba el gobierno a cada voluntario. Al instante se reúnen 750,000; 420,000 enseguida, enseguida 300,000 más. En cuanto se refiere a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natural con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una in-

novación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de la tierra el elefante que el ciervo.

IV

Casi nadie previó al principio la magnitud de la tremenda guerra. Un general se ríe de otro porque pide doscientos mil soldados para mantener un puesto en el Oeste; pero después, en una sola campaña, en un invierno sólo, mueren cien mil federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos. No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Shiloh, Gettysburg, Antteta, Chattanooga, Wilderness, Chickahominy, ¿cuál de ellos no vio, cuando menos, dos mil muertos?

Y cuando Grant avanzaba sobre Lee, poderoso e impenetrable como una montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio, en un solo campo de operaciones, mil por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo que han ayudado a fabricar todos los hombres, para todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a cuatro millones de esclavos el Presidente Lincoln, que "ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia"; y han de rendirse, quebrados para siempre, los que se oponen a que cuatro millones de hombres sean libres!

No hay añagazas políticas que les den semejanza de derecho. Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a la Humanidad su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer— ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear,—como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé, en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema dicha; ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida; el Sur se echa sobre el Norte; tiene lista la costa meridional; a treinta leguas de Washington, capital de la Unión, unge a Richmond capital de los confederados. Domina todo el Sudeste. Por el Potomac y el James; por el lado del oeste, sube y ocupa el Mississippi y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos. Los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus Estados, por el mar de una parte y el río de otra, ni los Estados rebeldes del Este serán separados de los del Oeste que quieren para sí, para criaderos de esclavos. ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres?

Asegurando las bocas del Ohio, y del Tennessee y el Cumberland, que afluyen en él, se aseguran los Estados centrales, que en la guerra vinieron a ser como los límites norte y oeste de las batallas. En la boca del Ohio, sobre el Mississippi, confluyen, como los radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tennessee, tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del Estado rebelde de Alabama. Quien tiene al Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky; Galena está en Illinois, que remata por el sur en la boca del Ohio. ¡Manda la tropa de aquella comarca Grant, de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales y ampliar hacia el norte, con espacio para la defensa, el territorio que cruza su red de ferrocarriles, indispensable para el transporte de sus hombres y provisiones. De Mississippi, de Alabama, de Georgia, de la Carolina del Sur, de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluír en Chattanooga, sobre el Tennessee. Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de río y mar.

Por el Mississippi cubren su oeste; su norte con el Ohio, el Tennessee y el Cumberland; con el Atlántico, su este; su sur con el Golfo de México.

Vicksburg defiende de los federales al Mississippi; Fort Henry defiende al Tennessee; Fort Donelson defiende al Cumberland. Por el este, Charleston ampara la costa; y New Orleans por el sur. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. En el interior, el Potomac y el James, cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond. La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos; las ciudades del mar importan menos. Los ejércitos tomarán su nombre de los ríos. Los caminos están marcados. Si por el mar hay que tomar a New Orleans y a Charleston, por tierra

hay que tomar a Fort Henry y a Fort Donelson, para dominar el Tennessee y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a Vicksburg, para ocupar el Mississippi y dividir en dos la Confederación; hay que cruzar el Potomac y el James para tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del Norte, la sorpresa y celos entre sus generales. Al genio sólo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que ésta es una guerra de tamaño y número, que sólo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve, pero no lo dice todavía; hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur se viene encima; no hay tiempo para preparar un ejército perfecto. Los ejércitos perfectos no se improvisan. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas; hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán siempre a la par el Sur y el Norte. "Vencerá quien ataque primero", en Fort Donelson, donde lo dijo Grant, como en toda la guerra; y, por su parte, apenas tiene número suficiente de soldados para caer sobre el enemigo; mientras los generales académicos vagan por las cercanías del Potomac arrogante, entrabando su valor con sus preocupaciones escolares, allá va Grant, con su sombrero de copa alta y su cigarro en los labios, "a atacar primero".

Paducah está en Kentucky, sobre el Ohio, cerca del lugar donde se le junta al Tennessee; Cairo está en la confluencia del Ohio y el Mississippi y es la llave del Oeste. Ya los rebeldes merodean por el Estado leal de Kentucky. Grant tiene que tomar la boca del Ohio, sobre el Mississippi, aun antes de caer sobre Fort Henry y asegurar el Tennessee, y sobre Fort Donelson, para asegurar el Cumberland. Ocupa a Paducah sin violencia. "No tengo nada que hacer", dice en su proclama, "con las opiniones, sino con los rebeldes armados y los que les ayuden y encubran." El buen juicio de Grant percibía siempre la utilidad y nobleza de los propósitos de Rawlins, y éste envolvía en forma hermosa y memorable las inspiraciones confusas de su jefe. Cae Grant sobre Cairo, que tiene 7,000 hombres, con 3,000 federales no más, aún indisciplinados y novicios. El enemigo le sale al encuentro; rudo acaba el día, y parece haber vencido; en aquella noche de espera "el corazón se me había subido a la garganta". El alba le reveló en camino al Cairo, abandonado por los confederados: "Nunca desde aquella vez vacilé en atacar al enemigo."

V

Grant manda ahora el distrito del Cairo; pero ya el caballo que le hirieron en Belmont está bueno, y le "molestan" Fort Henry y Fort Donelson; no entiende su prisa el General del Departamento. Al fin da sobre Fort Henry, que se rinde a la flotilla avanzada; y dejando en él, dueño ya de la boca del Tennessee, a 2,500 de sus hombres, marcha con los 15,000 que le restan contra Fort Donelson, que está entre dos arroyos que dan en el río, y desde su eminencia echa las balas lejos. Los rebeldes fingen caer sobre el centro de Grant, cuando en realidad se concentran sobre el ala más retirada de sus tropas. Concentrados los deja Grant, y por una altura vecina se les sube, bombardeando sobre el fuerte que queda a su merced, y de jefe en jefe que lo abandona, viene al fin a manos de Buckner, que se le rinde; "rendirse a discreción" es lo único que Grant acepta. "¡Allá voy sobre las defensas!" 15,000 prisioneros se entregan con Buckner, y el Cumberland es de Grant, de Grant la primera gran victoria de la guerra. Una u otra idea podía Grant tomar de los demás, y acaso el plan entero de una batalla, si lo creía bueno, como el de Chattanooga, del general Thomas; como el de la toma de Vicksburg, de su ayudante Rawlins; pero el acometimiento, el movimiento inesperado, el quite de un desastre, el juego original de sus tropas, la percepción instantánea de la oportunidad feliz, de nadie más que de sí las necesitó Grant nunca. ¿Vacilar? las rocas sobre que libraba la batalla vacilarían; él no. No era valor el suyo, sino "insensibilidad ante el peligro". Jamás le ocurrió que podía ser vencido. Detenido, sí; pero jamás vencido. El empuje despedaza las primeras filas enemigas; pero la tenacidad gana la batalla. Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía donde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno; ya lo acorralaban contra un río; él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma el refuerzo que debe venir; recoge su gente al pie de sus cañones. "¡Todavía los tengo de vencer!" dice; y los vence.

Así fue en Shiloh, que dejó al Sur asombrado de aquel poder de resistencia, y al Norte aterrado de aquella hecatombe. A pesar de la victoria de Fort Donelson, el General del Departamento, hombre entero, le quitó el mando, "porque había vuelto—refiriéndose a su embriaguez—a sus antiguos hábitos". Pero Rawlins lo desmiente; y le vuelven sus tropas. Los confederados no quieren que los refuerzos que vienen a Grant

bajen con éste el Tennessee, poniendo en riesgo uno de sus ferrocarriles, y en hora en que él andaba lejos del campamento, y sus oficiales desprevenidos, caen sobre los del Norte, que acá resisten, allá mueren en montón, allá se desbandan, y Shiloh fue "terrible"; mas Grant había venido a tiempo, y con su serenidad y valor llegaron sin huir hasta la noche. Cañonea con los restos de su fuerza al enemigo, que adelanta, preparando así la carga que proyecta apenas se le reúna el refuerzo, que viene a hora oportuna, con cuyo auxilio dispersa a los confederados. Pero su victoria espanta. A descuido, o a causa peor, se atribuye la sorpresa. Su jefe desconfía de él; de Washington, donde no se buscó amigos, los generales de ciencia lo desdeñan; los que presienten su fuerza le atacan. Es Washington, durante toda la guerra, un semillero de intrigas.

Se disfrazan de patriotismo los celos. Los incapaces se coligan, para cerrar el paso a los afortunados. La patria ¿qué les duele? Lo que les duele es que les saque alguien ventaja. A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no llegan con el mérito, o con la ambición a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria. Así, con aquellos celos que se trajó de la guerra de México, se unieron en el ánimo de Grant estos reveses para abominar, conforme a justicia, los nombramientos de compadrazgo que paralizaban la guerra y la privaban de sus soldados mejores; así se fue acumulando en él aquel odio, hecho de desdén y miedo, a Washington, que atenuó Lincoln con su grandeza y su prudencia luego; más no pudo ni quiso Grant sacar de sí, lo cual explica acaso aquella manera de conquistador, en que sus deseos personales iban mezclados a ciertos instintos rudos de honradez, hasta que con los goces de una autoridad excesiva que apenas su propio pueblo le tenía a mal, llegó a encariñarse con Washington de modo que en nadie en tanto grado como en él se personificaron sus peligros y sus vicios. Pero el amigo que le hizo brigadier logró devolverle, después de Shiloh, sus tropas. Los ojos grises se le humedecían a veces en aquel tiempo, cuando se veía desatendido y fuera, acaso para siempre, del camino de la victoria. Sufren mucho esos hombres que lo concentran todo en sí.

Pero encabezó su ejército, y ya no lo abandonó sino a las puertas de Richmond vencido, donde, con su natural magnanimidad, no quiso entrar como triunfador. Encabezó su ejército. El Tennessee ya lo tenía. Los generales del Potomac y el James vencían o eran vencidos, pero no los cruzaban. ¡El no; él cruzaría todos los ríos! ¡A Vicksburg ahora, que guarda el Mississippi!

Se ha hecho mal en esparcir en cuerpos pequeños, cuyos movimientos son expuestos y difíciles, un ejército que tiene que desalojar a un enemigo concentrado en posiciones formidables. El general que concentra, lleva ya la ventaja de forzar a su enemigo a darle batalla o a recibirla en el lugar que a él le plazca. No es lo mismo, por cierto, pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente. Esto quería Grant siempre: forzar al enemigo a dar batalla. En concentrar no hay peligro; también tiene que concentrar el enemigo, que no ha de irse a merodear cuando ve sus puntos vitales amenazados.

Sobre Vicksburg mueve Grant sus fuerzas: las que él lleva; las de Sherman; las que le vienen de Washington.

Va por tierra, y la caballería enemiga lo hace atrás. Baja por el río, ante la nación que espera en angustia el resultado de la marcha. Todo Vicksburg está rodeado de tierra anegadiza; ¿dónde poner el pie para atraer a batalla al enemigo? ¿dónde alojar las tropas, que la marea alta no le suba a la rodilla? Un canal, para doblar a Vicksburg por el sur, no se pudo abrir.

El Norte se impacienta con lo dilatado de la empresa.

De Washington se habla de cambiar de jefe. “Dios lo bendiga”, dice Lincoln a Charles Dana, el que hoy dirige el *Sun*, de Nueva York, cuando sale de Washington por en medio de los enemigos, pues no hay otro camino, a ver lo que sucede en Vicksburg. Llega. Ve que sucede lo que debía. Rawlins propone, pues nada más se puede hacer, correr las baterías de la plaza, río abajo. “¡Locura!” le dicen los demás jefes; al fin tiene que hacerse la locura. Baja el ejército el Mississippi, bajo los cañones de Vicksburg y de otro fuerte más al sur; la tropa desembarca. Corre a Jackson al este, donde hay un cuerpo fuerte de enemigos a quienes derrotan. Echan vencidas sobre Vicksburg a las fuerzas de la plaza que les salen al encuentro. La plaza sufre de hambre y se rinde.

VI

El Mississippi queda abierto a los federales: 27,000 enemigos se le entregan y 120 cañones. Rojo se puso el cielo de los Estados todos del Norte, de tanta fogata que encendieron para celebrar la victoria. Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de “caballeros cristianos” a inquirir si era cierto—¡oh puerilidad de los fanáticos!—que

Grant era dado a la bebida. “No lo sé yo en verdad”, les respondió Lincoln, peinándose la barba; “pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su *brandy*, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales.” Y se fueron mohínos los caballeros cristianos, en tanto que Grant volaba, hecho ya general de toda aquella comarca, a salvar a la tropa federal sitiada en Chattanooga; Chattanooga, eminencia apetecida en las orillas del Tennessee, que, como en un puño, recoge todos los ferrocarriles que mueven las fuerzas del Sur y llevan a los ejércitos de Virginia los granos y la carne de los valles; Chattanooga, donde el Sur cercena sin piedad a la gente federal del país, brava gente montañesa. Entre dos crestas preñadas de confederados que aguardan tranquilamente su caída está Chattanooga. Sólo el río queda a los federales para escapar; el río, vigilado por sus enemigos. El camino de donde les vienen tropas y recursos está lleno de avanzadas de los confederados. Lookout Mountain y Missionary Ridge miran desde sus topes a Chattanooga, como dos gigantes que miran a un niño. Grant llega de noche, bajo lluvia tremenda. A trechos va en brazos de sus soldados, porque está cojo de una caída de caballo. ¿Cómo contar aquellos gloriosos sucesos? Desde aquella roca mueve Grant sobre ella los diversos cuerpos de su ejército, sin descuidar un detalle, sin abandonar un lugar importante, sin dejar descubierto el camino que tiene Chattanooga a la espalda, sin alarmar al enemigo, que, con torpeza grande y seguro de rechazar a los asaltantes desde sus empinadas ciudadelas, sale a cerrar el paso a uno de los cuerpos que vienen sobre Chattanooga. El plan de Thomas va a ser realizado por los cuerpos que con acierto y previsión tales dirige Grant; de Thomas, que, a una orden de Grant, en que le dice: “Manténgase en Chattanooga de todos modos”, responde: “Me mantendré hasta que muramos de hambre”. El día viene; un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales, cruzando el río en pontones más abajo de la montaña, unas colinas, de donde arrancan sobre ella. Thomas sale de la ciudad y arremete triunfante sobre una posición vecina. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al Sol que resplandece, brilla como una serpiente de anillos de plata que adelanta sobre el vientre a saltos! Suben con arrebatos irresistibles. Un cañonazo divide las filas, como un relámpago las nubes; ciérranse las filas tras el cañonazo, como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de la cumbre, donde ya apenas se les ve desde abajo. Sobre sus cañones rematan a los despavoridos artilleros. Regimientos enteros

se les rinden. Vuelven las piezas de la ciudadela sobre los confederados, que escapan monte abajo. Y ganan "la batalla sobre las nubes". La otra altura queda, y a punta de bayoneta se la ganan. Está la pendiente llena de reductos, de atrincheramientos, de fosos, de cortinas. Rompen las filas, pendiente arriba, las tropas de Sherman. Destácanse sobre el cielo azul, por cien partes a la vez, las banderas de colores. Saltan como Alvarado. Salvan foso tras foso, trinchera sobre trinchera. A un tiempo mismo las asaltan todas. Missionary Ridge, tomado en su cresta misma, se rinde a los federales. Contaron los federales sus hombres perdidos en esta batalla: ¡7,000 eran los muertos!

Ya los ríos del Oeste están ganados; ahora, a los ríos del Este. El Congreso, ante la nación, que aplaude, resucita en honor de Grant el puesto de teniente general, que sólo Washington tuvo en los Estados Unidos. Grant recibe de manos de Lincoln, que "en presencia de Dios" le promete ayudarlo honradamente, el mando de todas las tropas de la Unión, esparcidas entonces, por el mal consejo de los generales en jefe anteriores, en cuerpos aislados que molestaban al enemigo y lo tenían a raya, pero no entraban en sus campos, ni lo reducían a una comarca ceñida, ni interrumpían su sistema de comunicaciones, ni se interponían entre los diversos cuerpos de sus tropas, ni impedían que con unos mismos soldados defendiesen puestos diferentes, ni le quebraban aquella voluntad de acometer que tenía siempre indecisa la suerte de la Unión.

El Mississippi y el Tennessee estaban abiertos; pero el Potomac y el James estaban todavía llenos de tiendas confederadas; todavía Richmond se erguía a noventa millas de Washington; todavía, entre Washington y Richmond, movía sus 80,000 soldados invictos el general Lee; todavía, al oeste, cubriendo a Atlanta, y en ella el centro de ferrocarriles que movían los hombres y los recursos del Sur, mandaba Johnson su temible ejército; todavía nueve millones de hombres obedecían las leyes de Richmond, que defendían, en un área de 800,000 millas, más de medio millón de soldados. A Virginia, como a un vértice, venían las avenidas de la guerra, y al oeste, alrededor de Georgia, que protegía a Atlanta. Llenos estaban los campos intermedios de merodeadores sudistas y de columnas sueltas que los perseguían.

VII

Grant no vuelve al Oeste, como Sherman le pide "por el amor de Dios"; no vaya a ser que los intrigantes de Washington le hagan perder

su fama. No se detiene en Washington, donde no está el enemigo y teme que lo derroten "los de casa". No; sale "a dár de beber a su caballo en el Potomac y en el James". El ejército de Lee, en el Potomac, no ha sido nunca vencido; va a vencerlo. No más expediciones sueltas; no más temporadas de descanso, en que se repone el enemigo y ayuda a los negros de las haciendas a sembrar en verano las provisiones del próximo invierno; no más ataques inútiles a poblaciones, ni a Richmond siquiera. Es necesario "quebrar de una vez el poder militar del Sur"; perseguirlo; concentrarlo; acorralarlo; extenuarlo; aturdirlo. Es necesario caer en masa, de todas partes a la vez, sobre los cuerpos de su ejército, aún famoso por su valor y por su número; marchar incesantemente contra ellos, en todas las estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, para que luego de defenderse en un lugar no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. Contra el núcleo confederado de Georgia avance Sherman, pero de modo que, cuando venza, siga a reunirse con el núcleo del este sobre Lee. Contra Lee en el este, un cuerpo que se le eche encima por el norte, y otro que le cierra el paso por el sur. Ya lo tiene Grant todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del Secretario de la Guerra antes de salir de Washington. ¡Contra Lee, pues, de todas partes, dejando siempre protegido a Washington en la marcha sobre Richmond! "Voy a reducirlo; a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a caer incesantemente sobre él como un martillo." Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus ciento treinta mil hombres; sentado en un leño da, al comenzar la primera batalla, la orden de que se pongan en marcha todos los cuerpos de ejército; y en lo más recio de la pelea del Wilderness, en que los generales, desconcertados en medio de un bosque desconocido, pierden 2,261 muertos y 8,758 heridos, noticias llegan de todos los generales de las divisiones; ¡ha comenzado la marcha que lleva de triunfo en triunfo a Sherman hasta el mar, y a Grant al pie de Richmond! Jamás un hombre movió, como Grant entonces, tamaño ejército. Ya Rawlins no estaba a su lado, y el brillo de los ataques de Grant era menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad para dictar cada noche, desde su tienda, no siempre victoriosa, la orden del día siguiente para cuatro cuerpos de ejército diversos.

Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza. Lee podrá salirle al paso, como le sale, cada vez que intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que Lee no le adivine. Y cuando cree haberlo burlado, a Lee tiene delante; pero cada vez más

abatido. ¡Oh aquella guerra no tiene precedente! ¿Qué manera es aquella de hacer la guerra? Lo que se propone Grant hacer, lo hace. Una vez, diez veces, las fuerzas entusiastas y valientes de Lee se lo impiden; pero él tuerce la brida a su caballo, y un poco más abajo del río tiente otra vez, sin volver los ojos sobre los cincuenta mil muertos que en poco más de un mes deja tras sí; y, al fin, “lo que quiso hacer, lo hace”.

Toda la campaña de Grant contra Lee en el Potomac, que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante; no batallas que brillan, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. Lee se va retirando sobre Richmond, protegido por los atrincheros improvisados que, dondequiera que acampa, levanta; pero ¿cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída Atlanta en manos de Sherman, tomados o amenazados de cerca los cuatro ferrocarriles que paran en Richmond, podrá dar a su jefe, que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y frescos que el Norte, determinado, como Grant, a acabar de una vez, le manda sin tasa? Ya está Grant sobre Pittsburg, que cubre a Richmond. Ha perdido, es verdad, cien mil hombres muertos en menos de un año; pero las líneas de Lee están tan mermadas, que “apenas le bastan para centinelas”. Cae sobre las últimas fortalezas de los confederados, cerca de Pittsburg, para rendir a Lee antes de que pueda reunirse Johnson, que vuelve derrotado con el ejército de Georgia. Una salida quiso Lee hacer sobre Washington para sacudirse el sitio que le sofoca, y Sheridan, que duerme siempre vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas. “¡No es nada! ¡No es nada!” le dice a un soldado que acaba de recibir una bala en el cerebro; y el muerto: “No, mi general; no es nada”; y anda. Vuelve atrás, derrotada, la caballería de Lee; Five Forks es la última batalla. Y estaba Jefferson Davis oyendo el servicio en una iglesia de Richmond cuando recibió de Lee la nueva de que aquella noche debían ser evacuados Richmond y Pittsburg. Y días después, el 9 de abril, iba Lee, tristemente, a la cabeza de sus generales, a dejar en manos de Grant, que lo trató como un amigo, la espada, victoriosa tantas veces, en que no quiso Grant poner las manos.

Artes de guerra no quiso Grant ni parece en verdad que en ataques que requerían concepción y brillo tuviese muchos; pero no iba él a “hacer la guerra de libro”, sino a ahorrar gente; a acabar pronto; a exterminar el poder militar del Sur. Carnicero le decían, porque veía morir decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones; a lo que él alegaba que con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin

más hombres. Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo, debilitado, podía extinguirlo; y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente, o vencer al enemigo? El era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes líneas de la masa, las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inelencencia o injusticia. Parecía él, en Appomattox, y no Lee, el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra: sin entusiasmo y sin ira. El entreveía lo que había hecho; pero en su arrogancia, no desenvuelta todavía, sólo vio entonces que “hizo lo que se había propuesto hacer”.

VIII

Verdad que en el principio de la guerra tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas, disponía planes de conducta y refería batallas; verdad que, ya por buen consejo de Rawlins, o por el propio, se rodeó no bien tuvo el ejército en sus manos, de hombres de carácter natural como el suyo, que a la intriga debían poco, y la abominaban, y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en Washington a Lincoln, carácter, más que otro alguno, nacido de la Naturaleza, a quien “le gustaba el hombre”, por lo que supo siempre distinguir entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria, le hubiesen sacado del mando; verdad que tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad que, como apuntan sus más benévolos biógrafos, mucho hizo la fortuna por aquel que no siempre previó cuanto debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo, a costa, a veces, de horrendos sacrificios. Pero mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas; la más completa y artística, acaso con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre;

por cuanto estuvieron en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos.

Los hechos legítimamente históricos son tales, que cada uno en sí, a más de reflejar en todo la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera, desordenada primero, como científica apenas y ciega y brutal luego, de mover la guerra; en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación, el espíritu y los métodos del Norte, y la manera de formación, el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes y de colosal tamaño, produjo, naturalmente, una guerra súbita, en que el conflicto, creado más por un propósito humanitario que por el desagrado de política interior que influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad, frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío, que agranda y fortifica los caracteres.

Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del Norte, como era por entonces el pueblo que la hizo; y el caudillo que le dio su espíritu natural, ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació, como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones; dio, como su pueblo, más tiempo y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó, a las ideas convencionales e importadas, las ideas nuevas que le iba sugiriendo, en campo virgen y condiciones locales, la Naturaleza; y siempre, como su pueblo, arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, sobre el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él, corrompió, con malas prácticas políticas, su gloria. De sí mismo había llegado, desde los quehaceres de la curtimbre, a honores tales, que, para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que Washington, con ser quien fue, no tuvo en los Estados Unidos.

Amor no era aquello, sino como una especie de frenesí; y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto, que los errores más grandes le fueron luego, en virtud de él, perdonados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba al error, para tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cuando de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño. Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al salvador de la Unión: cien mil pesos le regaló Nueva York; Filadelfia le dio treinta mil; Galena le regaló una casa lindamente amueblada; Boston se la llenó de libros; salió la nación entera, por dondequiera que iba, a regarle el camino de rosas. Y, como en la guerra, cuando se querían valer de él para candidato político contra Lincoln, dijo que en política sólo quería ser *mayor* de su ciudad, para componer la acera que iba de la estación a su casa; el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo, por la acera compuesta.

IX

No conociera al silencioso paseante de hacía cinco años el que le imaginase con aquellos tranquilos honores satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra. Aquel poder comprimido, aquella sofrenada actividad, aquella personalidad encontrada, aquel rencor confuso contra la fortuna que se desconocía o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, ahora habían hallado campo espacioso y natural empleo. No era propia para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto—en que en guerra y en paz fue siempre excesivamente parco con los que no gozaban de su confianza íntima,—sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente ocupación de acometimiento y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que ella venía a solicitarle a su puerta; ya

con el Presidente Johnson, para que ordenase todo aquel aparato de guerra que había tenido en sus manos; ya con republicanos y demócratas, que a una, se propusieron valerse de su prestigio para ganar la elección presidencial, entonces próxima. Sirvió a Johnson de ministro luego de asesinado aquel cuyo nombre se dice siempre con reverente alabanza, hasta que el Senado desaprobó la opinión de Johnson sobre su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cuerpo gobernante, hermoseó su gloria, sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo, fue incontrastable su candidatura, cuando, pasado la mano a los demócratas, de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Thurlow Weed, de primera noticia en un almuerzo, para capitanear a los republicanos, porque, muerto Lincoln, “el único modo de exterminar definitivamente el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada”. Y Presidente fue, como candidato de los republicanos, el que en la elección anterior a que provocó la guerra había votado por el más conspicuo de los demócratas: por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortésias y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública; incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados para desempeñarlos; persona desafiadora y excesiva que pone en la administración de un país, celoso de su libertad y respeto, todo el garbo y desahucio malhumorado que permiten y aun exigen, en su objeto y constitución especial, las prácticas de la guerra? Grant es ése, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra. No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto, sino el conocimiento, o el genio, del detalle: el genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual sumo la conciencia del derecho propio y el respeto al derecho ajeno; y de éste se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquél, porque de aquél, porque su abuso sólo puede venir debilidad, y del de aquél puede caerse al despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la Presidencia para crear, con los dineros de la nación, beneficio a sus relaciones

y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que a él le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades con las de juicio, prudencia y elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo que le parecía acertado; tanto, que no bien se vio un poco libre de aquel excelente Rawlins—que ya después de Chattanooga le pesaba, porque, sin querer, le echaba en cara, con sus cualidades altas y finas, las que él no tenía,—su persona se afirma de un modo considerable; manda incesantemente, sin alardes ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia; ni pide ni oye consejo, como si se quisiese probar que no lo necesita; y como en una guerra en que ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el número, le proporcionan todo el número que necesita para vencer; se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos; ¿quién mandó más soldados? ¿quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? ¿quién produjo, con sus guerras, de un lado tantos hombres libres y un pueblo tan próspero de otro? Y por toda la guerra, que en algunos incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, “de los de Washington”, de los que son injustos para con el soldado de pelea, de los soldados de escuela que se confabulan con los políticos de oficio, de “los políticos”. No ve que Lincoln es un “político”; para él son “políticos” los que quieren ponerle encima a Rosecrans, o a McClellan. Sherman también, que ama la justicia con pasión y viene, como Grant, de la Naturaleza, le estimula ese horror de los que dan puestos de preferencia a los que no lo merecen. Durante la guerra, cuando pasan por Washington, sale como de ascuas encendidas. “No; lo que es esta vez, el general en jefe mandará en la guerra: Washington no ha hecho más”, y es la verdad. “que demorarla y entorpecerla”.

X

En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien le contradiga para soportárselo. Poco a poco, los que le rodean,

necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle; Rawlins sí le contradecía; por lo que, ya al fin, le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas mayores que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habita en su tiempo el Universo.

Entra, pues, en la Presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito de obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes; hábito de verlo todo partir de sí y realizarse por su voluntad y conforme a ella.

Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, que puede provenir de sinceridad o de crudez, se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y, llevado por su fuerza natural, oportunamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla.

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos directamente o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella sólo la fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada, es meramente casual en los caracteres de fuerza y es ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del individuo para producir toda su cualidad saliente.

Pensar en sí es propio del hombre; su existencia inevitable y encarnizadamente se lo impone; mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, que en la esfera de la vida común engendra los egoístas, y en

la esfera del gobierno produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra que tienen que comunicar o una indicación que tienen que cumplir, o una caridad que tienen que hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante en el beneficio humano a que han venido, padeciendo ásperamente—como de un delito—mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.

Mas, aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes; y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que, llevando en sí embellecida la fuerza con la intelectualidad y la hermosura, abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen, sin embargo, cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y, a poco que el roce con los caracteres desinteresados o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía del huevo rudo, cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza; y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave, penetrante y fresca, que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y ¡qué país entraba Grant a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí y pensamiento voluntarioso a que se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país, a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejercita sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres; donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde, a los mismos ojos de Grant, habían desfilado, camino de sus hogares, en las calles de Washington, con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, doscientos cincuenta mil hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña, y si no sale puro, se le quiebra; un país de "junta de oraciones", de *prayer meeting*, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando

en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria ni sospecha sin voz, y prensa que la publique, y tribunal dispuesto a censurarla; un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca.

De modo que fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Grant sus magnánimos actos en la guerra.

XI

Desde el principio obra, creyendo que hace muy bien, conforme a su abominación de la política y su rencor contra los que la representan; y da, en el modo en que lo hace, prueba pueril de su desconocimiento de las leyes y del sentido de decoro que las inspira. Quiere rodearse de consejeros que no sean políticos de hábito, y nombra a un gran comerciante en ejercicio Secretario del Tesoro; al amigo fiel que le hizo nombrar brigadier y devolver el mando de sus tropas, Secretario de Estado; a un negociante oscuro, Secretario de Marina; a un Williams, que por medios tenebrosos subió de juez de aldea a senador, Secretario de Justicia; pero en aquella soledad terrible y desconocida del poder supremo, en que se sentía tan ignorante como vigilado, volvió los ojos al amigo fiel de consejo siempre entero, a Rawlins, a quien el estar cerca de la muerte, que le llegó poco después, no estorbó para asesorar bravamente a su jefe, mientras vivió cerca de él como Secretario de la Guerra. Y mientras Rawlins está en el Gabinete, ladrones y malos consejeros se tienen a la puerta; acechando, sí, más lejos. Luego que Rawlins desaparece, ¿cómo ha de gobernar en tan complicados asuntos quien los desdén de propósito y nada sabe de ellos? Va, como barco perdido, donde los vientos lo llevan. Al que le da consejo, le frunce el ceño y lo rechaza; pero él busca, a pesar suyo, opinión en lo que ignora y necesita saber; por lo que viene a ser, sin sentirlo, esclavo de los que le aconsejan de soslayo, y no como quien da, sino como quien recibe ideas.

La vanidad tiene el hígado sensible; tiene artes increíbles la lisonja. El que le adula, le sujeta. No sufre al que no le adula. Todo lo da al que aparenta creer en él, y en su instintiva sabiduría todo lo da, con singular lealtad; hasta el peligro de su propio honor. ¿Qué ha de ser un hombre ignorante en el gobierno, sino la presa natural de los que conocen y halagan sus defectos?

Su complacencia en su personalidad lo expone a que le lleguen a hacer creer que el gobierno es cosa suya, como la nación, que sin él no existiría, y no será cuerda si no se deja guiar de él. Como prolongación de sí mira a todos los suyos, y a cuantos le defienden su persona y voluntades; y como si cumpliera un deber de la nación, no deja pariente, o amigo de pariente, a quien no ponga en buen puesto, de tal modo, que a poco viene a ser llamado su gobierno "el gobierno de los cuñados". Por facilidad de admiración los unos, otros por la necesidad de sus favores, acatan sin contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, auto-cráticos, cuando no atentatorios, o los de aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para abatir a sus enemigos políticos en el Norte, o constituir en capital permanente de poder, y de las elecciones que lo aseguran, el temor del Norte al renacimiento de la guerra en el Sur; y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes, que en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole, como desagrdecimiento del Sur, la resistencia legítima de los Estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del Norte. Hábilmente azuzados su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohibir un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, para amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en Washington un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los "delitos" de la prensa política en toda la nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario privado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar, sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner, en el Senado, protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la Casa de Representantes, entra en tratos bochornosos con miembros de uno y otro

y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprensibles a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de este caso, no sólo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño, sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le había inspirado la idea de la anexión, para repartirse luego entre sí, y fuera de él, sus provechos.

XII

Y así iba, sin brújula, el gobierno, ya en el primer término de la presidencia de Grant, ya en el segundo, que le fue asegurado por aquel candor íntimo suyo que le hacía aparecer al cabo, como en verdad era, inocente en los abusos que sus amigos hacían de su ciego apego a los que le mostraban lealtad; y por aquel arraigado amor en que su pueblo le tenía como a su máspreciado héroe, con cuya presencia en la casa de gobierno, no bien acallado aún el Sur, a lo que parecía, se creía seguro; aunque, como a raíz de su segunda elección ya se hablase de asegurarle una tercera, se levantó un clamor de miedo y de ira que puso respeto a sus más atrevidos partidarios; y por más que la opinión pública se resistiese siempre, con igual tenacidad, a culpar a Grant de los robos escandalosos de sus Secretarios, en que aparecían complicados a veces su mismo hermano y sus más próximos parientes; de los hurtos de impuestos públicos autorizados a grandes corporaciones por los empleados de la hacienda, que aprovechaban en ellos; del atentado revelado por los defraudadores, que aseguraban haber dejado de pagar sus cuotas al tesoro público para aplicarlas a los gastos de la elección de Grant a un tercer término de gobierno; por más que se observase en el pueblo americano la voluntad, no desmentida hasta la muerte de Grant, en conflictos aún más dolorosos, de explicar, de manera honrosa para él, por su candor de soldado y por su lealtad de amigo, aquel sometimiento de la persona pública a su propia persona; aquel abuso de los puestos nacionales en favor de secuaces indignos y de culpables relacionados; aquella inaudita torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros e incapaces para los destinos de más momento y representación en la república; aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento

de un poder a cuya permanencia tendían a toda luz los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusasen su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus Secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo, sin resistencia, su voluntad, inspirada u original, en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones; aquella humilde manera suya para con sus subordinados; aquella modestia de su persona exterior que en él, como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro, ello fue que, ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona, pudo mover a su pueblo a elegirlo por tercera vez a la Presidencia de la República. Perdió su majestad, por haber comprometido la de las leyes.

¡Ay de sus años últimos! en que ni se fatigó su ansia de poder, encaminada ahora innecesariamente hacia la riqueza, cuando sus amigos le habían asegurado la renta vitalicia de un caudal de doscientos cincuenta mil pesos; ni cejó en su afán de expandirse y marchar en que su misteriosa cualidad de héroe negociante le llevó a curiosarse por Cuba y México y a aconsejar, con su nombre a la cabeza, la continuación sobre México de la red de ferrocarriles norteamericanos; ni su pueblo se cansó tampoco de poner a la parte de sus asociados en su catástrofe en los negocios la culpa que a primera vista resultaba también de él. Los que le conocían no le dejaban en la prensa de la mano, como si supiesen que alrededor suyo se movía, con él por centro, un partido de fuerza que, al menor descuido u ocasión, con el amparo de los monopolios enormes que necesitan defenderse de las clases llanas, cuyo porvenir y bienestar impiden, se levantara por sobre las leyes de la República.

Profundamente generoso, o decoroso, o discreto, es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento; ¿cómo, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna en el manejo escandaloso, en la colosal estafa, de la casa de comercio que abusó de su nombre, y logró su firma en documentos graves, y se condujo por derriscaderos tan semejantes a los que recorrieron sus años de gobierno; que siendo él la persona que en ambas existía, el repetirse entre personas extrañas como que indicaba que las faltas eran suyas? Y no; no eran de él; permitir vagamente un engaño que creía útil, podía acaso; mas nunca aprovechar a sabiendas de una ganancia inmunda. Fue aquel afán de principalidad visible; aquel per-

petuo clamor interno de encabezamiento y mando; aquella falta de intelectualidad y hermosura que embelleciesen su carácter primario de fuerza; aquella infortunada incapacidad en que éste le tenía de reconocer la dulce majestad de la modestia y el influjo mayor que, aun en las cosas prácticas, ejerce en las verdaderas repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad a cerrar, de luminosa y singular manera, aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza, y por la magnitud de sus servicios, innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su tumba en Riverside, sobre la que extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Napoleón en Santa Elena. Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver, de la estación del camino de hierro al vestibulo de la casa de Ayuntamiento, convertido en cripta fúnebre; el cortejo interminable, el cortejo incansable de hombres y mujeres, de negros, de blancos, de artesanos que volvían de su labor, de soldados que habían peleado en sus filas, de curiosos, que en dos días y dos noches no se depletó un instante, a lo largo de una milla de la Casa Municipal, para venir a ver su cuerpo; el día, en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria para toda la nación, en que el enorme catafalco que llevó sus restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, paseó las calles enlutadas de Nueva York, henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al general Hancock, con su estado mayor de generales, y uno del Sur entre ellos; a tanto regimiento apuesto de milicias; al batallón de Virginia, acorralado por Grant en la guerra; a los que lo acorralaron a las órdenes de Grant; al muerto, ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la República, en un coche con sus caballos negros, y a los dos ex Presidentes, y a quinientos carruajes, llenos de prohombres, de Secretarios del Estado, de gobernadores, de obispos, de generales, para ver pasar, envueltas en sus largos velos, a la hija y las nueras del gran muerto.

Mas no fue eso lo que cerró luminosamente aquella vida, sino el superior espíritu que en la prolongada espera de la muerte, soportada con singular entereza por aquel anciano carcomido, fue sacando a actos y palabras de eficaz ternura lo mejor de su energía natural, oscurecida por los apetitos y trances vulgares de la existencia. Un soberano recogimiento puso a aquel hombre en la conciencia clara de la grandeza verdadera de su vida; y, al preparar su propia historia de la guerra, que será el caudal único que deje a sus hijos, y cuyas últimas páginas ha escrito jadeante y con los sudores de la agonía sobre los bordes mismos del sepulcro, como polvillo de escultura roída caían ante él las vanidades a que, con apariencia de humildad, dio en otro tiempo tanto aprecio; y por aquella gracia genuina de los caracteres primarios, que les permite elevarse, apenas les favorece alguna condición, al superior sentido de la grandeza del espíritu, ni vio, ni estimó, ni recordó de su obra más que aquellas hazañas necesarias en que sólo fue magno en el pelear para serlo más en la manera de vencer.

Desde sus ojos profundos, enternecidos por el agradecimiento al pueblo bueno que le perdonaba sus yerros y lo miraba en su hora de morir, contemplaba con un digno y elevado cariño a los héroes equivocados a quienes le fue dado un día combatir sin reposo y someter sin ira; y su mano descarnada, extendida al Sur desde la orilla de su tumba con buena voluntad, ha sido recogida por amorosa admiración, como tesoro nacional, por sus gallardos enemigos. La nación de los hombres ha empujado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella.

EL GENERAL SHERIDAN

¡FELIPÍN!

Sus primeros años.—Aventuras de colegial.—Con los indios.—En la gran guerra.—Asalto de una montaña.—Mando en jefe.—La caballería antes y después de Sheridan.—La carrera del caballo “Rienzi”.—De la derrota a la victoria.—La campaña del Shenandoah.—Carácter de Sheridan.—El militar en la república

Nueva York, Agosto 18 de 1863

Señor Director de *La Nación*:

Ha muerto Sheridan. La cabeza redonda, pelada al rape, pesa sobre el cojín, como una bala de cañón; la mujer, de rodillas, lo ase en vano del hombro, que ya no cargará más que una vez, en la ceremonia funeral, la hombrera de oro; allá, dentro del pecho gigantesco, las válvulas de la aorta y de la arteria pulmonar barbullen, como el vapor que busca puerta, y al fin callan; la esposa rueda sin sentido a los pies de la cama en que acaba de morir el que a los quince años ganaba dos pesos al mes midiendo cintas en la tienda de su pueblo y a los treinta y tres era general de caballería a la derecha de Grant, azote del ejército épico del Sur. No pensaba al morir en la tarde en que, monte arriba, cargó contra los confederados, seguros en las rocas de Missionary Ridge, y los echó, casi riendo, de su nido de águilas; no pensaba en la batalla de Stone River, cuando resistió con su izquierda al empuje de los rebeldes, orgullosos de haber puesto en fuga, de una pechada, la derecha y el centro de Rosecrans, perdido en tácticas; no pensaba en su arrogante "Rienzi" su retinto de cañas blancas y de larga cola, que en un salto de catorce millas cayó de Winchester, donde se supo la derrota del ejército, en Cedar Creek, donde, con el caballo negro, apareció la gloria; no pensaba en los días ensangrentados en que en el cielo carmíneo del invierno reflejaba sus últimas luces en los montes de muertos, donde, azules y grises, roto el fusil y asiéndose la garganta, yacían, entre mochilas y cureñas, con los pies en el aire, como las greñas de una loca, o hundidos cabeza abajo, con la nieve al pescuezo; no pensaba en sus fieras correrías por el valle asoiado de Shenandoah, sin más luz en el aire frío y turbio que las llamaradas moribundas de los graneros y cortijos, ni más piedad que el meter los sables hasta el puño, ni más yerba que la ceniza. "¡Felipín!... ¡Felipín!..." decían aquellos labios que supieron en vida más de juramentos que de ternuras; y buscaba con la mano la cabeza de su hijo

de siete años. “¿Me conoces? ¿me conoces?...”, le preguntaba su mujer hermosa, hija de militares, solicitando con los ojos locos aquella mirada desvanecida. “¡Felipín!... ¡Felipín!...” Y buscaba con la mano la cabecita rubia.

Ayer aún regía el ejército, con el grado sumo de general, que sólo Washington, Grant y Sherman han tenido antes, aquel hombre de cuerpo singular, coloso del cinto arriba y del cinto abajo enano, que en la guerra ganó fama de héroe por el ímpetu y brillo de sus ataques, y con su respeto a la República supo luego, en la paz conservarla. Ayer aún lo saludaban, al pasar, los vítores entrañables de los soldados a quienes en los días de la guerra ayudó a sacar del fango los carros atascados, con la misma mano que de un latigazo echaba al recluta despavorido sobre las filas; las mujeres dejaban caer sus ramos de flores, en la fiesta con que Filadelfia celebró el centenario de la Constitución, al paso de su caudillo favorito; los niños, que leen en sus libros de escuela el cuento maravilloso de la carrera de “Rienzi”, entorpecían con banderas y coronas el andar de su caballo favorito; allá iba, cargado de honores, el creador de la caballería, el enemigo de verter sangre inútil, el verdadero vencedor de Lee, el jinete pintoresco, el general romántico. Pero aquella cabeza no se inclinó para dar gracias, ni el caballo caracoleó, ni abatió la espada, sino al pasar junto al estrado del Presidente de la República; ¡traidor es el que recibe homenajes para sí frente al que en su persona lleva encarnada la patria! Te defendí ¡oh patria! en la hora de la necesidad; pero no te perturbaré en la hora de la paz con mi ambición, porque me diste vida para defenderte y ocasión para ganar gloria; ¿haré yo de mi valor ¡oh patria! un látigo, y de ti haré mi caballo? Así no habló Sheridan, que no era hombre de palabras finas; pero obró así, que es mucho mejor que hablar. Y cuando vino de saludar al Presidente, pareció como que venía de otra victoria.

Y hombre más militar jamás lo hubo, ni más resuelto en los combates, ni más amigo de las cosas de la milicia, con aquel tanto de desdén del militar por quienes no han puesto, como él, el pecho ante la muerte. El peligro es como una investidura; tienen como majestad los que se han visto en riesgo de morir; la hermandad de los que han afrontado el peligro anuncia que en la muerte están de veras la concordia y reposo que en la existencia se anhelan en vano; de todos los camaradas, los más amigos son los conmitones, que se celan y aborrecen cuando disputan entre sí un premio apetecido, pero se ligan tácitamente, con una lealtad rayana a veces en crimen, en cuanto el país amenazado por su prepon-

derancia se dispone a poner coto a los que quieren volver contra él la gloria y privilegios que le deben. ¡Pelear es una cosa y gobernar otra! Subordínese, decía Sheridan, el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no inhabilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar. Yo sé aterrar de un tercio a un escuadrón, y de una galopada entusiasmar a un ejército; pero de los elementos nacionales, de la mezcla sutil y lenta de las razas, de los celos y arterías que suscitan a los pueblos nuevos sus rivales, de las leyes de hacienda y de la gestación social, de los problemas de la industria y los caminos del comercio, ¿qué sé yo? ¡Yo no he leído nada de eso en mi sable! “Muchachos, con el brazo alzado digo que desea mi mal el que me quiere sacar de mi gloria tranquila para llevarme a dar tumbos de acróbata en la Presidencia de la República. ¡Por la ley y por la paz, muchachos!”

Lo de acometedor se le veía en los ojos vehementes, y en la cabeza, que parecía testuz.

El cuerpo se le iba del lado de la brida. Las piernas eran dos hilos y sustentaban con dificultad el torso enorme. De hombro a hombro había una carrera de caballo, y del pecho a la espalda cabía un héroe. Del torso, como del carapacho de una tortuga, salía la cabeza esférica, movable e impaciente, como buscando por donde arremeter. Dicen, que en batalla era hermoso verlo, cuando tenía el pelo negro y no pesaba más de ciento treinta libras, correr de uno a otro grupo, tendido sobre el cuello del caballo, chasqueando el látigo de cabo de marfil, redimiendo con la gloria de los ojos lo corto de las piernas. “¡A ellos, muchachos, a ellos, hasta que les gastemos las botas!” “¡Vuelvan la cara, bribones, vuelvan la cara!” “¡Muchachos: aquellas tiendas son nuestras; hemos de dormir en ellas esta noche!” Y aquella menudencia de hombre iba y venía como una llama de un escuadrón a otro, volvía a todo galope a la altura donde era hábito suyo presidir el combate, y cuando con su ojo redondo veía de lejos un peligro inesperado, o un encuentro muy recio, de un espolazo caía en medio de la brega y con el ejemplo de su bravura renovaba la de sus soldados. ¡A pelear hemos venido, y la guerra es del que pelea! ¡Atacar, atacar! ¡No hay más que atacar para vencer! ¡Retirarse, bueno, cuando ya no tengan fuerza los dientes para sujetar el sable! Y, como los salvajes, los soldados rompían en vítores, al ver chispear por entre el humo sus hombreras de oro.

De nacimiento vino peleador, como de padres irlandeses, que son cepa bravia; pero no era de esos gandules que se crían el brazo para que les alaben la robustez, sino de los bravos de verdad, que aguardan a tener razón para vencer con la fuerza de ella. ¿Tiene cinco años y se le resiste un potro cerrero? ¡pues a gatas lo monta, y echa a andar con él, sin bocado ni silla! ¿Son muy pobres sus padres y ya le han dado la educación que podían, leer y escribir, en la escuela del lugar? ¡pues, por peso y medio al mes, se acomodará de mozo de limpieza en una tienda, y el Sol, al salir, lo verá barre que barre todas las mañanas! Todos hablan de “Felipín”, de aquel industrioso Felipín que en nada se maravilla, ni parece que guste mucho de libros, pero da señas de hombre, ágil en sus quehaceres, cauto antes de soltar el puño, tremendo cuando lo suelta.

Toca al distrito nombrar cadete para una vacante del colegio de West Point, y el diputado, que era hombre de llaneza, no propuso a hijos de rico, sino a Felipín. En lecciones, mal; en conducta, peor; en táctica, bueno; en genio, cuando un sargento de su clase lo reprende en filas, se va encima de él con la bayoneta calada; rompen líneas, echa el fusil en tierra y la emprendió a puñetazos con el sargento, que le lleva dos cabezas. Después de un año de castigo sale teniente entre cincuenta y tres con número treinta y cuatro; y lo envían a los Estados nuevos, al trato de los rufianes de la frontera, a la guerra con los indios. Lleva dotes felices: mide de un ojeo el campo en que ha de combatir; todo lo toma en cuenta: la vereda, el arroyo, el peñasco, el breñal, el tronco de árbol, si es de arena el suelo, si es de tierra húmeda; olfatea a los “coquillos” y “yokimas”; duerme de bota puesta, pronto siempre a rechazar al salvaje. Aprende a forrajear, a acampar, a retirarse en orden, a marchar de prisa sin fatigar las cabalgaduras, a informarse, a asomar cuando no se le espera, a nochejar en la silla. El indio es como los ríos, que suelen correr por debajo de la tierra; se hundió allá atrás, al pie de un olmo, ¡y surge, untado de bija fresca y con su cresta de plumas, entre los cascos del caballo! Aprende el vuelo del indio, que lo aprende del águila. Y cuando el Sur arrogante provoca a guerra al Norte mercader, allí estaba, piafando como su caballo, el que a rienda tendida había de acorralar sobre Appomattox al Sur cadavérico, sin más oro que el de la espada de Lee, sin más caballos que los que ya habían aprendido a huir, sin más trigo que el que les había llevado de sus graneros el enemigo. Jamás fue tan bello el Sur como cuando se rindió en Appomattox, haraposos, descalzo, vendada la cabeza, la barba ensangrentada, apoyado, para no caerse

de hambre, en su caballo macilento. Sheridan deslució su triunfo tratando a los vencidos de Luisiana, no con el arte de paz, que en la guerra mal se aprende, sino a ordenanzas y a gritos. Lo que en el militar es virtud, en el gobernante es defecto. Un pueblo no es un campo de batalla. En la guerra, mandar es echar abajo; en la paz, echar arriba. No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas.

Fue al principio de la guerra, como aquellas aves mayores que no caen de una vez sobre la presa, sino dan vueltas ponderosas en el aire, como tomando impulso, y luego, abierto el pico y erizadas las garras, se abalanzan de un vuelo a la víctima, como una saeta. El que de una batalla se aseguraba las estrellas de coronel y al mes era brigadier y a la otra arremetida mayor general, se contentaba con salir capitán de esta pendencia. “¡Ira de Dios!” le oían decir, al montar de mala gana, lejos del campo donde tronaban los cañones de Grant, su pobre caballo de teniente. Se despuntó a dentelladas el bigote. ¡Ellos allá, y yo aquí cuidando indios! Y sin la recomendación del general Halleck, que siempre puso el hombro en sus ascensos, allí se habría podrido aquel valor, llenando mochilas y contando raciones, de capitán de *detail* en Michigan. También lo habían hecho juez de reclamos, cuando el Norte trataba aún al Sur con mano cortés y pagaba a los neutrales lo que hubiesen habido mal las tropas; pero estas aguas blancas y modos de miel no parecían propios al juez para tiempos tales, y por manirruído y áspero de palabras lo sacaron pronto de la silla del juzgado. ¡El allí, con el sable dormido sobre los brazos del sillón, y allá lejos el asalto de Fort Henry, la toma de Donelson, la carnicería de Shiloh! Por fin le dan el mando de una brigada de caballería; lo apura el contrario; abre sus fuerzas; cierra por retaguardia contra los rebeldes, que ya por el frente lo tenían ahogado; ¡y los que les estaban echando encima los belfos apenas tuvieron tiempo para volver las ancas!

En Stone River no manda sólo caballos, sino el ala izquierda del vacilante Rosecrans. Bragg lo aprieta por la derecha y va echando atrás, a punta de rifle, a los federales. A oleadas se repliega el centro, picado por Clayborne. Pero Sheridan, con su ojo de trilobites, ve por el frente, por los flancos, por la espalda. Cambia sus líneas. Cierra su cuadro. Vuela de la colina donde manda a los montones que flaquean. El aire está rojo, por el resplandor y por los ternos. ¡Para eso le enseñaron en West Point la táctica de todas las armas! ¡Donde la infantería desfallece, allá

va a sacarla del estrecho la caballería! ¡Carga por retaguardia, contra aquel pelotón que corre a tomarle los cañones! La caballería es eso: lo inesperado. Donde pueda moverse y la sepan tender y replegar a tiempo, la caballería decidirá siempre las batallas... Y en las tres horas de pelea implacable, Rosecrans tuvo tiempo de poner su gente donde trató en vano de desalojarla el enemigo envalentonado. “¡Esto es, general, todo lo que queda de nosotros!”—“¿Y los tres brigadieres?”—“¡Muertos!”

Por indeciso quitan el mando a Rosecrans. Por sostenido se lo dan a Thomas; Grant es, por fin, nombrado jefe de las tropas que asaltan a Chattanooga, corazón de la guerra. En Chattanooga es la refriega. Los confederados, repletos de municiones, coronan el monte; los de Grant, codo en rifle, aguardan la orden de escalar; en el día límpido estallan las descargas como bocanadas de carmín en florones de humo; como chasquidos de látigo baja de la cumbre el fuego graneado de la fusilería. De pronto, ¡allá van los soldados, tragándose peñas! Allá van, sin esperar órdenes, una división, otra, otra! ¡Sheridan ve el primero la arremetida que general alguno puede contener; se saca del bolsillo el frasco del *whisky*; saluda con él al enemigo, que borda la eminencia; bebe el frasco de un trago; mete la espuela a su animal hasta la bota y a galope va entre hurras, a la cabeza de su gente, y embiste a caballo breña arriba! El ejército acude a reforzar aquel ataque loco. Bragg ceja. Sheridan va delante de los suyos; parecen más altos, porque caminan sobre muertos: los confederados, roca abajo, huyen; erguido, como de piedra, enfrena su caballo sobre la cumbre más empinada un hombre de piernas cortas y torso gigantesco.

Grant y Sheridan habían tenido antes su enojo, al irse Sheridan contento del cuerpo que Grant mandaba, bien porque le turbasen el corazón aquellas punzadas de la envidia de que por lo flaco de la carne no están libres los caracteres más nobles, bien porque desconociese el valer de Grant, con aquella curiosa ceguera que los hombres eminentes suelen tener para los méritos análogos al suyo. Pero no hay grandeza verdadera sin sencillez y generosidad; y aquellos dos eran de veras grandes. “Sí, sí, lo haré jefe de caballería”, dijo Grant en cuanto Halleck le propuso para el puesto a Sheridan. “Ahí le va”, escribió Lincoln a Grant, “un hombre de pocas libras; pero es el que necesitamos.” La guerra es poética y se nutre de leyendas y asombros. La guerra no es serventesio repulido con ribete de consonante y encaje de acentos. La guerra es oda. Quiere

caballos a escape, cabezas desmelenadas, ataques imprevistos, mentiras gloriosas, muertes divinas. Quiere héroes que sepan echar la vida al aire, como el matador echa, al brindar el toro, la montera. Quiere asedios increíbles, y montevideanas defensas. La muchedumbre humana es aún servil y ama al que vence. El alma humana es como una caja de colores que, al sol de la gloria, resplandece. Los cráneos están llenos de colores. El hombre ama lo centelleante y pintoresco.

Dice a las muchedumbres algo grande, sea elocuencia, sea embestida, sea resistencia, sea virtud, sea crimen. Grant aturdía. Sherman pasmaba. Sheridan sólo deslumbraba; no hubo más que un vitor cuando Grant lo hizo jefe de la caballería.

¡Y qué meses de angustia! Early, el jinete rebelde, era señor del valle de Shenandoah, y con los cascos de sus caballos echaba todas las mañanas polvo sobre Washington. Las Bolsas vendían a tipo de pánico el oro. Los bancos se cerraban. Cada mañana se creía ver a Early cogiendo flores en el jardín de la Casa Blanca para la mesa de Jefferson Davis. ¿Qué haría Sheridan con aquella caballería flaca y zancuda, policía trasnochada, sin más oficio que el de sereno y centinela, piquete aquí y escuadrón allá, cojeando tras un convoy o vigilando el rancho? “¡Con pen-cós, ira de Dios, no se puede perseguir águilas!” “¡Ahora voy yo a enseñar lo que se puede hacer con la caballería!” Y es verdad. La caballería es como el gerifalte de la guerra moderna, en caer cuando no se la espera, en venirse con la presa en los dientes, en recogerse cuando lo quiere el cazador. El valor crece a caballo. En el caballo hay gloria. ¡Oh Dios! morir sin haber caído sobre los tiranos con una buena carga de caballería... Sheridan sabe que, para que un sable corte bien, hay que tem-plarle la hoja. El general debe organizar primero y pelear después. Rehace su arma; reduce el servicio de piquetes; llama la reserva; ordena la remonta; quema los arreos viejos; hace bruñir la piel de los caballos; las chapas nuevas centellean; las esclavinas alegres flotan sobre los hombros; ¡soldados, vean que los sables tengan filo! Mientras la nación asustada murmura, él reconoce el valle donde va a operar, lo que se tarda en subir esta cuesta, lo que se puede esconder en aquel recodo, los caminos por donde pudiera el rebelde sorprenderlo, la distancia a que se ha de soltar la rienda fresca para chocar con el rebelde exhausto cuando aún no se tenga fatigado el ímpetu.

Y, parado en los estribos de bronce, mide la extensión cubierta por el ejército del Norte y lo ciñe y protege con la fuerza rehecha de caballería; ¡por donde avancen infantes y cañones, allá vayan jinetes con

ellos! ¡cuando tengan la infantería los rebeldes al cuello, la caballería se los vendrá a sacar por el cogote!

Y entonces fue aquella carrera frenética del retinto "Rienzi". Sheridan había vencido a Early una vez, y fue a consejo a Washington. Venía a buen paso en el retinto, meditando, entre una y otra visita al frasco, mayores correrías, cuando husmeó de pronto la derrota. "General, ¿qué es?"—"¡Ira de Dios! ¿no lo sienten en el aire? ¡que nos han derrotado!" En Winchester le esperan los rumores del desastre. "¡Conmigo, veinte!" El camino está lleno de grupos de cobardes. ¡Crook queda atrás, vencido! ¡Early lo está anonadando! "¡Vuelvan la cara, hijos!" "¡Vamos hijos! ¿quién ha dicho miedo?" Le tiembla al hombre la barba, y al caballo los flancos cubiertos de espuma, cuando acorta bridas en Cedar Creek frente a los cañones. "¿Y Crook?" "¡Allí!" A trote largo va a la tienda de Crook. Las granadas revientan junto a la tienda. Oye el parte de pie, descabezando con el látigo las yerbas que le quedan cerca. Balazos parecen las respuestas de Crook. Vuelan los edecanes cargados de órdenes. Se tiende en el suelo y habla bajo con su teniente. "¡Señor!" dice un ayudante que llega a escape: "¡el Diecinueve está cercado!" "¡Ira de Dios!" Se alza de un ímpetu, da un latigazo a la última yerba que queda con cabeza, salta al caballo moro que pidió de refresco, echa a tierra el capote, le abrochan las hombreras de general; y no enfrenó el caballo hasta que tuvo en hilera, frente a su tienda, las veinticuatro piezas que acababan de ganarle los confederados; hasta que en nubes de polvo se perdían por el valle negruzco sus espantados enemigos.

"¡Valió por mil hombres!" dice uno. ¡Cómo iba a escape, acostado sobre el caballo, de grupo en grupo! ¡Qué vivas, qué vivas los de los soldados! "¡Viva Sheridan!", y una arremetida. Le lloraba la voz, le lloraba de veras: "¡Hijos, a ellos, que nos quitan la honra!" "¡Duro, hijos! ¡ésta va a ser la buena!" Y así hasta que los echó en remolino por el valle, dispersos como cuando sorprende a la manada el pánico. "¡Ira de Dios!" dijo al echar pie a tierra, acariciando, como si fuera la cabeza de un Felipín, una de las piezas de artillería. "Este valle se lo he de poner de modo que ni un cuervo me pase por aquí si no lleva al lomo las provisiones."

Y así les puso el valle: sin raciones para los hombres y sin forraje para los caballos. ¡No volverán por aquí a merodear! ¡Fuego al valle de Shenandoah, a las cosechas, a los establos, a los cortijos, a dondequiera que pueda asilarse un rebelde! No vaya a creerse que peleaba el Norte

con guante blanco, o saludando hasta el estribo con el sombrero, como cuando se baila a caballo la cuadrilla. "Que no quede nada en pie, manda Grant, que pueda convidar a volver al enemigo; tome para sí el ejército cuanto grano y forraje y bestias necesite; y lo que no pueda tomar para sí, destrúyalo."

Los edificios los mandó proteger Grant; pero Sheridan solió quemarlos: ¡fuego a todo lo que pueda servir de alimento o albergue al enemigo! Y por el valle, y por dondequiera que había tropas, no quedó en pie un trigal que pudiera parir granos para los rebeldes, ni un cercado que pudiera darles sombra. "Inhumano me llaman porque quiero privar al enemigo de recursos con que seguir la guerra; ¡inhumanos e hipócritas son los que, so pretexto de humanidad, quieren prolongarla! Para hacernos la guerra necesitan dinero; ¿qué escrúpulo es ese que mata a los hombres y no quiere matar el dinero? El modo más generoso de pelear es destruir todos los recursos de guerra del enemigo, sus caballos, sus reses, sus cosechas, sus posadas, sus aperos de labranza. Conque ¿a comer vienen al valle? ¡Pues que coman ceniza!

¡Y así, en un año, con Sherman partiéndolos en dos, Oeste abajo; con Grant amartillándoles el frente; con Sheridan picándoles el riñón en Shenandoah, flacas las bestias hasta el hueso y los hombres hasta el esternón, se acabó la guerra!

El era como el perro de pelear, que lo que ase no lo sueita sino con la encía; ¡a bailar se va al baile, y a pelear se viene a la guerra! El general ha de llevar el mapa en los ojos; batalla muy estudiada, es batalla medio perdida; se estudia la mitad y la otra se improvisa; ¡mi plano es el campo del combate y mi tintero el estribo! ¿Desmaya la gente, que espera refuerzos, y pasa una locomotora? ¡pues a galope, a decirle al maquinista que pite recio, para que la gente crea que el refuerzo ha llegado! ¡Pie atrás, jamás, hasta que no esté el sable en el lomo y no quede para bala ni el último diente del caballo! Del enemigo, siempre cerca, y de la base de operaciones. Dormir, una vez a la semana. Por las buenas si quiere, y si no quiere por el temor, se le saca el informe a la gente enemiga. "Conque ¿no sabe, mi amigo, dónde está el río?"—"No, señor."—"¿Y cuánto hace que vive por aquí, mi amigo?"—"Pues toda la vida, señor."—"¡Pues llévenme a este amigo a pie hasta el agua, unas treinta millas de aquí no más, para que conozca bien el río!"

Era hábil en improvisar recursos y afrontar con planes nuevos los cambios súbitos del enemigo; habituaba al soldado a poner atención en las mayores sencilleces, para que las sorpresas en el aprieto de la pelea le fueran más difíciles; ¡el soldado es mi hijo, decía; el soldado es el que gana las batallas!: “¡llévenme con mucho mimo a la grupa a ese pobrecito herido!” Siempre, mientras duró la campaña, estuvo de bota y látigo, como si los rebeldes fueran a caer sobre su campamento; salía de un ataque y ya estaba dando órdenes para precaverse de otro; por la comida de su gente era celosísimo, lo mismo que por la de los caballos; y aunque luego, con la fiestas de Washington, se hizo a caldos famosos y salsas superfinas, en la guerra era de tanta sencillez, que cambió un día, después de la embestida de Chattanooga, una codorniz con pan y miel que tenía para cenar, por unas cuantas ostras y galletas. Era tan mirado en preparar sus planes como veloz en acometerlos; y encontró el mejor modo de hacerse adorar por los soldados, que es no sacrificarlos sin necesidad y pelear a su cabeza. “¿Sin miedo?” le preguntó Dana, el director del *Sun*, después de Cedar Creek “¡Miente el que diga que no tiene miedo! Lo que es a mí me da un miedo del diablo, y si pudiera, me echaría a correr; eso del valor no es más que el poder de la voluntad sobre la mente.” ¡Pero bastaba mirar a aquellos ojos, ya bovinos por la vida regalada de sus últimos años, para saber que en aquel pecho, vasto como una caverna, no se apagó jamás la llama! Desvergüenzas, decía más que un español. Era brutal una vez que otra. Pero cuando ofendía en las filas, sin razón, a un oficial valiente, él, el mayor general, en las filas le iba a pedir perdón, sombrero en mano.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 3 de octubre de 1888

EL POETA WALT WHITMAN⁷

Fiesta literaria en Nueva York.—Vejez patriarcal de Whitman.—Su elogio a Lincoln y el canto a su muerte.—Carácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman.—Novedad absoluta de su obra poética.—Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético.—La poesía en los pueblos libres.—Sentido religioso de la libertad.—Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman

⁷ Este trabajo fue enviado también por Martí a *La Nación* de Buenos Aires con fecha 23 de abril de 1887, donde salió publicado el 26 de junio del mismo año.

Nueva York, 19 de abril de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

“Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado.” Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Sólo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placentas, por diferencias de mero accidente; como el budín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro; de modo que, cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente—del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema,—del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone, acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de dogos. Así parece Whitman, con su "persona natural", con su "naturaleza sin freno en original energía", con sus "miríadas de mancebos hermosos y gigantes", con su creencia en que "el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte", con el recuento formidable de pueblos y razas en su "Saludo al mundo", con su determinación de "callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas"; así parece Whitman, "el que no dice estas poesías por un peso"; el que "está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe"; el que "no tiene cátedra, ni púlpito, ni escuela", cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto; poetas de aguamiel, de patrón, de libro; figurines filosóficos o literarios.

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Víctor Hugo; Emerson, cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo; Tennyson, que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra, ternísimos mensajes al "gran viejo"; Robert Buchanan, el inglés de palabra briosa, "¿qué habéis de saber de letras—grita a los norteamericanos,—si estáis dejando correr, sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?"

"La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empequeñecimiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. El se crea su gramática y su lógica. El lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja." "¡Ese que limpia suciedades de vuestra casa, ése es mi hermano!" Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

El no vive en Nueva York, su "Manhattan querida", su "Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies", a donde se asoma cuando quiere entonar "el canto de lo que ve a la Libertad"; vive, cuidado por "aman-

tes amigos", pues sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan, en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en su carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los "jóvenes forzudos" en sus diversiones viriles, a los "camaradas" que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer "la institución de la camaradería", a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. El lo dice en sus "Calamus", el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: "Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor; amantes, continuos amantes es lo único que me satisface." El es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus "Hojas de Yerba": "Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre; anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos."

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al Sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el Sol que lo ve todo, "los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad". Pero ayer vino Whitman del campo para recitar, ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, "aquella poderosa estrella muerta del Oeste", aquel Abraham Lincoln. Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, himnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían, acaso, entender aquella gracia heroica. La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la Tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el Sol del mar, incendiando las nubes; bordeando de fuego las crestas de las olas; despertando en las selvas fecundas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen; los picos cambian besos; se aparejan las ramas; buscan

el Sol las hojas, exhala todo música; con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las producciones más bellas de la poesía contemporánea es la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La Naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la Tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes, la Luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que "El Cuervo" de Poe. El poeta trae al féretro un gajo de lilas.

Su obra entera es eso.

Ya sobre las tumbas no gimen los sauces; la muerte es "la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora"; lo que está siendo, fue y volverá a ser; en una grève y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes; un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con majestuoso movimiento su puesto definitivo en el espacio; la vida es un himno; la muerte es una forma oculta de la vida; santo es el sudor y el entozoario es santo; los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla; abrácese los vivos en amor inefable; amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, la muerte; el sufrimiento es menos para las almas que el amor posee; la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido; del mismo germen son la miel, la luz y el beso; ¡en la sombra que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas!

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y sus décadas. No puede haber contradicciones en la Naturaleza; la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de

vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno—privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia,—aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creáis la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantads, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo.

Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho; oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo, para Walt Whitman, fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo; porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, "propósitos alados". Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos; "¡nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!" Se ríe de lo que llaman desilusión, y conoce la amplitud del tiempo; él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo; donde uno se degrada, él se degrada; él es la marea, el flujo y reflujo; ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la Naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres, después de haberlos amado. Su deber es crear; el átomo que crea es de esencia divina; el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del Universo, entona el "Canto de mí mismo". De todo teje el canto de sí: de los credos que contienden y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes "ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja." El se ve como heredero del mundo.

Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que definiendo una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría; todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno; sobre todo, debe dejar caer la barba blanca. Pero, eso sí, "ya

se ha denunciado y tonteado bastante"; regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores; ¡procreen en vez de querellarse y añadan al mundo! ¡Créese con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

El es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo, "idos", dice al médico y al cura, "yo me apagaré a él, abriré las ventanas, le amaré, le hablaré al oído; ya veréis como sana; vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor". El Creador es "el verdadero amante, el camarada perfecto"; los hombres son "camaradas", y valen más mientras más aman y creen, aunque todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera; mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que éste fue creado, sabe, por lo que el Sol y el aire libre le enseñan, que una salida de Sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor universal y frenético; oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el Sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador, reconoce que el hombre es definitivamente bueno y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar. "Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza; yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto." Una de las fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas como si fuera a violarlas, cuando sólo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza; imbeciles ha habido que cuando celebra en "Calamus", con las imágenes más ardientes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno a aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes y de Horacio por Giges y Licisco. Y cuando canta

en "Los Hijos de Adán" el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del "Cantar de los Cantares", tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad satisfecha, recuerda al dios del Amazonas, que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: "¡mi deber es crear!" "Yo canto al cuerpo eléctrico", dice en "Los Hijos de Adán"; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis; es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar semejanza apropiada a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe hambriento que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino. ¿Y decís que este hombre es brutal? Oíd esta composición que, como muchas tuyas, no tiene más que dos versos: "Mujeres Hermosas". "Las mujeres se sientan o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas; las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes." Y esta otra: "Madre y Niño". Ve el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio! Los estudió largamente, largamente. El prevé que, así como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo dignos del Universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que "ya siente mover sus coyunturas"; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrasado por el mar. Todo lo que vive le ama: la tierra, la noche, el mar le aman; "¡penétrame, oh mar, de humedad amorosa!" Paladea el aire. Se ofrece a la atmósfera como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerradura y cuerpos en su belleza natural; cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo; él es "Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, sensual, carnoso, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás. Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y, ansiosa de poseerle, lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, libre el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen: en la noche, el sueño y la muerte; en el canto de lo universal, para beneficio del hombre común; en que

"es muy dulce morir avanzando" y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque, con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Recuerda en una composición del "Calamus" los goces más vivos que debe a la Naturaleza y a la patria; pero sólo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. El ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él sólo son grandes los útiles. Echa el brazo por el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que, apoyado en la lanza detrás de sus percherones, guía su carro sereno por el revuelto Broadway. El entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan por sobre sus cabezas los martillos, y dan cada uno a su turno. El es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a sus puertas perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa; en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo; si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor y volverá a sentarse a la mesa, ¡como si hubiera matado una víbora!

Walt Whitman, pues, está satisfecho; ¿qué orgullo le ha de punzar, si sabe que se para en yerba o en flor? ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreselva? ¿cómo no ha de mirar él con tranquilidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la Naturaleza? ¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe, y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece; pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado, como excrecencia inútil, la lamentación romántica: "¡no he de pedirle al Cielo que baje a la Tierra para hacer mi voluntad!"

Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales "porque no se quejan". La verdad es que ya sobran los acobardadores; urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas; dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja; pues los llagados ¿van por las calles enseñando sus llagas? Ni las dudas ni la ciencia le mortifican. "Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada; ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia." Pero donde su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia; ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer? "Aquel que cerca de mí muestra un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío." "¡Penetre el Sol la Tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce. Yo canto la eternidad de la existencia, la dicha de nuestra vida y la hermosura implacable del Universo. Yo uso zapato de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol!"

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh, no! su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas.

El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde, por la extrañeza y pujanza, a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un *continente* fecundo con portentos tales, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados. Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimbombancias se trata, y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre; trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido; trátase

de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje Naturaleza; trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos. ¿Apareará consonantes Walt Whitman y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres y Sol que en todo impera, y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?

¡Oh! no; Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírlo se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes. En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería; otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes; suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al Sol; pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. El mismo dice cómo habla: "en alaridos proféticos"; "éstas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro". Eso es su poesía, índice; el sentido de lo universal pervade el libro y le da, en la confusión superficial, una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten; "lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas"; "di, Tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?" "hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo".

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias. El no infla tomeguines para que parezcan águilas; él riega águilas, cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas; el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. El no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la Naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud de un asunto a sus análogos; mas luego, como si sólo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito y guía de cerca, con puño de domador, la cuadriga encabritada, sus versos van galopando, y como

engullendo la tierra a cada movimiento; unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido. Esboza: pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por repeticiones atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad a regla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *viva, camarada, libertad, americanos*. Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que, con arrobó perceptible, y como para dilatar su significación, incrusta en sus versos?: *ami, exalté, accoucheur, nonchalant, ensemble; ensemble*, sobre todo, le seduce, porque él ve el cielo de la vida de los pueblos, y de los mundos. Al italiano ha tomado una palabra: *¡bravura!*

Así, celebrando el músculo y el arrojó; invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanos se extienden y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la Primavera rociada con champaña,

la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, “¡desembarazado, triunfante, muerto!”

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 1887

HENDRICKS

Ojeada sobre su carácter.—Cómo crece una persona política.—El gran fraude de 1876.—El sacrificio de Tilden.—Representación de Hendricks en la administración de Cleveland.—En caso de muerte de Cleveland, los Estados Unidos quedarían sin Presidente.—Reforma de la Constitución

Nueva York, Diciembre 5 de 1885

Señor Director de *La Nación*:

El otoño trae muertes; el alma de adentro se vivifica y decae con el alma de afuera, y por el espíritu del hombre se entran los fríos que encogen en noviembre el Universo.

Estaba sentado hace pocos días, en su silla de estudio, el Vicepresidente de los Estados Unidos, el abogado Hendricks, y, de repente, quedó muerto; ni a su mujer tenía al lado, que fue a la sala a hablar con un visitante sobre negocios; ni a su mujer, sin cuyo consejo no dio nunca paso en política, ni empezó campaña de elecciones, ni pronunció un discurso; ella tomó de él cierta virilidad, que, a lo que parece, no la hace simpática; él tomó de ella la suavidad femenil que avalora y refina los talentos.

Los talentos, para ser eficaces, han de reunir en sí ambos sexos: el hombre, que invade; la mujer, clemente.

A nadie tenía Hendricks cerca de sí más que a sus libros.

Lo mató el mal de esta época. Las rocas roen las costas, les comen los bordes, abren en ellas cavidades, las echan hacia adentro; en este tiempo de ansias, en esta colosal y descompuesta regata por la prominencia y el lucro, en este celo necio e infecundo del bien ajeno, en este súbito desequilibrio que han traído las conquistas modernas entre la igualdad de los derechos políticos, que abre las puertas a todas las aspiraciones, y la fortuna y la condición social, que no se igualan con tanta presteza, bate sobre los corazones la sangre agitada por el correr, por el desear, por el envidiar, por el temer que de un revés se lleve la fortuna el bien codiciado, siempre escaso.

De mucho latir se le murió el corazón al Vicepresidente, o tal vez de haber deseado en vano.

Fue persona de mucha honestidad privada, pero muy amiga de las vanidades políticas; tanto, que, para verlas satisfechas, siempre miró más a complacer a los que podían asegurárselas que a los grandes intereses del Estado.

Desde muy joven batalló con votos, y fue maestro en ellos; hacía arte y gala de pedir para sus partidarios, que le daban su voto y le procuraban más; pero con hacerle andar siempre, plato en mano, en busca de posiciones, le quitaban aquel mayor decoro y libre empuje que da a los hombres derecho natural a los primeros puestos; una cosa es partir honradamente la buena fortuna con sus amigos y otra ver la nación como un plato de uso propio, hecho para que se festejen de él los que nos ayuden a ganar un puesto encumbrado.

Votos se logran así, y puestos; mas no la fama duradera, que es la única que entre gente honrada puede hacerlos apetecibles.

Desde niño vivió entre hombres de influencia política, oyó hablar de los partidarios que hacía su padre y vio cómo se sujetaban voluntades en época de elecciones cuando fue hecho gobernador su tío; de su madre, de ascendencia escocesa, le venía la tenacidad; y de sus abuelos, americanos del tiempo viejo de la colonia, el desamor de todo lo inglés, el espíritu de secta y cierta incapacidad de lo universal que, como un hombre encasacado en un frac azul de botones de oro, persiste aún, agresivo y terco, en medio de este gran hervimiento y renovación de caracteres. El americano nuevo, criado en medio de todo lo extraordinario, desdeña, invade y puja, y no soporta frenos; esos otros americanos de abolengo antiguo traen de raza un despego de todo lo que no es nativo y una áspera complacencia de sí que, aun en medio de esta enorme hornalla de naciones, les da una cierta apariencia de aldeanos.

Había en Hendricks natural poder, amor a la brega de la vida y singular claridad de inteligencia; pero, criado entre abogados practicones y amigo de la prominencia rápida, que se adquiere a costa de la austeridad de principios, redujo con las pequeñas artes de la abogacía las dotes originales que le permitieron mantener en una larga existencia su influjo en su partido; porque no era de los que llevan a su partido a donde debe ir, sino de los que van por donde su partido vaya, y a estos hombres los partidos encumbran siempre y repletan de distinciones, porque por ellos se sienten servidos y adulados.

Era persona de mucho detalle, que servía bien en las comisiones de los congresos, y de mucha parcialidad, como va dicho, por lo que, desde muy joven tuvo numerosos parciales; le adornaban un juicio fino y una

palabra blanda, que ni se sorprendía ni se encolerizaba, ni lo llevaba tras de sí, como se lleva a tantos otros.

El pleitear le familiarizó con las emboscadas y las intenciones dobles, lo que, sobre su genuina perspicacia, le hizo temible esgrimidor en los debates de la política y los tribunales, mientras que su práctica de servir a sus auxiliares fortalecía su influjo y su palabra lo hacía amable.

Iba más lejos con la capacidad que lo que alcanzaba con la acción; porque cuando había peligro de su influencia o de impopularidad en la defensa de una idea justa, se recataba de servirla, por ser su propia persona la que le importaba más; no tenía, pues, aquel desinterés hermoso que es la marca imprescindible de todo gran carácter.

Diputado, senador, comisionado de la distribución de tierras públicas, gobernador de su Estado de Indiana, todo lo fue sucesivamente Hendricks, a quien se le alojó en la voluntad un apetito persistente de la Presidencia; un apetito que mata hombres.

La deseó en 1876, pero las artes que le valían para hacerse de amigos en el Estado no habían sido aún suficientes para asegurar su triunfo como candidato nacional; y los demócratas eligieron para la candidatura a Tilden, y a Hendricks para la Vicepresidencia.

Entonces fue cuando el fraude que acaba de historiar en un curioso libro J. A. Gibson sentó al republicano Hayes, por el dictamen de la comisión electoral nombrada para evitar un conflicto armado, en el puesto a que los votos adulterados de la Luisiana y la Florida habían elegido al demócrata Tilden. Hendricks no acató, como Tilden, una injusticia que salvaba a la nación de un enorme conflicto, sino que insistió, con una tenacidad que no está bien defendiendo un puesto propio, en extremar un derecho que llegó a punto de encender en los Estados Unidos otra guerra; oscurecerse es bien, si así se evita ensangrentar la patria.

Hubo, por supuesto, entonces, y hay ahora, quienes a aquel acto de superior abnegación de Tilden llaman cobardía; no cabe en una cáscara de nuez la esfera celeste; a ciertos actos no es dado el ser entendido por ciertas mentes.

Coronó a Hendricks desde entonces la aureola de las víctimas; y como Tilden, con magnífico desdén, o con noble dolor de ver censurado su sacrificio, buscó en silencio el camino de su parque solitario, Hendricks quedó entre los demócratas como la encarnación más activa de una injusticia que pedía reparación.

Los demócratas, torpes e ingratos, no ofrecieron a Tilden en las próximas elecciones su candidatura, que la grandeza lastima a los que no

son grandes; y como Hendricks de su propia cabeza no tenía fuerza nacional, un soldado simpático, Hancock, fue electo candidato demócrata, y un comerciante rico, Englioch, candidato a la Vicepresidencia, a quienes vencieron Garfield y Arthur.

Cercano ya, por los yerros de los republicanos, el advenimiento de los demócratas, contendieron por la candidatura, dentro del partido, aquellos que todo lo quieren para sí, y ven el partido como divinidad inmaculada, y no lo ensanchan y adecuan a la medida de las necesidades nacionales y los tiempos corrientes, y aquellos otros demócratas nuevos de mayor perspicacia y capacidad de espíritu, que advierten que ya no es esta nación el pueblo sencillo de ha veinte años que se iba ciegamente con los unos o con los otros, sino otro pueblo mayor y curioso que investiga y desconfía, y atiende menos a los clamores de los partidarios que a lo que le parece ha de encaminarle a su bienestar.

En un demócrata, en Cleveland, había encarnado esta demanda general de mayor decoro e independencia en el gobierno; y como era el deseo manifiesto de la nación, los demócratas eligieron como su candidato a Cleveland, que lo encarnaba; y para allegar los dos bandos rivales y aprovecharse de la indignación que el recuerdo del fraude de 1876 levantaba, escogieron a Hendricks para la vicepresidencia.

¡Allí fue donde latió más el corazón del hoy muerto!

Ya se veía de Presidente; ya desde años atrás, que Tilden quería oscurecerse, se estaba viendo; ya tuvo casi de la mano la candidatura, ganada en cuarenta años de parcialidades y de ansias, cuando de súbito aparece un caballero corpulento que cinco años antes era un letrado oscuro en Buffalo, y le arrebató la Presidencia.

Mrs. Hendricks aconsejó que debía dejarse elegir Vicepresidente; pero ¿cómo no debió padecer de aquel derrumbe de acumuladas esperanzas el que había puesto su vida toda en ellas! Se han de poner las esperanzas en lo que no se pierdan; jamás en hombres, escurridizos como las serpientes.

De la elección acá, Hendricks no hizo más, a modo de príncipe heredero contra padre reinante, que acentuar su política hostil a Cleveland; y sin ver que los tiempos cambian y que el país está decidido a hacerse servir de sus gobernantes antes que servirlos, se daba las artes más minuciosas y los más pueriles empleos para allegar a sí, durante la administración de Cleveland, a los demócratas descontentos que no hallan cómo

sacar provecho de ella; con los cuales esperaba Hendricks obtener la próxima candidatura democrática a la Presidencia.

¿Hablaba el Presidente de la urgencia de purificar el servicio público? Hendricks proclamaba en un discurso la urgencia de distribuir los empleos entre los demócratas.

¿Decía el Presidente que el gobierno ha de ser para toda la nación, y no para una camarilla interesada de partidarios? Pues Hendricks decía en una solemnidad que los despojos pertenecen a los vencedores.

¿Destituía el Presidente a un administrador de Correos que daba los puestos floridos de su oficina a sus sobrinos y yernos? Pues Hendricks se hacía el campeón del administrador, y defendía contra el Presidente a los sobrinos y a los yernos.

Más: en la última carta escrita por este Vicepresidente de República se hablaba detenidamente a un traficante político sobre un puesto de portero; así, ¿cómo no han de votar en pro de quien les atiende los porteros y los traficantes?

Los pueblos yerran en las horas de crisis que les turban el juicio; pero, en reposo, es admirable su justicia: ven el hecho, el carácter, el peligro, como entre nubes; pero lo ven; y si por el odio, el interés o el amor, suelen extremar o desviar sus opiniones, es lo más común que las tengan justas y seguras.

Así ha sucedido que la muerte inesperada del Vicepresidente no causó aquella pena que estremece a las naciones cuando desaparece de sus ojos alguno de sus beneméritos; y aunque la curiosidad lo fue a ver, y el Gobierno se declaró en duelo, y su ciudad lo enterró con afectuosa pompa, ni los de su bando ni los del contrario han podido tributarle más celebraciones que las que merece un caballero inteligente y amable que puso su habilidad natural y su honradez no común al servicio ciego y exagerado de su partido y de sí propio. ¡Mayores cosas pueden escribirse sobre el mármol blanco de una sepultura!

Y cuando, llena la casa funeraria de todos los magnates oficiales, y la ciudad de gente, iban ya a poner en el carro el cadáver, la esposa fiel quiso todavía volver a verlo, y se tuvo de pie junto al ataúd, e hizo venir a un fotógrafo para que así la retratara. Entre los que esto veían ¿quién estaba? Estaba Hayes, el que hurtó a Tilden y a Hendricks la Presidencia de la República.

Cleveland no fue al entierro del Vicepresidente; no porque no quisiese ir, sino porque, por una peligrosa omisión de la Constitución de los Es-

tados Unidos, pudieren éstos, muerto el Vicepresidente, quedarse sin persona legal para cabeza del Gobierno, en caso de que en el apresurado viaje a la ciudad de Hendricks se inhabilitara o muriera Cleveland.

El mostraba empeño en ir; pero de todas partes de la nación, y de Mrs. Hendricks misma, le vinieron cartas, y como órdenes, para que no fuese.

Tilden mismo, que manda mucho en los campos demócratas desde su parque solitario, le envió públicamente su opinión de que no fuera, como si supiese que le mandaba con esto una absolución; un misterioso respeto circunda a Tilden, que está aún vivo, y ya parece como una gran sombra, que cubre a su pueblo y le habla.

Está la Constitución dispuesta de manera que, aunque prevé que en caso de muerte del Presidente el Vicepresidente electo le suceda, no prevé quién ha de sucederle cuando el Vicepresidente muera, sin que haya electo presidente del Senado; con lo que queda que si el Presidente también muere, la nación se ve sin Poder Ejecutivo, sin quien, constitucionalmente, pueda convocar a reemplazarlo, y sin presidente del Senado, puesto que éste lo es de derecho, y lo era ahora de hecho, el Vicepresidente.

Ya en tiempo de Garfield se notó el mismo desasosiego, pues así como Hendricks no quiso abandonar su derecho a presidir el Senado, que tiene hoy mayoría republicana, así Arthur se negó entonces a ceder el puesto a un Presidente *pro tempore*, que hubiera sido demócrata, puesto que los demócratas tenían entonces mayoría.

Murió Garfield; tomó el gobierno Arthur; quedó el Senado sin Presidente y la República, como ahora, sin persona legal para suceder al jefe de la nación en caso de su muerte, y sin modo de elegirla.

El año pasado aprobó el Senado una enmienda a la Constitución que ordenaba entre los Secretarios de gabinete la sucesión a la Presidencia; pero no fue aprobada por los representantes; y como el caso a que la muerte de Garfield dio lugar se repite hoy con la de Hendricks, créese segura la aprobación de una enmienda semejante, a menos que la guerra cerrada a que se preparan la Cámara de Representantes y el Senado no traiga su derrota, o su oscurecimiento en batallas mayores.

JOSÉ MARTÍ

EL PRESIDENTE ARTHUR

ANÁLISIS DE SU CARACTER

Interioridades e intrigas de la política de los Estados Unidos.—Los caracteres menores en la política.—Blaine, Conkling y Arthur.—La Presidencia y la muerte de Garfield.—Gobierno, ambición y muerte de Arthur

Nueva York, Diciembre 15 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Llegan doctores hindús a convertir a Buda a este país protestante. Va a la penitenciaría otro de los regidores que tomó dinero de una empresa de tranvías para dar su voto en pro de la concesión. Prepárase el fiscal público a perseguir a los demás sobornados y a los sobornadores.

Cruza el Niágara, en un casco de madera, una moza del campo, a quien se ve por un real en un museo del Bowery. Atrae gran concurrencia la feria azteca, que es una imperfecta exposición de las artes y costumbres mexicanas.

Se votan cincuenta mil pesos para empezar en las escuelas públicas el ensayo de la educación industrial.

Por primera vez entraron como vocales en la Junta de Instrucción dos mujeres, con un pingüe sueldo; lo que se tiene por muy natural, puesto que son mujeres las encargadas de la enseñanza.

Se publica en una revista mensual, *The Century*, la historia nueva de Abraham Lincoln, escrita por sus secretarios L. Nichols y Hay; libro sincero, sano y poderoso.

Quiebra, por el abandono público, una compañía de ópera italiana, y el *Tannhäuser* y el *Lohengrin* llenan de bote en bote el teatro.

Pero el suceso de más significación ha sido la muerte de Chester Allan Arthur, que no hace todavía dos años era Presidente de los Estados Unidos.

Sólo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes.

El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.

Otros mueren, como Greeley y Hancock, de desear la Presidencia. Arthur murió de tener que abandonarla.

Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder que era extraño y enfermizo el brillo de su mirada; que había llanto profundo en su alegría cortés; que los desgajamientos de la caída se le veían en el livor del rostro.

El no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Quiso continuar como propietario en el asiento a que había subido en una hora trágica como sustituto.

El había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de Presidente en la inmediata campaña.

Blaine le puso en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida.

Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías, comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine, y no él, era el candidato de su partido para la Presidencia.

Se le entró por alma y cuerpo, como un tósigo, aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta; y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos, y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo

y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que sólo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

Así aconteció que, muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la Naturaleza la insignia del poder, fue la política del partido republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes.

El Sur, domado, no inspiraba miedo. El Norte, próspero, sólo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo contra quien combatir, combatieron entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo.

No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra.

La idea misma que produjo al partido republicano, descansó después de vencer; con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella.

Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los codiciosos y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo y de mera ambición en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la República creó a Arthur.

Claro está que, en un país de pensamiento, sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que, por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, sólo va creciendo al amparo de ellos, ante la opinión, el que la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de cautivar para sí la simpatía pública; hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desvergüenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo.

Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he ahí que la persona

política se condensa y consagra, y queda en puesto para las más altas empresas, caso de que los lances de partido, diestramente aprovechados, las lleven hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los Presidentes de los Estados Unidos: de un sacerdote protestante.

El suyo fue buen padre, puesto que en su tiempo y país no reñían, como reñen en otros, el ser padre bueno y criar a su hijo para abogado.

El futuro Presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno: la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese estado de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir Arthur, con el correr del tiempo a ocupar la Presidencia.

¡Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan sabor al aprendizaje llano y, apenas barbados, quieren todos empezar en la vida de pontífices! ¡Así anda el mundo, empedrado de Icaros!

Precisamente se pagó los estudios de abogado con los "quinientos pesos que ahorró" trabajando como maestro de escuela.

Ya titulado, se estableció en Nueva York; y como parece que sí hay hombres que seducen a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.

Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que, por pisar Estado libre, eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur, que aullaba, y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal superior, contra la elocuencia y habilidad de O'Connor; ¡pues hubo lenguas que no se secaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles.

Otro caso vino después a coronar éste. Echaron de un "tramway" a una pobre negra, y Arthur obtuvo, entre grandes celebraciones, la decisión que por primera vez autorizó a los negros, en Nueva York, a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos.

Y ésa fue la acción superior y generosa que mantuvo a Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida; y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante y pulcro de su persona, le abrían las puertas con facilidad extraordinaria.

Pero, más que por estas condiciones, se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad, más dichosa que envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado; y haciendo como que obedecía, fue de cumbre en cumbre tomando rango entre los que mandaban.

Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se le sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y culto, se vino deslizado desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto; y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en pro de la camarilla a que pertenecía, ésta no le escatimaba su apoyo, ni se enclababa de verlo ir subiendo entre aquellos a quienes hacía gala de servir; tanto, que su habilidad suprema fue la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí, sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ella.

Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia.

¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera!

Le iba ayudando su misma pequeñez, porque, por mucho que él deseara, no se atrevía a alzar la mira a más allá de aquello de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y Estado; siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines, el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando en verdad no es más que el refinamiento del egoísmo.

Sin nada que le preocupase tanto como su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, sino iba sobre

firme a lo que le convenía particularmente, y su misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez.

Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar a su república.

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía.

Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente.

Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por moderación caballeresca, el blando modo con que suavizaban su energía, su bondad personal, que fue sincera, y aquellas gracias corteses y llaneza digna que añaden tanto al mérito y llegan a disimular su ausencia y a suplirlo.

Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irreprochable, nunca dejó de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha, que no había en el Estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfante a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos.

El, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones y mantener en oficios lucrativos al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el Estado, este sistema; y lo que en otros parecía repugnante, por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas, sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido y le acreditaban en él de jefe de hombres.

La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos compadrazgos y camareos oscuros. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos.

Obsérvase, además, que cuando todas las noblezas se han oscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil.

Si hay algo sagrado en cuanto alumbró el Sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a ésta de modo que resulte aquél favorecido, o no muy dañado.

Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad.

Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza.

De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa.

Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente; y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la República, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud.

Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades y, no bien se retiran de ella, por noble altivez o pudorosa modestia, los celadores honrados, asaltan sus puestos, como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia

una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa.

Ni, una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido.

De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el Universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres mismos en otros, sucede que estimulan, en vez de sofocar, esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival, que lo más vivo y urgente de la cosa pública.

Así fueron surgiendo en el partido republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia; y Conkling, de Nueva York, y Blaine, de Maine, han venido justando como tremendos enemigos, sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres—por diputación impalpable y mística—del país que se siente amado con generosidad y defendido con pureza, pero con todo el luciente arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes sólo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí, y continúa batallando, con pasmoso poder de supervivencia y versatilidad catilinaria.

Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque, a pesar de su elegantísima palabra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes; y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no hallaba modo de pedir para sí propio.

De esa lucha nació a la Presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en Nueva York su fortuna po-

lítica, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo, desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente, que se lo había ganado con regalos, se vio expulsado de su empleo, so pretexto de pureza, por el Presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur, “para purgar la Aduana de la intriga política de que era centro”, cedía en realidad al interés de su Secretario Sherman, que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de Nueva York un obstáculo temible para su candidatura a la Presidencia, que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del Ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana, se deslució Arthur con indignos provechos; y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido, por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres venales para desempeñar sus oficios; sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso.

Y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas, entre Arthur, partidario franco que trabajaba al sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dio la razón a Arthur.

Y con santa dignidad llevó su caída; y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling, que cuando en la próxima convención de los republicanos para elegir candidato a la Presidencia Blaine triunfó sobre Conkling, obligando a la convención a elegir a Garfield en vez de Grant, ya que no podía hacer recaer la elección en sí propio, ya Arthur había cobrado tamaños suficientes para obtener de Conkling que le permitiera ser propuesto a la convención como candidato a la Vicepresidencia, para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó, a las puertas de la delegación de Nueva York un emisario de Garfield, rogando a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura.

Por esos manejos de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados y como electos, a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros; porque Garfield, escogido para Presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendía que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del Estado de Nueva York, fortaleza de Conkling.

Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque, vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante, en su soberbia, permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se encontraron de tal modo, que vino a sombrearlas la muerte.

Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles, como Secretario de Estado, empenó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman, por mano de Hayes, empenó contra Arthur; y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana en Nueva York sin consultar, como es de uso, a los senadores del Estado en que se hacía este cargo importante. Presidía Arthur, en el interés de Conkling, el Senado de la República, adonde en altivo arranque envió, con general asombro, Conkling su renuncia, en la vana confianza de que, ayudado por Arthur en su Estado de Nueva York, la Legislatura lo sacaría de nuevo senador por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield, que se oponían a su candidatura.

Pero también acá el gobierno puede. La lucha fue tan reñida entre ambas facciones, como si pelearan por grandes intereses nacionales.

Conkling no fue reelecto; Arthur, el Vicepresidente, quedó por enemigo confeso del Presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra; tan estruendoso y amargo fue el combate, que un hombre de espíritu deforme y ambición brutal, Guiteau, creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al Presidente Garfield, a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar, ¡por no haber podido parecer a un Senado hostil!, las libertades de la República.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que causalmente falta a este pueblo ajarioso de los Estados Unidos.

Murió Garfield de la bala de Guiteau; pusieron una estrella de bronce en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido; Arthur sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no sólo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vio muchas veces sollozando y estremecerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía al fin seguro y cercano el instante de entrar a suceder en la Presidencia al adversario muerto a consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal.

Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas y les descubre horizontes no soñados e ignoradas alturas.

Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuido a interrumpir.

Entró en la Presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Sólo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional.

Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno; y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda; a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero; a Grant, por cuyo empeño consintieron los amigos de Conkling en trabajar por Garfield y por Arthur, en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado para quien le pedía el puesto; que también acá, como en todas partes, hay compromisos, y tapujos, y componendas, y comercios, y ahijados.

En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo; y respetando, sin alarde, cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y, sin perder su natural llaneza, revistió de tal decoro su persona y gobierno, que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él, a la terminación de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vio seguro del cariño público y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encumbramiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito, por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado.

Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado en su persona al poder que ejercen. Vio su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado y se fue poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embellecía, a punto que la creía su natural morada.

Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaron a subir de puesto en puesto sin que le estorbasen ni sintiesen.

No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale ilesa, y conoció en sí amargamente, como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan podres no hay que esperar olores; que los que han ayudado a corromper por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban; que el que subió, por su arte de emplear los puestos públicos, a la mayor altura política, no podía mantenerse en ella cuando en su novísima virtud se negaba a comprometer los puestos nacionales, en cambio de votos, a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la Presidencia.

Tan grandes fueron, sea dicho en verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de pedirla. Y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido y la muerte sentada al lado en su carruaje.

Pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe.

Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 4 y 5 de febrero de 1887

EL GENERAL HANCOCK

Muerte súbita del contendiente de Garfield para la Presidencia.—El general hermoso.—Su carrera y carácter.—Su casa.—Muere pobre

Nueva York, Febrero 12 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Parece que en los Estados Unidos se muere de desear. No se hace lo que Horacio aconsejaba a Leuconoe: no se contiene la esperanza en límites estrechos. De las grandes esperanzas se cae como de las grandes alturas: muerto. Acá, muchos de los que han aspirado en vano a la Presidencia pagaron sus aspiraciones con su vida.

Horace Greeley, que no ha tenido igual en lo enérgico de su voluntad y lo brillante del ingenio, murió de eso; aspiró a la Presidencia y lo venció Grant. El Vicepresidente Hendricks, hecho todo a lo abogado, sedoso y temible, y a más muy amigo de sí, murió de eso; aspiró dos veces a la Presidencia, y lo venció Tilden en 1876, y Cleveland en 1884.

Hancock, que llevó dentro de sí la pena de no ser llamado a regir su nación, como quien lleva dentro del pecho una montaña, ha muerto ayer. al fin, de eso; contendió con Garfield por la Presidencia en 1880 y fue vencido. Ya no se le vieron más aquella seguridad y brío con que arremetió en Williamsburg contra los confederados que lo perseguían, y detuvo con su espada, en Gettysburg, la rueda de la fortuna, que se iba camino de los confederados.

Cuidaba en silencio, en la linda isla del Gobernador, a la entrada de Nueva York, de los jardines y canteros que allí embellecen la morada del mayor general del ejército del Este; respondía con su propia mano a cuanta carta le escribían, aunque fuera nimia, engañando así, con las puntualidades de la cortesía, la actividad loca del alma; trataba cada vez a los que le rodeaban con mayor blandura, lo que es signo fijo de muerte cercana; pero el pie en el estribo, no lo volvió a poner jamás como lo ponía antes. Detrás del ánimo se le iban las carnes; ya cuando presidió el entierro famoso del general Grant, que fue su jefe, tuvo que dejar el caballo a media procesión, porque las fuerzas no le igualaban la vo-

luntad; al fin, de pronto, la pena se hizo carbunclo maligno; y esta correspondencia se escribe, frente a un gran arco de pórfido, a la sombra de la bandera a media asta que toda la ciudad enarbola por la muerte del soldado querido, y desafía la lluvia y el viento.

Los escándalos, las genialidades, las intrigas políticas, las noticias menores, los periódicos, todo ha cedido por un momento el paso al caballero inmaculado y clemente que "peleó tan bien en la guerra, que cuando la acabó se quedó satisfecho"; estas cosas épicas dice acá todos los días la gente sencilla. Esa es una frase recogida al pasar en una entrevista con uno de los enemigos de Hancock en la guerra, con el que paseó toda la Virginia hace meses seguido de procesiones de Amazonas, con Fitzhugh Lee.

Dos cosas culminantes se ofrecían a la pluma al empezar esta correspondencia: un gran escándalo y un hombre bueno. Pareció mejor dejar el escándalo para después y hablar primero del hombre bueno.

Y un instante antes de seguir.

Hay algo que hacer notar en la muerte de ese noble soldado, del "general hermoso". General fue, y de los que vencen; militar, desde que le apuntó el bozo hasta morir con el bigote blanco; jefe, casi toda la vida.

Pero el respeto a los demás, que pierden casi siempre los hombres acostumbrados a mandar y es la mejor y verdadera medida de la grandeza del alma, Hancock no lo perdió nunca. *Sir* suele llamar el inglés a su hijo; *gentlemen* llamaba este general a sus soldados.

Cuando en Williamsburg, que fue una de las grandes batallas de la guerra del Sur, fingió que huía, se dejó perseguir por los confederados y se volvió de pronto contra ellos, bayoneta en brazo, ni se acaloró, ni juró, ni dijo cosas napoleónicas; sino esto: *We must give them the bayonet, gentlemen.*

Tuvo desde el principio de la vida satisfechos los deseos; por lo apuesto del cuerpo y lo claro de la mirada se prendó de él un hombre de afectos vivos que lo hizo cadete.

Era bello; se mostraba seguro de sí, tenía ya la mirada inquietante y seductora de los que sienten en sí la capacidad de vencer; la mirada que turba y disgusta a las gentes vulgares. ¿Adónde quieres ir? le preguntaron cuando salió, ya de teniente, de la escuela. ¡Tan dentro del Oeste como pueda! ¡donde el búfalo vive, donde se derriba y se avanza, donde todavía luce el indio al caer, donde se entreabre lo grande y lo nuevo!

Después vino la guerra contra México, una guerra infame, pero el soldado es el único hombre que puede cometer crímenes sin deshonorarse; y dentro de la maldad se crean virtudes relativas.

Hancock peleó bien en Molino del Rey; volvió laureado; gustó la dulcísima paz de la casa; vino la guerra del Sur; organizó bien las tropas que le dieron; le hicieron brigadier general; no se le vio la ambición; pero sí muchas veces la bravura; no se le ofuscaba la hermosa cabeza, amada de sus soldados; cuando su jefe Meade iba a plegar en Gettysburg banderas, en aquel Gettysburg donde habló luego Lincoln, él tomó las banderas de la mano, y metió el regatón en el estribo, y se ganó por sus consejos la pelea; después de vencer, le sacaban del muslo una bala y un clavo.

No murmuró de nadie, ni pidió puesto, ni envidió el ajeno. Le dieron luego de la paz puestos altos y no se aprovechó de ellos.

No cayó en el amor de la riqueza, que pervirtió el carácter de Grant, ya descompuesto con el amor del mando.

Muere pobre. Pero sí tuvo, por la decorosa bondad con que trató siempre a sus subordinados, mucho admirador leal entre ellos; sí gozó del respeto creciente de su pueblo, que se sentía de él respetado. Sí le embelleció la vida una digna señora, a quien quiso tanto, que, cuando tuvo un hijo, no le puso nombre de general, como a él le pusieron, Winfield Scott; sino el nombre de su mujer, que la ley quita y él devolvió: Russell era de apellido ella, y el niño se llamó Russell Hancock. ¡Russell, antes de Hancock! Van siendo ya muy raras estas galantes noblezas.

Tuvo la fuerza, porque tuvo la paz de la casa. Nadie pregunte el secreto de tanta existencia desperdiciada, desviada, frustrada, incompleta; es el desarreglo del hogar.

Sólo saca de sí su fuerza entera el que vive en la arrogancia interior de ser querido.

El país, cuya opinión en masa es siempre justa, quería acá de veras a este noble hombre. Ya le hacen una suscripción a su familia, que queda sin fortuna. No le enterrarán con pompa.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 26 de marzo de 1886

ROSCOE CONKLING

*Estudio íntimo de un político americano.—La oratoria famosa de Con-
kling.—Los bastidres de la política.—Querella célebre de Conkling y
Garfield.—Carácter y grandeza de Conkling*

Nueva York, Abril 25 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Jamás hubo ejemplo tan patente de la esterilidad del genio egoísta como el orador magnífico que ha muerto ayer, el comisario imperial de Grant, el cismático en la presidencia de Garfield, enemigo implacable de Blaine, el más gallardo y literario de los oradores de los Estados Unidos: Roscoe Conkling.

Era majestoso de persona, y de andar tan arrogante, que, no pudiendo compararlo Blaine con exactitud a un pavo real, porque cuidaba de sus pies tanto como del resto de su atavío, le llamó pavo, “pavo olímpico, pechirredondo y supereminente”, en un debate pueril en que estalló con furia la rivalidad sorda de los dos caudillos del partido republicano en la Casa de Representantes.

La rivalidad de estos dos hombres, más que los pretextos políticos con que la encubrían, mantuvo en división tan honda a los republicanos, que ni la muerte del uno será bastante tal vez para que se decidan a unirse a sus adversarios aquellos que, año tras año, han tenido por bandera cuanto pudiese ofender y desprestigiar al otro.

Pero ¿qué es, por desdichá, la política práctica, más que la lucha por el goce del poder?

¿No se vio Conkling mismo, después de treinta años de imperioso y absoluto caudillaje, abandonado por casi todos sus amigos, cuando, seguro de su triunfante reelección por la Legislatura, renunció el puesto de senador, en cuyo privilegio se creyó desdeñado por Garfield y por Blaine, que propusieron al Senado un colector de Aduana hostil a Conkling prescindiendo de pedir la venia al senador, como es aquí costumbre en todos los nombramientos de importancia en los Estados? No bien lo vieron reñido con el poder que da los puestos, los más cansados de su dominio,

y los más serviles de naturaleza votaron contra su jefe y representante de treinta años, ¡votaron por el senador grato a la Casa Blanca!

Los rencores de Conkling están clavados, como penachos de batalla, en la historia de los Estados Unidos. Su apoyo solía salvar y su silencio derrotar. Su oratoria era fastuosa y rizada como su cabellera, ya resonante y con visos de carmín y oro, como aquellos clarines de pendón carmesí que paseaban en las fiestas feudales los heraldos de a caballo, ya incisiva y ligera como un puñal con alas.

Se opuso a Washburne, y le cerró el camino a la Presidencia. Se opuso a Blaine, y con sus ataques derrotó su candidatura en dos convenciones, y con su retraimiento le impidió triunfar en la campaña contra Cleveland.

Se opuso a Garfield, y murió Garfield. ¿Cómo surgió, cómo influyó en el poder, cómo dirigió la política, cómo salió limpio de un gobierno corrupto, cómo muere, a pesar de sus faltas, rodeado de estimación, este hombre extraordinario? Su vida es una lección solemne y un capítulo interesantísimo de política práctica.

Desde la adolescencia, rodeado en la casa paterna de abogados, políticos y jueces, se revelaron a la vez en el hermoso niño de Utica las condiciones extraordinarias que habían de sacarlo por encima de la masa común y la determinación de mostrar a los hombres su capacidad y voluntad de dominarlos.

El no buscaba para sí riqueza, sino preeminencia; mas si con la habilidad que disimulaba en vano no se hubiera puesto del lado de los que gozan del mando y distribuyen sus beneficios, ni la fuerza de su mente ni el prestigio de su oratoria hubieran bastado para que los hombres mantuviesen por tan largo tiempo en triunfo al que los ofendía con el alarde constante de la superioridad, crimen involuntario de quien la posee, que el hombre apenas perdona a los que saben emplearla en su bien sin enseñarla demasiado.

No están por fuerza excluidas de las regiones del gobierno las virtudes, por más que los espíritus briosos que persiguen en la tierra el bien ideal se complazcan y brillen con más luz donde las transacciones y silencios, que en el gobierno son esenciales, no entraben o amengüen la defensa de las ideas que salvan o de las criaturas que sufren. Pero a Conkling, que nació con los ojos puestos en la Presidencia y vio en su espíritu claro y ambicioso la confirmación de aquella aristocracia de la Naturaleza que

él creía violada por la constitución democrática de la República, a Conkling no lo sedujeron, como al generoso Wendell Phillips, las delicias secretas y premios ocultos de defender a los humildes, sino las pompas de combate ostentoso en las asambleas donde el poder es el premio de los que encuentran en ellas séquito fácil, porque ocupan sus talentos en la defensa siempre socorrida de los intereses.

La historia salda estas cuentas consagrando a los que lidian por el hombre y olvidando a los que lidian por el poder.

No era de los que recibía de la Naturaleza el don de pensar como un deber de emplearlo en el servicio de sus semejantes, sino como el título de su derecho a hacerse servir de ellos. Cruzó por la República con pasc imperial. No tomaba opinión de la masa, sino que le echaba su opinión. Su política tenía por objeto principal vencer, aun antes que a sus enemigos, a sus rivales.

No vivía en el mundo de las ideas, sino en el de los empleos. Y fuera de aquellas ocasiones en que la importancia de los problemas nacionales levantaba naturalmente hasta la grandeza a los que tenían en sí algún grano de ella, la oratoria grandilocuente de Conkling empleó sus artes desató sus rayos, desencadenó sus olas en asuntos de interés propio, e interés de partido, mezquino y pasajero, tal como la quimera de Rabelais que en el vacío chispeaba y caracoleaba, o como quien echa manto bordado de exquisita púrpura sobre una estatua de paja de maíz.

El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o a la idea eterna.

Lo notable de este hombre es eso: el haber sobresalido en una democracia sin cortejarla. El era orador confirmado por los aplausos a los diecinueve años; y fiscal a los veinte; y a los veintiuno abogado tan temible, que los más hábiles de Utica aconsejaban a sus clientes que lo retuvieran de su parte para que no lo contratase la contraria.

Su amor al deber, su celo en el despacho de su empleo, su estudio continuo, su maestría en los detalles, su oratoria imponente cuando medida, y cuando improvisada pintoresca y viva, y su misma persona atlética y hermosa, tenían en constante deslumbramiento a la ciudad, que no bien lo había elegido corregidor cuando lo sacó de este puesto para darle el de representante en el Congreso. Y lo fue todo: representante, senador, caudillo de su partido en el Estado, poder predominante en la nación durante el gobierno de Grant; y Presidente hubiera llegado a ser, porque los partidos, desdeñosos con quienes los solicitan acaban por solicitar a quienes los desdeñan. Pero ni esa carrera bri

llante fue en él lo más original, ni la majestad y limpieza personales con que dio apariencias de grandeza, y aun grandeza verdadera, a luchas ínfimas, sino aquella mezcla sabia de habilidad oculta y visible altanería, aquel modo nuevo de adular sin parecer que se adula, que sirviendo con los actos los intereses y aun los vicios de los mismos cuya compañía se rehúye, y la frenética y teatral arrogancia con que se hacía admirar y seguir de la opinión aquel hombre que sólo le era superior en las condiciones de integridad y elocuencia con que manejaba las pasiones públicas para el logro de sus fines. ¡Como si no fuera cómplice del robo el que cuelga una cortina de tisú a la entrada de la madriguera de ladrones!

Creía en el aparato y la reserva y guardaba su persona del contacto público en cuanto no le permitiese aparecer con todos los artoes de la dignidad senatorial.

No manejaba a las masas directamente, sino por intermediarios, que le servían por sincera admiración, y porque "el senador no es hombre que deje a un amigo suyo sin empleo". Servía a sus sectarios lo mismo en sus necesidades que en sus rencores. "Jamás—dijo una vez con razón—he pedido a nadie que vote por mí."

¿Cómo votaban, pues, por él?

Porque con su consejo les enseñaba el modo de vencer; porque, sirviendo a los demás continuamente, se hizo de servidores; porque con el influjo que le daba el caudillaje de su partido en el Estado pudo éste beneficiarse del dominio que, gracias a él, obtuvo en el partido entero, y en el gobierno nacional; porque aquel arrogante que, sin más deseo cierto que la Presidencia, rechazó los nombramientos de Presidente del Tribunal Supremo y Ministro en Inglaterra, "porque no quería más puestos que los que el pueblo le diese en las urnas", sabía amenazar tan eficazmente con su hostilidad a la Presidencia cuando ésta dejaba el reparto de los empleos de su estado al senador más antiguo, que la Presidencia se apresuró a violar la costumbre y a poner en manos del rebelde todos los empleos.

A la soldadesca de su partido la tenía segura por ese cuidado de su interés, y por el encanto que jamás deja de ejercer sobre los hombres el que los domina con su carácter, su palabra y su apariencia, sobre todo cuando, como Conkling, reunía en grado sumo todas estas dotes, porque en boxear era maestro, y en mandar no tenía rivales; como que sabía unir la fuerza de la pasión a la del juicio, y en perorar no era como los demás, sino como un Hércules de casaca y guante blanco, a quien la maza no se le veía sino cuando, con enorme floreo retórico, ya la tenía el ene-

migo sobre la cabeza. Y a sus mercurios y centuriones, a los jefes de turba, a los edecanes a quienes dejaba lo menos limpio de la dirección de la política, y la autoridad que los complace, no los retenía a su lado tanto por esas dotes magnas que con la impertinente arrogancia deslucía, como por tenerlos provistos de empleos cómodos, gracias a su estrategia casi siempre feliz y a la influencia que por el fiel apoyo de ellos había llegado a adquirir en la política de la nación, que él ayudaba u oponía, según conviniera a su interés y al de sus partidarios en el Estado.

Y otro modo de domar tenía él, más seguro que el encanto de su conversación y el poder memorable de sus discursos, y era el conocimiento superior de los asuntos y métodos políticos, de modo que nadie pudiera excederle en el debate sobre ellos, y aquellos que se resistieran a la soberanía de su carácter, tuviesen que ceder a la de su razón. Como todo fuerte, era paciente. El necio sólo confía en los meros poderes naturales.

Cuando lo eligieron fiscal no se mostró en público, sino un año después, luego de conocer regla a regla y caso a caso su oficio. Cuando lo eligieron representante no se enseñó, como hubiera podido, en una oración pomposa, sino se procuró un puesto en una de las comisiones, cuyos detalles estudió tan bien, que al fin del término ya la presidía. Cuando, por su soberbia, perdió tantos amigos que no le reeligieron a la Casa, continuó estudiando con tal empeño las cuestiones públicas, la abolición de la esclavitud, la separación del Sur, la creación del partido republicano, que su reelección fue al fin inevitable, y tan justo y continuo el favor de que por su ciencia política llegó a gozar en la Casa, que al fin tuvo la ocasión nacional que apetecía, cuando en un discurso famoso llevó la voz de la "Comisión de los treinta y tres" nombrada para aconsejar a los representantes la conducta que el Congreso había de seguir contra los Estados rebeldes.

Y aprendía a la vez literatura con que adornar sus encopetadas oraciones y cuantas leyes, datos e incidentes pudieran tener relación, por indirecta que fuese, con los asuntos entonces en debate; por lo cual llegaron sus improvisaciones y réplicas a ser tan fáciles, sustanciosas y decisivas como los discursos de empeño, recamados de citas y vistosos como caballos caparazonados, que confiaba íntegros a su espléndida memoria.

Hasta el fin de su vida pudo recitar enteros todos sus discursos importantes; lo que revela tanto poder de recordar como excesivo amor de sí; ¿qué valen, en lo grande del mundo, unos cuantos racimos de palabras? Dramas completos sabía de memoria, y lo más notable de los

oradores antiguos y modernos, lo cual se ve en el peso de su palabra hablada y escrita, y en que no emitía al hablar, aun cuando fuera de improviso, legiones desordenadas de imágenes quasimodernas o de vocablos sin concierto, sino que cada palabra envolvía idea, y era concepto, bofetón o lanzazo. Solía entretener a sus amigos recitándoles composiciones de los maestros ingleses, y jamás viajaba sin un libro de versos; más, siempre había un libro de versos sobre su escritorio en el Senado.

Pero ese conocimiento del asunto y de la forma, de que cuidó él como un actor de sus entradas y salidas, quedaba a menudo deslucido por su soberbia propensión a creer errados y culpables a cuantos diferían de él, aun cuando tuvieran en su abono una vida más limpia que la suya.

Un día, por ejemplo, dijo al honrado reformista George William Curtis, que habla oro fino y escribe plata pura: "Bien dijo Johnson que el patriotismo era el último refugio de los bribones"; ¡pero él no sabía entonces todo lo que puede esconderse detrás de la palabra *reforma!* Azuzado por la pasión personal, su sarcasmo llegaba a ser indigno del lenguaje admirable con que lo investía, y la arrogancia, la emulación y el odio quitaban a su oratoria frecuentemente aquel arte sumo que consiste en ajustar la forma al pensamiento, y aquella belleza gloriosa y trascendental que sólo da a las obras humanas la justicia.

Cada condición lleva consigo, como todo lo que existe en lo material o espiritual, una cantidad igual de vida y muerte. Así en Conkling, que tuvo su fuerza y ayuda principales, así como la causa de su debilidad y caída, en el espíritu aristocrático de que creía ser encarnación viva.

El se reconocía con más deberes para consigo que para con el hombre, y tanto en lo mental como en lo corporal tuvo por su persona verdadero culto. Lo tuvo también por la amistad, y quien se la había mostrado podía estar seguro de su apasionado agradecimiento, así como de su rencor, feroz a veces, el que hubiese querido ofenderlo en su gran vanidad o en su quisquilloso decoro. Si su amigo era pobre, por servirlo bajaría él hasta su pobreza; pero como quien hace merced, no como quien se da de igual a igual. Para él la República estaba equivocada, y lo de abajo no debía gobernar, y los de más mente y fuerza debían ejercer su derecho natural al gobierno. ¿No era él una prueba de las diferencias naturales, con las dotes eximias que la vida había puesto en su cuerpo robusto y hermoso?

Por eso, tanto como por mantener el encanto de la distancia, se negaba a codearse de cerca con las masas políticas; por eso, con independencia de artista, esquivó siempre esas vanas reuniones sociales donde

se habla sin seso y se congregan gentes vulgares y desconocidas; por eso no pudo mucho cuando Lincoln, aquel hijo sublime de los "de abajo", y llegó a toda la fuerza de su poder cuando Grant, que en el cariño ciego que le mostraba su pueblo sólo encontró razón para despreciarlo. Con Grant fue fuerte Conkling, y con él dejó de serlo. Se le mostró hostil cuando Grant daba al otro senador de Nueva York el derecho de repartir los empleos federales en el Estado; pero jamás lo abandonó, desde que accedió a su demanda, el Presidente acobardado. El uno era el imperio sigiloso y el otro era imperio elocuente. Grant necesitaba de aquella mente enérgica que Conkling sabía fruncir ante sus inferiores, pero suavizaba y escurría de modo que recibiese su influjo el general espantadizo sin que pudiera darse cuenta de cómo ni con qué fin lo recibía. Los ambiciosos pasan estas vergüenzas. Al poder se sube casi siempre de rodillas. Los que suben de pie son los que tienen derecho natural a él.

No se veía la mano de Conkling donde se sabía que estaba su mano; salió sin mancha personal, como Grant mismo, de aquellos años de descaro y rapiña, cuando el Secretario de Marina acaparó millones y el de la Guerra vendía por dinero los empleos, y al de Gobernación lo echó del puesto la indignación pública, y el secretario del Presidente cobraba los provechos del fraude al Tesoro, y la familia del Presidente fraguaba para su beneficio aquel pánico del "Viernes negro" que costó tanto al país; pero si sacó Conkling limpias las manos de entre aquellos robos, no pudo sacar limpia la lengua, constantemente empeñada en defensa del partido a que había ligado su fortuna y del hombre a cuya sombra esperó llevarla a la cima.

El fue el pujante defensor de la tercera candidatura de Grant a la Presidencia, en la convención misma en que noventa y tres delegados votaron por Conkling para Presidente; al amparo de Grant iría él creciendo; Grant quería, como él, gobierno fuerte; de Grant podía valerse él como de instrumento poderoso para derribar a Blaine, cuyo influjo se mostraba ya entonces con arraigos tales, que fue vano para vencerlo el discurso célebre, épico, llameante, tempestuoso, con que, precedido de cuatro versos y seguido de trescientos seis delegados leales, proclamó Conkling candidato a Grant contra la candidatura de Blaine, que sin las fuerzas que mostró en su favor en la convención siguiente, tuvo ya bastantes para lograr que el escogido no fuese Grant, sino Garfield; Garfield, muerto a manos del idiota ambicioso que tomó consejo para su crimen en la venenosa querrela con que culminó la rivalidad de Blaine y Conkling, cuando éste creyó mal pagados los servicios que él y Grant

prestaron a Garfield hacia el fin de la campaña; servicios tales, que, acaso, aseguraron a Garfield la elección dudosa, y no remuneró el Presidente electo dando a Conkling, como parece que le prometió, el derecho de distribuir los empleos en su Estado, sino que, aconsejado por el encono de Blaine, nombró precisamente para los empleos de Nueva York, sin previo informe ni consulta, a los que en pro de Blaine habían movido en el Estado más guerra a Grant y a Conkling.

¡Tales miserias oculta la política en sus pompas!

Renunció airado Conkling, seguro de que la Legislatura de Nueva York lo reelegiría en son de protesta contra la violación de los derechos senatoriales; pero todo lo que no sea virtud pura es a la larga apoyo deleznable en política. Los que por su propio interés le habían servido, por su propio interés lo abandonaron.

Sus admiradores sinceros, y nadie ha tenido más en este país, lucharon inútilmente por impedir el triunfo del candidato protegido por Blaine, que defendía su interés y preparaba su candidatura posterior, cuando Garfield de buena fe creía estar riñendo su primera batalla honrosa para ir sacando la política nacional de la estrechez y descrédito en que la tenía el interés corruptor de los empleos públicos.

Murió Garfield; y Arthur, que sólo al influjo de Conkling debía la Vicepresidencia, no creyó, al suceder a su rival muerto, que era cuerdo invitar enseguida a Conkling a alardear de una victoria tan tristemente conquistada; porque no era el debate de dos sistemas políticos lo que había conmovido al país y parado en muerte, sino la ambición de dos pretendientes rivales; ni fue el nombramiento de Garfield y Arthur acuerdo espontáneo de un partido que busca dignos portaestandartes, sino el compromiso precipitado entre los amigos de Blaine, que, impotentes para triunfar en su nombre, levantaron el de Garfield, y los amigos de Conkling, a quienes, como medio de tenerlos de su lado en las elecciones, dejaron elegir el candidato a la Vicepresidencia, que fue Arthur.

¡Jamás aceptaría Conkling de su hechura un puesto inferior al que desde su juventud venía deseando! ¡Jamás solicitaría él de la Legislatura del Estado la elección que le habían negado aquellos amigos cobardes! Se cruzó de brazos, a ver cómo se desgranaba sin él el partido que había osado desdeñarlo. No ayudó a Arthur, y Arthur no fue reelecto, y murió de la pena, más que de la enfermedad, a los pocos meses. No ayudó a Blaine cuando su candidatura a la Presidencia, y por la fuerza invisible de aquella mano caída, Blaine fue derrotado.

Y entonces fue cuando, libre de su ambición política, mostró Conkling de lleno las virtudes que hacían de él un hombre típico y extraordinario. Con la tristeza de la derrota le había venido aquella sabiduría que sazona el genio. Su silencio era más elocuente que sus arengas más arrebatadas. La política, habituada a que los pretendientes la adulen, reconocía temple heroico en aquel hombre que sabía desdeñarla. Como quien se saca una bala de la frente, se sacó, seguro acaso de su victoria final, aquella ambición desengañada; pagó sin murmurar, con la grandeza de los amigos que pinta Eurípides, todas las notas endosadas con su firma que por valor de cien mil pesos dejó en plaza un amigo desgraciado; y con aquella certeza de sí que le había puesto tan alto entre los hombres volvió con un triunfo cada día a la ocupación de abogado de sus primeros años; a las pláticas del club, donde era motivo constante de admiración lo pintoresco y magnífico de su lenguaje y su seguro juicio político; a la noble oscuridad de quien no cree que haya en el mundo corona que merezca bajarse hasta los pies de los hombres para recogerla.

La nación lo ha honrado como a un prócer y la ciudad lo ha velado como a un hijo. Su derrota fue su gloria. Comenzó a ser grande cuando dejó de ser ambicioso.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 19 de junio de 1888

BRONSON ALCOTT, EL PLATONIANO

Han muerto en estos días hombres famosos: William Corcoran, que ennobleció su ancianidad empleando en el bien público la fortuna en osadas empresas adquirida; el satírico David Locke, célebre bajo su seudónimo "Petroleum V. Nasby", que contribuyó al triunfo de la guerra contra el Sur y a la benevolencia de los vencedores con las cartas críticas que eran el deleite de Lincoln, y en que el chiste descomunal fue hábil vehículo de las ideas justas, como el bufón, con sus cencerros y su gorro, era el vocero de la libertad opresa en las cortes antiguas; el botánico Asa Gray, que empezó la vida de cultidador y labriego y murió celebrado, dondequiera que hay ciencia, como el teniente mayor de Darwin y el que más ayudó a demostrar la doctrina evolvente de la vida en el reino de las plantas, donde, según él, en constante combate por existir, lo superior excluye a lo inferior, y lo predominante sobrevive.

Pero ninguno de ellos, con ser todos creadores de sí y dignos de veneración, vivió tan puramente como el viejecito soñador que se sentaba todas las mañanas tras los cristales de su sala célebre, aunque humilde, en el pueblo filosófico de Concord, a saludar con un gesto de la mano, semejante al de quien bendice, a cuantos pasaban por el camino. ¿Quién, ni el más duro mercader, no devolvía el saludo con ternura al idealista sin mancha, al amigo de los árboles, al que jamás puso carne en su mesa, al compañero de Thoreau el eremita y el augusto Emerson, a Amos Bronson Alcott?

Así como la poesía, de puro comprimida, estalla con más luz y música allí donde por no ser cualidad común se acendra con la soledad y la indignación en quien posee su estro terrible, así la vida ideal de este filósofo platónico, que salió a vender libros cuando mozo y volvió del viaje haciéndolos, llegó en su país áspero y atareado al reposo celestial y la albura de la nieve. Mientras más fuese lo brutal, más claro era su deber de no serlo. Para que lo blanco se pueda ver, ¡que resplandezca! Si los hombres nutren con sus malas prácticas lo que tienen de fieras, yo haré con las mías por nutrirles lo que tienen de palomas. Puest

que hay tanto hombre-boca, debe haber de vez en cuando un hombre-ala. El deber es feliz, aunque no lo parezca, y el cumplirlo puramente eleva el alma a un estado perenne de dulzura. El amor es el lazo de los hombres, el modo de enseñar y el centro del mundo. Lo que dijo Platón debe repetirse hasta que los hombres vivan conforme a su doctrina. Se debe enseñar conversando, como Sócrates, de aldea en aldea, de campo en campo, de casa en casa. La inteligencia no es más que medio hombre, y no lo mejor de él; ¿qué escuelas son éstas donde sólo se educa la inteligencia? Siéntese el maestro mano a mano con el discípulo, y el hombre mano a mano con su semejante, y aprenda en los paseos por la campiña el alma de la botánica, que no difiere de la universal, y en sus plantas y animales caseros y en los fenómenos celestes confirme la identidad de lo creado, y en este conocimiento, y en la dicha de la bondad, viva sin la brega pueril y los tormentos sin sentido, pesados como el hierro y vanos como la espuma, a que conduce aquel bestial estado del espíritu en que dominan la sensualidad y la arrogancia. ¡No sabe de la delicia del mundo el que desconoce la realidad de la idea y la fruición espiritual que viene del constante ejercicio del amor!

Prefiere el alma del corazón a la de la mente, y a la de la región de los deseos; pero la hegemonía no ha de ser de un alma sola, sino de la relación saludable de estas tres. Del espíritu vienen dichas que hacen innecesaria la muerte, porque contienen el desvanecimiento de gozo y descanso lumíneo que a la muerte, más por esperanza que por certidumbre, se supone; pero así como el juicio madura la sensibilidad, y por el sentimiento conocido sube al deleite el ser humano, así ha de conocerse y observarse la ley del cuerpo, cuya armonía predispone a la espiritual, porque en lo corpóreo, como en lo del espíritu, la salud es indispensable a la belleza, y ésta, en el hombre como en el mundo de que es suma, depende del equilibrio. Así predicó Bronson Alcott, y así vivió. Su casa era un cenáculo; su familia una guirnalda; su existencia un lirio.

¿De dónde sino del trabajo y de la vida natural había de venir hombre tan puro? No nació en la ciudad, que extravía el juicio, sino en el campo, que lo ordena y acrisola. Su padre fue labrador. El perro y el caballo fueron sus primeros amigos. Aró, sembró, cosechó. Puso a los acordes y enseñanzas del mundo el oído que traía afinado de la Naturaleza; así que, cuando su padre, viéndolo inteligente, y locuaz, creyó—como los padres suelen—que debía ejercitar en los engaños provechosos del comercio estas dotes benditas, él no comerció con su baúl de libros, que en un caballejo le pusieron para que les buscara comprador por las al-

deas, sino que fue libro vivo a quien los campesinos oían con gozo y con asombro de que les hablase tan al corazón sobre la poesía de sus faenas y el modo de ser dichoso en el alma, aquel barbilampiño a quien de buena gana daban cama donde dormir, y pan y mantequilla.

El baúl de libros volvió poco menos que entero; y Bronson Alcott puso su primera escuela, y con ella el cimiento de su fama y de su renombre de innovador; porque si ahora castigan aquí corporalmente en las escuelas públicas, entonces era cosa de sacar la sangre de las posaderas y las manos, lo que indignó a Alcott tanto, que por no imponer torturas a sus discípulos, ni la del libro les impuso, prefiriendo inculcarles, con un amor no exento de firmeza, la ciencia que él enseñaba conversando al niño en sus resultados y conjunto, que es como a la niñez agrada y aprovecha, no en el estudio largo y descosido de los meros modos de conocer, que ni acomodan a su impaciencia natural, ni le disciplinan con tanta suavidad y eficacia la mente, ni le revelan, con el ajuste y sentido de cuanto ve, la ley de su propia dicha y la del mundo.

Crecían a la vez su fama y sus censores. Da pena leer lo que sacerdotes, poetas y maestros escribieron—cuando Alcott fundó su célebre *Temple School*— en defensa del castigo corporal y la enseñanza rutinaria. Desenvuélvase, decía él hace treinta años, el hombre entero—el moral, el intelectual y el físico—por medios suaves que lo dispongan a la suavidad, que en vez de rebajarlo lo enaltezcan, que le revelen a la vez la ley universal y su destino, que o es un crimen de la Naturaleza, o es el amor. Edúquese en el hábito de la investigación, en el roce de los hombres y en el ejercicio constante de la palabra, a los ciudadanos de una república que vendrá a tierra cuando falten a sus hijos esas virtudes. Lo que estamos haciendo son abogados, y médicos, y clérigos, y comerciantes; pero ¿dónde están los hombres? ¡La misma cristiandad se va del mundo porque los ministros que viven de interpretarla transmiten su letra inerte y oscura, no el espíritu que revela la pequeñez de ellos, y la grandeza de la creación, cuyo conocimiento, con la fe que viene de él, es indispensable a la felicidad del hombre! “Tu sistema es justo”, le dijo Emerson, que jamás temió abogar por la razón desamparada; “no te amendenten los enemigos de la bondad; no abandones tu predicación un solo minuto.”

La escuela tuvo que abandonarla; pero no su predicación, ni aquella finura de alma con que en el comercio diario de estas nobles ideas fue tomando su vida tal esplendor, tal fama su casa, magia tal su discurso, que de todas partes venían a oír al autor de los *Tablets*, que eran como

los apotegmas de este nuevo platonismo; al que escribió ideas que parecen luces en aquel histórico *Dial*, donde la filosofía trascendental quedó más bella cuando él la dotó con sus "Versículos Orfeicos"; al filósofo ilustre entre los trascendentalistas, que quisieron conformar los accidentes del mundo a su esencia, el hombre al Universo y la vida a su fin. Iban a oírlo hablar, como sus discípulos a Sócrates, a quien se pareció en esto y en la lucidez con que explicaba la idea del mundo, pero no en la ironía, que en Alcott era más bien indignación, ni en Xantipa tampoco, porque le hicieron la vida gustosa en la pobreza una mujer que no le tuvo a mal su apostolado, sino que se lo entendió y estimuló, y un coro fiel de hijas. Hubo, al fin, que marcar días que eran por el verano casi siempre, para aquellas pláticas filosóficas, cuyo tema circulaba de antemano y desenvolvía Alcott más en monólogos que en diálogos, tan sublimes a veces, que un amigo le conoció a otro que venía de uno de ellos "por el resplandor del rostro". Se retiró a Concord como Plotino a su Campania, y como él, y no con mejor fortuna, quiso fundar en medio de los hombres un modelo de la vida ideal, en una casa de campo rodeada de poca tierra labrantía; pero ya para entonces no tenía enemigos, como tuvo el de Licópolis, ni deslució, como Plotino, con temas de escuela y verba sofisticadas, la elevación y sencillez de aquella dichosa y como fúlgida doctrina. Con ella en los labios ha muerto. Fue mal hombre de negocios.

LA ORIGINALIDAD LITERARIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

LOUISA MAY ALCOTT

No hay que andar buscando en los pueblos nuevos aquellas literaturas de copia y alfileres que enseñan catedráticos momias en las escuelas clásicas.—¿Y quién es ese secretario de usted que da tantos tropiezos?—preguntaban a un periodista de Chicago.—“Es un imbécil que habla dieciocho lenguas y sabe seis ciencias vivas. Déle usted un fin de verso latino y él le dirá si es de Juvenal o de Persio; pero no le pregunte por dónde va la vida humana, ni cómo se influye en ella, ni cómo se saca de ella la felicidad, ni cómo se anda por el mundo sin tropezar con los callos y juanetes del vecino; ¡ésa es la ciencia, amigo, no tropezar con los juanetes!”

No fue esa literatura científica por cierto la que dio fama a la escritora que acaba de morir, Louisa May Alcott. De seguro que su nombre no es conocido en nuestros países, como no lo era el de su padre, el filósofo Bronson Alcott, cuya vejez mantuvo ella decorosamente con el producto de su trabajo. Y su trabajo fue notable. Lo primero fue, más que estudiar, vivir; vivió pobre; vivió en el campo, cerca de Thoreau el naturalista eremita, y de Hawthorne el novelista del espíritu, y de aquella águila blanca que se llamó Emerson; vivió en su casa humilde, haciendo de hija mayor en la casa adonde traía poco pan el padre filósofo, y donde lo que la madre ganaba enseñando por el pueblo urbanidad y costura fue mermándose tanto, que Louisa, engolfada en lecturas sabihondas, dejó de escribir sendas cartas a Victor Hugo, a Milton y a Goethe, para enseñar en una escuela vecina, donde la querían mucho por su arte de inventar cuentos. Los enviaba a docenas a los diarios, por si se los querían imprimir; y al fin uno pareció bien a cierto editor compasivo, que le pagó cinco pesos, y diez por el segundo, hasta que un día de nieve se encontró al volver de sus lecciones un poste donde decía en letras muy grandes: “Bertha”, novela nueva por la autora de “Las primadonnas rivales”. La familia entera fue en procesión a ver aquel poste, que era la lengua primera de la fama, y arrancó los jirones del cartel, que guardan aún piadosamente las hermanas.

Pero en vano escribía Louisa May Alcott novelas imaginadas, con más invención que observación y llenas de reminiscencias y trasuntos literarios. "Hará algo"—decían los que la conocían; mas con veinte libros que llevaba escritos aún no lo había hecho; hasta que, tocada en el noble corazón por los sufrimientos de los heridos en la guerra del Sur, se alistó de enfermera, vio la muerte, y halló este lenguaje: "Alrededor de la estufa, de la estufa roja y enorme, estaban encogidos, tendidos, caídos sobre el codo, reclinados uno contra otro, los hombres más infelices que vi jamás, desencajados, despedazados los vestidos, pálidos; con el fango hasta las rodillas, con vendas ensangrentadas de muchos días atrás; muchos acurrucados en sus mantas, con la levita a los pies o sin levita, y todos con aquella mirada de cansancio que proclama, más que el silencio de las ciudades y los despachos de los jefes, la derrota. Yo los compadecía tanto, que no me atrevía a hablarles. Me moría de deseo de servir al más miserable de ellos." Y las historias del hospital las cuenta así, en sus *Hospital Sketches*: trajeron de comer, y ella dio alimento a uno de los peor heridos y lo ofreció después al que tenía al lado.—"Gracias, mi señora; ya yo no creo que volveré a comer; tengo una bala en el vientre. Pero beber agua sí quiero, si no está usted muy ocupada." Eché a andar muy de prisa, pero acababan de llevarse los baldes para llenarlos y tardaron un mundo en volver. Yo no olvidé a mi herido, y fui a él con la primera jarra. Me pareció que dormía; pero algo en su cara pálida y cansada me hizo poner a sus labios el oído. No respiraba. Le toqué la frente. Estaba fría. Entonces entendí que, mientras yo aguardaba por el agua, otra enfermera mejor le dio a beber una medicina más fresca, y lo curó de una caricia de su mano. Tendí la sábana sobre aquel cuyo sueño ya no podía turbar ruido alguno, y media hora después la cama estaba vacía."

Desde entonces Louisa May Alcott, iluminada por la ternura, no escribió más que la verdad. No se valió de la imaginación para inventar, sino para componer, que es su verdadero oficio; y lo que sabía de la literatura le sirvió mucho, por supuesto, pero no para construir edificios de cartón pintarrajeados de leyendas y mitología, con un puntal griego, otro hindú, otro alemán y otro latino, sino para distribuir lo suyo propio, que por sí vio de cerca y sabía, con aquella proporción, naturalidad y buen gusto que son la lección eterna y útil que se saca del estudio de la buena literatura. Louisa May Alcott contó entonces su vida de niña, las de sus hermanas, la de aquel buen padre que no comía carne, la de su madre que la crió como una flor, la de sus vecinos del pueblo de Con-

cord, refugio antes y aún hoy de las almas más claras y felices de entre aquella pléyade de bostonianos en quienes arraigó por igual el amor al hombre y el amor a las letras. Pero no lo contaba en cabeza propia, porque eso hubiera privado a la narración de libertad y encanto; sino que, disponiendo los incidentes alrededor de un argumento propicio y urdiendo en una acción imaginada y siempre sencilla los caracteres reales, creó, con toda la fuerza de quien había vivido una niñez típica y original, la novela nueva del niño americano. De la niña americana sobre todo. No hay casa de campo ni de ciudad que no tenga sus "Mujercitas", sus "Hombrecitos", su "Trabajo", sus "Ocho Primos", su "Biblioteca de Lulú", su "Bajo las lilas". En "Mujercitas" y en "Trabajo" está su vida entera, porque ella es "aquel marimacho de Jo", y ella es "aquella bonaza de Christie". Y tan sanos y vigorosos son sus libros, que no los leen los niños sólo con delicia, sino que la persona mayor que comienza uno, ya no sabe dejarlo de la mano. "Mujercitas" se ha vendido por centenares de miles; y "Hombrecitos" poco menos. Allí chispea la vida, sin imágenes vanas ni recias descripciones; la virtud se va entrando por el alma según se lee, como se entra el bálsamo por la herida.

GARFIELD

Garfield ha muerto.—El último día y la última noche.—Pánico y luto.—El nuevo Presidente.—Duelo inmenso.—El camino de la bala.—Ahorcado en efigie.—Misterio.—Comienza la apoteosis.—Viaje lúgubre y glorioso.—Arthur jura.—Coronel blasfemo.—Confraternidad.—Ofrendas.—La noticia a la madre.—El viaje a Cleveland.—Noche histórica.—Los funerales.—Acompañamiento.—Nueva York admirable.—Para la viuda la muerte es útil

Nueva York, 1 de octubre de 1881

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Cuando se es testigo de las grandes explosiones de amor de la humanidad, se siente orgullo de ser hombre: así como, cuando se es testigo de sus postraciones o su furia, da vergüenza serlo. La muerte es útil: la virtud es útil: la desgracia es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla. Y la tierra va camino de ventura, porque ya las coronas de los reyes descansan sobre el féretro de los trabajadores. El siglo último fue el del derrumbe del mundo antiguo: éste es el de la elaboración del mundo nuevo. He ahí si no, trémulos y conmovidos a todos los humanos, y entulados los tronos, y entornados los palacios de los monarcas, y arrodillada la nación más numerosa de la tierra, ante un ataúd humilde, en que descansan las palmas del martirio, sobre un hombre que se compró sus libros de griego, con el producto de las maderas que cepillaba, y ha muerto, dueño de una de las famas más límpidas del orbe, bajo la ronda del Capitolio de Washington.

Garfield ha muerto.

Murió el 19 de septiembre antes que mediase la sombría noche; y desde entonces, no han cesado la admiración, las muestras de ternura, de veneración y de congoja. La ciudad, las ciudades todas de la Unión están colgadas de negro; y las almas. Un mártir es como padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere: así están todos en esta tierra, como si hubiesen perdido a su padre o a su hermano.

A este hombre lo ha matado un elemento oculto, que obra poderosamente contra las fuerzas de construcción, entre las fuerzas de destrucción de la humanidad: un elemento rencoroso, inteligente e implacable: el odio a la virtud.

Yo lo escribí una vez en uno de esos libros tristes que no se publican jamás, porque no deben publicarse sino los libros briosos y activos, que fortifican y abren paso: “¡Virtuoso, tú serás odiado!” El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya; el perezoso, al laborioso; el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad, y, como mago a serpiente, la seduce, la duerme y la domina. Los impacientes odian al paciente; los soberbios que anhelan un premio exagerado y prematuro a condiciones que no cultivan, ni utilizan, ni riegan, execran y persiguen a los mansos que han labrado su recompensa con sus virtudes, su fama con su esfuerzo. su gloria con sus dolores. La ventura es un premio, no un derecho: no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla. El Tabor es la recompensa del Calvario. Y ¡qué susto y veneración llenan los pechos de los hombres que asisten al combate! ¡Qué celebrar en el que lidia la heroica energía que a ellos les falta! ¡Qué sentirse virtuosos, cuando un hombre es virtuoso! Todos, como si fuera propia, celebran su victoria. El es el símbolo, el predecesor, el evangelista. ¡Una es el alma humana, y múltiples sus aposentos pintorescos! Por eso ahora parece como si un palio fúnebre cubriese a la vez todos los hombres.

Era una noche tibia, y estaba el aire húmedo, la tierra quieta, y manso el mar. Dos niñas reposaban en la playa. Una mujer oraba en su aposento. Una anciana, en un lejano Estado, velaba por su hijo. Ya los paseantes volvían de su paseo, y sacudían en los portales los arneses los espumantes corceles, y se extinguían las luces de la tierra, y centelleaban, como para alumbrar la grande escena, y recibir al grande hijo, las del cielo. Las quintas de Long Branch dormían ya, envueltas en sombras: oíanse a lo lejos los pasos de los guardas; un niño mensajero, como una mariposa, revoloteaba, corría, entraba y salía en la casa del Presidente herido; y en esa hora de reposo que precede siempre a las catástrofes, como si la naturaleza se proveyese de fuerzas para soportar el golpe que viene a ponerlas a prueba, escasos grupos recorrían las avenidas, comentaban en los solitarios corredores de los hoteles las nuevas del día, o refugiados en un salón hablaban tristemente de cómo, rígidas ya y frías, podían apenas las manos del enfermo tener en alto las riendas de la vida.

Allá en la casa, el día había sido lúgubre: el valeroso paciente, viendo en el rostro de todos el espanto, había querido verse en un es-

pejo, y vio en él su faz seca y demacrada, y dejándolo caer sobre su lecho, dijo con un gemido:

—“Bien parezco, bien. ¿Cómo, Lucrecia, quien parece tan bien puede sentirse tan terriblemente débil? ¿Y Mollie? Yo quiero ver a Mollie.”

Vinieron las dos niñas de la playa, que eran la hija del enfermo, y la de su mejor amigo: Mollie dio un beso a su padre, se sentó a los pies de su cama, y a poco cayó al suelo desmayada, y se bañó su rostro de sangre. El enfermo que parecía dormido, abrió los ojos y murmuró:

—“¡Pobre Mollie! Ha caído como un leño.”

La noche, la noche sombría es la hora favorita de la muerte: ya al oscurecer, estaba sentada a la cabecera del Presidente. La energía estaba de pie a un lado de su lecho, y la bondad a otro; mas los resortes del cuerpo estaban ya quebrados, los pulmones purulentos, el corazón atormentado, un aneurisma a punto de romperse:

—“Mucho pus hay hoy”—dijo al curarlo el médico.

—“¡Pues póngalo en la lista de ingresos!”—repuso sonriendo, y ya seguro de su fin, el mártir.

A las veces, deliquios vagos sucedían a estos instantes lúcidos. Se le oía, al despertar de súbito: “¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Mi confianza!” Plácidas sonrisas iluminaban su faz macilenta, y confusas palabras —“¡estrellas!, ¡cielo!, ¡arroyo!, ¡campos!”—poblaban sus labios. Soñaba con aquellos árboles que había sembrado, y de cuya madera se había hecho la cuna de sus hijos: soñaba con la buena madre anciana, en cuyos labios dejó un largo beso al salir de jurar la Presidencia: soñaba con aquella hermosa casa del pueblo de Mentor, en cuyas verdes praderas no pacieron nunca más que amables corderos, y en cuyos altos árboles no se posaron nunca más que águilas blancas...

—“¿Delira?”

—“No, no, doctor”—dijo el bravo hombre; y cayó en sueño.

Cuando el médico en jefe dio al guardián de la noche la hoja de notas para la asistencia nocturna, era la última hoja del libro de notas. Las luces se habían atenuado; la esposa oraba; el general Swaim, un amigo fiel, había comenzado su vela; el leal Daniel, un buen negro, entró en el cuarto. Y se oyó un grito ahogado.

—“¡Oh! ¡Dios mío! ¡Swaim! Qué dolor tan terrible tengo aquí”—y el enfermo se llevaba la mano al corazón: “qué dolor tan terrible”.

Los labios que dijeron esto, no dijeron ya más. La casa fue avisada, el lecho rodeado, la hora llegaba. El alma se iba majestuosa y serena-

mente de aquel cuerpo. La esposa, con los ojos secos, como de quien no tiene ya lágrimas que llorar, entró en el vasto cuarto.

--"Doctor: ¿no hay esperanzas?"

--"Señora: ¡está muriendo!"

Los médicos, los amigos, los hijos, los sirvientes, cercaban al moribundo. La hija, acercándose a la madre, preguntó: "¿Es la muerte?" Y la madre abrazándola a su pecho, dijo: "¡Hija mía!"

Se oía al mar que gemía, perdiéndose en la playa, y al hombre que moría, perdiéndose en el seno inescrutado. Ya luchaba como un gigante que va a ser vencido; ya decrecía su fatigado aliento, como cansado aparato de vapor que se va hundiendo en estación lejana. Y fueron más roncós y más ahogados, y más lentos, los vagos gemidos; y el corazón, mansión de amores, quedó roto; y el médico con voz llorosa dijo: "Todo ha acabado".

¡Oh, qué misterio! Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, ¡dulce premio!

Al punto, cuando con la faz hundida en su lecho lloraba la esposa; cuando en el seno de su amiga sollozaba la hija; cuando aguardaba insomne la fortísima madre noticias de su Jaime muy amado, despertóse espantado Long Branch y con él la Nación. A las ciudades, a las aldeas, a los cortijos, voló la triste nueva. Las campanas, del Hudson al Bravo, y de Baltimore a San Francisco, doblaron a un tiempo. Sus sonos, como aves negras desalojadas por el viento frío de la alta torre, rasgaban los aires. La risa se detuvo en todos los labios; y el llanto brotó a la vez de todos los ojos. Los teatros se cerraron, muchedumbres compactas y alarmadas llenaron los hoteles. En Brooklyn, un grupo de hombres encendido en generosa ira, detuvo e impuso silencio a los pasajeros de un tranvía que, ignorantes del grave suceso, volvían de una fiesta cantando. En Nueva York, en los hogares, levantáronse las familias y velaron el resto de la noche, como por propio muerto: en los hoteles, acá centro de la vida, los potentados de la Bolsa congregados en el Windsor, y los políticos y viajeros de nota en la Quinta Avenida, recibieron conmovidos y con señales de estupor el anuncio terrible. Alcances a los periódicos eran vendidos a grandes voces por las calles y pagados a precios exorbitantes. Las máquinas poderosas de los diarios notables imprimían en abundantes

columnas los menores detalles del suceso, traídos como en alas, en trenes especiales.

A la una de la madrugada, en la casa en que habita, y en manos del juez Brady, en un ancho salón, cuajado de libros, embellecido por cuadros de muchos italianos en marcos de Florencia, el Vicepresidente prestó el juramento de lealtad a los deberes de su nuevo cargo. Y ahogado por las lágrimas se echó sollozando en un sillón, y estuvo largas horas con la faz llorosa hundida entre sus manos.

Al amanecer, ¡qué alba tan triste! Las gentes, silenciosas, andaban lentamente. La mañana no alegraba, como ella alegra, los rostros de los hombres. Parecía la ciudad un templo inmenso. Los carros urbanos, los ferrocarriles, los vapores que atraviesan el río donde brillantes y parleras multitudes se agrupan en las primeras horas de la mañana, eran vehículos fúnebres. Entre un millar de personas, ni una voz se oía; oíase sólo el desdoblarse de los periódicos que se vendieron en cantidades fabulosas. ¡Magnífica tristeza y venerable luto! Y así fue en todas las ciudades de la Unión. Tal el norteamericano, y el de los Estados del mediodía brillante; tal el áspero californiano y el culto hijo de Boston; tal el español, el alemán, el irlandés, el frutero mísero, el carretero duro, la elegante dama, el caballero acaudalado.

Era Nueva York aquella mañana como un sol sin rayos, y un mar seco de súbito. A poco ya no se podía salir a la calle sin que se llenasen de lágrimas los ojos. Aquí, con peligro de su vida, prendía un hombre en la altísima techumbre festones negros que debían colgar, en signo de duelo, por sobre los muros de su casa; allá un niño afanado, con su pequeño martillo, clavaba en su puerta un lazo de crespón; ya al fondo de una calle, alzaba un templo sus columnas robustas envueltas en colgaduras funerarias; ya una humilde mujer asomaba a su ventana una banderilla de los Estados Unidos con sombríos ribetes. A toda prisa vestían con los atributos del dolor, fachadas, pilares, balcones, cornisas, muestras. Al ver el rostro severo de cada hombre, dijérase que a cada uno había visitado en la noche un huésped enemigo. En las calles suntuosas y en las calles miserables, en el opulento Broadway y en el popular Bowery, en la humilde Tercera Avenida y en las paupérrimas calles de los ríos, de piezas de merino, o rica gasa, y de luciente lustrina o trozos de vestido, se hacían coronas, orlas, rosetas, gallardetes, alegorías, marcos, templos. Colocáronse en las vidrieras almohadones de flores. Sin palabra de aviso, los negocios, que comenzaron con languidez, interrumpiéronse a poco. Claridad de su mente y alegría de su corazón había perdido cada

uno con el muerto. Caudales entraban en la suscripción iniciada por el creador del cable submarino a beneficio de la familia del Presidente. Y las campanas tañían; y se envolvían en negros arreos las torres de las altas iglesias y las cúpulas de los arrogantes edificios; y en la casa de campo colgaban de su puerta los labradores la insignia de la amargura, la rosa blanca y negra; y ondeaban al aire las locomotoras su penacho de gasa y su penacho de humo; y como a un tiempo hablaban todos los poseedores de teléfono de la ciudad, oíanse por los tubos, no palabras, sino como rumor de ola creciente; y venían por los mares mensajes terribísimos de emperadores y libertadores, de corporaciones y de gabinetes, de pueblos, y de reyes.

En el gigante cuerpo todos los miembros se paralizaron. En los colegios, los maestros se volvieron sacerdotes y los discípulos corderos espantados de la ira del Señor. En Tribunales, Ministerios, Bolsas, Aduanas, Municipios, Bancos, las plumas reposaron inactivas sobre los escritorios olvidados. Los negocios parecieron profanación. La virtud llenó un instante a la vez todos los corazones. Los hombres fueron durante algunas horas hermanos en la tierra.

Los americanos del Sur, sobre cuyas cabezas había blandido Garfield la luciente espada, lloraban como los americanos del Norte. La mercantil Filadelfia cerró sus libros y los envolvió en crespón. La orgullosa Boston, la clásica Washington, la inmensa Chicago, la elegante Saratoga, y las que fueron fortalezas del Sur como las que fueron fortalezas del Norte, doblaron la frente y alabaron al hombre, y en honra suya, apartaron aquel día los ojos de la tierra y los fijaron en el cielo. El arado, en suma, quedó clavado en el terruño en que recibió el labriego la noticia, y apagado el fuego en los senos de hierro del vapor pronto a darse a la mar.

En las mismas horas, como tributo a la ley y prenda de respeto a la nación, ansiosa de cuanto hace a la vida y muerte de su jefe, destrozaban los cirujanos el magro cadáver. Aquella enfermedad había sido una lucha magnífica entre la voluntad de un hombre y el apetito de la muerte. Mientras hubo cuerpo que defender, y aposento en que estar, el enfermo lo defendió y el alma estuvo. Voló el espíritu vital cuando la carne había sido consumida, y la piel cubría los huesos, y los tejidos sin sangre pura que los alimentara, corrompiáanse y abríanse. Lo que se había creído huela de la herida, y estación de la bala, era un canal de pus. La causa inmediata de la muerte, revelada por la autopsia, fue hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas que estaban en el camino del

proyectil matador. La sangre rompió el peritoneo, y se vació, como en un cuarto de litro, dentro de la cavidad abdominal. La bala, que había burlado todas las ciencias de los hombres, y los aparatos que la persiguieron, apareció enquistada bajo el peritoneo, como a dos pulgadas y media a la izquierda de la espina. Rompió la piel, fracturó la costilla undécima derecha, pasó a través de la columna espinal, enfrente del canal espinal, fracturó el cuerpo de la primera vértebra lumbar, arrastró a las partes blandas adyacentes gran número de esquirlas, y se alojó después de su devastadora carrera, bajo el páncreas. Con ella iba el decreto de muerte del herido.

Prolongársele la vida pudo, para que fuera admirada su fortaleza y estimadas en su alta valía sus virtudes, y ablandada con la generosidad que en todos los pechos despertó este gran dolor, la cólera pública; mas salvarle, no se hubiera podido.

Y en tanto, cuando en sus entrañas calientes buscaban las trémulas manos de los médicos el proyectil mortífero, dormía en su celda, contento del mayor grosor que en ella ha adquirido, el ruin e inicuo ambicioso que le dio la muerte. Ha engrosado el villano. ¡Fía tal vez en la bondad humana! ¡Fía tal vez en los recursos de su inteligencia, que él estima extraordinaria! ¡Fía tal vez en el agradecimiento tácito de aquellos a quienes su maldad ha aprovechado, y van a juzgarle! Vive de amarse, y de gozar corporalmente. Se mira y se celebra. Ama la vida como la aman los cobardes. Quería gloria, y sin valor para labrar la suya, detuvo la ajena. Es Eróstrato. Aquél quemó el templo, alegre refugio del Universo antiguo: éste abrasó las entrañas de un hombre creador de sí mismo, fuerte por el trabajo, grande por la constancia, noble por la bondad, labrador de su fama, hijo de Dios y hombre de Dios, educado por la libertad para ser guardián de ella, criado a los pechos del dolor con jugo amargo; ¡éste abrasó a un hombre honrado, sensato, investigador, trabajador y libre, templo moderno! ¡Cuán poco pago—se dicen ahora los hombres—es la sangre emponzoñada de ese asesino para la existencia magnífica que nos arrebató! “¡Que una vida tan miserable haya podido apagar una vida tan grande!”—ha escrito Holland, el autor de *Catalina*, un celebrado poeta. En las calles, de balcón a balcón, cuelga ahorcado el asesino en efígie; en las plazas, ante la policía que lo tolera, es quemada la imagen bajada de la horca; en su espalda al danzar en el aire, se leía en ancho cartel: “¡Este es el veredicto popular!” En los bosques, elegantes conjurados, tras espesas máscaras, juran hacerlo morir de una muerte no oída, digna de su crimen, y no

de la vulgar muerte a que pudieran condenarle los tribunales; en anuncios de tiendas, y papeles de escasa monta, atados por gruesas cuerdas tobillos y músculos, y el rostro cubierto, y el cuerpo pendiente por el cuello, vense retratos del impasible malvado.

Mas este clamor de venganza, expresión brutal y violenta de una ira generosa, relégase a oscuros pueblos, y a las barriadas bajas, en tanto que persuade a la masa real e imponente de la nación una triste convicción de la inutilidad de la cólera; que no podrá con el puñal que clave en el pecho del reo, rasgar las vestiduras de luto que envuelven hoy todos los corazones. Es disgusto de él y horror de él y desprecio de él; y como ha muerto en la estima de los hombres, se le cree muerto. Y es que el espectáculo de la santidad santifica y el contacto con el perdonador nos induce al perdón; y las almas llenas de cosas celestes, y ocupadas de Dios, no creen en la eficacia de las justicias de la tierra. Es que un gran muerto necesita mayor homenaje que una estéril muerte. Es que no merece el asesino ni que se cobre en él el precio de su crimen. ¡No! para volver las manos a El, quien nos ve desde su tumba con ojos de padre, ¿hemos de llevarlas manchadas de sangre, de impía y vil sangre? ¡Ruja en su cueva y en su tiniebla y en su olvido, el malvado envidioso! ¡Que las piedras y el hierro acompañen hasta las postrimerías de su infame vida su corazón de piedra y de hierro! ¡Los hombres que han de elaborarse a sí mismos y merecer a sus héroes, no tienen tiempo de matar a un vil!

¡Y a este punto han venido las mentes traídas a bondad y a blandura por el espectáculo admirable de ese moribundo tierno y heroico, de cuyos labios no salió nunca pregunta de odio, ni palabra de ira!

A tiempo viene este dolor inmenso a igualar en este pueblo negociador, la vida espiritual enferma, y la vida mercantil, sana en su medida natural, pero, fuera de ella, petrificadora y corruptora. Piérdense las vidas empleadas en el amor de sí propio; y en el recuerdo eterno cuentan sólo aquellas confundidas en dolor y amor, y en faena y en lágrimas con los demás. ¿Qué voz secreta habla a los hombres? ¿Qué anciano bondadoso se sienta todas las noches a su cabecera y guarda su sueño? ¿Qué monarca sabio, sentado en el cielo, gobierna a las naciones? ¿Quién mueve a su merced las corrientes impetuosas de la vida humana, y enfurece a los hombres y los calma, y cierra las puertas de su corazón, y las abre después a las palomas? ¿De qué manto resplandeciente y maravilloso son ondas las nubes? ¿En qué mano ciclópea, nudosa como una cordillera de montañas, residen las riendas de los hombres?

Después de la autopsia, cerrado el cuerpo roto, empezó la colosal apoteosis. ¡Sobre caminos de flores, entre sollozos y llantos, entre muchedumbres postradas; entre enlutados ejércitos; entre banderas, y festones, y coronas y lauros; entre ofrendas de monarcas y amor de pueblo, gloriosísima ofrenda; por puertas de palmas; sobre almohadas de rosas, bajo bóvedas de oro; entre paredes de mármol, ha cruzado este muerto la nación!

De la orilla del mar llévanlo a Washington, la capital histórica y dramática. De Washington, la ciudad de sus glorias, fue a Cleveland, la ciudad de sus faenas, de sus comienzos, de sus luchas de pastor y de maestro, de sus amistades candorosas, de sus recuerdos más tristes y más dulces. Y en Cleveland, ante la nación suspensa, recogida en sus hogares, arrodillada en los templos: ante cien mil testigos, idos de todas partes de esta conturbada tierra; a la hora en que alzaban por él preces la madre Inglaterra y el lejano Egipto, y Francia y Alemania oraban a una, y la reina inglesa humillada de hinojos, rezaba por el muerto con sus hijos; en Cleveland, ante las banderas plegadas y los tambores vestidos de negro, y las águilas nacionales abatidas, bajó a la tierra el hombre que la ha honrado, fortalecido, amado y mejorado.

En Long Branch comenzó la apoteosis. Los elegantes vecinos del aristocrático lugar, los numerosísimos recién llegados de Washington y Nueva York, la suntuosa y acaudalada muchedumbre que habita en verano las playas favorecidas del afamado pueblo de baños, con olvido de toda convención, y de la aspereza y frialdad que impone la raquílica exhibición de mutuo lujo en que los modernos hombres viven—como si a aquel sol de virtud se hubiera deshecho todo el hielo que los celos y ambiciones de los hombres amontonan—se agolpan silenciosos, humildes, tristes, cual negra marea que fluye y refluye bajo el palio oscuro de la noche melancólica, a la casa del muerto. Allí se abrió por primera vez a la multitud anhelosa el teatro de tanta esperanza y tanta angustia. Allí, durante una hora, desfilaron unos tras otros, ante el cadáver, los espectadores afligidos. Se oía como rumor de alas que pasasen; y como olas de océano poderoso, estallaban fuera de la puerta, los gemidos. Allí estaba, en su sencillo ataúd negro, adornado sólo con gruesas argollas de plata, aquel cuya vida deja tras sí calor de sol y resplandor de luna. Los vestidos que llevó cuando juró, seis meses ha, ser fiel a los deberes de la Presidencia—esos llevaba ahora: que no sabe el hombre, al aprisionar su cuerpo entre vestidos, si entrará con ellos a la casa de la Gloria o a la

casa de la Muerte. En una lámina de plata, clavada al féretro se leía esto:

*James Abraham Garfield
nació el 10 de noviembre de 1831.
Ha muerto Presidente de los Estados Unidos
en 19 de septiembre de 1881.*

Y a sus pies se cruzaban dos ramas de palma en forma de una V: "¡Victoria!"

¡Oh! las garras de la muerte habían dejado huellas en su rostro hermoso; como al paso del negro ángel, las rudas alas, hiriéndole la faz, habían arrebatado de él toda la carne. Nidos vacíos parecían los ojos; la barba, como oleaje de mar muerto, caíale sobre el pecho: semejava la frente campo arado. Su mano, como la posaba en vida, posada sobre el corazón.

Cerradas a los extraños las puertas, abriéronse a la Iglesia. El pastor de la Iglesia Presbiteriana leyó a la cabecera de aquel apóstol pasajes de los apóstoles; leyó pasajes de aquella Epístola a los Corintios, llena de fe divina y ciencia humana; y luego con voz trémula alzó la voz a Dios y dijo:

"¡Oh, Tú que conociste la sepultura de Bethania, aquella tumba abierta del hermano en Bethania! ¡Oh, Tú que tuviste compasión de la viuda de Nain, cuando cargaba a su amado muerto! ¡Oh, Tú que eres el mismo ayer, hoy y eternamente, en quien no hay mudanza ni noche, ten merced de nosotros en esta hora en que nuestras almas no saben ya donde volar! ¡Mas volamos a Ti! ¡Tú conoces estos dolores que sufrimos! ¡Oh, Tú, Dios de las viudas, ayuda a este corazón estremecido delante de Ti! ¡Ayuda a estos hijos, y a los que no están aquí! ¡Sé el padre suyo: ampara los en el distante Estado que veló por ellos en su infancia: ampara a esta nación que hoy sangra, y se inclina ante Ti! Trueca, Señor, en beneficio nuestro, este castigo: guía, Señor, a los que fueron sus compañeros en el gobierno: haz que de las tinieblas de esta noche de amargura surja un día más sereno, para la gloria de Dios, y el bien del hombre. Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue, víctima de su consagración heroica a los principios: gracias porque él fue tu siervo, y te predicó y enseñó tu vida, y aprendió tu ejemplo, y podemos decir de él ahora: ¡Benditos son los muertos que mueren en el Señor: sus obras van tras ellos! ¡Y ahora, buen Dios, acompaña a estos tristes via-

jeros en este amargo viaje; fortificalos y animalos, buen Dios, y llévanos a todos presto a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tiene lágrimas, a la tierra que no tiene muerte! ¡Por el amor de Jesús! Amén."

La locomotora, ansiosa de su carga, mugía ya impaciente a las puertas de la casa: en sus clamores se extinguieron los del hombre del Señor cristiano: en sus brazos poderosos, brazos dignos de llevarlo, volvía el héroe a Washington. Pusiéronle en un carro todo arreado de duelo, donde doce soldados daban guardia, y como vigilando por su mártir, artesonaban el techo en colgantes festones las banderas. El tren, por no interrumpir aquel glorioso sueño, se movió lentamente, y cruzó los prados, costó el mar ancho, se perdió en el luengo espacio, en tanto que, como familias privadas de su jefe, volvían los moradores de Long Branch a sus desiertas casas, y en aquella que vio morir al hombre bueno, se apagaron los últimos ruidos de la vida, se echaban sobre los aposentos vacíos las tristes llaves y, cual si llorasen la catástrofe terrible, los parquecillos de césped del contorno, antes tan verdes, resplandecientes y galanos, ahora azotados por tantas plantas ansiosas, quedáronse amarillos, y como turbios, despedazados, pálidos y secos.

Corrió el tren hasta Washington entre murallas de gente: en Princeton, donde los jóvenes de los colegios habían cubierto el camino del tren de recién cortadas rosas, aquellas manos infantiles arrojaban guirnaldas y coronas al carro funerario. En Filadelfia, al asomar el lúgubre cortejo, descubriéronse decenas de millares de hombres: hacía llorar el colosal silencio. En Wilmington, avalanchas compactas impidieron el paso de la locomotora que se movía penosamente por entre ellas. En Washington, la ciudad estaba empedrada de gentes y colgada de ellas; avenidas y plazas, balcones y ventanas, aceras y techos, todo, desde la estación, totalmente cubierta de paños negros, hasta el Capitolio, aderezado con severo lujo, rebosaba seres humanos. No hubo en tres horas en Washington una cabeza cubierta. En hombros de artilleros, y cercado de un cuerpo escogido de tropas de la Unión, fue el féretro hasta el carruaje que lo condujo a la Casa nacional, tirado por seis caballos arnesados de duelo. Ni un brusco ruido, ni palabras importunas, ni un murmullo siquiera, alteraba aquella paz solemne, sino ahogados sollozos. Y los que estaban contenidos en los pechos, por respeto o timidez, hallaron libre suelta, y las lágrimas asomaron a todos los ojos, cuando al llegar al pie de la rotonda la vasta procesión, al tocar aquellos peldaños resplandecientes de la escalera de triunfo, al cruzar el féretro ante la estatua del honrado Washington, rompió la banda en sonos melancólicos, y entonó

un aire hermoso, triste y caro a todo corazón americano: “¡Más cerca, mi Dios, de ti!” A un lado y a otro de la imponente escalinata, aguardaban el féretro los hombres más ilustres de los Tribunales y las Cámaras, y cuando desde lo alto de aquella majestuosa gradería se miraba a aquella muchedumbre prosternada, sigilosa, amante, y sus rostros afligidos, y sus cabezas desnudas, y sus ojos húmedos, y antes se extinguía la mirada atónita en el distante espacio, que el gentío respetuoso y en las Avenidas del admirable Capitolio; cuando se veía faz a faz el generoso premio, y aquel tributo de amor pagado al mártir, sentíase el que miraba poseído de todas las excelsitudes de la grandeza, y las embriagadoras seducciones del martirio. Tras el féretro iban, unidos por un dolor visible en ambos, los enemigos airados de la víspera: el nuevo Presidente Arthur y el jefe del Gabinete de Garfield, Blaine; Windom, celebrado Ministro de Hacienda; y el Jefe del Cuerpo Judicial; el general Grant, que ha mostrado en esta muerte pesar profundo, y el general Beale, su frecuente compañero. Iban los miembros del Gabinete, Swaim y Rockwell, los dos tiernos amigos de Garfield, su Mecenas aquél, su Pilades éste; los fieles Secretarios del Presidente muerto; funcionarios notables, y los brillantes oficiales del amaestrado ejército y la famosa armada de la Unión. Transpusieron la escalera de mármol; pasaron bajo la puerta de bronce; dejaron el cadáver sobre el catafalco mismo donde estuvo expuesto, largos años ha, el cadáver de Lincoln. El cuadro alegórico de Brumidad, el cuadro de la gloria americana, coronaba, como las nubes a la tierra, el féretro. Arriba, sobre la cúpula, la estatua de la Libertad saluda al sol que nace a sus pies, bajo el pavimento; ábrese la cripta que destinó el Congreso a Washington; y allí, en el lado de Oriente, extiéndese el pórtico en que prestó, en el día glorioso de la inauguración, su solemne juramento. Franjas de plata en terciopelo negro adornan el sencillo catafalco. ¡Así ha de ser la muerte cuando se ha vivido bien, luego de la vida: en negro terciopelo, franja de plata!

Al día siguiente, una rueda nueva reemplazaba a esta rueda rota. El nuevo Jefe de la nación, que entre dramáticos incidentes y en una hora de real y viril amargura había prestado en un artístico aposento de Nueva York, la promesa de lealtad a su alto cargo, la prestó segunda vez, en el salón del Vicepresidente en el Capitolio, en conformidad a la histórica ceremonia nacional. Digno fue el acto, como han venido siendo siempre dignos todos los actos de orden personal del nuevo Jefe. No la usual multitud de ilustres curiosos, sino escaso número de graves funcionarios o celosos amigos asistieron, por especial invitación, a la ceremonia. Allí,

entre altos magistrados y Secretarios de la Presidencia, el Justicia mayor, en su severo traje oficial, tomó al nuevo empleado de la Nación el juramento de su empleo: “Juro solemnemente que cumpliré con fidelidad el cargo de Presidente de los Estados Unidos; y preservaré y defenderé, con toda mi energía, su Constitución.” El Presidente, que había tenido la mano puesta sobre la Biblia abierta que mantenía un funcionario de la Suprema Corte, inclinó su robusto y alto cuerpo, besó humildemente la Biblia, y dijo con voz firme y distinta:—“¡Juro: así ayúdeme Dios!”— Y con grave ademán sacó del pecho un breve manuscrito, y trémulo al comienzo, y con las manos agitadas, mas luego con voz clara y manos serenas, leyó su varonil discurso de inauguración, en que elogia a aquel contra quien combatió, ofrece luchar por lo que él luchó, y asegura que cumplirá al país las promesas de reforma osada y hábitos puros que su predecesor había iniciado en el Gobierno.

¿Ni cómo, ante la universal admiración al generoso muerto, hubiera podido decir en su discurso inaugural cosa distinta? Mas, porque se le pudiera suponer y supone, no caudillo de sus parciales sino parcial de otros caudillos, recabó en frase enérgica y oportuna la suma de autoridad que cabe en la Presidencia y anunció el propósito de ejercerla. De la ciencia es padre el tiempo. Y es la política como cera blanda, que se ajusta a un molde inquieto, variable y hervidor. Como hunde el crepúsculo el día y la noche, así a la sombra de este ataúd aunque a la larga hayan de reaparecer, se han comprendido por el dolor y por el respeto, y por la necesidad de bien parecer, y por la utilidad que de ello les viene, las dos secciones del partido republicano.

Mas las lides políticas que ya en estos días cobran aire y vigor de novedad, cesaron en la semana de ceremonia fúnebre, avergonzadas, y no llegaba de ellas noticia alguna a la afligida familia nacional. A un coronel que intentó—porque es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente—revivir las calumnias que contra Garfield se lanzaron en la agria campaña electoral, en un artículo publicado a la raíz de la muerte del noble hombre, le persiguieron indignados, y con aplauso de la comunidad ofendida, los estudiantes de la villa; sitiaron su casa; recorrieron en procesión amenazadora la población; con proyectiles llenos de tinta, señalaron la fachada del edificio del periódico; juzgaron como a ser extraño a la especie humana al coronel, y lo quemaron en efigie.

Demócratas y republicanos han llorado y lloran, en común, la pérdida del jefe honrado; y en aquella estupenda mole viva que se acumuló

en Washington a ver los restos del Magistrado difunto, era de ver con júbilo, como por primera vez, después de la guerra, los odios de los hombres se endulzaban frente a la tumba de un hombre que no tuvo nunca odio. Luchó contra el Sur, por la gloria de la nación, la redención de los esclavos, y el aseguramiento de la libertad; pero amó al Sur. En su corazón apostólico no cabían hidras. Guardaba la justicia para abatir a los malvados; mas era naturaleza de su juicio la cordura, y bondad era en su corazón naturaleza. Así negros inválidos de los Estados rebeldes formaban en la procesión interminable que aguardaba en las calles desde el alba su momento de entrada en el Capitolio, al lado de elegantes damas de Washington, de corpulentos californianos y despiertos neoyorquinos. Arrastraban su pierna herida, o su muleta poderosa, largas horas; y ascendían, como el muerto el día anterior, la escalera de mármol; y entraban, como el muerto, por la puerta de bronce; y sobre ellos, como sobre el muerto, brillaba cual brilla el cielo sobre los hombres, el cuadro de las glorias americanas, y de pie sobre la cúpula magnífica, la estatua de la Libertad mirando al sol naciente. Vio aquel día la imponente rotonda 150,000 seres humanos. Las madres llevaban en sus brazos a sus hijos. Ciego había, llevado por su amigo. Las gentes pobres de ciudades y aldeas vecinas, llegaron cubiertas de polvo, tras viaje de toda la noche, con su cestillo de provisiones en la mano. Seis mil vieron el cadáver cada hora. Afuera, poseídos de respeto, murmuraban apenas: dentro, traspasadas de angustia, rompían a llorar. Una mujer, con los cabellos blancos, juntas las manos en actitud de plegaria, cae arrodillada y casi exánime, murmurando entre lágrimas: "Querido corazón, ¡cuánto ha de haber sufrido!"

Los niños, como quien se acerca al sol y mira a una montaña, se detenían con asombro y respeto ante el féretro. Hinchía el aire en la rotonda perfume de flores. En una almohada de claveles blancos, se leía en siemprevivas azules: "Nuestro llorado Presidente". Sobre una columna truncada de bellas rosas, una blanca paloma extendía las alas. Abriábase a poca distancia del ataúd, con flores magníficas labradas, las puertas del cielo. Alzábase no lejos, en forma colosal, la corona de la gloria. A los pies del catafalco yacía una corona majestuosa y rica, de rosas de Niel, blancos claveles, aromosos jazmines y hojas de geranio; y entre las flores se leía, honrando tanto al enviador como al difunto: "La Reina Victoria a la memoria del Presidente Garfield.—Expresión de su pena y su simpatía con la señora Garfield y la nación americana." ¡Oh esta reina ha domado la etiqueta, y ha hecho brillar su corazón. Su

angustia durante la enfermedad de Garfield, ha sido angustia maternal. Con el alba amanecían en la casa del herido sus telegramas. Su interés era vivo, infatigable. Quería informes propios, no oficiales. Ha estado en espíritu a la cabecera del enfermo. De su trono de reina, ha venido a sentarse en el hogar del labrador de la casa de Mentor. Ha saludado como amiga a la admirable esposa del Presidente. Ha preguntado asiduamente por su salud, y la de sus hijos, y la anciana madre.

¿Qué ha faltado en verdad a este hombre que acaba de morir? ¿Ni cómo había de morir hombre tan venturoso? Es su casa transparente, y su vida queda como escrita en bronce. Fue grande en aquello en lo que se es difícilmente—en el hogar. Tuvo tierna, fiel, nobilísima esposa. Pudo verse a sí mismo con orgullo. Tuvo amante, providente, enérgica madre. Ante su fosa llora un pueblo. Y los pueblos se congregan para llorarlos, y por encima de aves rapaces y leones parece que se cierne una paloma.

El día después del de la muerte, la madre, que era alba en sí y magníficamente pura, se había vestido con el alba, y con sus ojos que han visto morir 83 años, leía la Biblia. Termina el pacífico y señorial almuerzo de las casas de campo americanas: la anciana quiere leer el telegrama del día que le arrebatan.

—Madre—le dicen—¿podrías tú recibir hoy malas noticias?

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Madre: hay malas noticias.

—¿Está muerto?, preguntó la anciana temblando.

—¡Está muerto!

¡Qué torrentes de lágrimas!

—¿Es verdad?, pregunta de nuevo con labios balbucientes. Ayúdeme el Señor, pues si él está muerto, ¿qué haré yo?

Y leyó con ansia la briosa anciana el periódico del día. Y decía a cada instante:

—¡Pues no puede ser que yo viva si él ha muerto!

Extraña luz la que brota de estas amables cosas escondidas, mas parece que de aquella cabeza venerable, coronada de canas, resplandece luz suave de aurora boreal. No ha visto Washington procesión más imponente que la que, el día 24 de septiembre, acompañó el cadáver de Garfield a la estación de que partió el tren que llevó sus restos a donde a la sombra de los sauces nativos, las paredes del ataúd lucharán en vano por resistir la obra transformadora de las entrañas voraces de la tierra. De forasteros y gentes de la ciudad estaba lleno Washington. Anchas como plazas son sus calles; y sus plazas son circos, mas a la gran mul-

titud venían estrechas. Habíanse hecho en la hermosa rotonda ofrendas a Dios y ante dos mil afortunados espectadores, los Ministros extranjeros, el alto ejército, la alta marina y los cuerpos más importantes del Estado, habíase leído la Biblia: había el Rvdo. Isaac Erret elevado al cielo elo-cuente plegaria y el pastor de la iglesia que fue en Washington la iglesia de Garfield, había honrado en hermosas frases al que él llamó Garfield el Bueno.

Una música suave, que semejaba vapor que se eleva o lumbre que se extingue, la música del "En el dulce porvenir" acompañó el cadáver a la arrogante carroza fúnebre. Allí todo el ejército, allí las bandas; allí la policía montada, a la vanguardia el Estado Mayor, zuavos, veteranos, infantes, artilleros, cadetes y marinos. Allí cañones con arreos de duelo, y el gran ejército de la República, y los mozos del Club Conkling en su brillante traje azul, y Caballeros Templarios de Washington, y Templarios de Baltimore, que de allá vinieron para dejar a los pies del Presidente una gran cruz de Malta, de muy ricas flores. Y tras ellos, en el carro suntuoso, el cadáver, y en su torno, numerosa guardia de honor de oficiales notables del ejército. Llegóse al tren, rompió la banda de Marina, en un místico aire: "Salvo en los brazos de Jesús", colocaron en su carro de viaje al féretro, sobre el cual, pendiente de la ornada techumbre, abría las alas de flores blancas y amarillas una gran mariposa; y era tal la compacta muchedumbre en torno a la estación de la vía férrea, que luego de ido con su carga que no había de tornar el tren fúnebre, transcurrió largo tiempo sin que se diseminara la gigantesca masa humana, y volviera a su calma la ciudad vacía de su grande hombre.

Los jardines del tránsito habían sido segados, y las ramas más frescas de los árboles, para honrar al muerto. En las estaciones en que se detenía, se detenía sobre rosas. Desiertos quedaban los pueblos, y sus habitantes llenaban el camino. Iba en el tren fúnebre la esposa fidelísima; con los restos de su esposo vino de Long Branch, en solemne hora, hurtándose a los ojos extraños; cerró tras sí las puertas de la rotonda del Capitolio, y habló a solas con su esposo muerto; y con él iba a Cleveland, a Cleveland, la ciudad de los funerales. ¡Largo, tristísimo e imponente viaje! La noche, negra; el campo, vasto; fragante el aire; el tren veloz; y el hombre, muerto. Silbaba la locomotora en la campiña; las brisas en los árboles rumoraban; y corrían los arroyos en la naturaleza, junto a aquel en quien había cesado ya de correr el arroyo de la vida. Sonaban en la medianoche, las campanas de iglesias y de escuelas, grave, lúgubramente. En la pradera solitaria, y valle ameno, veíanse a la tibia

luz de la aurora, grupos de campesinos que aguardaban el paso del tren, con la cabeza descubierta; labradorcillos con el rostro mustio; labradoras que en tributo al muerto, le ofrecían el reposo nocturno.

En Cleveland, en tanto, era día la noche, y todo anhelo y rivalidad por recibir al glorioso huésped. La quieta, la religiosa, la modesta Cleveland, erigía, con singular presteza en su mejor plaza un admirable monumento. ¿Mas dónde había ella de alojar a los cien mil espectadores? ¿Con qué provisiones había de alimentarlos ella? Las casas privadas se trocaron en hoteles; las empresas de los ferrocarriles alquilaron los asientos de los carros; se juzgó cama buena un montón de césped, o una silla piadosa; resonaban por todas partes en la ciudad redobles de tambores; lucían las diputaciones militares del país sus pintorescos uniformes; ondeaban al aire las plumas de los cascos; las manos de las damas elaboraban hermosas coronas; de siemprevivas y laureles estaban regadas las alfombras de las casas y las calles. Campamento era el pueblo.

Llegó el féretro; ocupó su monumento; la multitud se postró ante él: en un alto arco, al fondo, se leían estas palabras:

Corrió bien la carrera de la vida.

Hizo bien la obra de la vida.

Ganó bien la corona de la vida.

Ahora viene el descanso.

Bullía la generosa población cual cuerpo de súbito henchido con cantidad de sangre extraordinaria. Fue el día una larga procesión al féretro. Fue la noche una inolvidable, romántica, histórica noche. Sobre cuatro empinados arcos, sustentados por negros pilares, listados de oro, se levantaba la dorada cúpula. Yedras y siemprevivas ornaban los arcos; enlutados cañones yacían al pie de los pilares recios; banderas negras colgaban de las elevadas cornisas, y a par de ellas el pabellón de la nación. Reflejábase la misteriosa luz eléctrica sobre las espadas de los escudos, sobre las barras de plata del ataúd, sobre la osada cúpula de oro. Murmuraban los vientos en los árboles; inclinábanse las ramas, llevadas de la brisa al monumento; con paso silencioso movíanse en torno de él centinelas; sobre cruces de musgo y urnas egipcias, sillón vacío, lira, estrella, faro, compás, Biblia de flores, brillaba la luz pálida. Y en aquella lumbre pálida de ámbar se leía escrito con siemprevivas rojas en la Biblia: "Tu voluntad sea hecha".

Lentamente, y apoyado en su bastón, subió, subió del brazo de un amigo las escaleras del catafalco, un anciano cansado, de mirada profunda, cabello rebelde y rostro lívido. Era Blaine, que en el seno de la vasta sombra, vasta como sus atrevidos pensamientos, venían a dar el último adiós a su compañero fidelísimo, como él osado, como él honrado, como él prudente. ¡Aquel ataúd se llevaba tantos propósitos de reforma, tantos proyectos redentores, tantos sueños de gloria!

¡La patria corre tanto riesgo en manos de los ambiciosos! Y bajo la mano nerviosa temblaba la caña, y con larga mirada envolvía el ataúd, y sobre su faz lívida resplandecía la luz eléctrica.

El lunes, día de los funerales, era día oficial de duelo, día de humillación y de plegaria para toda la nación. A un lado pusieron estos cincuenta millones de hombres los instrumentos de trabajo. Se abrieron las Biblias y resonaron los órganos. Cleveland amaneció de pie, dispuesto a la tristísima faena. Día inmenso en que todo corazón sintió congoja. En ancha plataforma, levantada a espaldas del monumento, en torno de la cual la leal multitud se agrupaba desde la mañana en suma enorme, comenzaron a tomar asiento los hombres más famosos de esta tierra. Era el oficio fúnebre. Un grupo de mujeres, ocultas bajo espesos velos, sube a la plataforma: es la anciana de 83 años, faz a faz de su hijo. ¡Es la compañera de toda la vida, fiel más allá de la tumba! Es la hija trémula. En grupos vienen y en silencio se sientan, los hombres famosos. El uno es Hayes, con su rostro sereno, y lucientes sus cabellos rizados, su apostura, digna, grave, impenetrable. Cerca de él se sienta y cierra los ojos, como si el mundo externo fuera ante él menos espacioso y solemne que el mundo interior, el triste Blaine. Allí se reúnen: el bizarro Hancock, que llora con rudas y nobles lágrimas de soldado la muerte de su vencedor; el hijo de Lincoln, de marcada faz teutónica, en cuyo espíritu lleno del grandioso espíritu del padre, deben correr a la vista de este otro hombre asesinado, aguas amargas. Dos héroes de la guerra toman allí asiento: Sherman inquieto y penetrante; Sheridan, cuya mirada atrae y deslumbra. El senador Bayard, que va a ser electo presidente del Senado, y a entrar por tanto en la línea de sucesión legal a la Presidencia de los Estados Unidos, está allí con su faz patriarcal, reposada y afable, al lado de Jones, el tenaz demócrata, que viene a tributar honores con su jefe al caudillo que un año hace lo venció en reñidísima contienda. De gobernadores, de guerreros, de afamados políticos, de sacerdotes, de oradores, de los más leales corazones y más claras cabezas del país, se llena al cabo la plataforma. Se entona un himno, que cien voces levantan. Una voz con-

movida lee en las Escrituras aquel pasaje que empieza: “El hombre que nace de mujer, dura poco y vive entre amarguras.” Un sacerdote se levanta luego: “Oh, Dios, dice, Dios. Gracias te damos por ese noble, gran carácter de nuestro muerto Presidente, que se ha alzado tan alto ante nuestra nación y el Universo; haz que te demos gracias porque la rectitud de que dio ejemplo prevalga y cunda en toda la nación.”

“En ti amó Señor, en ti muere”—cantó la sociedad vocal. Y con su último acento se levantó a hablar el reverendo Erret, el apasionado, elocuente reverendo. De él era el honor de hablar del muerto. No fue en verdad una de aquellas aladas pláticas, y maravillosos trasportes de elocuencia que como león de melena de oro, o cóndor que hiende nubes, surgen en horas graves de los labios de los brillantes oradores hispano-americanos. Fue una oración oportuna, sesuda, reposada: de enumeración de merecimientos, conjunto de juicios, amonestaciones racionales y avisos honrados.

“Nos hace falta la virtud, para continuar siendo el pueblo grande y libre de la tierra. Aquí lloramos por un hombre ilustre que fue todo lo que fue en grado supremo, y combinó, con un poder majestuoso, en igual cantidad fuerzas distintas. Aquí lloramos por aquel en que la ternura del padre fue igual a la bravura del soldado, y dijo en el templo del Señor la palabra divina con la misma fe y fuerza que en el templo de las leyes la palabra humana. Aquí lloramos por aquel hombre sencillo y perseverante, para quien fue el creer sin razón una ignominia, el desconocer algo un tormento, y el conocerlo, causa de deleite. Aquí lloramos por el que predicó la ley cristiana con la palabra ardiente y fácil, y con el ejemplo rudo y difícil, por el senador admirable, llevado al Senado en hombros de su pueblo; por el Presidente osado y honesto que aprovechó la oportunidad para dar golpe al error, y buscó compañía entre los ilustres y puros, y consejo entre los humildes y desinteresados. La tierra no pudo ponerle más alto, ni su pueblo amarle más, ni él amar más a su pueblo. Noble y maravillosa fue su vida, y nuestro agradecimiento, y el respeto del mundo, y el dolor con que se le ve partir, más grande que ella. A ti, padre celeste de los que no tienen padre, encomiendo la madre que le creó, la esposa que le acompañó, los hijos a quienes dio vida, y a esta Nación que llora sin él huérfana.”

Triste, largo, penoso silencio sucedió a la severa plática del grave reverendo. Un sacerdote cantó entonces, coreado por la sociedad vocal, el himno que amó el muerto, canto de trabajo, voz de guerra y estrofa de faena:

*¡Oh de la mies humana segadores!
subid a la montaña
de la sabiduría,
y abajo echad, vencidos, los errores:
no haya palabra extraña
ni ciencia oculta al hombre, ¡oh segadores!,
servid como yo sirvo al Dios que adoro,
y será vuestro premio un templo de oro.*

Y descansaba, en verdad cual póstuma y delicada caricia de la suerte, bajo un templo de oro.

Comenzó entonces a moverse hacia lejano cementerio el colosal séquito. En hombros de artilleros iba el Presidente: tras él, en cerradas carrozas, sus deudos y allegados. Lejanos y pausados disparos de cañón, clamor de cornetas, melancólico son de marcha fúnebre, precedieron a aquella corte inmensa. Compañías de todos los cuerpos, comisiones de todas las armas, diputaciones de todas las logias, en uniformes deslumbradores, con sombreros plumados y arreos de gran fiesta, seguían al féretro. La logia a que él perteneció, el regimiento que él mandó en la guerra; corporaciones, colegios, centros de campaña electoral, universidades, hebreos, húngaros, suizos, bohemios, trabajadores, teutones, en luenga interminable fila acompañaban el cadáver. Todo lo que lucha por la vida, todo lo que el trabajo santo alienta, acompañaba a su lecho frío el cuerpo de aquel trabajador, de aquel luchador.

Con él sociedades católicas, racionalistas, israelitas; sociedades de temperancia, sociedades de benevolencia. Con él, en grupo solemne, ciudadanos blancos y ciudadanos negros del Estado. Tras ellos gigantesca procesión de tropa; tras los hombres ilustres de la comitiva, diez regimientos de la guardia nacional. Banderas plegadas y horadadas de balas; aires lánguidos y penetrantes como tocados por fugaces brisas en arpas moribundas, y al cabo, el bravo pueblo, con su desorden pintoresco, sus aseados vestidos, sus sombreros gastados, sus bronceados rostros, sus manos callosas, y su continente triste, y su frase de amor, o su cruz de respeto, atadas a la manga o al sombrero. El, como ellos, fue pobre y anduvo en fiestas con vestidos raídos, y expuso al sol la faz y al arado las manos. El, más fuerte que Sísifo, había llevado la roca a la cima del monte, y sentándose sobre ella, amó: por eso ha sido amado.

Bajo un arco abierto de inscripciones entró en el cementerio: “Duerma aquel a quien hemos amado”—decía en una parte. “Duerma aquel

en quien tuvimos confianza”—decía en la otra. “Ven a descansar”, decía el arco en lo alto. Lo dejaron en tierra. Lo elogió al borde de la fosa el capellán de su valeroso regimiento. Las Sociedades Corales alemanas cantaron en latín el “Integer vitae” de Horacio. Altísimo coro que repetía la muchedumbre afuera, cantó de nuevo al aire:

*¡Oh de la mies humana segadores!
subid a la montaña
de la sabiduría,
y abajo echad, vencidos, los errores:
no haya palabra extraña,
ni ciencia oculta al hombre, ¡oh segadores!*

Calló el himno: se hundió el hombre en la fosa. El caudillo que, como quería el monarca budista, había acrecentado la misericordia, la caridad, la verdad, la bondad y la piedad entre los hombres; el que vivió en aquella medianeza comedida que recomendaba a Boscán Don Diego Hurtado de Mendoza; el que poseído de amor divino, venció todo rencor y traba humana, y del acero de sus aperos de artesano hizo su pluma de senador y Presidente; el que puso su palabra al lado de la justicia, su espada al lado de la libertad, y su fortuna a la espalda de su deber; el que, como el Dios de los primitivos hebreos, tomó todas las formas, habló todas las voces, y sufrió todas las amarguras de su pueblo; el que batalló en la hora de la batalla, predicó en la hora de la paz, habló en la hora del debate, sufrió en silencio y amó perpetuamente; el que por la excelencia de su virtud subió de la más humilde grada de la escala de los hombres a la cima fulgente; el que vuelve a la tierra, blanco como los vellones de cabritillo no nacido que regalaban a sus desposadas los castellanos españoles; el hombre de la humanidad, de su nación y su tiempo, creador de sí, laborioso y amoroso, mártir caído en la batalla eterna de las fuerzas satánicas que devoran y las fuerzas divinas que construyen, moría entre himnos, llorado a la par y con igual ternura, en los confines todos de la tierra, con la corona de una reina sobre su féretro y los cánticos de un pueblo colosal acompañando a la inmediata altura el luminoso viaje de su espíritu.

Volviéron los carruajes lentamente; cayó del cielo lluvia triste; volviéronse a sus lares los tributarios fieles; arrebató la multitud las hojas de las rosas, los pálidos helechos; el seco musgo que había estado a sus

plantas, bajo su bóveda, en su féretro; y se sentó en su silla, con la mirada vaga, la infeliz anciana; agrupó a sí sus hijos, en su terrible soledad, la viuda esposa.

Nueva York en tanto ofrecía una admirable perspectiva. Los templos todos de la Nación, la catedral católica, la sinagoga, la pagoda, la sala metodista, el salón de los librepensadores, los templos todos estaban abiertos. Beecher, Talmage, Adler, Collyer, Chauncey Depew, hablaban. Moría en la calle el eco de la iglesia. Nueva York, regiamente decorado de duelo, reposaba y gemía. Negra franja cruzaba los carteles de los teatros. Gravedad y pesar decían los rostros. Eran las calles colgadas de luto, cual cauce seco de un río negro. Y el río mismo parecía enlutado. Se deslizaban por él los vapores como si no quisieran ser oídos. No era aquella brillante regata, y vocinglera batalla de los comunes días; semejaban los vapores escasos, los blancos vapores de la travesía, cruzando lentos y aislados por el agua mansa, como palomas tristes que saben que no han de hallar padre ni madre en el desierto nido. Guardianes de cementerio parecían. Edificios había, edificios babilónicos como el del joyero Tiffany, cubierto desde el terrado a las aceras, de merino negro. Con cinta negra atados se vendían los nardos. Como en luengos hilos corre el llanto por el rostro, en luengas bandas corrían por las paredes los símbolos del luto. Ya era su retrato, en marco de laurel, y surgiendo de entre palmas. Ya era su busto en fondo lúgubre, coronado por un ángel. Unos habían atado al asta las banderas; otros habían prendido a la lanza gallardete funeral; otros colgaban de sus ventanas banderas negras y blancas. Los mástiles de los buques, las cruces de hierro de las torres, las flechas de las veletas estaban enlutadas. No se entraba a las casas sino por debajo de bóvedas luctuosas; artesónaban la techumbre de los pórticos densas gasas y espesos crespones.

Admiraban los forasteros y los urbanos la soberbia metrópoli; del hombre perdido consolaba la esperanza en los hombres que sabían llorarlo; séquito interminable, camino de los templos o de los lugares más ornamentados, llenaba a Broadway, cuando de súbito, con su plumaje de humo pardo salpicado de chispas, una bomba de incendio cruza desalada a los ojos de la suspensa muchedumbre. Una, otra, otra, otra aun, otra más, la siguen. Son águilas rojas que vienen, prendidas en la cresta jirones de nubes, rampando la tierra. Va tras ellas el carro de las escaleras y las mangas; por sus bordes, saltando como duendes, se envuelven los bomberos en sus capuchas de hule; los pasajeros de los óm-

nibus, que van cuajados de gente, saltan a la calle, anhelosos de ver la horrible fiesta: hay algo de embriaguez para los hombres en todas las grandes convulsiones de la naturaleza.

Aún está la nación bajo el palio negro. En vano han pasado los días de duelo, sin que una sola de las insignias de luto haya sido arrancada de las columnas y los muros. ¡Noble tenacidad de una nación agracedida! En vano ha anunciado el Presidente que debe reunirse en sesión extraordinaria el Senado, para elegir en el presidente de la Alta Cámara, el sucesor legal en caso de catástrofe, a la Presidencia de la Nación,—sucesor que hoy no existe; en vano es motivo de curiosa observación ver cómo la mayoría del Senado hoy demócrata, elegirá un sucesor probable demócrata a un Presidente republicano. No vale que se dé cuenta minuciosa de los preparativos del proceso de Guitau. Ni vale que se susurre que se ha descubierto una tentativa de asesinato al nuevo Presidente,—lo que parece inexacto. Ni siquiera vale que se discuta calurosamente la creación del Gabinete que ha de suceder al Gabinete de Garfield, que ha retenido cortésmente Arthur, contra quien no ha cuatro meses reñía apretadísimas batallas. Se dice que Fish, el Ministro de Grant, o Conkling, el enemigo de Blaine; se dice que este caudillo animoso irá a desempeñar la embajada de Berlín o la de Londres; se celebra la reserva cuerda, y testimonio de dolor, del nuevo Presidente. Mas sobre la fosa abierta, con las manos llenas de mirtos y siemprevivas, como aturdida del golpe, está aún contemplando a su muerto la Nación. En dádivas, como en plegarias, muestra su ternura. A trescientos sesenta mil pesos asciende la suma reunida por voluntarias contribuciones a la viuda. A la anciana trémula, que ya no quiere vivir, comienzan también a enviarle ofrendas cuantiosas. Pide la reina Victoria un retrato de Garfield. Sábese que a la hora de los funerales, estaban abiertos en honor del Magistrado difunto, los templos europeos. Sólo para llevarlos en donativo a las sedientas víctimas del incendio de los buques de Michigan, rodarán de los muros las coronas, y se desprenderán de las techumbres y columnas los arreos del duelo.

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeños maguas que chocan y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo. La tierra, gigantesca y maravillosa, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus altos que asombran, sus tenacidades que repugnan, sus fuerzas que adelantan, y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan, y sus apetitos que devoran; la tierra, pintoresco circo ín-

menso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices de brillantes y chispas fúlgidas, saltan, revolotean, lucen y 'perecen; la tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley de amor y la ley de odio. Ha vencido esta vez la ley de amor.

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de octubre de 1881

LONGFELLOW

LONGFELLOW

Ya aquél ha muerto,⁸ y otro, feliz y famoso, está en riesgo de morir. Un cáncer roe el rostro de Longfellow, que cumplió cuatro días ha, setenta y cinco años. Y no hubo en Atlanta, en Cambridge, ni en Boston, mano de niños sin flores, y labio sin versos. Allá en Atlanta, sentados en los mismos bancos, niños blancos y negros, recitaron las estrofas melodiosas del bardo de Boston, cinco mil voces puras: las voces de los niños, cual si vinieran de mundo armonioso, vibran extrañamente; y, cual si temblaran de miedo de entrar a vivir, cuando se alzan en canto, parecen llenas de lágrimas. “¡Excelsior!” decían en coro, con la poesía más celebrada de Longfellow, los niños leales de Atlanta, y toda esta tierra que ama a este hombre tierno y bueno y se ha placido en hacerlo venturoso, decía “¡Excelsior!” El vive en Cambridge, donde con los pies desnudos, las ropas desgarradas y las manos ennegrecidas por la pólvora, llegaron allá en los años de la Independencia, los bravos soldados norteamericanos, que a pedradas y a culatazos, hundidas ya en cuerpos ingleses todas sus balas, venían de defender la fortaleza, afamada por toda la tierra, con cuyas ruinas se amasó este pueblo, la fortaleza de Bunker Hill.

Y posa Longfellow los ojos en el reloj en que posó los suyos Washington. Y engasta y monta sus pulidas rimas en la alcoba misma en que el héroe tranquilo urdió batallas. La vida, que es para unos como monstruo demente y bufador que los elige por jinetes, y los exalta a nubes, los sacude contra las laderas de los montes, y los esconde en abismos, es para otros riachuelo murmurante que les baña los pies, cargado de flores. Hombre, la fortuna llamó a las puertas de Longfellow y le dio esa dote benéfica—trabajo,—esa dote de hadas —trabajo poético, trabajo

⁸ Se refiere a Garfield.

libre, trabajo de creación y de revelación de la hermosura; ¡y a otros hiende en mitad el hacha de la muerte el cráneo lleno de una selva hermosa! Poeta, nació Longfellow en huerto nuevo, de flores no segadas, en que su mano activa, guiada de ojo perspicaz, segó presto las más lindas flores. De ahí ese frescor de las poesías bíblicas; ese aspecto de tronco de las frases de Job; ese carro de oro en que aparece Ezequiel; esa escala de Jacob, más hermoso aunque menos osado que el Prometeo griego; esos ruidos de bosque de los poemas indios; y esa lengua pictórica y perfumada que habla Homero. Está la grandeza de aquellos bardos en sí mismos, y en haber nacido cuando todo era nuevo. ¡Hoy, los que nacen, hallan altares rotos, que estorban el paso, altares confusos que se alzan en la distante sombra, y en la tierra, los árboles sin flores, y en la morada de los bardos muertos, los grandes bardos que pasan con las primeras flores de los árboles en sus manos. Son inmortales porque aspiraron las primeras flores de la tierra. Y ¡qué hermosa es la casa que con sus albores se ha alhajado el poeta! Bajo el pórtico que lleva a su sala, ve a los que entran como símbolo del culto que tras de aquel umbral se tributa a la hermosura, la casta y serena Venus de Milo. Sobre la ancha y maciza chimenea guardada por altos tibores de la China, álzase ornamento rico que recuerda las líneas airoas del templo de Paestum. El trabaja en un ancho sillón, ante mesa redonda, cuajada de libros. Allí relee sus versos musicales; sus “Voces de la Noche”, en que a vueltas de imitaciones del socrático Bryant, ya apunta el sentidor afable y melancólico, a quien, porque consuele y conforte con su poesía sana y fragante, quiso dar la fortuna fortaleza y consuelo. Relee allí sus “Aves de paso”, en que ya ve con ojos amorosos las penas de los hombres; sus “Baladas”, nacidas de mirar atentamente en las obras humildes y armónicas de la naturaleza; y aquella “Evangélica”, cuento hermoso de Acadia, olorosa y blanca como un lirio; y aquel “Hiawatha”, poema de los indígenas de América, en que se ve la primitiva luz sagrada, los arroyuelos que juguetean entre los céspedes, y se oyen crujir hojas vírgenes al paso de pies nuevos; y aquellos “Cuentos de la posada del camino”, ya impregnados de mística embriaguez y ansias de cielo; y aquellas coplas nuestras de Lope y de Manrique, que él dio al inglés, con singular fortuna, porque ese poeta tiene, como el don de ver en pie cosas y hombres pasados, el don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas, de lenguas de Europa, y letras de ellas, y le hicieron maestro cuando tenía apenas dieciocho años, y en enseñarlas sucedió luego a Ticknor, que historió con

mano segura las letras de España, y por conocer de fuente propia, como ha de hacer todo el que enseñe, la materia de su enseñanza, fue tres veces a tierras europeas, donde el sol calienta, y la naranja enjuga los labios ardorosos, como en el mediodía, y donde la tierra parece mar cubierto de perenne espuma y el color del cabello de las doncellas es el color de las naranjas, como en Escandinavia. Y se trajo Longfellow, en sus ojos ávidos, los estudiantes salmantinos, y bridones gallardos de Nápoles, y aquellas mozas de Roma, que son estatuas coloreadas, y aquellos caballeros dormidos, que rezan con sus manos de piedra sobre las sepulturas de las iglesias; y aquellos hombres voladores que cruzan, con velas a la espalda que parecen alas, por las laderas, los valles, los ríos, los pueblos nevados de los daneses. Y así que tuvo de tanto matiz rico llena su paleta, sentóse a ver, con los ojos de quien ve poblada de seres la atmósfera vacía, a este Universo que hierve perpetuamente, como inmensa rosa, y a oír esas risas de alba, que flotan en la tierra en medio de la noche. Para él la vida es un amable sacerdocio, una tarea grave, un deber que acarrea gloria, si cumplido, y si olvidado, culpa, y miseria, y son los vivos como peregrinos meritorios, que van con las banderas desplegadas, los pies ensangrentados y la azada en las manos, comiendo del trigo que siembran, y bebiendo del agua de los ríos, que vadean con puentes. Dice cosas profundas en versos alados. Habla de fe, hoy que tantos hablan de desesperación. Emerge de sus versos una hermosa tristeza, la tristeza azul de aquel que no ha sufrido, no la tristeza mordedora, inquieta y bárbara de los infortunados. Las pasiones tuvieron compasión de su alma pura, y en su alma cantan ángeles. Le hallan perfecto en forma como vaso árabe. Le hallan como ruiseñor del verso, que canta en flor. Y le hallan como si no vibrasen en su lira las voces hondas y desgarradoras de las pasiones humanas, lo cual viene de que este poeta ha sido venturoso. El dolor madura la poesía. Los ángeles de Longfellow no tienen manchadas de sangre las alas. A las veces, pálido de ansia, ve ese anciano al cielo, como buscando en él, cual buscan todos los humanos, el bajel invisible que ha de volverle a la patria de que vino. El hombre necesita sufrir. Cuando no tiene dolores reales se los crea. Purifican y preparan los dolores. Y así ha vivido este poeta, en cuyo honor soltaron al aire sus banderas el día de su cumpleaños las casas del pueblo de su nacimiento, y quedaron sin rosas los jardines comarcanos, porque fueron a llenar los jarrones artísticos de aquel en cuyo espíritu vibra blandamente un arpa melodiosa; de aquel bardo dichoso que ha vivido en el

solemne culto y en el apacible cultivo de la belleza; de aquel afortunado en cuya casa, como en paredes de diamante, se quebraron los dardos del dolor.

La Opinión Nacional. Caracas, 22 de marzo de 1882

2

LONGFELLOW

Longfellow ha muerto.—Su muerte, sus versos, su vida.—Urnas sonoras

Nueva York, 1 de abril de 1882

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ya, como vaso frío, duerme en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas; los árboles abatidos, como por el pesar los hombres, por el viento, y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y los árboles coposos de la tierra. Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh, cómo acompañan, los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos, esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores, esos que cantan cosas divinas y consuelan! ¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Si hacen pensar, cómo empujan y agrandan! Y, si están tristes ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sonos, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barba, ondeante sobre el pecho. Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en su ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de la muerte, que hace la vida bella. Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y sido quien era, lo que es mérito grande. Le sirvieron sus estudios, como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fué de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. El anduvo sereno, propagando paz, señalando bellezas, que es modo de apaciguar; mirando ansiosamente el aire vago, puestos los ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía a la tierra, donde se trabaja, hermosa; y la otra tierra, donde tal vez se trabaja también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre. Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a los lejos, en la sombra negra, rayos de luna, y otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse, le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo, pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos, como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan en lo hondo de esas urnas ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos; lúgubre la mirada, llameante el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden, descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos amadores; sino que es su poesía vaso de mirra, de donde asciende en humo fragante, como en homenaje a lo alto, la esencia humana. Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y noruegos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos, y de cosas de la colonia pintoresca, y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni son su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu, y luengos y ternísimos

coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiado en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y de sus labios, hechos al canto, fluían entonces versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde oscura, no como quien teme a la noche, sino quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellos muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía como a onda misera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor, y no como Paris, que se viviera sin ira, y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, puesto que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió en paz, fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban y trabajaba a la sombra de un castaño un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraban a verlas, como pensativos, parvadas de escolares, pequeñuelos. Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullido, los niños amorosos; anda con son pausado el reloj rudo, que sobrevive al artifice que lo hizo, y al héroe que midió en él la hora de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza, que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa, abierta aún, aquellos sonos religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza descontenta en cuyo seno posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa, los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma. Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino a la ciudad, mudos y tímidos, el poeta Holmes, el orador Curtis, el nove-

lista Howells; Luis Agassiz, hijo del sabio que lo fue de veras porque no fue para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma, y el tierno Whittier, y Emerson, trémulo, ¡en cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza del lado de la almohada desconocida!

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de abril de 1882

**HENRY GARNET, NOTABLE
ORADOR NEGRO**

Hermosa vida de Henry Garnet

En tanto que esos amigos de las glorias americanas se reunían para ver que no se honrase a quien era digno de honor, otros hombres agradecidos al bien que del reverendo Henry Garnet recibieron, decidían vestir de luto por su muerte la iglesia que fue suya; y contar en solemne ceremonia la humildad, la elocuencia, la grandeza, la firmeza, el empuje del afamado orador negro. En un día solemnísimo, los rayos de sol que penetran por las ventanas altas del Capitolio de Washington iluminaban la frente bronceada y vasta de un hombre altivo que decía con voz serena frases magnánimas y elocuentes: era Henry Garnet, el primer hombre negro que se sentaba, como sacerdote venerable, entre los hombres blancos que cobija la cúpula del severo Capitolio. En otro día no olvidado, un joven imponente decía vehementísimas y cultas palabras ante la Sociedad Antiesclavista de Nueva York, que admiró lo aprovechado de su mocedad, lo evangélico de su frase, lo acabado de su modo de decir, la virilidad de su apostura: era Henry Garnet, que vuelto de trabajoso colegio lucía por vez primera en público sus facultades oratorias. ¿Y ese grumete mísero, que limpia vajillas y cubiertos, y hace oficios menores, y va de mozo de cámara en un vaporcillo que da viajes a Cuba? Es Henry Garnet, que enseña a los hombres perezosos, soberbios e impacientes, cómo se puede, de negrillo camarero, hijo de esclavos fugitivos que anduvieron desnudos por la nieve y padecieron frío y hambre en los bosques, ir a pastor de iglesia: a maestro, a miembro del congreso de Frankfort, a abogado del trabajo libre de Inglaterra, a caudillo de su raza, a representante de una nación de cincuenta millones de vasallos en tierra extranjera, a orador en cuya frente limpia y altiva juguetea, como acariciándose la enamorada, la serena y grandiosa luz del Capitolio. Venían los negros, perseguidos en los Estados del Sur, a Nueva York, y llamaban, como a la casa del patriarca, a la de Garnet, que les aderezaba para vivir su casa y su iglesia: y le oían como a Mesías, y le obedecían como a Moisés. Era fama, cuando ya estaba Garnet privado del uso de una pierna y entrado en latines, que traía revuelta con sus bravas ideas anti-

esclavistas a la Academia de Canaan, que llegó a ser fortaleza de estas ideas, repleta de vehementes soldados,—y los partidarios de la esclavitud juntaron noventa y cinco yuntas de bueyes, y las uncieron a la Academia, y la arrancaron de cuajo, en tanto que balas matadoras tajaban el aire en busca de “aquel negro atrevido de frente alta”. No era su lenguaje truncado e imperfecto como el de casi todos los hombres de su raza en esta tierra, sino atildado y ejemplar; sus ojos, decían honradez; sus labios, verdad; todo él, respeto. Lo tributaba y lo inspiraba. En un grupo de hombres, parecía él el jefe. Fue sacerdote en Washington, y lució como virtuoso y elocuente sacerdote. Lo fue en Nueva York, en propia iglesia, y cada año le traía a sus feligreses más amorosos y sumisos. Con el brazo derecho paraba todo golpe que el negro injusto dirigiese al blanco que había ayudado a libertarlo, y con el brazo izquierdo desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque les ven víctimas del mal que les hicieron. Garnet, que ha muerto de ministro de los Estados Unidos en Liberia, ni se avergonzaba de las miserias de su raza, ni las compartía. Odiaba el odio. Amaba vivamente a los blancos y a los negros. Ha muerto amado.

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de marzo de 1882

JESSE JAMES, GRAN BANDIDO

Sus proezas, su fama y su muerte

Estos días que para Nueva York fueron de fiesta, han sido de agitación grande en Missouri, donde había un bandido de frente alta, hermoso rostro y mano hecha a matar, que no robaba bolsas sino bancos; ni casas sino pueblos; ni asaltaba balcones sino trenes. Era héroe de la selva. Su bravura era tan grande, que las gentes de su tierra se la estimaban por sobre sus crímenes. Y no nació de padre ruin, sino de clérigo, ni parecía villano, sino caballero, ni casó con mala mujer, sino con maestra de escuela. Y hay quien dice que fue cacique político, en una de sus estaciones de reposo, o que vivía amparado de nombre falso, y vino como cacique a elegir Presidente a la última convención de los demócratas. Están las tierras de Missouri y las de Kansas llenas de recio monte y de cerradas arboledas. Jesse James y los suyos conocían los recodos de la selva, los escondrijos de los caminos, los vados de los pantanos, los árboles huecos. Su casa era armería, y su cinto otra, porque llevaba a la cintura dos grandes fajas, cargadas de revólveres. Empezó a vivir cuando había guerra, y arrancó la vida a mucho hombre barbado, cuando él aún no tenía barba. En tiempo de Alba, hubiera sido capitán de tercio en Flandes. En tiempos de Pizarro, buen teniente suyo. En estos tiempos, fue soldado, y luego fue bandido. No fue de aquellos soldados magníficos de Sheridan, que lucharon porque fuera toda esta tierra una, y el esclavo libre, y alzaron el pabellón del Norte en las tenaces fortalezas confederadas. Ni de aquellos otros soldados pacientes, de Grant silencioso, que acorraló a los rebeldes aterrados, como sereno cazador a jabalí hambriento. Fue de los guerrilleros del Sur, para quienes era la bandera de la guerra escudo de rapiña. Su mano fue instrumento de matar. Dejaba en tierra al muerto, y cargado de botín, iba a hacer reparto generoso con sus compañeros de proezas, que eran tigres menores que lanzaban la mano de aquel magno tigre.

Y acabó la guerra, y empezó un formidable duelo. De un lado eran los jóvenes bandidos, que se entraban a caballo en las ciudades. llamaban a las puertas de los bancos, sacaban de ellos en pleno día todos los li-

neros, y ebrios de-peligro que como el vino embriaga, huían lanzando vítores entre las poblaciones consternadas, que se apercibían del crimen cuando ya estaba rematado, y perseguían a los criminales flojamente, y volvían a las puertas del banco vacío, donde parecían aún verse, como figuras de oro que vuelan, las de los bravos jinetes, a los ojos fantásticos del vulgo, embellecidos con la hermosura del atrevimiento. Y de otro lado eran los jueces inhábiles, en aquellas comarcas de ciudades pequeñas y de bosques grandes; los soldados de la comarca, que volvían siempre heridos, o quedaban muertos; los pueblos inquietos, que, ciegos a veces por ese resplandor que tras de sí deja la bravura, veían en el ladrón osado a un caballero del robo, y dejaban latir los corazones conmovidos, cual se conmueven siempre, cuando la buena doctrina del alma no los purifica, ante todo acto extraordinario, aunque sea vil. ¡Así, ante los toros que mueren a mano de los hombres en el circo enrojado, suelen las damas de España lanzar al aire los grandes abanicos, y descalzarse del pie breve, para arrojarlo al matador, el chapín de seda, y enviarle la rosa roja que prende su mantilla, y batir palmas! Una vez estaba Missouri en feria, y no menos de treinta millares de hombres en la inmensa villa, todos de apuesta y de almuerzo, todos de juegos y de carreras de caballos. Y de súbito, corre miedo pánico. Era que Jesse James había sabido de la fiesta, y cuando tenían las gentes puestos los ojos en las cañas ligeras de los caballos corredores, cayó con los suyos sobre la casilla de la feria, dio en tierra con los guardianes, y huyó con los copiosos dineros de la entrada. Lo que pareció a los de Missouri crimen que debía ser perdonado por lo hazañoso y gigantesco. Y otras veces esos malvados hundían los codos en sangre. Alzaban en una curva del camino, los hierros de la vía. Ocultábanse, montados en sus veloces caballos, en el soto. Y el tren venía y caía. Y allí era matar a cuantos hiciesen frente al robo inicuo. Allí el llevarse a raudales los dineros. Allí el cargar a sus caballos de grandes barras de oro. Allí el clavar en tierra a cuantos podían mover el tren. Si había taberna rica, y bravo del lugar, a la taberna del lugar iban, a armar guerra los bandidos, porque no se dijese que fatigaba caballo ni manejaba armas, hombre más bravo que los de James. Si se danzaba en las villas texanas con las hermosas del partido, con el cabo de sus pistolas llamaba Jesse James a la casa de la fiesta, y como de él era la mayor bravura, de él había de ser la más hermosa. Enviaron a cazarle espía famoso, y con un cartel sobre el pecho, atravesado de balazos, hallaron al espía; el cual cartel decía que así habían de morir los que enviaran a la caza. ¡Es aquella de las apartadas co-

marcas de esta tierra, vida singularísima que desenvuelve en los hombres, en la selva libre, todos los apetitos, todas las suntuosidades, todos los impulsos y todas las elegancias de la fiera! Bien es que el cazador de búfalos, hecho a retar al animal pujante, y a sentarse, como en su propio asiento, en los ijares de la gran res vencida, deje crecer y colgar por los hombros su cabello largo, y tenga el pie robusto hecho a hollar troncos, y la mano a doblarlos, y el corazón a la tempestad, y los ojos empapados de esa mirada solemne y triste de quien mira mucho a la naturaleza y a lo desconocido.

Mas, ¿dónde hallan, como quieren hallar diarios y cronistas, hazañas de caballero manchego en ese ensangrentador de los caminos? Bien es que le mató un amigo suyo por la espalda, y por dineros que le ofreció para que le matase, el Gobernador. Bien es que merezca ser echado de la casa de Gobierno, quien para gobernar haya de menester, en vez de vara de justicia, de puñal de asesino. Bien es que da miedo y vergüenza que allá en la casa de la ley, cerca de puerta excusada y en noche oscura, ajustaran el jefe del Estado y un salteador mozo el precio de la vida de un bandido. ¿Pues, qué respeto merece el Juez, si comete el mismo crimen que el criminal? Sombra era la del soto en que aguardaban a los trenes que habían de robar los de la banda de James, y sombra la del gabinete de gobierno, en que el guardador de la ley ajustó el precio del caudillo de la banda. Y los corregidores que le persiguieron en vida, le sepultaron en féretro suntuosísimo, que de su bolsa pagarán, o de la del Estado: el cadáver fue a ser puesto en tierra de la heredad materna, en tren especial, y no en tren diario: llevaban los cordones del féretro del bandolero los corregidores del lugar y millares de personas, con los ojos húmedos de llanto, acudieron a ver caer en la fosa a aquel que rompió tantas veces con la bala de su pistola el cráneo de los hombres, con la misma quietud serena con que una ardilla quiebra una avellana. Y los empleados de la policía del lugar quedaron arrebatándose la yegua veloz en que montó el bandido.

La Opinión Nacional. Caracas, 1882

CARTAS DE MARTÍ

Suma de sucesos.—Honores públicos a un poeta muerto.—“¡Hogar, oh dulce hogar!”—Funerales excesivos de un pugilador.—Justicias inútiles.

Nueva York, 29 de marzo de 1883

Señor Director de *La Nación*:

Puestos en haz los sucesos de este mes, requerirían el brazo de un cíclope para levantarlos. Allá, por una puerta luminosa, coronada de serafines de piedra, alfombrada de lirios, entran, ebrias de luz y de hermosura, del brazo de resplandecientes caballeros, damas locuaces y joyantes; allá, por una puerta ancha y sombría, que da a la calle negra, salen en alborotado montón, torcido el fieltro usado, inquieto el puño rudo, colérico el corazón y torvo el ojo, los que tienen cansado de labor improba el brazo jornalero, o lleno de mordiente envidia el pecho mal cubierto, o de impaciente amor a los pobres el generoso espíritu. Y allá a la luz del día, que debiera enlutarse por no verlo, trepan por sobre los árboles, cabalgan en postes de telégrafo y faroles, bordan de cabezas rapadas y de ojos siniestros las encaramadas techumbres, por ver pasar cubierto de laureles y de rosas, el cadáver de un héroe de las turbas, gran pendenciero y recio pugilador—todos esos hijos de la tiniebla, que, como los bactilios en el cuerpo humano, pululan,—ensangrentados, torvos y sedientos, en las grandes ciudades:—¡siempre al pie de los más hermosos árboles hicieron más honda cueva los gusanos! Un veintenar de miles fue al entierro del pugilador: al baile de un Vanderbilt, que es un Rothschild de esta parte de la América, un millar de galanes y de damas: y diez mil hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados, a aplaudir a los fervorosos oradores multilingües que excitan a la guerra a los hijos del trabajo, en memoria de aquel alemán de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx famosísimo, cuya reciente muerte honran. Y en estos ruidos múltiples de esta ciudad, en que lo real toma ya tamaños de épico, y el grandor tiene a veces reflejos de grandeza, y el alma sustos, y la libertad abrigo,—mézclanse a esos cantos de próxima batalla, que no irá acaso teñida de sangre, porque se libra

en el seno de la libertad,— los místicos, ungidos, suavísimos acordes con que, por orden reverente del municipio de Nueva York, acompaña respetuosa comitiva, en su camino a la patria sepultura, los restos, traídos de Túnez, del autor de una canción que mueve dulcemente el alma de los norteamericanos. Más solo iba el poeta que el pugilador, pero su gran cortejo es invisible. Es hermoso que una ciudad bursátil honre a un poeta.

Era bello John Payne, como Byron y como el historiador Motley. Pero tan impaciente como bello, dio de sí antes de recibir en sí. Y comenzó a sacar de la mente revuelta y privilegiada, dramas, tragedias, periódicos, antes de aquel acumulamiento de infortunios, e incendio de alas de mariposa, y recibimiento en el propio pecho de las arremetidas ciegas y pujantes de las diversas fuerzas de la vida, que han de preceder, como manantial perenne y firme sustentáculo, a esas obras que, más que de lo íntimo, tienen de lo experimental y lo objetivo. A la obra de expresión ha de anteceder la de impresión. Las dotes innatas hierven bien y sazonan las impresiones recibidas; mas, privadas de éstas, se escapan por los altos aires, cual globo sin peso. De trece años, ya escribía el poeta Payne un lindo periódico: *El Espejo de Thespis*. De quince, era actor, y dramaturgo. Anduvo muchas tierras, llevado de aquel deseo de novedad y cambio que agita a esos infelices privilegiados que no han de hallar jamás en las naciones de la tierra la nación aliada,—¡que es la suya propia!— En París tradujo al inglés comedias de Francia; y las escribió originales. Y en una ópera, *La Doncella de Milán*, dejó caer, como quien riega lágrimas, los versos que le han hecho famoso. En vano invocan gloria los pedantes, vestidos de casacas académicas,—que hacen gallarda figura, mas sólo sobre los hombros del que para lucir bien no ha menester de ellas. Sólo los gritos del corazón abren, en poesía, como a conjuro mágico, las puertas recias de la Fama:

*No entre palacios ni en placeres hallo
Rincón más dulce que mi humilde hogar:
Un encanto del cielo allí descende
¡Que palacio o placer no dan jamás!
¡Hogar! ¡Hogar!
¡Ah, no hay lugar como mi dulce hogar!*

*¡Nada al ausente de su hogar destumbra!
¡Dadme mi choza!—¡el pajarillo aquel*

*Que cantaba a mi voz!—¡y la muy cara
Paz de la mente, dádmela otra vez!
¡Hogar! ¡Hogar!
¡Ah, no hay lugar como mi dulce hogar!*

Pan y fuego faltaron a veces al autor de estos versos, que en órganos y orquestas, y en alas de misteriosa simpatía, viajaron pronto por toda la tierra. Vez hubo en París en que, al pie de un organillo que recogía sueldos por tocar la canción, hubiera extendido la mano trémula y flaca el autor hambriento, que la oía desconocido, solo y lloroso. Luego, este país, que venera a sus filósofos y enriquece a sus poetas, le hizo su cónsul en Túnez, donde el caminador rindió jornada. Treinta años hace de esto: lo sacaron ahora de la fosa tunecina; en misterioso crepúsculo, y bajo estrecha nave, bañada de esa luz de espíritu que ablanda y perfuma, cantaron sus honras, con temblantes palabras, sus amigos de Túnez, y lo enviaron aquí—de donde lo pedía, para guardarlo en sepulcro de Washington, un filántropo,—a que lo envolviesen en la bandera de la patria, a que se destocasen a su paso, como ante mensajero de posttierras, los caminantes sorprendidos, y a que, bajo la cúpula del municipio, se levantasen, como un lamento y una caricia, sus versos famosos. Bien hacen en traerlo a su pueblo propio: los huesos de los poetas dan virtud especial a la tierra que los cobija. Saber honrar a un poeta, es serlo. Y en la vida, el estro ha de estar al lado del martillo. Los pueblos han de cultivar a la vez el campo y la poesía. Si no, la vida hemipléjica ahoga al pueblo deforme, y el lado exuberante absorbe al pigmeico. Este cantar salió de donde parece que ha de salir todo lo luminoso: de la tormenta, de una vida tumultuosa, entrecortada, y rota en trizas: que el dolor besa en la cuna, con beso que penetra como puñal, y luce como estrella, a todo verdadero poeta. Y la música del *Dulce Hogar* vino de donde viene todo lo grande, memorable y duradero;—de un aire de Sicilia, que el pueblo gorjea: vino del pueblo.

¿A qué contar ahora, al pie de esta hermosura, la romana manera con que, apiñados como granos de arena, enterraron al pugilador Jorge Elliott sus admiradores y cofrades? Es mundo oscuro, donde nada tenemos que hacer los que leemos periódicos y los que escribimos, trabajadores de la luz. Quien vio gusanos en cuba, tiene idea de aquella muchedumbre. Era por el Bowery, lugar de gente pobre, y también de gente aviesa. Bribón mayor que Elliott no lo había en la cristiandad; pero de un golpe de puño sacaba a un hombre la vida del pecho. Muró

en una pendencia de taberna. El funeral parecía el de un héroe. Las calles no eran de adoquines, sino de cabezas. En el ataúd yacía un gigante. Rompía la marcha un carro lleno de coronas de flores. Dijérase, al ver tal muchedumbre, que se había cuajado el aire en cuerpos humanos. Seis caballos llevaban el carro. Milla en torno cubría la concurrencia cuando fue el muerto bajado a su fosa. Tiene este mundo tenebroso de peleadores y gente de vicio su código de honor, y su literatura y sus teatros. Mozos jóvenes beben en estos venenos, y ese día mismo en que era Elliott enterrado con tal pompa, se apiñaba también la multitud en las escaleras de la casa donde yacía, en ataúd de terciopelo con ornamentos de plata, un niño ahorcado. La justicia le dio muerte porque él, por hacer de ladrón bravo, y pechudo y de cabeza de barrio, la dio a un pobre francés que defendía sus centavos. ¡Llaman justicia a esa que mata! ¡Justicia podría llamarse la que evita! Pues, ¿qué era la apoteosis del rufián, sino incentivo a serlo? No se ha de permitir el embellecimiento del delito, porque es como convidar a cometerlo. Y tres días después del que vio morir a aquel bandido de diecinueve años en la horca, apaleaban y robaban a un artesano tres mozos de la banda del ahorcado. El miedo del peligro futuro no apartará jamás a los hombres de la tentación de ceder al apetito presente.⁹

La Nación. Buenos Aires, 13 de mayo de 1883

DOS DAMAS NORTEAMERICANAS

Brillan por su ternura generosa, verdadera fuente de vida para aquellos a quienes aman, las mujeres de nuestra América:—y por su brío viril y sensatez, a veces descarnada y excesiva, las mujeres de la América sajona.

Aquel caudal de aguas perennemente jóvenes que a las entrañas de la selva quisieron arrancar los bravos conquistadores de la Florida, renace perfumado y fresco en el alma de cada mujer de Hispanoamérica; aunque a veces lo turben, rican con violencia y tuerzan, vientos norteamericanos y franceses.—Tesoros tiene Golconda; pero ninguno mejor que un alma tierna.

Ahora nos salen al paso en los periódicos del día, dos buenos tipos de dama norteamericana, en quienes las dulces piedades de la casa han embellecido el enérgico empleo de la razón. La una es Lydia Pinkham, cuyo retrato, como muestra de marca de la panacea de que es inventora, figura, con su modesto y severo aire cuáquero, en todos los periódicos importantes de la tierra, en el *Journal de St. Petersburg* como en el *Sun* de esta ciudad, que fustiga a los rateros de las aduanas y puestos públicos, celebra a los atletas y se vende por millones. La otra es la esposa de Washington Roebling, el ingeniero eminente que con empuje sobrehumano y consagración heroica ha hecho surgir, alambre a alambre y piedra a piedra, de su cerebro encendido, movedor inquieto de un cuerpo casi muerto, el colosal puente de Brooklyn.—Las ideas son las riendas de las piedras.

Lydia Pinkham, que acaba de morir a los 64 años, inventó una buena medicina vegetal, y la tuvo como escondida años enteros, dándola sólo a las personas de su conocimiento que la hubiesen menester, hasta que al cabo, ya rayana en los sesenta años, organiza tal empresa para la propagación y venta de su medicina, que es cosa cierta que sólo en anunciarla gastaba al año \$200,000. Y desde su sillón de paralítica, dirigió siempre, con próspera fortuna, la formidable empresa.

El primer carruaje que cruzó el puente de Brooklyn fue, en justo premio a su noble carácter y merecimientos, el de la señora Roebling. No bien le trajeron—desde la caverna de aire comprimido donde dirigía la excavación de los cimientos de una de las torres del puente—a su marido, fatalmente enfermo, ida al cerebro, no por eso menos seguro, toda la sangre de la piel en fuga del aire comprimido,—la buena dama, celosa de la gloria de su esposo, y del bienestar de su hogar, se dio con tal empeño a estudiar las artes del hierro y la mecánica, para aliviar en sus labores, y suplir a veces, al noble inválido, que de entonces acá no ha habido lance difícil en la construcción del puente en que la señora Roebling, sentada al lado de su enfermo en la hora de los cónclaves de ingenieros, no haya tenido voto. Y hubo vez en que sus manos delicadas enseñaron a hombres fornidos a fabricar mejor el acero.

Pero de estas hazañas en metales nobles, ninguna le vale más pro que la de haber mantenido a buen temple, en su trémulo cuerpo, el alma de su esposo egregio. Construir: he ahí la gran labor del hombre:—consolar, que es dar fuerzas para construir: he ahí la gran labor de las mujeres.

La América. Nueva York, junio de 1883

LOS INGENIEROS DEL PUENTE DE BROOKLYN

ROEBLING, PADRE E HIJO

¿Quién no ha de leer con gozo, como un triunfo propio, por ser hombre, una noticia breve de la vida de los dos bravos e ilustres ingenieros que han alzado entre Nueva York y Brooklyn, sobre las ondas del aire, ese solemne y admirable puente, sutil calzada de gigantesca encajería?

La ideó el padre; la hizo el hijo. El padre se llamó Juan Roebling; el hijo Washington. El padre, enamorado de la libertad, bautizó a su hijo con el nombre de su pontífice. Jerarquía nueva; cielos nuevos; santos nuevos.

Juan Roebling no nació en los Estados Unidos, sino en la ciudad de Mulhausen, allá en Turingia, en Prusia. Su frente, como un dosel, amparaba sus ojos penetrantes, osados y meditabundos, y a menudo dulces. Era bueno, como todos los hombres verdaderamente grandes. La piedad es el sello de las almas escogidas. Cuando la Naturaleza escribe "Grandeza", escribe "Ternura". Desde niño, no jugaba con soldados, de lo que suele venir insana ansia de serlo, sino con libros. Notaban sus amigos, de entre sus cejas pobladas, como de hornos encendidos, sus ojos voraces; y era de aquellos hombres briosos que con sus miradas atrevidas cautivan y encadenan a la Tierra, que les abre enamorada y vencida sus senos. ¡Sólo que tal dama requiere amantes tales!

De la Escuela Real Politécnica de Berlín salió Juan Roebling ingeniero civil. Como lo manda la ley de Prusia, sirvió tres años, después de su titulación, en las obras del Gobierno; que el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, la flor de su vida, a la nación.

Pero en Prusia, si enseñan ingenieros, sofocan almas. Roebling andaba torvo, como grande hombre esclavo. Los hombres pueden levantar puentes más fácilmente que levantar almas. Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a los hombros, como para tenderlas vía del Cielo. Roebling, airado de vivir en la Tierra, donde los

hombres son, más que fábricas maravillosas, culatas de fusiles, vino a los Estados Unidos de América. La majestad de la selva; el aroma de la Naturaleza nueva y libre; el placer penetrante de una creación casi absoluta y el deleite del alma fuerte en las grandes soledades, llevaron a Roebing al bosque virgen; compró tierras incultas; tendió sobre ellas, a fecundarlas con sus hojas muertas, árboles solemnes, cargados de siglos; sobre la tierra de hojas amarillas reverdecieron en tallos fecundos las hojas útiles. A poco ya era jefe de pueblo, cuando todos los de la comarca cercana, y los de esta tierra toda, puestos en pie, al aire la camisa de labrar y entrando por el suelo los arados, emprendieron su marcha majestuosa, cercenando montes, tajando valles, secando lagos, cabalgando en ríos. Donde había un canal que abrir, un acueducto que levantar, un puente que tender, estaba Roebing. Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias; ¡cuánto gran poder humano desconocido, que muere sollozando en el vacío! ¡cómo son necesarias para la revelación de la grandeza, el ajuste y feliz encuentro del hombre que la trae consigo y las condiciones que aceleran o favorecen su expresión! En cierto modo la mente de Roebing, prusiana de naturaleza, se tornó en americana; del goce de la libertad y de la presencia permanente de la grandeza surgió, como refundido en molde nuevo, un nuevo hombre. Así, cuando tuvo un hijo, no le puso Arminius, sino Washington.

Este puente de Brooklyn que ahora, como por calzada de peregrinaje a nueva Meca, cruzan apiñadas, jubilosas, hirvientes, las multitudes; esta labor excelsa que los estadísticos computan asombrados, los oradores loan con voces magnas y los poetas en arpas limpias y estrofas apostólicas cantan, tuvo numerosos e imponentes padres. Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebing. Bajo los tilos de Berlín, cuando era mozo, hace como sesenta años, tendía los primeros hilos que ahora, trocados en cables ponderosos, sustentan la aérea fábrica. Su tesis de título fue sobre puentes colgantes. Más que en abrir canales, tender rieles y levantar acueductos, meditaba en suspender puentes de cables de alambre. A poco, ya era dueño de una fábrica de alambres de hierro y de acero. A poco, echa a andar un colosal acueducto de madera por sobre dos cables de a siete pulgadas de diámetro. A poco, tendía sobre el río Monongahela, sobre antiguos pilares, un puente de ocho tramos, de 188 pies en cada tramo, suspensos de dos cables de cuatro pulgadas y media de diámetro. A seguida tiende sobre el Niágara, suspendida de cuatro cables, de a diez pulgadas de diámetro, doble calzada aérea de 825 pies de largo, que los nativos del país

van a ver en sendas procesiones, y admiran y celebran los grandes ingenieros de la Tierra. No bien había anclado a los bordes de la catarata los cables que la salvan, echó otro puente entre la ciudad de Cincinnati y la de Covington, que junta, con su arrogante vía de mil y cinco pies, un pueblo al otro.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan; ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca. Y véase el camino, y la perfecta analogía entre cada época y su obra mayor. Da el Oriente de los califas, como perfume petrificado, palacios de colores; da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión, en que, sobre los hombros de la Iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehallado, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de sus senos abiertos a Trianón, coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo y un puente.

Juan Roebing, cuyo rostro, hozador y pujante, figura ya, como retrato de huesped, en todas las casas de los Estados Unidos, murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros: estaba en pie sobre un montón de maderos, que echó abajo, de una embestida, en el muelle flotante contiguo, un vapor celoso, de una de las empresas de vapores que atraviesan el río, y cuya prosperidad queda amenazada por el puente; al caer Roebing, se hirió un pie, que expuso por demasiado tiempo al agua fría, de que murió en dieciséis días, de pasmo. Ni ¿qué importa? Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la Tierra.

Cuarenta y seis años tiene ahora Washington Roebing, su hijo. De las líneas de su padre ha hecho calzadas, redes de acero, torres, moles. Lo que el padre esbozó, él completó. Lo que el padre no previó, por él fue resuelto. Nunca se había usado el acero para cables de puentes colgantes, y él lo usó; él ideó la difícil juntura de los cables de rollos de alambre de acero; en máquina vicesca, de trazado suyo, subían majestuosamente al tope de las torres, a 100 metros de altura, las masas de granito; domó las resistencias no previstas, y algunas tremendas, del agua arrollada y expulsada bajo el aire comprimido; era difícil mantener buenas luces encendidas en el fondo del cajón que sustenta, a 80 pies bajo el agua, la torre de Nueva York, y él halló modo de encenderlas, de sacar de los cajones lóbregos y hondos los materiales exca-

vados, de resolver los problemas nuevos que a cada alambre se presentaban al ajustar los hilos en el cable, por ser el cable tan recio y grueso, y de alambres tantos, que requería cada hilo en el ajuste su propia longitud y altura. Y a veces, cuando en su cerebro fatigado su pensamiento, fugaz y como volátil, luchaba rudamente por huir cual caballo que tasca de mal grado el freno, o vapor sujeto al muelle por flojas amarras, de su casco de huesos, su mujer, piadosa, como gallarda amazona que acaricia el cuello de corcel piafante, fortalecía su idea rebelde, remataba sus cifras incompletas, sacaba a lo alto la verdad que las manos desmayadas de su marido habían estado a punto de dejar caer. Una mujer buena es un perpetuo arco iris.

Su vida quedará contada a paso de periódico. De niño, jugaba con los puentes de su padre; de mozo, le ayudaba a perfilar diseños, idear torres y templar en los hornos gigantes el acero y el hierro, y probar el acero, hasta que resistiese su presión, en la máquina hidráulica, preparada a punto de romper. Cuando se alzaron del Sur las huestes colosales e infelices, que, más que su propia libertad, querían la de gozar sin molestia del abominable derecho de señor sobre los siervos negros, ni vio a las arcas de su padre rico, ni tuvo en mientes los halagos de la vida bella que comenzaba a sonreír al ingeniero joven, celebrado y apuesto, sino que, con la capa azul del soldado, que flotaba sobre los hombros de aquellos bravos como alas, se puso al pie de la bandera del Norte. Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se desceñía de la aljaba un puente colgante y lo tendía sobre el río. Ganó premios y fama de osado, y el temple que da al alma el enrostramiento frecuente del peligro. Como el padre estaba en serias obras, en la de Cincinnati, que a cada paso ofrecían problemas nuevos, por lo difícil de lo sostenido y preciso del trabajo en el aire comprimido, viajó por Europa, a acaparar ciencia neumática. Volvió; trabajó con el padre hasta su muerte; quedó, después de ella, con el manejo de la fábrica del padre, la intendencia de su hacienda pingüe y la creación penosa de la gigante maravilla. Pasaba el día en la cueva de aire comprimido, entre miasmas de lodo y astillas de roca, enfrenando el agua rebelde, animando a trabajadores medrosos, con sus manos mismas palpando la húmeda entraña de la Tierra. Véngase la Tierra de los que la descubren, y de toda superioridad de sus hijos, que como daga loca vuelve contra el mismo que la ciñe. Trabajaba demasiado en aquel lóbrego cajón el ingeniero, y lo sacaron un

día, en brazos, ida al cerebro y a las partes blandas del cuerpo la sangre aglomerada; a otros, esta enfermedad del cajón abate, como a un tronco un rayo: les pega a la espalda el pulmón; les hipertrofia el hígado; a Washington Roebling lo ha dejado vivo, como si lo estuviera sobre llamas. Ni en un ápice ha turbado su juicio; pero oír mucho, hablar mucho, concentrar su atención mucho, le enciende el pensamiento, y le da vuelta, como si quisiera, con los efluvios que de él brotan, sacar de quicio el cráneo.

Y durante doce años ha dirigido así este hombre, desde la silla en que postraba su cuerpo abatido en el balcón de su casa, que domina el río, la fábrica del puente. ¡Bien es que, puesto que los tiempos andan, no sea ya Minerva, hetaira formidable y caprichosa, la que salga armada de la cabeza de Júpiter! Desde un sillón de cuero, en lúgubre alcoba, miraba en otro tiempo Felipe II, acariciando pomos de daga y criando odios, officiar en altar solitario a sus sacerdotes, sobre cuyos rostros, con los reflejos del Sol en el bronce de los ángeles hincados en los peldaños del arca, parecía ondear perennemente el estandarte verde que levantaba el Santo Oficio por entre las hogueras de la Plaza Mayor. Ahora, desde otro sillón regio, acariciando compases y muestras de material de construcción, un hombre sin corona la pone al mundo nuevo, y ve officiar en dos pueblos,—entre los que, como altar adonde comulguen en la religión nueva, tiende un puente,—a dos millones de sacerdotes que trabajan. Pues, rey por rey, Dios guarde al rey de ahora, ¡que echa puentes y no quema!

La ciudad entera ha ido a llevar flores y vocear hurras al pie de la habitación donde forjó la maravilla el ingeniero enfermo.

La Nación. Buenos Aires, 16 de agosto de 1883

BLAINE Y TILDEN

Se agitan ya y colocan en sus puestos las fuerzas de los dos partidos que se disputan constantemente en los Estados Unidos el gobierno. Las elecciones de noviembre, en que ha de quedar escogido el Presidente de la nación para el próximo período de cuatro años, están ya cerca. El partido republicano, desacreditado e impedido por los abusos y privilegios que se apegan fatalmente a todo gobierno prolongado, caería indudablemente del poder, si el partido demócrata, tan numeroso como el republicano, significase realmente la reforma de los abusos gubernamentales, la extinción del sistema de castas oficiales y el remedio liberal y prudente de los efectos perniciosos del sistema proteccionista. Pero el partido demócrata, donde manda, enseña corrupciones iguales a las que desacreditan a los republicanos: no hay cohechos, estafas y depredaciones mayores que los que a vista pública se cometen en las oficinas públicas de los demócratas, que mandan en la ciudad de Nueva York; y en cuanto al cambio gradual, lento y cauto de la tarifa en sentido librecambista, que vaya haciendo la vida más barata, y los artículos americanos exportables y vendibles,—el partido demócrata si acomete de un lado, ceja del otro; y dividido como el republicano entre cambistas y proteccionistas no ofrece a la nación garantía alguna especial de que, una vez en el poder, triunfe la política reformadora que el pánico latente en los mercados y la sobra cada día aumentada de productos nacionales invendibles hace necesaria. Es, sin embargo, de justicia decir que la división librecambista del partido demócrata está luchando con gran brío y lleva vencida en todo este año a la división timorata, interesada y conservadora que juzga inoportuna toda reforma en la tarifa. Los patriarcas del partido, fatigados de esperar en la oposición, no quieren que se comprometa con ninguna novedad que inspire al país miedo, el éxito de las próximas elecciones, que juzgan, sin eso, ganadas a los republicanos: pero los demócratas jóvenes previsores, que no quieren que su partido entre por escotillón en el gobierno, sino con bandera desplegada y a tambor batiente, y para tiempo largo, dirigen la política demócrata de modo que aunque pierda

las elecciones próximas, inspire al país confianza, entusiasmo y respeto, y fe en su intención enérgica de reformar juiciosamente:—y como los vicios del partido republicano, que le vienen de arraigo en el poder, no han de extirparse por cierto con mantenerse sobre sus raíces un período más, suponen que para la campaña siguiente, acreditado de puro y reformador el partido democrático, y de vicioso, inmoral y vacilante el republicano, el país proclamará a los demócratas con imponente, segura y duradera mayoría. Enfrente de esta política, tan generosa como hábil, asoman tres tendencias entre los republicanos, sin que cuente para mucho en ninguna de ellas la idea de una reforma radical en el sistema de tarifas, que hoy tiene temerosas las fortunas, los negocios en calma y desmayados los ánimos: unos quieren, con el Presidente Arthur a la cabeza, ir costeando, y con ciertos nombramientos de buenos empleados lograr disculpa para los malos a que obligan los compromisos del partido; sin que a este grupo de republicanos parezca mal enarbolar con astucia toda bandera alzada por los demócratas con algún aplauso del país, a reserva de darle luego sepultura entre proyectos que si por su forma parece que alivian, en realidad dejan sin remedio los males de que tratan.—Otro grupo de republicanos, que pudieran llamarse los históricos, intentan levantar por los aires lo que aquí se llama “la camisa ensangrentada”, esto es, el susto de que recobre sus antiguos bríos y vuelva a nueva guerra el partido separatista, no sofocado todavía en los Estados del Sur.—Sherman es el candidato de éstos.—Y otro grupo quiere, como para distraer al país de las pacíficas novedades que le ofrecen los demócratas, deslumbrarles con inusitadas campañas internacionales, y una inquieta política de empuje, expansiva, campeante y acometedora: de este espíritu napoleónico, Blaine es cuerpo: Blaine es el jefe temido y brillante de los republicanos que sienten el poder de su nación, y creen indigno de un país de negociantes perder las oportunidades que hoy se le ofrecen para ejercitar sus fuerzas con provecho.—De esas tres grandes agrupaciones visibles del partido republicano, la de Sherman no tiene probabilidades de triunfo; de modo que, en competencia con los pretendientes menores que por inspirar menos temor, o menos celos, o comprometer menos a una política definida al partido, suelen salir escogidos para luchar como candidatos del partido en las elecciones, quedan sólo el actual Presidente Arthur, y el popular senador Blaine. Pronto van a enviar las organizaciones de los partidos en los Estados sus delegados a la Convención de cada partido, que han de reunirse en Chicago para elegir entre los pretendientes actuales el escogido para que luche en noviembre como can-

didato a la Presidencia; y ya en estos días, se calcula en los Estados quiénes serán los delegados a las convenciones y se hacen recuentos previos de los votos que reunirá entre ellos cada pretendiente: así se ha averiguado que entre los republicanos, la contienda queda cerrada entre aquellos dos republicanos importantes.

Es Arthur elegante caballero, que cree poco en los hombres, y les sirve, para ser a su vez servido de ellos; mas no dirige su política urbana y discreta con miras trascendentales a lo venidero, sino que se contenta con ir acomodando a las conveniencias de su partido los deseos salientes del público, de modo que su administración contente a la vez a sus amigos por la diestra, y aun a los propios enemigos parezca decorosa. Ajusta a maravilla esta disposición expectante, maleable y evasiva del Presidente Arthur, a la indecisión, desconcierto interior y aspiraciones encontradas del partido republicano vacilante, que nos parece que subsiste más que por condiciones verdaderas de vida actual, por el prestigio del espíritu de que fue un día representante, y por la virtud de lo que ha sido. Agrupáronse con el propósito de mantener la Federación, los jóvenes oradores, pensadores profundos y espíritus marciales que del lado del Norte, como a su propia madre o a ala de su corazón la defendieron; pero restablecida la Unión Americana de manera que no parece que el Sur vuelva ahora a ponerla en peligro, la atención y actividad de los que para aquel propósito se reunieron quedó suelta y libre en cuanto no tuviera relación con aquella obra capital que los ligaba a todos, sin más trabas que las que imponía al principio la necesidad de mantenerse en filas compactas mientras se asegurase definitivamente la victoria obtenida, y después las que fue creando el interés de perpetuar el triunfo y compartir sus goces. Pero hoy, después de veinte años, afirmado el intento para que se constituyó el partido republicano, socavada la maciza unión de otra época por las inmoralidades que la naturaleza humana introduce fatalmente en toda organización política que permanece largo tiempo en el poder, y divididos en todas las cuestiones nacionales los miembros del partido republicano,—necesitárase sólo de que el partido demócrata u otro que de lo más activo de ambos se formase, se dirigiera enérgicamente a un fin nacional visible y simpático, para que el partido republicano, corrompido y sin objeto, viniese a tierra. Por eso los que lo forman, y tienen con él ligados su historia y su fortuna, pretenden como Blaine, hacer de él un partido inquieto, pujante y conquistador, aprovechando la soberbia conciencia de su fuerza y el desdén por las demás razas que hoy caracteriza al pueblo norteamericano; o muestran deseos.

como los anglómanos sin jefe, de hacer, con el auxilio de los militares, los capitalistas y la Iglesia Católica, un partido aristócrata, conservador y resistente.—Sin miedo y sin intención hemos ido apuntando las líneas, todavía poco visibles a los ojos comunes, de la nueva política americana.— Con la invasión de los inmigrantes, ha venido la de los odios y aspiraciones políticas que en los países europeos nacen de éstos. De la arrogancia de los peticionarios de la clase baja ha nacido el miedo de los poseedores de lo que comienza a llamarse clases altas: de manera que los dos partidos políticos, que venían siendo meras escuelas administrativas, defensoras de una forma más o menos centralizadora de dirigir los negocios públicos, se van desenvolviendo en dos grandes partidos sociales, que no esperamos por fortuna, ver jamás definitivamente formados.

En estos instantes queda ya dicho que Blaine y Arthur reúnen el número mayor de votos entre los delegados que han de nombrar el candidato del partido republicano a la Presidencia; aunque en caso de que por su misma prominencia no pudiesen lograr que sus rivales cesasen en su hostilidad, los votos de Arthur, irían, con algunos de Blaine probablemente, al senador Edmunds, que goza fama de austero, o al general Logan, protegido de Grant, o al hijo de Lincoln. Entre los demócratas, que presentan muchedumbre de pretendientes, priva hasta ahora el pensamiento de escoger al astuto y honrado anciano Tilden, que en la tarifa no tiene compromiso alguno, y probó en su gobierno de Nueva York que piensa hondo, obra bien, y reforma sin miedo y con cordura.

La América. Nueva York, abril de 1884

JUDAH P. BENJAMIN

En los años, en Washington y en todos los Estados Unidos, muy animados e inquietos, que precedieron a la guerra de separación entre el Norte y el Sur, era notable entre los senadores un caballero de modales cultos, en la conversación muy brillante, en los consejos muy estimado, brioso al mismo tiempo que contenido, y en el juego, que le gustaba grandemente, muy sereno.

En los largos años de la guerra, un mismo hombre fue, sin fatigarse y sin quejarse, el Ministro de Justicia de la Confederación. La barba le encanecía, pero no la voluntad de servir al Estado de Luisiana, que le había adoptado como a hijo, y a los demás del Sur que seguían su suerte. No había entre los confederados consejero de más autoridad que el Ministro de Justicia. Dicese que él y Alejandro Stephens, que ya ha muerto, eran el cerebro de la Confederación. Era el Ministro de mente astuta, de palabra perfecta, de carácter hidalgo, de ojos siempre despiertos, de actos rápidos y juveniles. Reparaba con un consejo el daño que les hacía el Norte con una batalla. Cerca de los sesenta años andaba, cuando la caballería de Sheridan echó sobre su fosa a la Confederación.

En 1866 hacía sus primeras armas en el *Daily Telegraph*, de Londres, un periodista desconocido. Artículos de cabeza llaman en el periodismo inglés a los editoriales, y aquéllos eran de verdad artículos de cabeza; y el que los escribía, y con su lenguaje encendido y preciso despertaba la atención, era un novel abogado que acababa de echarse la túnica de seda sobre los hombros y comenzaba a vender su libro sobre la "Propiedad Personal".

Quien por los años de 1870 hubiese oído hablar a los abogados estradistas y a los magistrados de Londres, en boca de todos habría escuchado, con esa singular unanimidad con que se acata a un adversario que se ha hecho temible y a un rival próspero y resplandeciente, los elogios vivísimos con que se encomiaba la limpia elocuencia, el apretado e

insinuante raciocinio, la copiosísima erudición legal de un abogado que hacía dos años apenas había ensayado su palabra en los tribunales ingleses.

Pues esas cuatro personas fueron una misma: senador brillante, Ministro leal y temido, periodista novel luego, estudiante del derecho ajeno a poco, y enseguida dueño de la voluntad y simpatía de los tribunales de Londres y de los casos más notables y pingües que en estos años pasados se han puesto a debate legal en Inglaterra. Todos eran Judah P. Benjamin, que acaba de morir en su casa de descanso parisiense, lleno de honores y fortuna.

No contemos aquí su vida porque fuera personaje prominente; sino porque no sólo lo fue en aquello que por prominencia se tiene entre los hombres, y a que se llega casi siempre por medios demasiado humanos, sino en lo que es más difícil y glorioso serlo: en la energía de la voluntad, en la entereza del carácter en las desdichas, en la claridad del juicio y firmeza del propósito en la hora de la vejez y de la desventura, en que ambas desmayan.

A los jóvenes que se fatigan de la inutilidad de sus esfuerzos; a los soberbios que se impacientan porque la opinión pública no reconoce pronto sus talentos o virtudes; a los pobres de espíritu que, cuando se le vienen abajo sus esperanzas o su fortuna, languidecen como un hongo en la grieta de una viga seca, o se despedazan el cráneo; a los equivocados que confunden la necesaria lentitud en que la prosperidad se va afianzando con los desdenes injustos de una deidad caprichosa, o con la singular malevolencia del mundo conspirando en su daño, presentamos como ejemplo a Judah Benjamin.

Pocos hombres llegan a coronar una vida; él coronó dos. Pocos hombres levantan el ánimo, cuando ya en los años en que las fuerzas se apagan ven que de pronto se desvanecen su poderío, riqueza y nombre, con la tierra patria y los amigos de la Tierra, con todo aquello de que pudiera renacer la ventura perdida, y sin lo cual, sin patria y sin amigos, sin raíces y sin ramas, no parece que renazca. Judah Benjamin se sacudió el polvo de la caída y siguió su camino.

Quien conoce las lágrimas calladas, las mordidas de labios, las lentas y difíciles victorias, los oscuros y terribles combates, el prolongado y fatigante braceo, los sinsabores, humillamientos y transigencias que el menor éxito en la vida cuesta, éstos saben que se queda tan rendido de la batalla, que es maravilla que se tengan fuerzas para comenzar otra. ¡Qué bríos, pues, los de Judah Benjamin, que empezó la segunda en tierra

extranjera a los sesenta años, y la ganó con más rapidez, seguridad, provecho y gloria que la que emprendió en país amigo en los años más vigorosos de la vida!

Llegó a Londres poco menos que náufrago; y aunque debió tener amigos, no vivió de ellos, sino a escondidas de ellos, como hacen los hombres honrados que caen en infortunio. Puede ser que alguno de los ingleses notables que ayudaban, con su ardiente simpatía a lo menos, a los confederados, pusiesen a su leal y desgraciado Ministro en relaciones con el *Daily Telegraph*, o es más creíble que hombre tan sereno se aconsejó y valió de la propia energía, que es excelente amiga; porque en Londres vivió como un novicio y sufrió todas las agonías de los comienzos, sin aquel miramiento social y dorada desdicha que, después de una carrera notoria, suele aliviar en el destierro las amarguras de los hombres notables. Estudiaba día y noche el Ministro caído como el más afanoso principiante; y el cuarto donde encorbaba sobre los libros de leyes su noble cabeza cana no era más rico que el de un estudiante de poca cuenta, como que tenía en París a su mujer e hija, a quienes siempre mantuvo con decoro, y no ganó en el primer año más que unos \$1.200.00 que al siguiente ya fueron \$2.000.00 hasta que, habiendo visto que en el Derecho Inglés no estaba bien entendida la propiedad personal, escribió sobre ella un valiosísimo libro, que vino a tener en poco tiempo la fama del de Vico sobre Obligaciones, o el de Thiers sobre la Propiedad en general; y tan nutrida de ciencia jurídica estaba la obra, en que el hombre de América puso sobre el Derecho Inglés la naturaleza y preclara luz americana que, a despecho de las rivalidades enconadas que el mérito del letrado nuevo iba levantando, creció con ellas su clientela y renombre; de tal modo, que un magistrado famoso por poco echa cuanto infolio tenía sobre el bufete a la cabeza de un secretarillo atrevido, quien, por complacer a los odiadores, respondió al magistrado que le pedía para consulta las "Ventas de la Propiedad Personal", que no conocía semejante libro. "Pues guárdate bien, díjole noblemente el barón Martin, de que yo me vuelva a sentar en este sitio sin tener cerca de mí el libro de Judah Benjamin."

Se hizo la obra compañera valiosa de todo hombre de leyes; y su autor, que tomaba las iras de sus rivales en su valor y no se cuidaba de ellas sino para vencerlas, vino a ser, fuera del Justicia Mayor, la persona letrada más notable en todo el foro de Inglaterra. De oro tenía ya las paredes el que acababa de vivir con tanta penuria al abrigo de aquellas tan estrechas. Y en "augusta res" se trocó la "res augusta". Vivió de

un modo limpio y útil, fructuoso e imponente, lo cual estimarán todos los que saben que no es catonada hueca decir que el fausto se compra casi siempre a precio del decoro. Por su tenacidad; por la claridad de su palabra y juicio; por el raro conocimiento de los hombres, que le hizo superior a las pasiones humanas y le permitió ser guía y dueño de ellas; por aquella amable cultura que suaviza y alegra tanto las ásperas relaciones de la vida, y por aquella energía de mozo con que supo abrirse paso, en edad ya quebrantada, por entre poderosísimos rivales, en tierra hostil y ajena, Judah Benjamin venía siendo considerado como uno de los hombres culminantes de su tiempo. De fama cuidó poco; que sabía que el mártir que muere en China no es siquiera, con todo su poema de dolores, la sombra de un pensamiento en Nueva York; pero cuidó mucho de que toda su vida fuese espejo de limpieza. Lo fue, y lección admirable y consejo humano.

En el palacio que se labró con sus manos ha muerto, admirado de los hombres, que hallan tan ruda la tarea de sacar a puerto una vida, aquel que sacó de la nada y llevó a cumbre dos. Todo hombre joven debe colgar a su cabecera el retrato de este antillano, porque ni norteamericano era siquiera, lo cual hacen todavía más meritorios sus primeros triunfos; las Antillas, que dan hijos brillantes, serán tierras gloriosas. Ya las veremos resplandecer como las griegas. Todo hombre joven, cuando sienta que se le aflojan los brazos desmayados, debe pensar en Judah Benjamin.

La América. Nueva York, mayo de 1884

GROVER CLEVELAND

1. EL GOBERNADOR DE NUEVA YORK
2. CANDIDATO DEL PARTIDO DEMÓCRATA A LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

EL GOBERNADOR DE NUEVA YORK

Estaba el Gobernador de Nueva York, Grover Cleveland, sentado en el amplio sillón que viene bien a su cuerpo recio, repasando con un ayudante unas pruebas de imprenta, en los momentos en que un disparo de cañón anunciaba a los habitantes de la ciudad de Albany, que el buen Gobernador acababa de ser electo designado a la candidatura para la Presidencia de los Estados Unidos por los representantes del partido democrático reunidos en Chicago.

Que la pluma le tembló al Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más libre y grandioso de la tierra; pero no se le vio temblar la pluma.

—Gobernador, dijo irguiéndose sobre sus pies el ayudante, es que están saludando con cañonazos vuestro nombramiento.

—Bien puede ser, ayudante; pero acabemos estas pruebas.—Aguilas nos parece que debía ver el Gobernador entre los puntos de la pluma, en vez de letras y cifras.

Pero la campanilla del teléfono suena, y hay que poner atención a lo que dicen.

—“Digase al Gobernador que ha sido electo candidato en la segunda votación.”

Ya la prueba no pudo corregirse. Los amigos ansiosos, que esperaban en un cuarto vecino, están llamando a la puerta. El Gobernador sonríe: sonríe y no habla: y de pronto, se pone en pie, y dice a su ayudante:

—Lamont, quisiera que comunicasen eso a la casa: ¡las hermanas querrán oírlo!

CANDIDATO DEL PARTIDO DEMÓCRATA A LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Franco, firme y abierto, es Grover Cleveland, Gobernador actual del Estado de Nueva York, escogido ahora por la Convención de Delegados del Partido Demócrata, como candidato del Partido en la elección de Presidente de los Estados Unidos, que ha de quedar hecha en noviembre. Tiene Grover Cleveland cuarenta y nueve años, y es alto y corpulento. Su espíritu es virtuoso; su naturaleza activa e impaciente y su carácter disciplinado. Se ama a sí propio y procura su adelanto, sin lo cual no hay a la larga ni encumbramiento ni fortuna, ni se va a grandes puestos públicos; pero preferirá, como ya una vez ha preferido, poner en riesgo su elección para Presidente de la República, a lisonjear las preocupaciones de los electores acatando un acuerdo de la Legislatura contra un compromiso expreso del Estado. Está el peligro de las democracias en que los funcionarios, amigos del poder que los mantiene en fama y bienestar, procuran, para asegurarse el mando, halagar con sus actos a las muchedumbres que han de encumbrarlos o abatirlos con sus votos. Grover Cleveland es de aquellos hombres que con entereza igual arrostra las iras de los acaudalados que le solicitan, para amparar sus malas empresas, que la de los obreros revueltos y enconosos, que no entienden que haya más justicia que la que permite la satisfacción de sus deseos. Con retirarle sus votos para la Presidencia le amenazaron las asociaciones trabajadoras, si en los dientes de un contrato del Estado, que lo impedía, no aprobaba el acuerdo en que reducía la Legislatura a cinco centavos el precio de diez, que ahora cuesta, en las horas del día que no son las de ir y venir la gente obrera, el pasaje por los ferrocarriles elevados; pero Cleveland, luego que vio claramente que la ley, que en su puesto es llamado a hacer cumplir, no estaba de parte de los obreros, en los dientes de su cólera desaprobó el acuerdo de la Legislatura.

Tammany Hall es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata en Nueva York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta. Ya repartiendo pequeños destinos, ya manteniendo agentes que vierten determinadas ideas y azuzan especiales odios, ya pagando o ganándose la voluntad de las personas de influjo y cabecillas de los barrios, Tammany Hall hace de manera que en época de elecciones la ciudad es suya. Y

como del amor exclusivo a sí propio, que caracteriza a nuestro tiempo, y en especial a las ciudades mercantiles, viene el lamentable abandono de las urnas electorales por los ciudadanos independientes, este poder de Tammany Hall es mayor, por no hacer esfuerzo por derribarlo los únicos que podrían balancear su influjo. Como el que sirve a Tammany tiene puesto seguro en el gobierno y administración de la ciudad, los logreros y rufianes, que son siempre los más, hallan fácil el premio y grata la ocupación de servirle. Y como no hay cosa más ciega y levantisca que las preocupaciones, y es tan fácil encender el ánimo de las clases pobres en estas ciudades que las ofenden con su fausto ostentoso, los servidores de Tammany se hacen pronto de grande influencia y la perpetúan, avivando entre la gente humilde y páupera los rencores y apetitos que la mueven. De manera que, salir al paso de Tammany Hall, es como firmarse con la propia mano, aquí donde todo depende del voto, un decreto de muerte política. Los barrios enteros votan como Tammany manda; Tammany elige senadores, gobernadores y Presidente; Tammany les impone luego, en cobro de la influencia con que los ha elegido, las personas, impuras casi siempre, a quienes por paga o complicidad en los provechos tiene señaladas para ocupar los más pingües empleos públicos. El corcel está en la casa del Gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en Tammany. Grover Cleveland se ha puesto en pie, y se ha decidido, para vindicación de las instituciones democráticas amenazadas de gusano, a arrancar de cuajo las raíces de Tammany.

Esta es su significación en las elecciones; no la guerra de Cleveland contra la asociación de demócratas impuros que le acusa y le niega su apoyo, sino la de los demócratas honrados, de que Cleveland es vigoroso representante, contra los vicios políticos que han venido poniendo en descrédito las prácticas viriles de la democracia.

Y como los republicanos eligieron para candidato de su partido a la Presidencia a un hombre que no ve las cosas de la nación con más escrúpulos que aquel con que Tammany mira las de la ciudad; como al lado de Blaine han prosperado camarillas de ferrocarriles y otras empresas que le remuneraban con acciones y dinero el empleo de su influencia en el Senado y altos hombres públicos, mientras que Cleveland ha cortado el vuelo, con sus vetos serenos y atrevidos, a todas las tentativas de ese género que en su tiempo alcanzaron apoyo o complicidad en la Legislatura de su Estado; como Blaine cree, con doloroso disgusto de los norteamericanos sensatos y leales que no es desvergüenza usar de la fuerza cuando se la posee, y ahora es la ocasión de que los Estados

Unidos asienten la mano, y la claven, por todos los lugares de la Tierra adonde les llegue la mano poderosa, y Cleveland piensa, con aplauso entusiasta de la gente honrada de la República, que el que viola el derecho, la paz y la independencia de la casa ajena, es como un bandido y rufián de las naciones, a la que lo de cesárea y omnipotente no quitaría la mancha de criminal y de villana; como de un lado está Blaine, que trae al pueblo que ha sido hasta ahora albergue del derecho y decoro humanos en toda tierra ofendidos, aquel dèsdèn del hombre, ejercicio de la fuerza e ímpetu de conquista que los lastiman y violan, y de otro lado era preciso poner a quien, por lo discreto, digno y sesudo, dejase a los Estados Unidos en su puesto de nación de hogar y casa de los hombres, y con el respeto a los demás y el goce pacífico de sí, perpetuara el magnífico ejemplo de la eficacia y salud de la libertad que los Estados Unidos vienen dando, la Convención de los demócratas escogió, de entre todos los candidatos del Partido, a aquel que cuida más de gobernar honradamente su casa que de ir a perturbar la ajena; a aquel que no quiere abrir a las furias de la guerra y al vocerío de los mercaderes este templo maravilloso que, sobre columnas de hombres prósperos y buenos, por encima de toda la Tierra se levanta. Quien ha sabido preservar su decoro sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta. Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ¡no, por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han dominado y envilecido el Universo.

Seso y decoro pide la gente buena de este pueblo a sus Presidentes; y no quiere que se tenga en mucho el seso, si no va acompañado del decoro. Porque el talento la Naturaleza lo da y vale lo mismo que un albaricoque o una nuez; pero el carácter no; el carácter se lo hace el hombre; y con su sangre lo anima y colora, y con sus manos lo salva de tentaciones que, como sirenas, le cantan; y de riesgos que, como culebras, lo valcan; el carácter sí es motivo de orgullo, y quien lo ostenta, resplandece. Como mármol ha de ser el carácter: blanco y duro. Y esto tiene de magno Grover Cleveland; que en época de política corrupta ha traído la virtud a la política; que, lisonjeado, cortejado y puesto en peligro, ha salvado su carácter entero y sencillo de tentaciones y de riesgos. Por eso apoya también fervientemente su candidatura gran parte del bando republicano.

La América. Nueva York, julio de 1884
La Nación. Buenos Aires, 1 de octubre de 1884

WILLIAM F. CODY

“BÚFALO BILL”

La diversión norteamericana.—Escenas de la vida del Oeste.—Un héroe de las selvas.—El gran “Búfalo Bill”

“Búfalo Bill” se ve ahora escrito en colosales letras de colores, en todas las esquinas, cercados de madera, postes de anuncios y muros muertos de Nueva York. Por las calles andan los *sandwiches*—que así les llaman, de los *sandwiches* o emparedados,—embutidos entre dos grandes cartelones, los cuales, como dos paredes, les cuelgan por el pecho y por la espalda; y con los movimientos del hombre que los pasea impasible por las calles, ante la muchedumbre que ríe y lee, relucen al Sol las letras que dicen en colores salientes y esmaltados: “El gran Búfalo Bill”.

“Búfalo Bill” es el apodo de un héroe del Oeste. Ha vivido en las selvas muchos años, entre la gente ruda de las minas y los búfalos, menos temibles que aquélla. Sabe correr y abatir búfalos y cómo se les cerca, aturde, burla, enreda y enlaza. Sabe deslumbrar a los rufianes y hacerse reconocer su principal; porque cuando uno de ellos salta sobre Búfalo Bill con el puñal al aire, ya cae con el de Búfalo Bill clavado en el pecho hasta la tetilla; o, si le echan encima una bala, la de Búfalo Bill, que es tirador destrísimo, la topa en el camino, y la devuelve sobre el pecho del contrario; es tal tirador, que dispara sobre una bala en el aire, y la para y desvanece. De los indios, y de sus hábitos y astucias, y de su modo de guerrear, lo sabe todo; y, como ellos, ve en la sombra, y con poner el oído en tierra, sabe cuántos enemigos vienen, y a qué distancia están, y si son gente peatona o de a caballo. Y en la pelea lo mismo se las ha a pistoletazos en una taberna con los vaqueros turbulentos, que no duermen tranquilos si no han enterrado, con sus botas de cuero y sus espuelas, a algún vaquero comarcano o incauto viajador, que con los indios vocingleros y ágiles que caen en tropel arrebatado, tendidos sobre el cuello de sus cabalgaduras y floreado el rifle matador, sobre el hombre blanco, que de la arremetida se guarece detrás del vientre de su caballo o el tronco de un árbol vecino. Todos esos terrores y victorias lleva Búfalo Bill en los claros, melancólicos, relampagueantes ojos. Las mujeres lo aman, y pasa entre ellas como apetecible tipo de hermosura. Siempre que se le ve por las calles, solo no se le ve, sino

acompañado de una mujer hermosa. Los niños lo miran como a hombre hecho de sol, que está alto y brilla, y los seduce con su destreza y apostura. Le cuelgan los cabellos castaños, que de acá y allá se le platean por las espaldas vigorosas. Usa sombrero de fieltro blando, de ala ancha; calza botas.

Ahora está sacando ventaja de su renombre y pasea los Estados Unidos a la cabeza de un numeroso séquito de vaqueros, indios tiradores, caballos, gamos, ciervos, búfalos, con todos los cuales representa ya al fuego del Sol, por las tardes, dentro de un cercado vasto como una llanura; ya a la luz eléctrica, durante las primeras horas de la noche, todas las riesgosas y románticas escenas que han dado especial fama al Oeste. Pone ante los ojos de los ávidos neoyorquinos, en cuadros animados y reales, las maravillas y peligros de aquella vida inquieta y selvática. Ya son los vaqueros, con sus calzones de cuero flecado en las franjas, su chaquetilla corta, su pañuelo al cuello y su recio sombrero mexicano, que se acercan, más como caídos que como sentados, sobre sus vivaces caballejos, pronta a lanzar por el aire la cuerda en el arzón de su silla de esqueleto recogida, y a salirse de su bolsa burda la pistola con que dirimen sus más leves contiendas. Miran la muerte esos bravos bribones, sin casa y sin hijos, como una copa de cerveza; y la dan o la toman: entierran al que matan, o, heridos e. el pecho, se rebujan en su manta para morir.

Ya se alejan los vaqueros después de lucir sus artes y enseñarse; y los indios vienen a distancia corta de un viajero blanco, que va como si no supiera que lo siguen. Adelantan los indios en hilera, todos de frente, cabalgando a paso lento, refrenando sus *ponies* impacientes, que apenas le den rienda los salvajes, se desatarán contra el enemigo blanco, como si a ellos les estuviera encomendada la venganza de la raza que los monta; parece que el dolor de los hombres penetra en la Tierra, y como que, cuanto de ella o sobre ella nace, trae consigo a la vida el dolor de que todo en torno suyo está empapado! Así es de esbelto, delgado y nervioso, el caballo *pony*, como el indio; y de astuto y rencoroso. Flecha viva parece; como si un arma no fuera invención casual de la gente que la usa, sino expresión, concreción y símbolo de sus caracteres físicos y espirituales, y de los trances de su historia. Cantando vienen los delgados indios un cantar arrastrado, monótono e hiriente, que se entra por el alma y que la aflige. De cosa que se va parece el llanto, y que se hunde adolorida por las entrañas de la Tierra. Cuando se

extingue queda vibrando en el oído, como una rama en que acaba de morir una paloma.

De repente se llena de humo el aire; vocerío diabólico sucede a la cancurria lastimera; a escape van los *ponies*, y al nivel de sus cabezas las de los indios; si un cuchillo pudiera pasarse por debajo de sus cascos voladores, no chocaría con casco alguno; caen todos dando voces, disparando a una, envueltos en humo polvoroso, enrojecido a veces por un fogonazo, sobre el viajero blanco, que, pie a tierra, vacía sobre los indios, como vomita un cañón metralla, todos sus cartuchos; con los dientes sujeta la pistola y con las dos manos la carga. Por entre las orejas de los caballos y debajo de sus vientres disparan los salvajes; espíritus paracen, por los que las balas sin dañarles atraviesan; ya el hombre blanco, que es Búfalo Bill, no tiene más cartuchos en su cinto; supónese, al verlo vacilar, que está lleno de heridas; los indios lo van cercando, como los buitres a un águila aún viva; él se abraza al cuello de su caballo, que le ha servido, con su cuerpo, de mampuesto y muere.

Los de combate se truecan en alaridos estridentes de victoria; no parece que los indios han dado muerte a un hombre blanco, sino a todos ellos; de comedia lo están haciendo en el circo, para que lo vea la gente del Este; pero tan arraigado lo tienen en el alma, que la comedia parece de veras. Ya se lo llevan; ya lo han puesto atravesado sobre una silla que desocupó un indio muerto en la refriega; y ya se van, alegres y vocingleros, cuando asoma con sus mulillas de colleras encascabeladas, y sus voces y restallidos de látigo, una diligencia cargada de hombres blancos. ¡A la pelea! ¡a la pelea! El viejo carruaje se trueca en trinchera; el pescante en almena de castillo; cada ventana lo es de fuego; los salvajes defienden en vano su cadáver; otra vez todo es humo, chispazo, bala y pólvora; los *ponies* al fin huyen y en brazos de sus bravos vengadores es llevado el cadáver del viajero a la diligencia. Ebrio el público aplaude, que esto se ha ganado de Roma acá; antes se aplaudía al gladiador que mataba, y ahora al que salva. El látigo restalla; las músicas suenan; los himnos retumban y desaparece la diligencia desvencijada en una nube turbia de polvo.

Y así van representando los hombres de Búfalo Bill las escenas que, a lo vivo, conmueven aún las regiones selvosas del Oeste. Desalado viene un jinete. Una bala cruza el aire; pero no más aprisa; desata la valija que trae atada a la grupa; saca de los estribos ambos pies, fuertemente espoleados, y al pasar junto a otro caballo, ya en silla, que un hombre tiene de la rienda, salta a él el jinete fantástico, con sus sacos de cuero,

y en el caballo fresco sigue la carrera, mientras arropan y reaniman al rocín cansado; es el correo de antaño; así, cuando no había ferrocarriles, lo era el hombre.

Ora es una manada de búfalos, que vienen con los testuces montuosos rasando la tierra; los vaqueros, a escape, con sus caballos, los rodean, con sus gritos los aturden, con sus diestras lazadas los sujetan de los cuernos, los atan por la pierna que el público elige o los echan al suelo y cabalgan sobre ellos, que rugen y se sacuden en vano su jinete. Y suele haber vaquero hábil que, después de haberle asegurado un lazo al cuerno, acelera aún, de súbito, a su cabalgadura, para que haga onda la cuerda del lazo, y con un rápido movimiento hace con ella una lazada, que le pasa alrededor del hocico, y de un halón robusto aprieta a él como una jáquima.

Y la fiesta se acaba entre millares de balazos con que hábiles tiradores rompen en el aire palomas de barro, y coros de hurras, que se van extinguiendo lentamente, a medida que la gran concurrencia entra, de vuelta a sus hogares, en los ferrocarriles, y las luces eléctricas, derramando su claridad por el circo vacío, remedan una de esas escenas magníficas que deben acontecer en las entrañas de la Naturaleza.

La América. Nueva York, junio de 1884. Publicado también en *La Nación*, Buenos Aires, 16 de agosto de 1884

CARTAS DE MARTÍ

LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE

El honrado Ministro de Marina.—El contratista John Roach.—Cómo colectan sus fondos y pagan sus gastos los partidos.—Ligas de especuladores y políticos.—Historia íntima.—El Secretario de Marina era el abogado del contratista.—El Consejo de Marina servía al contratista.—Anticipos cuantiosos.—Quiebra de John Roach.—La política de acometimiento.—Los acometedores de los Estados Unidos y su génesis.—Los mercenarios de ayer y los de ahora.—Los acometedores en Washington y los que los ayudan.—Banqueros privados.—Ministros sombríos.—La política de la sombra.—Dentro, corrupción; conquista, fuera.—Planes perfectos.—“¡Adquirir!”—Ultimo propecto: compra de los Estados del Norte de México

Nueva York, Agosto de 1885

Señor Director de *La Nación*:

Era un John Roach amigo grande de los republicanos. Tiene arsenal, y no menos de \$10.000,000 le han sido pagados, no más que por remiendos de buques mohinos, que nunca salen de un mal paso. Pero más se han pagado en realidad, porque año sobre año, en certámenes simulados, le ha estado adjudicando la Secretaría de Marina a precios nominales, y como hierro viejo, maquinarias enteras de buques en buen estado y material de toda clase.

Y ¿cómo no, si el Secretario de Marina era el propio abogado de John Roach? Así fue que cuando el gobierno sacó a licitación sus nuevos buques de guerra, aunque John Roach ofreció hacerlos a precios que por lo bajo eran sospechosos, a él se le adjudicaron, y en pocos meses, aun sin haber acabado el primer buque, que ha salido tal que no puede aceptarlo el gobierno, ya el Secretario de Marina y abogado de Roach había pagado a éste, so capa de adelanto una considerable parte, el total a veces, del valor de los barcos. No en balde, cuando la elección de Garfield, dio Roach para los gastos del partido cien mil pesos. Y para la de Blaine, con cuya ruina le ha venido la suya, no parece que dio menos: así quedan inmoralmente obligados a los especuladores los candidatos que no triunfarian sin su ayuda: así afrontan los partidos los desembolsos extraordinarios que requiere una campaña de elecciones. Los especuladores dan, a cambio de legislación y favor que adelanten sus intereses: los empleados dan a cambio de la promesa de ser conservados en sus puestos en atención a sus contribuciones. De ese doble punto, escasamente adicionado con el de algunos partidarios entusiastas se pagan los oradores, los periódicos, las calumnias, los viajes, las paradas de uniforme y antorcha, las vagonadas de documentos impresos.

las ricas enseñas con inscripciones y retratos que izan en las calles, y los demás quehaceres oscuros del día de elecciones. Vencidos los republicanos, sacada la Secretaría de manos de su abogado, llegado el momento de entregar a un Secretario austero y desconocido el primer buque de la serie, conforme a requisitos estipulados en el contrato, hubo de serle devuelto el buque a Roach, porque, a pesar de que todo el Consejo de Marina había aprobado los planos y proyectos de la embarcación, ésta demostraba no reunir, en pruebas generosas e imparciales, las condiciones estipuladas en el contrato. Rechaza el gobierno el barco: pone Roach a salvo su fortuna, y quiebra. Se publica la lista de los injustificables anticipos del Secretario anterior a su cliente, en pago de buques que acaso no pueda comenzar a hacer jamás.

El Consejo de Marina dio por buenos, y con ciertas especificaciones, planos que no lo eran, ni las tenían. Antes de enseñar el contratista el primer buque, el Secretario de Marina le había adelantado poco menos que el valor de todos. Ni inclemencia, ni encono, ni inmerecida gracia ha mostrado el Secretario. Al Consejo de Marina lo ha reprendido ante la nación. A su antecesor en la Secretaría, harto lo reprende el voto público. A Roach, se propone tratarlo como si fuese el gobierno, como es, un mero aunque importante acreedor de la quiebra. La sencillez y justicia de este escarmiento ha ganado honrosa popularidad al Secretario Whitney.

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijo ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, em-

prenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Amílcar; se comían sus bueyes y bebían su vino; se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos; se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge, las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto: y luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse anca a anca para caer, con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquélla. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes, va detrás de ella. Algunos Presidentes, como Grant mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la accesión de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los Secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados.

Si los tiempos sólo se prestan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos y luego la dejan caer a tierra. Si el gobierno no tiene más que contratos domésticos en que rapacear, caen sobre los contratos, y pagan suntuosamente a los que les auxiliaren en acapararlos. Caen sobre los gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto. Tienen soluciones dispuestas para todo:

periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coligan con todo los vendidos, y lo arrollan.

Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos, y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa. Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de ajedrez, estudian de antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México.

Esto quiere ahora la camarilla, que cree ver en la suspensión del pago de las subvenciones a los ferrocarriles americanos, decretada últimamente como medida angustiosa por México, buena ocasión para estimular el descontento y arriar los apetitos alejandrinos que, como que los llevan en sí suponen en el pueblo norteamericano hacia sus vecinos de lengua española. Esto propone ahora la camarilla: comprar en 100.000,000 de pesos la frontera del norte de México. No han hallado todavía, como hubieran hallado en tiempo de Blaine, el camino del gobierno: la Casa Blanca es ahora honrada. Pero insisten; pero puján; pero azuzan sin escrúpulos el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga con los ingleses; pero no pasa día sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!

—¡Banqueros no: bandidos!

JOSÉ MARTÍ

EL GENERAL McCLELLAN

Bosquejo de su carrera.—Su carácter y significación peculiar

EL ACTOR McCULLOUGH

Nueva York, 9 de noviembre de 1885

Señor Director de *La Nación*

Una noble persona moría, de ese corazón que hoy casi nadie tiene sano, cuando allá abajo, en Virginia, batallaban pacíficamente por el gobierno del Estado los mismos a quienes él redujo muchas veces en combate y maravilló con las maniobras más difíciles que recuerda la guerra: en su casa de pueblo de campo, rodeado de libros queridos, murió George McClellan, el joven general, segundo en la escuela militar, bravo en la guerra de México, que de ingeniero de un ferrocarril pasó a mayor general de los ejércitos del Norte, y tan buen mayor, que el Congreso le dio gracias por "su serie de brillantes y decisivas victorias en los campos de batalla del oeste de Virginia": era general en jefe a los 35 años.

Pero no iba con el espíritu de su pueblo, a quien excedió siempre en moderación y cultura. No entendió que esta nación, levantada a la cumbre en una hora, quería la guerra de Grant: una guerra de hora. ¡El tiempo le hacía falta a la nación para continuar prosperando! ¡Ya la guerra le enojaba! Para eso daba todo lo que le pedían: ¡para que se acabase pronto! ¡Vencer, vencer de cualquier modo, vencer de prisa! ¡Arrollar, adelantar, hundir!

McClellan era de fina naturaleza. No le agradaban los éxitos brutales, sino científicos. Gustaba más de defenderse que de atacar. Odiaba la guerra encarnizada. Creía criminal llevar su ejército al combate sin tener allegadas todas las probabilidades de la victoria, "el último soldado en su puesto, el último fusil en orden".

Por magnanimidad y por respeto a sus tropas dejaba a éstas en reposo después de una gran victoria, y daba tiempo a que el ejército contrario se escapase o se rehiciese, en vez de caer sobre él, y extenuarlo, y rendirlo; sistema que, sin embargo, nunca dejó de acabar por

una victoria final de McClellan, o por una ventaja señalada en su posición sobre el enemigo.

Pero ni el espíritu de su pueblo entendió, que quería guerra de yunque, anonadadora, ni entendió el espíritu de la guerra; él era hombre de meditación, de bondad, de seso, y sus mismas perfecciones mentales le impedían juzgar con claridad una época en que estaban en acción pasiones que no le era dable sentir, y a las que buscaba un acomodo que ninguno de los beligerantes deseaba.

Vio nacer la guerra de contiendas políticas, y creyó que con componendas políticas, con concesiones mutuas, con nuevos remiendos, podía sofocarse una lucha que de ambas partes se había comenzado con la determinación absoluta de vencer; lo que le hizo recibir un voto mezquino cuando, ya después de separado del mando por el gobierno, que veía mal sus ingerencias en la política o sus demoras en lo militar, capitaneó, como candidato demócrata a la Presidencia, frente a Lincoln, el partido que quería la cesación de la guerra.

Pero luego que acabó ésta, su juicio, su serenidad, su amor a sus tropas, su capacidad para la organización, su admirable estrategia, su habilísima retirada, su clemencia con el enemigo, comenzaron a levantarle una admiración sólida, que sus hermosas prendas de hombre, dado a las cosas del espíritu y modelo de lealtad, fueron aumentando hasta el día de su súbita muerte. No quiso honores; sólo sus amigos quiso que llevaran su cadáver a la tumba.

¿Le sobró, acaso, bondad y cultura para llegar a ser el jefe natural de los ejércitos de su país en su tiempo? ¿Le faltó, acaso, esa inspiración sagrada, esa insensatez divina, esa maravillosa palabra interior que viene hecha, y da la ciencia que no se sabe, y la previsión de lo que no se ve, y es razón acumulada, que, como una estrella que estalla, sube de repente del pecho al juicio, y guía, y avienta en él todas las vacilaciones?

Y ¿ese pobre McCullough, que acaba de morir, enjuto como una caña; él, que era alto como una torre, lleno todo de arrugas de loco el rostro romano que ceñía en otro tiempo la cabellera rizada? No había, envuelto en la túnica, Virgilio como él, ni en escenas de majestad heroica tuvo rival entre los actores ingleses y americanos.

No fue uno de esos rufianes de tablas que de hombre sólo tienen el habla y la figura y pasan vida contrahaciendo papeles con habilidad de histrión y chismeando por bastidores y escaleras. Era una naturaleza

rica y explosiva a que la intensidad de sus afectos llegó a privar del juicio: pero que supo levantarse, de aprendiz en una tienda de hacer sillas, donde entró a los quince años sin saber escribir, a uno de los hombres más cultos y caballerosos que habló inglés y amó a mujer.

Llevaba en su apostura un natural imperio que suavizaba en el trato su conversación sencilla; y tenía a la vez, como toda gran persona, la seguridad de lo que valía y la vergüenza de no valer más.

Cuentan que, cuando ya no tenía el derecho de querer, se enamoró de una actriz de perfecta belleza y virtud que no vio sin cariño un amor que no podía pagar con honradez; y le comió el juicio, dicen, el recuerdo perenne de aquella ideal criatura, y música hecha carne, que andaba por la vida y no podía ser suya.

La Nación. Buenos Aires, 20 de diciembre de 1885

CARTAS DE NUEVA YORK

TILDEN¹⁰

Muerte de Samuel Tilden, el Presidente electo de 1880.—Su vida y su carácter.—Ejemplo para los jóvenes: político honrado.—Su abnegación.—Deja tres millones de pesos para fundar una biblioteca pública

¹⁰ De la *Carta de Nueva York*, enviada por Martí a *La República*, de Honduras, con fecha 12 de agosto de 1886.

Nueva York, 12 de agosto de 1886

Señor Director de *La República*:

No había llegado todavía Nueva York, que en esta guerra inesperada no tiene interés directo, a mostrar entusiasmo ni curiosidad marcados en el conflicto mexicano. No era, no, el ansia de saber de México, lo que reunía tal muchedumbre frente a las tablillas donde, como los romanos en su álbum con las leyes, publican aquí los periódicos el extracto de los sucesos del día. Era para afligirse porque había muerto Samuel Tilden, famoso en los tribunales por lo sagaz, en la política por lo previsor, en los negocios por lo feliz y en la historia de su patria por haberse negado a disfrutar con la violencia, su derecho clarísimo a la Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, a quien la adjudicó una comisión del Congreso con visible fraude.

Júzguese de aquella alma. El era varón de virtud, que desde la mayor humildad se había levantado, sobre los puntales de su talento, a la posesión de una fortuna enorme, y a la cabeza de su gran partido. El tenía natural pasión por el soberbio puesto que lleva de mano de la ley a un hijo de pobres hasta el gobierno del pueblo más grande de hombres libres. El quería barrer de arriba los vicios de compadrazgo e interés que muerden con diente hediondo en la política americana, tal como había barrido desde su asiento de Fiscal del Estado y de Gobernador a los bribones coligados que con su influjo en las votaciones venían atrincherándose en empleos que les permitían defraudar las arcas públicas con robos estupendos. Y luego, él tenía grande alma; que lleva con irresistible empuje a lo encumbrado y peligroso: ¡él veía en sí coronada la persona humana!

¿Qué suprema angustia no debió sentir aquel trabajador hecho de sí, aquel hombre de derecho, cuando se vio burlado en la posesión del mayor

premio que es dable en la tierra al hombre apetecer, y vio ultrajada la ley pública en él mismo, que ganó su eminencia en defenderla?—El había sido abogado grandísimo: huroneaba en los rincones de sus casos: penetraba en ellos como un espía de oficio: estudiaba su parte con ojos de juez: desenvolvía a la vista del contrario atónito el tejido mismo de intenciones y argumentos que se guardaba callado en la mente: manejaba sus pruebas, y tundía con ellas, con el brillo y ardor con que guía y abate un general en las batallas: tenía el placer y el vicio de la justicia.—El veía en sí un ejemplo para la juventud que se acobarda, o se corrompe, o se vende a un matrimonio, o se vende a un gobierno: de estudiante pobre llegó a dueño legítimo de cinco millones, sin venderse a nadie, ni al gobierno, que fue a buscarle a su casa por honrado, ni al matrimonio porque amó de joven a una noble criatura que le quiso pobre y se volvió imbécil, y él le mantuvo en su desdicha la fe que le empeñó en la hora de la razón.—Deslució acaso sus primeros años públicos, cuando la guerra de los esclavos debió llamarlo a una carrera activa, por el afán—¡excusable en quien conoce la vida!—de comprar con una fortuna libre el derecho de ser honrado y virtuoso: no enseñó la mano hasta que la tuvo fuerte: no hacía negocios al azar, ni ponía sus ahorros en ambiciosas empresas, sino que estudiaba los elementos de cada operación como los puntos de un caso de derecho, y entraba a negociar sobre seguro con fuerza matemática.—El tenía mente mayor, con la que consideraba que si en tiempos pasados fueron precisos aquellos patriarcas generosos y sabios que prepararon a su pueblo para la riqueza, hoy era necesario un sabio nuevo que lo redimiese de los vicios públicos a que lo ha llevado el exceso de ella. El veía el voto ignorante, los audaces apoderados de él, el egoísmo comiéndose al heroísmo; el amor a sí sofocando en cada hombre el amor a la patria, el amor al goce pervirtiendo en la mujer aquella majestad y dulcedumbre con que ilumina y enamora.—El se sentía ayudado de la habilidad en la virtud.—El rebotó de justo júbilo, cuando en pago de sus honrados hechos, de su maestría mental, de su capacidad para pensar por sí y directamente, de su gerencia sobre los miembros de peso de su partido con quienes mantenía correspondencia continua, se vio electo candidato de los demócratas para presidir por cuatro años su República, para limpiar los establos, para infundir idea nueva y tamaño de grandeza en la vida de la nación. para entusiasmar y estremecer a un pueblo que empezaba a podrirse en la prosperidad.

Y ¡todo, todo vino a tierra, a la voluntad de una camarilla infame! Se aceptó como buena la elección falsa del Estado dudoso que debía darle el triunfo: se consumó el robo del puesto sagrado. Muy a borbotones le saito al gran viejo la sangre en el pecho. Muy amargamente vio pasar para sí y para su pueblo la ocasión de volver a ser grande. Y con mucha crueldad le llamaron cobarde sus amigos, porque no quiso hacer andar sobre sangre su derecho. Pero él se fue a hablar con su hermana canosa, quien vive en una casa que le regaló él de su trabajo, y habló mucho con ella en sigilo en una tarde solemne; y templado en piedad salió de aquella plática con mujer, decidido a perder su derecho al honor más grande a que podía aspirar un hombre en la tierra, si había de costar una sola vida el conseguirlo. ¡A esta abnegación han llamado miedo los que no son capaces de ella! ¡Los que sólo a sí ven en el mundo, y a su engrandecimiento propio! ¡Los que no aman a la patria bastante para posponerle todo amor de sí! ¡Por aquella abnegación se negó su partido a presentarlo de candidato en las elecciones siguientes, para dar ocasión de victoria sin violencia al derecho burlado!

Pero su influjo subía poco a poco: su voluntad designaba a los candidatos: su consejo dirigía el partido: sus comunicaciones interesaban a la nación: su sillón de viejo era a manera de trono: su carta definitiva de renuncia a la candidatura de mil ochocientos ochenta y cuatro está escrita como por un profeta tallado en la montaña: su testamento otorga tres millones de pesos para la fundación de una biblioteca pública, y este magnífico legado enseña, como resumen de su cuantiosa vida, que la suma deducción del político más práctico y agudo que vivía en este pueblo, fue que la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura: hombres haga quien quiera hacer pueblos. Murió Tilden ilustre oyendo leer filosofías y versos. Murió en su casa señorial frente al río Hudson, que rueda con majestad comparable a la de sus pensamientos.

La República. Honduras, 1886

EL GENERAL LOGAN

CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

Su carácter, su valor, su oratoria y su significación en la política.—Su esposa.—Los militares en las repúblicas.—Grant y Logan

Nueva York, 3 de enero de 1887

Señor Director de *La Nación*:

Las fiestas de Pascuas cerraron el Congreso, dejando al indio convertido en ciudadano y a los librecambistas vencidos en otra tentativa.

El año nuevo empieza alegre, preñado de problemas, resplandeciente de esperanza, aunque se levanta sobre la tumba de un político ambicioso que tuvo fama de héroe y pudo ser Presidente de la República: el general Logan.

Logan era aquí prominentísima persona. El mundo no ha de sentirlo, porque no añadió nada al pensamiento humano, ni vivió para el bien de los demás, sino para su propio encumbramiento y triunfo; pero era su carácter tan terco y agresivo, y tenía en su persona ponderosa y tonante tan marcados los elementos de su pueblo, que sin mérito alguno que pudiera compararse a su tenacidad, a su negra melena, a sus gargantuescos bigotes, llegó a ser candidato de los republicanos a la Vicepresidencia, senador permanente, portaestandarte del ejército y rival temible para los aspirantes en la próxima candidatura del partido a la Presidencia de la República.

Mucho de su influjo era debido a un apego tan vivo a los soldados, que parecía a veces servidumbre, y a aquella apariencia suya de león de que sacaba ventaja, con artes de mujer coqueta, en los instantes decisivos para sus ambiciones o las de sus copartidarios; así se cuenta que, cuando en la convención en que fue escogido Garfield para la candidatura se vio irse a la concurrencia por el lado de Garfield, aquellos graves estadistas determinaron, en sesión secreta, como medida de campaña, que Logan apareciese de pronto en la tribuna, agitando la cabeza pintoresca, sacando el busto que en su día no temió a las balas confederadas, revolviendo sus ojos centelleantes, para atraer sobre sí el aplauso, y dividir la mente del con-

curso, que a ojos vistas se concentraba sobre Garfield; “¡y nadie sabe—decía Garfield luego—lo cerca que anduvimos de perder la candidatura!”

Logan, aquella vez, no obraba por sí, sino por Grant, ya porque no llega a jefe el que no sabe ocultar sus pretensiones al mando y obedecer o fingir obediencia, ya porque Logan cedía con menos dificultad su ambición en provecho de un soldado.

No hay fraternidad más temible en las repúblicas que la de los militares, por cuanto, a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos heroicos que apasionan con justicia a los pueblos y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizaron juntamente.

La muerte engrandece cuanto se acerca a ella; y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado.

Logan fue de los que menos la temieron durante la guerra contra el Sur, a la que entró manchado por un impío discurso suyo en la Casa de Representantes, en el cual se había mostrado satisfecho, antes que desdeñoso, de cumplir aquella infame ley que mandaba devolver a los dueños los negros fugitivos, “porque era ley”. “¡No me importa—decía—que sea oficio poco limpio!” Y desde entonces le pusieron de apodo “Poco limpio”.

Pero se quitó el apodo con su bravura.

Grant le quería precisamente porque veía en él su misma falta de ciencia y su acometimiento ciego. Adelantar sin temor le parecía a Logan suficiente para vencer; y es cierto que pocas veces tuvo que echarse atrás, y que su espléndido ímpetu tuvo en un día aciago magia bastante para reunir sobre el enemigo vencedor a sus tropas deshechas, y desbandarlo.

¡No hay como estos relámpagos del alma y estas divinas furias!

¿Quién recordaba, después de la guerra, que Logan había sido demócrata ferviente, si para defender la unión de su país se había convertido en republicano? Y luego, tan pronto estaba acorralando rebeldes como interrumpía sus combates para ir a perorar en su Estado en apoyo de la candidatura de Lincoln, a quien años atrás había perseguido rudamente; ¿a quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln, que lloraba a solas, siendo Presidente de la República, porque sus generales iban a fusilar, por desertores, a unos pobres mozos campesinos que no habían aprendido a amar la guerra? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón.

Era de ver Logan hablando. No fue persona de oro, sino de similar; pero ¿qué importaba, si lucía como de oro? El triunfar no está en ser,

sino en lucir. Su principal fuerza fue su contento de sí. El público no le embarazaba, ya porque Logan era sincero en cuanto decía, ya porque siempre entendió él que ese mismo ímpetu suyo agradaba a concursos donde sólo se acata el atrevimiento y el éxito.

Su oratoria era tonante y turbulenta. Se iba sobre la tribuna, como si hubiese de tomarla por asalto. Se apretaba el cinto, como el varón bíblico; desahogábase el pecho, floreaba los ojos, se ahuecaba la melena y, con fragor de artillería, vociferaba sus pomposos párrafos, en que las sentencias sin acabar, como caballos de medio cuerpo y crin revuelta, caían en bosques de citas y pámpanos retóricos.

Pero solían sacarle en triunfo en la oratoria las condiciones mismas que le favorecieron para la guerra y la política, las cuales eran lo genuino y potente de su ambición, que no conoció descanso o límite; lo pintoresco y marcial de su figura, su valor loco y su conformidad con su pueblo en aquella condición de atreverse a todo sin miedo, ni respeto, ni derecho, que es nota del carácter en los norteamericanos. Tan fiel era a sus amigos como honrado en el desempeño de sus cargos. No vendió, como Blaine y tantos otros, por dinero o acciones de empresas, los derechos públicos confiados a su custodia; y aunque como general no fue científico, ni como abogado prominente, ni como orador ordenado, ni como político escrupuloso, ni la caridad le movía el ánimo, nunca pudo decirse que puso su ambición en el mero crecimiento de su bolsa, ni que repletó ésta a costa de su honor. Por eso muchos de los amigos que se había ganado con su ímpetu y fidelidad acuden con crecidas sumas al alivio de su viuda pobre, que no tuvo nunca más amor ni cuidado que los de favorecer, cuando no dirigir, las ambiciones de su compañero. Ella, en lo privado, le buscaba voluntades; ella le adivinaba los enemigos; ella ponía en boca de su esposo sus propias agudezas y superioridades; ella fortalecía la admiración pública con la que en todo acto y palabra le mostraba. ¡Así se entiende que se ponga el pie en el cielo, con el amor de la casa!

La Nación. Buenos Aires, 24 de febrero de 1887

B A N C R O F T

*El historiador George Bancroft.—Bosquejo de su carácter y de su obra.—
Cómo trabaja en su ancianidad.—Un tipo del carácter nacional*

Era George Bancroft, el autor famoso de la *Historia de los Estados Unidos*. Ya va para el siglo y todos los días monta a caballo. A las cinco se levanta y se sienta a preparar el trabajo del día.

Tiene la capacidad, acaso porque ha vivido feliz en un pueblo hecho, de repartir sus horas, lo que es cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene su vida en compartimientos, como sus datos.

A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina o releo con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve o sol monta a caballo, y vuelve luego a la alegría de la casa o a los gozos sociales, a que es dado, hasta las diez de la noche en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente, redondeada en lo alto de las sienes, se levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca cae al labio apretado y lampiño. La barba nivea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable que completa, por sus amigos célebres e históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. El fortaleció en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que ojea el carácter norteamericano.

Allí estudió filosofía, lenguas, poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la historia. Asistió como familiar a las tardes filosóficas de Schleiermacher, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.

Creyó en Kant, y en su mundo a priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas a que obedece el hombre, en vez de guiarlas. Conoció a Goethe, estirado, formal, vano, robusto; un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su *Fausto* a Manfredo. Conoció a Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le

habló de Goethe con cariño y asombro; y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vio demudarse a Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó hallarse enfrente de mujeres inglesas; ¡así ponen las urracas a los ruiseñores! Viajó por las tierras madres. En Inglaterra tuvo a Maeaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de aduana, singularidad perdonable, porque merced a ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne, aquel que bajó al espíritu, y escribió luego *La Letra Encarnada*. Y los que se burlan,—como hay grandísimos bellacos que se burlan,—de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fue un admirable administrador y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que a los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan a ello.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas. ¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? ha contado su pueblo.

Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en su borradores cada día tiene un buen número de páginas.

Seduca lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace perdurables a los caracteres. Mas, ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿Por qué ese anciano, a quien todos saludaban el día de año nuevo, fue aquel mismo Ministro de Marina que ayudó, con pretexto inicuo, a despojar de California a México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta. En un mero soldado, la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento. ¡Por eso no seduce el rostro de Bancroft!

LAS FIESTAS DE LA CONSTITUCIÓN EN FILADELFIA

La procesión industrial.—La parada: la ceremonia de los discursos.—Recuerdos históricos.—Los Estados Unidos antes de la Constitución.—Razones para la nueva Constitución.—División y celos de los Estados.—Nacionalistas contra estadistas.—Los grandes hombres de la Convención.—Oradores y políticos.—Washington y Franklin.—Hamilton, Madison, Morris, Randolph, Patterson, Martin.—Los abogados en la convención.—Historia de las tres grandes transacciones.—Los debates.—La escena de la firma.—“¡Un sol que nace!”

Nueva York, Septiembre 28 de 1887

Sr. Director de *El Partido Liberal*:

¿Por qué han de describirse en día nublado las fiestas con que celebran los Estados Unidos el aniversario de la Constitución que los ha hecho gloriosos? Filadelfia, que vio en 1778 la traidora *meschianza*, —cuando sus hijas disfrazadas de moras bailaron en salones recamados de espejos con los oficiales ingleses, vestidos de oro y negro o de seda blanca y roja, para el torneo con heraldos de dalmática en que despidieron a Sir Howe, ha conmemorado hoy, con procesiones históricas, con pompa industrial, populosas juntas, plegarias solemnes el día en que, acomodando en un código prudente sus tercas diferencias, los hombres educados en la libertad imaginaron un gobierno digno de ella. Los pueblos crecen en estas grandes fiestas; y aun los míseros que aspiran a la libertad, sin hallarle sabor en tierra ajena, sentían como un grato frío de aurora, como un dichoso temblor de héroe, cuando a la limpia luz de la mañana, fue la ciudad saliendo de la noche, vestida de banderas. Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva Casa Pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad mayor le aquellas esmeradas y pródidas llanuras; pero la ciudad de mármol y adrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas; y los hombres, que ni ante los muertos sofocan sus enemistades, se olvidaron de ellas para conmemorar la forma de gobierno a que deben su ventura, lo que no han hecho acaso por egoísmo, sino por el placer divino con que saludan los humanos, torvos aún y confusos, cuanto adelanta y consagra su persona. Las casas hablaban: lindas cuáqueras prendían al amanecer las últimas guirnaldas y colgaduras y los que primero se echaron a las calles, fueron los viejos. La vida tiene horas de oro, en que parece que el sol sale en el alma y, como

ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas. Se rompe en risa y llanto, y con la fuerza del pecho se abatiría una fortaleza.

Hace cien años, vio Filadelfia, vestida entonces de calzón de pana, vestón de seda y chupa de tirilla, las mismas iras, discordias y querellas que los latinos ignorantes, enfermos de destemplada admiración, tienen por patrimonio exclusivo de su raza. Por cada hebilla de zapato había una opinión hostil en la junta convocada por el Congreso inerme, a fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece Estados distantes y celosos que por amor excesivo a su soberanía anulaban con su rebelión o indiferencia las medidas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la Federación, sin fuerzas por los artículos de 1781 para hacer cumplir lo que recomendaba. Era la burla pública el Congreso. Cada Estado, rico y populoso como Virginia o raquitico e insignificante como Rhode Island, tenía un voto. La nación era de aire, y los Estados se negaban, so pretexto de pobreza, a pagarle su cuota. No había modo de que los Estados acatasen las leyes enfermizas que acordaba el Congreso para trabar por un comercio equitativo las antiguas colonias, desunidas por los celos y los productos rivales. La Nueva Inglaterra, que levantaba ya sus industrias, desobedecía las leyes que pudieran favorecer la agricultura del Sur. El Sur agrícola quería el comercio libre con Europa, con daño del Este marino, que apetecía para sí todo el tráfico de agua. No había moneda común, que unos querían y rechazaban otros. Por sí no podía vivir ningún Estado; pero, engolosinados con su soberanía inútil, se negaban a fijar por la ley la unión indispensable a su existencia. La única forma visible de la nación era el Congreso, que servía sólo para demostrar su ineficacia. Los grandes, que como siempre eran pocos, recomendaban a sus conciudadanos con angustia la conveniencia de poner término con un gobierno nacional vivo, a aquellas disensiones recientes que amenazaban la Unión sin fortalecer a los Estados, ni aprovechar más que a los politicuelos criminales que cultivan con pompa sagrada las pasiones. Cada Estado tenía un dueño de almas, a quien importaba más ser caudillo en su conuco que figura secundaria en una gran República. Los caracteres prominentes, deslucidos a veces por rivalidades indignas, coincidían, por la inevitable fraternidad de la grandeza, en el deseo de fomentar un pueblo glorioso, antes de que los intereses en apariencias hostiles se sobrepusieran a las virtudes. Hamilton, con aquella marcial compostura de su entendimiento, demostraba, bajo el nombre de "Phocyon", la necesidad de que los Estados se juntasen bajo un gobierno fuerte: entonces se escribía con nombres antiguos: Phocyon declaraba,

los Publius explicaban, Pacificus contendía con Helvidius: había Honestus, Camillos, Leonidas: Roma y Grecia imperaban, como en Francia: la juventud se precipitaba en los moldes de Plutarco, ansiosa de asemejarse a sus héroes. Madison se sabía al dedillo los debates del ágora, los discursos de Cleón, las leyes de Licia. Pero Washington no aprendía en pergaminos, sino en la vida, la política: rogaba en sus cartas, urgía en sus discursos, propagaba en sus viajes, miraba por la unión de los Estados como hubiera mirado por la de sus hijos. Y Franklin, como él, ponía su nombre, limpio de cola y polvos como su venerable cabellera, al pie de aquellas sabias misivas que con su amable influjo esclarecían en pro de la Constitución nueva los entendimientos, y se entraban como cariños por los corazones.

Al fin, el Congreso daba licencia para revisar los artículos inútiles de la Confederación. La Convención Mercantil convocada por Nueva York para remediar el desorden del comercio, se convertía en la suspirada Convención Nacional para dar nuevas bases y funciones al gobierno. Desde William Penn, en 1698; desde Davenant y Livingston, de quienes no ha querido hablar Bancroft; desde el folleto de un hijo de Virginia sobre el gobierno de los establecimientos ingleses; desde Lord Stairs y Daniel Coxe, que quisieron armar las colonias unidas contra Francia; desde el plan de Albany de Franklin, que aprovechó en bien de las colonias el odio y miedo que tenían a Inglaterra los franceses; desde el Congreso de 1775, que proclamó los Estados libres, puso en manos de Jefferson la pluma con que trazó sobre un escritorio de mujer la Declaración de Independencia, y aprobó, a propuesta de Franklin mismo, los artículos de la primera Confederación, ¿no venían agrupándose naturalmente, como miembros de un mismo cuerpo, los Estados? "Unión o Muerte" decía en aquellos días un dibujo que representaba una serpiente dividida en trece pedazos.

Allí se habían reunido, unos en casaca de paño negro o verde, otros de calzón de terciopelo y cuello y puños de encaje, los próceres, los letrados, los comerciantes, los mercaderes que los Estados, descontentos del descrédito e impotencia del gobierno federal, enviaban para discurrir el modo de robustecer la Unión sin que perdieran la soberanía sus partes. Allí esclavistas y abolicionistas: allí criadores de arroz, armadores y manufactureros: allí nacionalistas y provincialistas: allí oradores típicos y organizadores prácticos. Allí el impetuoso Hamilton en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio, sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como

nacido en zona cálida; fundador de la hacienda; hombre de arriba. de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo. Allí Madison, valioso asesor; muy metido en letras; cargado de historia; ponente preclaro y persuasivo; de juicio tan seguro que le brillaba lo original por entre montes de retórica ridícula; capaz de odiar a Washington. Allí Martin, de fama fugaz como su palabrería, célebre entonces y seguro de vanos aplausos: llenaba horas, arrebatada al vulgo remedaba la grande elocuencia: prorrumplía en estudiados apóstrofes: era servido por las pasiones a que seguía: después de hablar él, todos se preguntaban: “¿qué ha dicho?”

Allí Morris, Gouverneur Morris, cuya mente no tuvo niñez; concededor sutil de los móviles de los hombres; piloto frío y feliz en los debates; creador de fórmulas dichosas; consejero de reyes y de repúblicas; fino en vestidos, empréstitos y madrigales. Allí Patterson, díscolo y fecundo; defensor de Estados y pleitos pequeños; proyectil que los enemigos natos de lo grande hallaban siempre a mano; compuesto para dividir, como todos los que son incapaces de fundar; abogado terco del plan de New Jersey de la soberanía absoluta de los Estados. Allí Randolph, dramático y vistoso; más pronto a perorar que a meditar; desposeído del carácter, que hubiera dado belleza permanente a sus bravos impulsos; defensor ágil del plan de gobierno nacional enérgico, el plan de Virginia; desdichado ministro. Allí Gorham, riquísimo comerciante, hombre hecho a sacar argumentos de la realidad, enemigo colérico de la esclavitud. con la que se negó, como Rufus King, a acuerdos ni pactos: “Lo que ha de ser mañana, sea ahora. ¿Qué República es ésta, llevada en hombros de esclavos como la ‘meschianza’ de los ingleses, donde iban los negros con argollas al cuello?” Allí los fraseadores profundos, los componedores de mente judicial: Ellsworth y Rutledge, que con Gorham, Randolph y James Wilson bosquejaron la Constitución: Roger Sherman, zapatero al principio y luego abogado, juez, firmante de la Declaración de Derechos, de la de Independencia, de los artículos de la Confederación: Johnson, famoso universitario, con honores de afuera, de los ingleses mismos: James Wilson, que aprendió en Daguesseau y Montesquieu, y en cuyo brazo se apoyaba Franklin.

Es moda nueva, de barniz, suponer que los accidentes de educación y clima pueden alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone o lo que no les ha puesto la vida acumulada de las generaciones. El maíz habla como la carne. El rubio odia, engaña y cacarea como el trigoñeo. El norteamericano se apasiona, se exalta, se

rebela, se aturde, se corrompe lo mismo que el hispanoamericano. ¡Viérase en la Convención! Cada cual traía un plan. Este llamaba demagogo a aquél. Aquél llamaba monárquico a éste. De trece Estados, tres se negaron a venir. De tres delegados de Nueva York, dos abandonaron la Convención enfurecidos. Un Estado no tenía con qué pagar el viático a sus delegados: “¡Tiranos!” decían los Estados pequeños a los grandes: “¡Nos rebelaremos contra la Unión!”—“¡Rebélese!”—“¡Antes que ceder al plan de Virginia nos someteremos a un déspota extranjero!” Los discursos se decían por centenares: Madison solo pronunció 198. El desorden llegó a ser tal, y con tal ira terminaban las sesiones, que Franklin, menos cordialmente respetado de lo que se debiera, propuso abrir el día con una plegaria. Había momentos en que se temía una riña general. Evitabanla enviando a una junta escogida las cuestiones candentes. Ante la junta, los intereses se balanceaban; las frases se estiraban y encogían; las heridas del deseo se curaban con halagos a la vanidad. Cuando la ira volvía a estallar: “¡Válgame Dios!” decía Franklin; se encerraba un domingo a preparar un discurso prudente lleno de apólogos sagaces, y lo que aquietaba y convencía no era el discurso mismo, sino que el anciano hubiese puesto tanta alma en él que ya al leerlo le faltaba la voz, y dejándose caer en un sillón, lo dio a leer a Wilson. Los discursos eran, después de esto, moderados y tímidos. En vano, cansados de la justicia como los griegos, se burlaban algunos parricidas de los “grandes nombres”.

Aquel debate, natural en las condiciones políticas que lo producían, dio fruto vivo por su misma fuerza. No ha de temerse la sinceridad; sólo es tremendo lo oculto.

La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas buenas y consume las vanas; ese oro que saca a la luz a los apóstoles y a los bribones. En esos debates apasionados los derechos opuestos se ajustan en el choque, las teorías artificiosas fenecen ante las realidades, los ideales grandiosos, seguros de su energía, transigen con los intereses que se les oponen. Los trece Estados diversos, en la necesidad de vivir juntos, con elementos hostiles, de crear un gobierno nacional sin privar a los Estados de su soberanía, decidieron acomodar sobre las bases reales sus pretensiones extremas, después de luchar cada uno desesperadamente por salvarlas. “Todos desean, todos esperan algo de nuestra Convención”, decía Washington desde ella en carta a un amigo, “pero mientras se batalla con tanto fuego por la soberanía absoluta de los Estados, mientras sus miras locales y el interés especial que influye en cada uno con exceso no cedan a una concepción más ele-

vada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los Estados diversos y su falta de respeto al gobierno general, han de tener a este gran país débil, impotente y en desgraciada condición.”

Esa pelea rabiosa de cada Estado por su peculiar interés, ese miedo de los Estados pequeños a perder por la liga de los grandes su independencia, esa repulsión de cada Estado a arriesgar su especial riqueza o someter sus instituciones, aun la inhumana de la esclavitud, a las conveniencias generales, mantuvieron en lidia fogosa a la Convención Constitucional, pusieron hasta el último instante en peligro la suerte de sus debates, y si bien impidieron el triunfo inmediato de los ideales generosos, lograron descubrir, con una novedad precisa en la doble naturaleza varia y una de la nación recién nacida, la única forma viva en que podrían preservarse con gérmenes de mejora y vigor de realidad los elementos indestructibles y diversos que se oponían a una unión más pura. Pero la guerra enorme que a los tres cuartos de siglo fue indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la Unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que, si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos e intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta o tortura la esencia del ser humano. En la justicia no cabe demora: y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento. Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten a ser pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable.

Era grande el encono de los convencionales. Unos iban a crear un gobierno nacional vigoroso: otros a estorbarlo: unos a sostener la igualdad palmaria y absoluta de los Estados ante la Unión: otros a sostener la prioridad de los derechos naturales del hombre sobre los de la entidad abstracta de los Estados. Unos iban a procurar el comercio forzoso entre los Estados, unidos; otros a resistirse a toda obligación que pusiere trabas a su comercio libre con el extranjero. Los Estados pequeños acusaban a los grandes de intentar su absorción, e insistían, para que no desapareciese la igualdad ficticia, en que en el gobierno nacional tuviera el mismo número de votos cada Estado: los grandes preguntaban con asombro cómo en el gobierno de una nación podían tres millones de hombres en un Estado tener el mismo número de votos que doscientos mil de

otro. Los Estados que mantenían la esclavitud, ansiosos de hacer valer a los negros como hombres para aumentar su representación, insistían luego a que se les reconociese como agentes de producción de riqueza, para traerlos de Africa libres de derechos; a lo que se negaban los Estados de población libre, que veían en la importación ilimitada de esclavos y en la representación de los negros, el peligro de que los Estados esclavistas imperasen con este recurso falso e inhumano en el gobierno de una nación formada para el triunfo de la humanidad. Los Estados de la costa, ganosos de dar empleo a sus buques, querían facultar al gobierno de la nación para que impidiese en las aguas americanas el predominio de la bandera inglesa, a lo cual se oponían los Estados agrícolas. temerosos de que esté monopolio de la marina americana produjese un alza irremediable en el costo del añil y del arroz que enviaban a Europa. ¿Cómo acercar los partidarios de la representación por Estados a los defensores del voto personal? ¿Cómo conciliar los Estados del Norte y el Este, partidarios del voto libre exclusivo, y los del Oeste, que ya apetecía la esclavitud para cultivar sus tierras, y los del Sur, que se anunciaban dispuestos a abandonar la Unión si se negaba representación a los esclavos? ¿Cómo avenir el Este, que anhelaba amparar su marina, con el Sur, que resistía su imperio?

Esas fueron las luchas de los cuatro penosos meses que duró la Convención; había injurias, amenazas de separación, desafíos, puños alzados. Lo demás eran cuestiones menores: si habría tres poderes, o una Suprema Legislatura que fuera judicial y legislativa; si el Ejecutivo sería de uno o de tres, temporal o vitalicio, electo por el pueblo o por la Legislatura; si el Poder Legislativo tendría una Cámara o dos; si los de la Cámara llana serían elegibles a los veinticinco años o a los treinta; si los senadores servirían nueve, siete o cinco años o durante su buena conducta. Mas por airados que fuesen, como solían ser, estos debates, y los de la presidencia sobre todo, ninguno levantó tormentas como las que sacudían la Convención cuando chocaban los intereses vitales o la cuestión de soberanía de los Estados. Tres fueron las batallas mayores, y tres las transacciones. Impotentes para vencerse, acortaban las disputas reconociéndose sus intereses vitales.

La batalla de la soberanía de los Estados fue la primera, mantenida por el plan de New Jersey, y opuesta por el de Virginia. Hasta la palabra “nacional” era odiosa a los Estados pequeños: Virginia excluía la repre-

sentación por Estados; New Jersey se negaba a la representación personal; los Estados pequeños alegaban que la Convención no tenía derecho a crear una Unión nueva, sino a reformar la primitiva: los Estados grandes niegan que sean ellos los que puedan combinarse, teniendo cada uno interés distinto: “los pequeños son los que se combinan”:—“Nos ahogarán los Estados mayores.”—“¿Hemos de consentir en tener representación igual en el gobierno de la nación cuando le pagamos mayor cuota para su sostenimiento, cuando la cuota se impone sobre la población a que se le niega voto en el Estado que la paga?” Entonces, en la paz de la junta de examen, ayudó Franklin con sus chistes y llanos ejemplos al triunfo de aquel primer acomodo que dio pie y modelo a todos los demás: allí surgió la idea realmente nueva de la Constitución americana, sugerida por la especial composición de las entidades desiguales políticas a que habría de aplicarse: allí, reservando el voto sobre asuntos del Erario a la representación personal, a los Estados que más podían padecer de él, se imaginó el Congreso de dos Cámaras, una de representantes de la población a un voto por cada cuarenta mil y otra de representantes de los Estados, que con la primera discutirían las leyes nacionales.—Cien años ha vivido el acomodo, y como que los Estados tienen entidad real, como la desigualdad entre el Senado y la Casa de Representantes en el derecho a votar el presupuesto, que ésta se guarda, corresponde a una desigualdad de población verdadera, subsiste y ayuda al equilibrio de esta noble máquina de gobierno la representación de los Estados, cuya ley interior, arreglada a sus peculiaridades y hábitos, facilita el trabajo gubernamental, puesto que lo divide, en todo lo que no estorba o contradice a la nación, y alimenta en círculo bastante las vanidades y ambiciones cuya concentración es amenaza perpetua para las repúblicas.

Pero no bien se había acordado, con calma volcánica, la representación personal, estalló la ira de nuevo, y los Estados alteraron sus puestos de combate, en cuanto el Sur pidió representación para los negros. “¿Para qué la pide, pues que los negros no tienen allí persona, sino para influir inmoderadamente en los Estados limpios de esa mancha?” Ya la lucha no era entre los Estados pequeños y los grandes, sino entre los libres y los esclavistas. Uno quería dar a los negros voto entero: otros darles tres quintos: el Sur alegaba que la esclavitud que añade a la riqueza de la nación, debía estar representada en su gobierno. “¿Conque por ser inhumanos y perezosos, contestaban los Estados libres, tendréis más representación que nosotros, humanos y trabajadores?” Morris, de los Estados libres, propuso que la cuota de los Estados para los gastos fede-

rales, se impusiese conforme al número de sus representantes: “Pues si con la amenaza de imponernos cuota mayor por nuestros negros intentan impedirnos que pidamos su representación, me aparto de la Convención”, dijo la Carolina del Norte. Si la Carolina se apartase, como faltaban tres Estados más, la Convención quedaba sin poderes, conforme a los mismos artículos de la Confederación, en cuya virtud se había convocado. Hay que ceder, pues King y Gorham no ceden:—“¿La convención no nos puede hacer cómplices de la inhumanidad!” Pero cede el Congreso:

“La cuestión Gorham no es de humanidad: la cuestión es que si la Carolina se separa de la Convención, se hace imposible la Unión, que nos es indispensable.” Se llegó entonces al otro acomodo: los Estados libres y los esclavistas componen sus diferencias: el número de representantes se determinará con arreglo a la cuota directa de los Estados: representantes y cuotas se determinarán con arreglo a la población: en la población se contarán como válidas tres quintas partes del número de negros. Por un solo voto se salvó la transacción. Han pasado cien años, y este arreglo no ha vivido, porque no nació de lo real y constante, sino del caprichoso reparto de poder sobre la base innatural y transitoria del crimen: y lo funesto de aquella concesión a la avaricia por el miedo, se ve en la lucha sorda y creciente que en los Estados esclavos entablan contra sus dueños de ayer, aún brutales, los millones de emancipación incultos que sin aquel aciago arreglo no hubieran nacido.

No sin amenazas se obtuvo que los Estados menores, deseosos de anular lo que acababan de conceder, asistieran a continuar los debates de la Convención, que a su juicio, temerosos como estaban de nuevas derrotas, debían ya llevarse como terminados al Congreso; y ya lucía el sol rojo de Agosto cuando en imponente silencio, en uno de esos silencios en que parece que nace la luz, fueron recibiendo los delegados, sentados en sillones de alto respaldar, el bosquejo de la Constitución, impreso con anchos márgenes e interlíneas, y bien distinto por cierto, fuera de los acomodos esenciales, del que después de descompuestas discusiones, de anuncios de separación, de ofensas rudas, firmaron con orden solemne lo que supieron someter su soberbia al bien público.

Notas se tienen apenas de aquellos animados debates en que, atendido ya mucho de lo real, ostentaron los eruditos sus nociones de hechos, fingieron alarma los demagogos, y con terco pudor resistieron los amigos del hombre todo asomo de ataque a la libertad esencial a su ventura.

Allí murieron los nombres de los poderes: al Ejecutivo se llamó "Presidente", a la Cámara de los Estados "Senado", a la Cámara electa sobre la población total "Casa de Representantes". Al Presidente le negaron el título de "Excelencia", el proyecto le daba siete años de poder, y quedó en cuatro: prohibía el proyecto la reelección, y quedó decidido que el Presidente pudiese ser reelecto, sin límite alguno: por el proyecto no necesitaba ser nacido en el país, mientras que en la Constitución aprobada es ésta cualidad indispensable. Durante esas y otras discusiones, luchaban con tenacidad igual los Estados pequeños por mermar facultades al poder nacional de que estaban celosos, y los partidarios de un gobierno seguro de toda la Federación, con los que se confundieron en mala hora, exagerando sus justos deseos, aquellos que, más que la unión fuerte de Estados débiles sin ella negaban la capacidad del pueblo común para el gobierno, y ansiaban ver éste reservado como estaba entonces entre los ingleses, a una casta superior de los "bien nacidos".

Pero la confusión en los debates no volvió a ser completa hasta que, al tratar de las facultades del Congreso sobre el comercio y la navegación, surgieron de nuevo los intereses hostiles de los varios grupos de Estados. El Sur quería que se le permitiese traer esclavos de África sin pagar derechos, basado en que los esclavos eran productores de riqueza, y elemento primo en los Estados agrícolas. El Este, adverso a esa concesión, se exasperaba por la resistencia del Sur a dar al Congreso poder de amparar con una ley prohibitiva el tráfico de los buques nacionales: "Si no se echa a los buques ingleses de nuestras aguas, se arruina nuestra industria mercante", decía el Este. "Si se da el monopolio del mar a los barcos del Este, decía el Sur, pondrán los fletes a Europa a precios tan altos que no podremos exportar nuestros productos. O se nos deja introducir los esclavos sin pagar derechos, o nos apartamos de la Unión", dijeron la Carolina del Sur y Georgia. "Nos apartamos de la Unión, dijo el Este, si no se da al Congreso poder de defender de la competencia extranjera los barcos de que vivimos." Ajustaron sus intereses por un tercer acomodo, hasta 1808 podrían entrar sin pagar derechos los esclavos: el Congreso tendría facultad de dar leyes sobre el comercio por los ríos y la mar. ¡Así, por regateos no todos dignos, por el ajuste de contrarios derechos, por sumisiones mutuas y dolorosas, quedó compuesta aquella Constitución que a Gladstone le parece "la obra más maravillosa que haya forjado en un momento fijo el espíritu del hombre".

Ya van a firmar; ya Washington, que no dio muestras jamás de esa familiaridad propia de los que cortejan las turbas, parece, aun a los que no lo aman, que a su propia vista se transfigura y diferencia del resto de los hombres; ya el Secretario Jackson le da la pluma, humedecida en el tintero de plata, ¡y todavía tienen proyectos que oponer! ¡ya están pidiendo otra Constitución! ¡ya están proponiendo enmiendas! Franklin, con su modo de padre, invoca en aquel tono humilde nunca desoído, la prudencia de los descontentos. Morris halla la fórmula apetecida. Hecha en la Convención por el consentimiento de los Estados, Washington pone el primero su nombre: "No creí, dijo al firmar, que pudiéramos llegar a esto sin sangre." Los delegados van firmando, por el orden geográfico de sus Estados. Dieciséis se niegan a firmar. Franklin se acerca a la mesa presidencial, bajo cuyo dosel había pintado un sol. "Nunca acerté a entender, dijo, si este sol era de orto o poniente; pero ahora veo que es un sol que nace." Y dos años después, todavía un Estado reacio se negaba a entrar en el "buen barco Constitución", a cobijarse bajo el "techo nuevo".

La sangre que Washington esperaba vino después. Aplazar no es resolver. Si existe un mal, con permitir que se acumule no se remedia. El crimen, el crimen de permitirlo, trae siempre sangre. Pero la Constitución americana, prosperando a pesar de él, enseña a los pueblos que sólo echan raíces en las naciones las formas de gobierno que nacen de ellas; y que así como los artículos de la Confederación cayeron en ridículo y desuso por ser imitaciones postizas de las ligas griegas, así las púrpuras extrañas pueden podrir el lienzo no dispuesto a recibirlas, ni necesitado tal vez de más colores que los que eche sobre él el ingenio sol nativo.

Filadelfia en todos estos días fue digna del asunto que conmemoraba. Levantó arcos a sus entradas: estrados a lo largo de sus aceras: rosas de banderas en cada ventana: en coliseos convirtió todas sus plazas. Vino con su esposa el Presidente. Vinieron los Gobernadores de los Estados. Los periodistas aclamaron en un banquete jovial a Cleveland, que en otro banquete aconsejó a los comerciantes, como ofrenda propia de la Constitución, sacrificar alguna vez el interés local e inmediato al interés de la República. Pero no fue la parada militar, ni la ceremonia de los discursos la que dio novedad y sentido a las fiestas, sino la procesión de las industrias, caídas, groseras, en burro, como eran ha cien años, luego triunfantes, como son ahora.

La parada militar fue de millares de hombres. Lo de siempre: gentío, pabellones, hurras, músicas. El Presidente las ve pasar desde su tribuna, sentado en una silla de talla de hermosa caoba. Abre la marcha Sheridan, el general amigo de la paz, que con el brillo y rapidez de su hoja de sable guió, durante la guerra del Sur, su caballería. La esposa del Presidente ve desde un balcón, vestida de negro. Pasan los marinos, con pantalón blanco, blusa azul y sombreros rojos: pasa la milicia de Pensilvania, victoriosa e imponente como una avalancha, toda de hombres fornidos: pasan, entre muchos aplausos, los cadetes huérfanos. De un patio aplauden mucho: una fuente, rodeada de plantas bellas, murmura entre dos estrados donde va todo el sol: uno está lleno de uniformes, charreteras y penachos: otro de camas. Pasan los veteranos, y el Presidente se pone en pie al verlos. Se van perdiendo a la distancia, colas de caballo, culatas bruñidas, chispazos de música, cañones.

A pleno sol fue también el otro día la ceremonia oratoria. La tribuna estaba llena de próceres. En palcos suntuosos veían la fiesta las familias y huéspedes notables. Y tanto público que no hubiera podido pasar una hoja de rosa entre dos hombres. Dijo la plegaria un obispo protestante, en túnica de seda negra y estola de púrpura, con su bonete de copa cuadrada. No halló el Presidente las palabras grandiosas que requería la conmemoración de aquel enorme suceso humano. El orador del día, el juez Miller, después de prepararse con sus propias manos una bebida de dos vasos, la bebió, saludó, y leyó una diatriba inoportuna, aunque justa, contra los que, incapacitados por la educación monárquica europea para entender el orden de la libertad, vienen aquí so pretexto de servirla, a amenazarla. El cardenal Gibbons invocó al fin la bendición de Dios sobre la República, vestido de rojo.

Pero la fiesta mayor fue el día de la procesión de las industrias. Nueve horas tardó en pasar. Allí se veía el Siglo, en su cuna y en su término. No todo lo que se tiene por nuevo lo es, ni en ciencias, ni en industrias, ni en literatura, ni en política; pero jamás, como que jamás la libertad fue tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años. Delante, en colosal pintura, iba una imagen de la República enseñando con una mano con qué instrumento se trabajaba hace un siglo, y con la otra los instrumentos de ahora. Carro tras carro seguía, lleno de arados con nombres pomposos, en que los fabricantes aprovechaban la fiesta patria como anuncio: "el rey del Oeste", "el orgullo del Este", "el Soberano". Detrás de un labriego, que va esparciendo las semillas que toma de un saco, pasa una sembradora, arrancando vítores, y un caballo de vapor,

orgullosos y humeantes. En un carro van los impresores juntando letras, ajustándolas en las formas, hirviendo tipos, mientras que un duende vestido de encarnado, el diablo del impresor, el mandadero de la imprenta, a un tiempo ayuda a todos, traspapela, empastela, sufre coscorrónazos, huye y salta. En una mula va un negro con el trigo para el molino, como se iba antes, y detrás van montes de barriles de harina de hoy; una sierra de ayer que aserraba apenas ciento cincuenta pies al día, trae a la zaga una silbante máquina, que va aserrando a razón de tres mil pies por hora. Iban botes de canal, iban casas enteras, iba la casa donde se hospedó Washington, durante la guerra, de Valley Forge. Un águila de oro llevaba en el lomo muchos caballeros de casco y rodela, con la loriga abierta, y el casco sobre las piernas o a los pies. Detrás de los carros de los niños indios de la escuela de Carlyle, escribiendo, dibujando, cosiendo, ensamblando, iban, en símbolo de los indios de antes, un grupo de *pawnees* pintados de guerra, montados en sus *ponies*. Un negro, desnudo de cintura arriba como cuando la esclavitud, sembraba algodón delante del carruaje donde se ostentaban los negros más prósperos de la ciudad en nobles industrias. ¡Cuarenta caballos arrastraban una locomotora, no más bella que ellos! Y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cerraba la procesión el coche dorado de Washington.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal, México, 1887. Publicado también en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1887.

BERGH¹¹

Caracteres norteamericanos.—Dos muertos notables.—Un humanitario y un platoniano.—Protección a los animales.—Filosofía trascendentalista

¹¹ A continuación sigue, en la misma correspondencia, la semblanza de Bronson Alcott, cuya versión definitiva se encuentra en este mismo tomo, pág. 187.

Nueva York, 15 de marzo de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Cuando, movidos a bondad por el terror, compartían los cocheros con sus caballos el *brandy* que reparaba sus fuerzas idas en el temporal de nieve; cuando al caer exhausto su percherón sobre la nevada, salta un carrero del pescante, le afloja los arneses, le pone por almohada la collera, lo abriga con la manta que carga para protegerse los pies, y se quita el propio sobretodo para echárselo encima al animal, que le lame la mano; cuando los gorriones, desalojados por el vendaval de los aleros, eran tratados como huéspedes favoritos en las casas, y reanimados con mimo al fuego de las chimeneas; cuando un gato chispeante, loco de frío, hallaba refugio en los brazos de un transeúnte hospitalario,—moría en Nueva York, pensando en las pobres bestias, un hombre alto y flaco, de mucho corazón y no poco saber, que pasó lo mejor de su vida predicando benevolencia para con los animales. Que no se latiguease a los caballos. Que no se diese de puntapiés a los perros. Que no se ejercitaran los niños en enfurecer a los gatos. Que no clavasen a los murciélagos en las cercas, y les diesen de fumar. Que puesto que el hombre no quiere convencerse de que no necesita de carne para vivir bravo y robusto, ya que ha de matar reses, las mate bien, sin dolor, pronto. Que el que trae tortugas vivas al mercado, no las tenga tres días sin comer como las tiene, sino aunque hayan de morir después, les dé algas y agua. Si las serpientes han de alimentarse con conejos vivos, que se mueran de hambre las serpientes.

Henry Bergh no era hombre vanidoso, que quisiera, por el escabel de la virtud, subir a donde la gente lo viese y celebrase; ni pobretón disimulado, que so capa de filantropía buscara en el oficio de hacer bien, manera fácil de robustecer la bolsa; sino honisima persona, y man-

chego de raza pura, que no podía ver abuso de fuerza sin oponerle el brazo. Dinero no le hacía falta porque nació rico. Por fama tampoco era, porque como su virtud no era útil a los hombres, no se veía agasajado sino lapidado por ellos.

Jamás se abría un diario sin encontrar una befa a este buen amigo de los animales; que en Inglaterra aprendió a servirse de la ley para amparar a los que no tienen manera de pagar a sus favorecedores, por lo que son éstos pocos siendo el favor por lo común no tanto mantenido como mano que se tiende, para que el favorecido deje caer en ella, en presencia del mundo, como sus celebraciones y sus lágrimas. Volvió Bergh de su viaje a Inglaterra, con aquel cuerpo lánquiroto a que quitaban ridiculez la ternura inefable de los ojos, y la crianza hidalga, y fundó, con poca ayuda que no fuese la propia, una "sociedad para la protección de los animales", que pronto tuvo poder legal; tanto, que Bergh mismo fungía de fiscal asesor, y podía, por serlo, parar en las calles el látigo levantado sobre un caballo infeliz, y perseguir ante el juez al castigador. Con ciento cincuenta mil pesos en oro que le dejó el francés Luis Bonard, pudo la sociedad levantar casa suya, cuyo portal arábigo corona un caballo dorado.

Mientras más se burlaban de él, más predicaba Bergh, con tal éxito que ya apenas hay Estado de la Unión que no tenga en sus leyes las que él propuso contra el maltrato a las bestias, por cuanto el maltratarlas, sobre ser inicuo, abestia al hombre. El perseguía cuanto en el hombre nutre la ferocidad. Mientras más sangre coma y beba, decía Bergh, más necesitará el hombre verter sangre. Los pueblos tienen hombres feroces, como el cuerpo tiene gusanos. Se han de limpiar los pueblos, como el cuerpo. Se ha de disminuir la fiera. El ahuyentó a los peleadores de perros. El hizo multar y prender a los que concurrían a las peleas, y a los que de cerca o de lejos apostaban. El extinguió las riñas de gallos. El acabó con los combates de ratas. Desde muy temprano salía a recorrer los lugares de la ciudad donde trabaja más el caballo, que era su animal favorecido, y con tan sincera bondad procuraba inspirarla a los carreros, que éstos llegaron a ver como amigo a aquel "caballero flaco" que salió llorando del juzgado el día en que un abogado alquilón le llenó de injurias porque pidió el favor de la ley para que un carnicero no hiciese padecer a las tortugas el horror del hambre.

Y como la bondad no anda sola, sino que es precisamente lo que en el mundo necesita más estímulo, no se contentaba Bergh con decir que debía tratarse bien a las bestias, sino que imaginaba las novedades nece-

sarias para su buen trato, y hoy inventaba el carro donde se lleva sin sacudidas al caballo enfermo, y mañana el pescante para alzar de zanjas o cuevas al caballo desfallecido, y luego las palomas de barro, que por todas partes han sustituido ya a las vivas en el tiro de paloma. Los aficionados a la pesca le parecían gente hartó fácil de entretener, y de poco más seso que los propios pescados. "No son los carreros, decía, los que me dan más quehacer, sino esos copiamodas majaderos de la Quinta Avenida, que quieren traer a este pueblo humano la bárbara caza de la zorra. Pues lo que dice la hija de la Angot es verdad, porque si habíamos de hacer nuestra independencia para imitar ahora las cacerías en que los lores antiguos se enseñaban a cazar hombres, no valía la pena de cambiar de gobierno."

Así vivió este hombre, consolando niños, fundando para su amparo una sociedad ya rica y fuerte, haciendo bien a aquellos que no podían agradecerse, mejorando a sus semejantes. Su benevolencia fue más loable porque vivió siempre enfermo. Los versos eran su ocupación en las horas de ocio, y deseando hallar el sentimiento donde todavía impera,—concurría asiduamente al teatro. Escribió dramas, y se los silbãron, sin que por eso se le agriara el alma noble contra el arte en que le fue negada la excelencia a que llegó sin esfuerzo en las más difíciles virtudes. Escribir es, en cierto modo, tarea de hembra. No se debiera escribir con letras, sino con actos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 29 de abril de 1888

NARRACIONES FANTÁSTICAS¹²

Supuesta contienda electoral en los Estados Unidos.—Convenciones y candidatos.—Escenas interesantes

¹² Cuando *La Nación* publicó este trabajo debió de variar el título y parte del sumario, porque Martí se refirió a hechos ciertos y el periódico quiso darles el carácter de fantásticos y supuestos. La razón del cambio estuvo en que entonces imperaban en la República Argentina procedimientos políticos reñidos con el sentido democrático de los actos narrados y comentados por Martí. *La Nación*, conforme con lo que Martí escribió y desconcertada ante lo que ocurría en las tierras del Sur, optó por usar de la ironía tanto en el título y sumario expresados como en la siguiente nota, aparecida conjuntamente con la correspondencia:

“Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía, que por lo ingenioso del tema y lo animado y pintoresco del desarrollo escénico, se impone al interés del lector.

Solamente a José Martí, el escritor original y siempre nuevo, podía ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelantados que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales, de incumbencia exclusiva de los gobiernos, en todo país paternalmente organizado.—N. de la D.”

Nueva York, Junio 28 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

En este mes de junio no ha sido, como en otros años, lo más interesante las fiestas conmovedoras con que entre besos y músicas se despiden de sus discípulas vestidas de blanco, las maestras, ni la inauguración de monumentos, que siempre es en los meses de sol, como si la gloria tuviera parentesco con la luz, ni las barcadas de niños pobres, harapientos y descalzos, que la gente compasiva envía a la orilla del mar, a que la salud se les entre por los poros con la alegría del verano y el aire salobre, ni la diversión de los baños de mar, que es más de la que debiera, con los mozos desocupados que se pasan el día al sol semidesnudos, cubriendo de arena con lentitud acariciadora, el cuerpo tendido de sus compañeras de baño, felices y sonrientes.

Ni los juegos de pelota han interesado tanto este año, aunque hay peloteros que han dejado la universidad para pelotear como oficio, porque como abogados o médicos, los pesos serían pocos y les costarían mucho trabajo, mientras que por su firmeza para recibir la bola de lejos, o la habilidad para echarla de un macanazo a tal distancia que pueda, mientras la devuelven, dar la vuelta el macanero a las cuatro esquinas del cuadrado en que están los jugadores, no sólo gana fama en la nación, enamorada de los héroes de la pelota, y aplausos de las mujeres muy entendidas en el juego, sino sueldos enormes, tanto que muchos peloteadores de éstos reciben por sus dos meses de trabajo, más paga que un director de banco, o regente de universidad, o secretario de un departamento en Washington.

Se tira a la pelota, como todos los junios: se calman los negocios: se llenan de amores nuevos, de maridos benignos y casadas solas los hoteles de las playas y de las montañas: salen embanderados, con su carga de bailadoras, los vapores que llevan por las costas vecinas, pobladas de árboles, a los novios jugueteros, los comerciantes fatigados,

las madres deseosas de un poco de aire puro para sus hijos recién nacidos, que se les van con los calores del verano, como el aroma de las rosas: va el gentío incesante a ver la Estatua de la Libertad, que con su pedestal de luz parece de noche como alma encarnada de la bahía majestuosa, con quien baja a conversar una estrella, que es la antorcha que esplende en lo alto de la estatua envuelta en sombra; van a Erastina, bajo los pinos, a ver a Búfalo Bill, con sus "tipis" de indios pintarrajeados, y sus magníficos vaqueros, tiradores grandes y cazadores de ciervos y de búfalos; van a St. George, a la entrada de la bahía, donde con lujo imperial, y no menos de mil comparsas, entre bailarinas, coristas y portaluces, representan los Kiralfy, so pretexto de fuegos artificiales, las grandezas de la Roma de Nerón, sus danzas orgiásticas, sus combates marinos, sus procesiones de triunfo, su incendio final, precedido de un baile de antorchas. que caracolean, luchan, se besan, se apartan, se agrupan, se separan de súbito, en mil caprichos y sorpresas de la danza, hasta que cada una de ellas incendia un bastión, una columna, un toldo, un estandarte, y los diez mil espectadores ven ante sí consumirse en un fuego sonrosado a Roma, mientras huyen las bailarinas, apagando las antorchas en el suelo, asiéndose de las colas de los caballos espantados, lanzando alaridos.

Pero el mes no ha sido de esas cosas menores, sino de lo que a todo el país ha tenido animado y suspenso, y es la convención de los dos grandes partidos, el republicano y el demócrata, que en la ciudad de San Luis éste y en la de Chicago aquél, celebraron junta de delegados de las asociaciones del partido para declarar la doctrina sobre que ha de librarse la batalla de la elección, y elegir su candidato. Cleveland, por el denuedo con que ha dicho la verdad, fue el candidato inevitable de los demócratas, que parecían murmurar de él hasta ayer, y acabaron por proclamar su nombre en una escena pasmosa, en que el vitor continuo de hombres y mujeres se sostuvo, con los más singulares incidentes, durante veintitrés minutos. Harrison fue el candidato de compromiso de los republicanos, con quienes no pudieron bastante para lograr la candidatura ni la estrategia de Sherman, ni la astucia de Blaine. ¡Al fin quien pelea de cara, vence!

¡Qué escena de veras la de la proclamación de Cleveland en la convención de los demócratas! Otras veces, como entre los republicanos mismos ahora, los candidatos son varios, y la competencia terca y ruin,

viéndose claramente comprar y vender los votos, o traficarse a cambio de empleos y consideraciones si el partido triunfa.

Esta vez, por el predominio de su carácter y el éxito de su mensaje sobre la reforma de los aranceles, era uno solo el candidato del partido por primera ocasión en la historia norteamericana,—era Cleveland. ¿Quién no lo sabía desde antes?

Se decía en todo San Luis, colgada de pabellones y llena de luminarias y de arcos para celebrar la reunión triunfante de los delegados demócratas. Se decía en hurra tendido por las calles, donde paseaban, con pañuelos colorados en los sombreros de pelo blanco, las delegaciones de los Estados, con sus maletas de viaje en la mano, y vestidos con luengos balandranes. Se decía en los hoteles, donde el pelarse costaba un peso, y un periódico costaba dos, ni había más camas ya que los peldaños de las escaleras o las bañaderas vacías, donde más de un político de pro pasó la noche, mientras los carpinteros y ornamentistas ponían las galas últimas a la sala de la convención, y de trecho en trecho, entre anchas fajas de pabellones nacionales, clavaban por la punta de las alas grandes águilas de cartón dorado.

Ya a medianoche tenían rematado el adorno. La sala era como un túnel de banderas, y ninguna extranjera, ni irlandesa o alemana, como en otras convenciones, sino todas del país, en muestra de la enemiga creciente contra el influjo excesivo de los naturalizados, en la cosa política. En el estrado se erguía, rodeada de los bancos de la prensa, la mesa presidencial, y a su espalda en los muros los retratos de los demócratas favorecidos con la candidatura en las convenciones anteriores. A la cabeza de la sala, del estrado al techo, un lienzo enorme, con una puerta en el centro no muy fija, donde a galope de brochas habían pintado en pocas horas el Capitolio. Al otro extremo, en otro lienzo grande, Washington a caballo. Del techo colgaban las luces eléctricas, en grupos compuestos en forma de lirios.

Allí fue donde el 5 de junio se reunieron, entre delegados y visitantes, más de trece mil almas. Junto al presidente, los cronistas, dibujando con lápiz fácil o escribiendo con pluma pintoresca. El estrado, lleno de secretarios, de vicepresidentes honorarios; de prohombres. La sala, henchida de delegados, que por el estandarte que señala el lugar de cada delegación conocían su puesto,—el estandarte con el escudo del Estado, y el asta con los colores de la bandera, rematada con un globo de oro. Las galerías rebosan de mujeres vestidas de fiesta, de políticos de menor cuantía que

no consiguieron venir como delegados, de asociaciones con uniformes de colores vivos, que clavan junto a su presidente la bandera.

Y no bien entran los delegados, ya se ve, por el gran número de pañuelos rojos, que el anciano Thurman es el favorito para la candidatura vicepresidencial. ¿Qué importa que un partidario del general Black, que quiere decir "negro", corone el estandarte de su Estado, como símbolo de su candidatura, con un sombrero negro, ni que otro, amigo del gobernador Gray, que pudiera traducirse por "gris", ondee en la punta de su bastón un pañuelo gris? El pañuelo de yerbas de Thurman será la insignia de la campaña,—el pañuelo de yerbas, de algodón encarnado, con que antaño se guardaban en el bolsillo los senadores las inmundicias del rapé, cuando se tomaba en el Senado rapé en grande, y los senadores se vestían de pantalón color de romero, y casaca azul.

Aún no había abierto el obispo la sesión con la plegaria de uso, en que con los ojos en el techo y las manos juntas implora el consejo divino para los que le oyen, como si quisieran salir de él; aún no había llamado a silencio el presidente con su mallette de roble, hecho como para hender rocas; aún no habían tomado asiento las delegaciones todas, y ya uno estaba atando al asta de un estandarte un pañuelo colorado, otro vitorea a un vicepresidente, que lo trae muy visible en el bolsillo del pecho, otro junta en una mano diez de estos pañuelos—que aquí llaman "bandanas"—y los ondea a la vez, y a los pocos instantes todo el aire era rojo.

Pero, qué comparación cabe entre esa primera explosión, y la que saludó a Grover Cleveland cuando después de la plegaria del obispo habló de él en su discurso inaugural el presidente, con la que un día después acogió el nombre de Cleveland, cuando con ademán websteriano lo echó sobre la multitud dispuesta al frenesí un orador magniparlante, de habla pomposa, cabellos largos de plata, y gesto heroico.

Como por sobre enojos pasó la convención por las formalidades de usanza,—el discurso presidencial,—la elección de un miembro de cada delegación para cada una de las tres comisiones de actas, resoluciones y organización permanente,—la lectura de la lista de los secretarios, donde no todos están porque lo sean de veras, sino porque con ponerlos en ella queda complacida la vanidad de muchos, que son como mujeres, que gustan de estar donde las vean, y no sirven con placer si no las premian de antemano con una u otra distinción vacía: ¡hombres de tocador, de polvo de arroz y agua de Barcelona, aunque pesan toneladas y parecen bueyes! Pero ya la convención iba mostrando desasosiego,

hasta que a codo vivo se abrió paso entre aplausos hasta la presidencia un político de ánimo forzado y de mucha anca y pecho, con las manos como mazas y las voces como detonaciones, diciendo, sin cuello de camisa y sin sombrero, mientras el presidente bebía agua en el vaso de latón en que se la trajo un negro con delantal blanco, que "se acabasen aquellos proemios y aquellas listas y se procediese a lo que se venía, que era a nombrar el candidato".

"¡Eso! ¡eso!" gritaban los delegados, puestos de un salto en pie. ¡Atrás los que se opongan! Alabama, que por alfabeto debía hablar la primera, cede su derecho a Nueva York. En un cónclave de las asociaciones rivales del partido en Nueva York, se acordó que el honor de designar el candidato fuera del abogado irlandés, de Daniel Dougherty. Allá va Dougherty, a trancos imperiales, con la mano derecha en la pechera de la levita, y la izquierda a la espalda, donde llevan la llave de oro en la chupa los gentileshombres. Su oratoria no es la de las que desenvuelven, sino de las que recogen. Lleva las frases hechas, de modo que a la vez pesen y vuelen. No es orador de convencer, sino de entusiasmar. Remacha los cabos de frase con el puño cerrado, como para que se claven mejor en sus oyentes. Cuando quiere levantar una frase, levanta los dos puños. Se encorva de manera que parece que se va a arrodillar, y de pronto, con el fin del período, se yergue hasta quedar parado sobre la punta de los pies. De Cleveland dice lo que todos saben: su honradez, su bravura, su energía de reformador, su previsión en las cosas económicas. De una brazada recoge el discurso, detiéndolo, se echa sobre los oyentes, como si fuera a lanzarse entre ellos, y haciendo de pronto el cuerpo atrás, de modo que la luz le diera bien sobre la frente, dice, tendiéndoles los dos brazos con el puño hacia abajo, que luego abre: "¡Os doy un nombre orlado de victoria! ¡Nombro a Grover Cleveland!"

Y entonces comenzó el gigante vítor. Ni aquel clamor de la convención republicana cuando Conkling propuso a Grant de candidato en 1866, ni la locura preparada con que la convención de 1884 saludó el nombre de Blaine, pudieran compararse con el imprevisto fragor con que los demócratas acogieron la designación de Cleveland. Los trece mil a la vez rompieron en las más desenfrenadas vociferaciones. Las mujeres aplaudían, ondeaban los abanicos, ondeaban los pañuelos, ondeaban los sombreros. Los sombreros de los hombres tampoco estaban en sus cabezas, sino por el aire. Unos lo echaban en alto sin pararse en dónde iría a

caer. Otros lo recibían en la punta del bastón, y le daban vueltas como los juglares. Los del Norte iban alzando por el aire el hurra, cada vez más espeso; y entre los del Sur era cada vez más bárbaro y penetrante el alarido. Se oían entre el estruendo chispazos de música: como de muy lejos se la oía, cual lámina de acero que retiembla. Ya no había hombre sentado, ni bastón o sombrilla que no tuviese un pañuelo colorado por bandera.

Y cuando a los cinco minutos de aquel maravilloso vocerío parecía incapaz de mayor esfuerzo el pecho humano, se levantó de pronto como un redoble de él y fue como furia de Wagner o jineteo desesperado de las valquirias, y era que habían corrido la puerta poco fija del lienzo del Capitolio, y acababa de aparecer el retrato de Cleveland. ¡Al aire otra vez los sombreros! Ya no ondean los quitasoles, sino que los abren, y así les dan vueltas. ¿De dónde han sacado las mujeres, colgadas sobre el antepecho, aquellos abanicos enormes? Muchas, en el frenesí, echan los abanicos a volar. Los hombres, de pie sobre las sillas, se quitan las levitas, y las ondean por una manga. El hurra y el alarido vibran, como abrazados. Cuando un brazo se cansa de moverse, ondean con el otro. Ya las músicas, que están a los pies, se oyen como un galope que se aleja.

Y ¿se sienta la delegación de Nueva York, ahora que va subiendo el vótor? ¡Arriba estos traidores! ¿No ven que ahora se está empezando a vitorear, ahora que el vocerío incesante, sin desmayo, creciente, lleva ya diez minutos? La voz es poco. Dan con los pies sobre las sillas. Arrastran a carrera tendida las sillas por el pavimento de madera. Y de pronto se ve que están arrancando del suelo los estandartes de los Estados, que se los echan al hombro los más fuertes, que van en marcha, con los escudos colgantes y las astas de globo de oro a la cabeza, a ondear sus colores sobre los delegados de Nueva York, el Estado imperial, que recibe con abrazos las honras del triunfo. ¿Qué queda por hacer? Golpearse los pechos como desesperados, para sacarse más voz. Subirse unos sobre hombros de otros, para agitar desde más alto los pañuelos de Thurman. Rasgar los balandranes, y repartir las tiras, que ondean en mil manos a la vez, como oriflamas. Arrancar del antepecho de la galería los pabellones y las águilas doradas. Darle al águila impulso y echarla por el aire. ¿Qué es de la música, que ya no se la puede oír? Como masa densa flota pesadamente el grito. Por fin, exhaustos, van cediendo poco a poco al mallete de roble.

Luego, con otra oleada de vivas, designaron a Thurman, veterano de la democracia, de los de barba en halo y labios rasos, para la vice-

presidencia. Oro el obispo. Quedó la convención agradecida, por voto expreso, a sus presidentes y secretarios. Se lamentó, por boca del orador Fellows, la muerte de algunos demócratas ilustres. Y no quedó rosa en Columbus, donde vive Thurman, porque como es la flor que él prefiere, las cogieron todas sus vecinos para llenarle la casa de ramos de enhorabuena; ni en el jardín de Oak Views, donde vive Cleveland, quedó tampoco, porque con las mejores hizo un ramillete la joven dueña de la casa, y lo dejó con sus propias manos en la mesa de su esposo. El se irguió más, y a ella le brillaron como nunca los ojos azules.

¡Cuán distinta de la de los demócratas la convención republicana! No duró dos días, sino siete. Desde el coche donde anda viajando por Escocia daba Blaine las órdenes a sus tenientes. El, como quien finge desdeñar para ser mejor querido, había renunciado la candidatura como el mejor medio de asegurársela. Que era ficción, se ha demostrado con no haber ni aludido siquiera a la renuncia durante la semana de la convención, sino cuando ya fue evidente que le tenían cerrado el camino sus rivales avisados. Y la convención, con sus sesiones enojosas, con sus nueve candidatos por Estados diversos, con sus ocho votaciones sin que de los adversarios adelantase hasta la octava ninguno, no fue más que la lucha desesperada de los amigos de Blaine por arrollar a los candidatos rivales, y la determinación de éstos de reunirse bajo un candidato común si, valiéndose del cansancio o de la sorpresa, pretendían los blainistas sacar victorioso a quien a la larga no lo podrá ser, porque no se ha ido levantando por la lealtad y el amor, sino por el egoísmo y el odio.

Pero si el triunfo no pudo ser de Blaine, tampoco fue de sus contrarios, porque la estrategia de los blainistas consistía por una parte en tener en pie muchos candidatos sin permitir que ninguno allegase suficiente fuerza, para que la convención fatigada, a la magia del nombre de Blaine, se fuese tras él en un ímpetu cuando se le presentase el nombre a una hora propicia—y por otra parte la estrategia era estar en tratos con uno de los rivales que, sin ser bastante poderoso para triunfar contra Blaine, lo fuera para salir vencedor con su ayuda.

De Harrison nadie hablaba, aunque su abuelo fue Presidente, y su bisabuelo uno de los padres de la independencia, y el fundador de la casa, allá en tiempos de Cromwell, uno de los firmantes de la sentencia de muerte de Carlos I. Se hablaba de Sherman, que fue el que de todos

llevaba obtenidos más votos en la convención, hasta que Blaine, airado por verlo tan decidido a impedirle el triunfo, ordenó que sus amigos fuesen a fortalecer las filas de Harrison, que era el candidato con quien los de Blaine estaban en tratos.

Se hablaba de Gresham, que es hombre culto y caballeroso, pero malquisto entre los republicanos pudientes por ser más amigo de la justicia y de la equidad en las leyes, de lo que conviene al interés de los bolsistas y magnates, que quieren tener persona amiga en la silla de gobierno.

Se hablaba de Alger, senador todo de oro, no por el que tiene en sí, que no parece ser mucho, sino por el que posee en sus arcas, con el cual es fama que pagó bien esta vez a muchos de los delegados de la convención, que al presentarse el nombre de Alger echaron a volar pañuelos, pulmones y levitas, y devolvieron en vítores inútiles lo que habían recibido en billetes de banco.

Se hablaba de Depew, que desde el día de la inauguración de la Estatua de la Libertad, se presentó candidato, con aquella amenaza extemporánea a los trabajadores que andaban por entonces descontentos y poco esperanzados: y todo Nueva York estuvo con Depew, por no estar con Blaine, quien por contentar a uno de los caudillos de su partido en Nueva York ofendió a otro, lo que le costó el Estado, que se fue a Depew, con cierta esperanza de que la apostura y elocuencia de éste le ganaran prosélitos en la convención, a no ser que por presidir los ferrocarriles de Vanderbilt se le opusieran mucho, como se le opusieron, los hombres de campo que aquí llaman *grangers*, y ven con razón como a enemigo de su bienestar a la gente de ferrocarril que, so pretexto de darles vías de comunicación, les come la ganancia con lo alto de los fletes, y les priva de lo mejor de sus tierras.

Se hablaba de Allison, senador muy querido en su Estado de Iowa, y de Hawley, general de buen trato y alguna popularidad, que como Allison fundaba sus esperanzas en ser de Connecticut, que es Estado dudoso en las elecciones, como Iowa, por lo que suelen las convenciones decidirse a apadrinar un candidato que, sobre tener el voto usual de los Estados seguros, por la disciplina del partido, pueda, por el orgullo de la localidad lisonjeada, atraer los votos de un Estado vacilante.

Pero éstos eran todas personas de poca significación nacional, o de carácter propio muy marcado, o de bríos para sentarse por sí en la silla presidencial, sin ceder la mitad a otro, mientras que Harrison es de los que, porque le dejen estar en media silla, da el resto, y aun la parte mayor, a quien le proporcione el asiento. Y por eso lo tomó de aliado

Blaine entre sus rivales, sin mucho miedo de que, si corre el viento en pro, sea Harrison un candidato débil, porque entre los republicanos se precia mucho la ascendencia ilustre, como se preciaba entre los federalistas, que eran los republicanos de antes,—y porque como persona es amigable y de bastante partido, y grato a la vez a la izquierda, por uno que otro alarde de espíritu reformador, y a las corporaciones y monopolios, por ir acompañado del rico banquero Morton,—de Morton, Bliss and Co.,—como vicepresidente, y por estar él mismo interesado en una de estas empresas omnívoras. Al poder se va así: a calle ancha como Cleveland,—o como Harrison, por callejuelas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 25 de agosto de 1888

COURLANDT PALMER

El librepensamiento en los Estados Unidos.—Muerte de un millonario socialista.—Sus últimos momentos.—Su obra.—El Club del Siglo XIX.—El socialismo y los ricos.—Champaña y ateísmo.—Libertad y teocracia.—Funerales privados.—Llamas azules

Nueva York, 28 de julio de 1888

Señor Director de *La Nación*:

“¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! ¡Vengan, para que me vean salir de la vida sin miedo, y puedan decir al mundo cómo muere un librepensador!” Con estas palabras en los labios ha muerto Courtlandt Palmer, “el millonario socialista”. Lo han traído a la ciudad. Le han hecho dobles funerales, filosófico el uno, y el otro religioso. En el horno del crematorio quemaron su cuerpo, en presencia de sus amigos, y con una cuchara de plata recogieron de la retorta sus cenizas. ¡Cuatro o cinco puñados de cenizas era a las ocho de la noche el que un día antes fue el pensador ambicioso, el positivista ardiente, el rico benévolo, el amigo de los ateos, el mantenedor de la verdad demostrable, el abogado de la absoluta libertad de pensar, el fundador de la academia de debates donde cruzaban armas, delante de lo más escogido de Nueva York, los ortodoxos y los agnósticos, los anarquistas y los autoritarios, los reverendos y los rabíes, los agasicistas y los darwinianos, los estéticos y los filisteos, los siervos de la gleba industrial y los señores feudales del monopolio! El,—el que no es ahora más que cuatro o cinco puñados de cenizas, presidía de casaca aquella lujosa concurrencia ordenando la discusión, afiliándose con los extremos, negando lo sobrehumano, proponiéndose de ejemplo a los ricos, repartiendo sorbetes a las damas.

“¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Ya he dicho quién debe hablar en mis funerales, y qué música me han de tocar. Que hable Wakeman, librepensador como yo. Que hable Ingersoll, el pontífice de nuestros agnósticos. Que no hable más de quince minutos cada uno. Que no me toquen música cristiana. Que no me entierren de iglesia cristiana. Tú, esposa, eres libre como yo, y haces bien en ser episcopal, puesto que crees en el dogma de los episcopales. Respeta mi voluntad como yo respeto la tuya: no me impongas tu creencia en la inmortalidad, como yo no te impongo mi falta de creencia. Que me toquen en mi funeral la marcha

del Sigfrido. Que no me entierren, para acabar en gusano o en podre; ni me embalsamen, para parar en piedra fea: que me quemem, que la ceniza es limpia, y de color de nácar!"

"¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Mira a este librepensador cómo llega al umbral de ultratumba, sonriendo, pensando en sus amigos y en Tannhauser! El hombre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperarlo todo; pero creer sólo en lo demostrable le es lícito. Yo no digo que no existe el cielo; pero no sé si existe."—Y este hombre que no creía en la inmortalidad, preparaba su cama mortal como una escena de teatro. Los que no creen en la inmortalidad creen en la historia.

Imperan después de la muerte estos hombres concentrados que consagran a una idea única su vida. Durante su existencia se les nota como fuera de proporción, y como tonos que disuenan en el concierto humano; pero en cuanto entran en la muerte, y la fama los lleva de edades a pueblos, vese la armonía entre lo intenso de su carácter y lo extenso de su influjo; y se percibe el equilibrio. Es necesario elevarse como los montes para ser visto de lejos. La falta de proporción parece indispensable a la grandeza. Como la montaña, la vida del hombre que perdura ha de ser selvática, enmarañada; acá una cripta, allí un roble, por allá una enredadera; incorrecta, abrupta, rugosa.

Los hombres que quedan son los que encarnan en sí una idea que combate, o una aspiración destinada al triunfo,—los que pasan por el mundo voceando y luciendo, con velocidad extraordinaria—como los astros. Mientras viven, se les señala con el dedo: en cuanto mueren se ve que donde ellos caen se levanta una estatua. No importa que hayan defendido sus doctrinas con exceso: así han de defenderse las ideas justas, para que al retraerse, como todo se retrae, en la marca del universo, no quede la idea demasiado atrás.

Además, la pasión es una nobleza. Los apasionados son los primogénitos del mundo. Los fuertes doman la pasión; pero en cuanto logran extinguirla, cesan de ser fuertes. Hasta para ser justo, se necesita ser un poco injusto. La grandeza consciente es más medrosa, y rehúye la batalla pública, por el decoro artístico que es compañero natural de los hombres verdaderamente grandes. Pero esa es la grandeza fundadora, que viene después de los caracteres de ímpetu, como la hermosura y esplendor de la tierra, que es toda luz y dicha y huele a simiente cuando acaba de pasar el huracán. Primero es la fuerza huracánica: la que obra

por instinto cuando cree que obra por reflexión; primero es la grandeza invasora. Cuando va a aparecer una idea, echa por delante, como una avanzada incontrastable, a sus heraldos. El heraldo pasa, mirando hacia arriba, rasgando la tierra, abriendo el surco a la idea que viene detrás, sin ver si lo que deja a la espalda es humo o sangre. El pensador viene después de él, apagando el incendio, cerrando los bordes de la herida, apilando la tierra recién abierta sobre la simiente, coronando de templos los montes nuevos. La fama es premio justo de quien tiene el valor de sacrificar el grato sigilo de su persona a la idea que defiende. Se debe saludar a los heraldos que pasan.

Courtlandt Palmer era uno de esos convencidos ardientes en cuyo pecho la raíz que llega a prender no se arranca sino con la vida. En su carácter entraban en conjunto, como en todos los tipos de esa gloriosa especie moral, la sumisión del juicio al instinto, la pasión por la justicia, y el ansia de la fama, superior como acicate de la grandeza a la misma virtud. Donde el virtuoso se recata, el ambicioso vence. La justicia manda reconocer que el mundo adelanta por la obra unida, hostil en la apariencia e idéntica en el fondo, de la ambición y la virtud. Cuando están tan ordenados en la naturaleza los agentes físicos, y hay flor silvestre que es una maravilla de labor, ¿por qué no han de estar dispuestas con igual orden, aunque no se las pueda probar de hecho ni ver con los ojos, las fuerzas morales?

Pero en Courtlandt Palmer no era lo original esa disposición belicosa y apasionada del espíritu, común a todos los zapadores de ideas; sino la alianza de este tipo humano con el de su pueblo, y el ser ejemplo vivo de lo que en los caracteres constantes de la humanidad, que van por tipos como las especies físicas, influyen las condiciones accidentales de la sociedad en que funcionan. Porque Palmer no se señaló más que otros por su atrevimiento en pensar, sino por haber sido el primero en conciliarlo pacíficamente con las preocupaciones de su pueblo, y en llevar las prácticas liberales de éste al debate febril, descompuesto y tiránico de los temas fundamentales en la ciencia del hombre.

Al ateo Ingersoll le preguntaron una vez qué le había costado el publicar su libro sobre los dioses, en que, como novísimo Volney, señala a la luz del cielo de estrellas de la razón, el polvo, acurrucado en figura de ídolo, de las religiones muertas: "Me costó mi elección para gobernador del Estado de Michigan." ¡Y esto lo dice con entera verdad un

hombre joven en los Estados Unidos, ya al ir muriendo en brazos de la república el siglo diecinueve!

La teocracia es como el curare. Hinca el diente, y envenena el mundo. Muy cerca de la parrilla y el apedreo están aquí los que osan confesar su creencia en un mundo sin teología, o en una teología anticristiana. No se puede llamar a una puerta sin que salga con el rodillo encendido el reverendo. Es pascual o anapascual, hiperdoxo o adoxo, satanista o antisatanista; pero lo que tiene la Iglesia en pro, ya cuenta con caudal, éxito, socios, bufete, clientela; y lo que la tiene en contra muere. En cuanto se entra en las grandes corrientes de la existencia, en cuanto se aspira a bogar en lo hondo del país y con sus propias maderas, hay que pedir venia para vivir a la tirilla y al levitón negro.

Para que la libertad sea acatada, ha de ser teológica. Se puede ir hasta el umbral del librepensamiento, y coquetear con él, y tenderle la mano como por limosna, para que suba un domingo a la tribuna. Pero al que se sienta a su lado le dan con los faldones en la nariz.

En Inglaterra festejan a Harrison y aquí cierran las puertas al que lo baraja con Voltaire, con Thomas Payne, con Andrés Poey, con Büchner,—a Ingersoll. Oyen al apostólico Thomas Parker, al semicomtista Frothingham, al independiente Beecher, al rebelde Heber Newton, porque no niegan lo final de la Iglesia, sino la confirman y enriquecen como variantes, y reencarnaciones de ella, y son, en las cosas del pensamiento, liberales a lo Horacio Walpole, para quien el asesinato de un rey “era el menor asesinato posible”, cuando era un francés el muerto; pero cuando le iba llegando el regicidio a la casa propia, se colgó de la peluca real, y acabó la vida de turiferario de las majestades: ¡estos revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los globos de papel, que se queman en cuanto suben por el aire, o como las damas de salón con los falderos llenos de tufos, pompones y cintajos!

“Como a fieras, dice el *Sun*, miraba hace cinco años nuestra sociedad elegante de Nueva York a los que osaban poner en duda, fuese en religión, política o filosofía, las creencias a cuyo amparo levantan y disfrutan, entre las sedas de esta vida y los ángeles de la otra, su riqueza.” Y Palmer, nacido de lo más amarillo de la crema aristocrática, en cama de millones; Palmer, hijo de uno que empezó el siglo de mozo de tienda, y murió dueño de grandes ferreterías, caminos y bancos; Palmer, que almorzaba con un nihilista y comía con un duque, igualándose a aquél por la aspiración, y al duque por la gracia; Palmer, que dormía con

corbata blanca, logró fundar con lo más fino de la nobleza de Manhattan en hombres y mujeres, un club donde iban descotadas ellas y ellos de frac, a oír sin horror, y aun con aplauso, los debates casi corporales por lo muy reñidos, de aquellos que hallan grato el mundo como es, con los que lo tachan de injusto y odioso, y creen que la vida están aún muy cruzada del látigo y muy metida en sotanas.

¡Por supuesto que no pierde nada la libertad con vestirse en lo de un buen sastre y unir al mérito de la virtud el de la buena crianza! No basta saber llevar la levita para ser cómplice nato de los tiranos. La levita no es un pecado, ni la casaca tampoco. Washington, Bolívar y Lafayette eran tres *dandys* perfectos. Una arruga en un pantalón ponía a Bolívar fuera de quicio; Lafayette era un espejo de caballería, y gran perito en galanteos y danzas; Washington le echaba los platos a su des-pensero cuando le traía el vino picado. Courtlandt Palmer, en cuya casa tenía asiento propio todo el que pensaba con vehemencia, y mejor asiento mientras la vehemencia era más, supo traer a sus salas, sin mentir, hoy con una visita de Emerson, mañana con una plática del poeta Holmes, a los que, a las pocas veces, de oír hablar la verdad, le hallaron cierto encanto, y fueron perdiendo el primer miedo.

Sin ser él tan rico como era, y tan pomposo y atufado de personas, no habría podido juntar para semejantes debates a los ricos; pero no hubiera bastado, en país de tan pocos miramientos como éste, el caudal ni la cuna de Palmer para ganarse el apoyo de los que creían dañino el influjo que parecían tener sobre su espíritu levantisco los pensadores más exagerados. Fue su tacto lo que los fue atrayendo; el disponerles como un jardín la sala; el hablarles un día de novelas, para que oyesen con paciencia hablar del anarquismo el otro; el ponerles delante a la vez el que atacaba con ardor pintoresco sus ideas, y el que las defendía con más aplauso. Fue la novedad de presentar, entre el “Canto a la Estrella” de Wagner y una copa de champaña, un millonario que empezó de telegrafista, declarándose en un discurso ardiente sectario de la reconstrucción social, como Courtlandt Palmer. Fue la picante sorpresa de ver mano a mano en la misma tribuna a un judío y a un antisemita; a Depew, abogado de los ricos, y a Carnegie, que se acuerda a veces de cuando no lo era: a Field para quien toda la verdad está en la Biblia, y a Ingersoll, para quien la Biblia es libro contradictorio, cruel y deshonesto. Fue que allí, como en todas partes, alegraba los ojos ver a un varón fuerte, a Courtlandt Palmer, prefiriendo afrontar la burla y abandono de sus amigos y parientes a ser traidor a lo que, después de buscar

la filosofía, llegó a tener por verdadero. Fue, sobre todo, este hábito de resignarse y oír en calma, que en las cosas políticas ha mantenido en salvo a la nación, y con tan sutil y durable proceder se le ha entrado por las venas, que cuando por lo florido del camino se vio esta aristocracia de Nueva York como sin sentir frente al ágora llameante donde cruzaban espadas este siglo y el que viene, halló justo lo que Courtlandt Palmer decía, en su prosa insegura y verso tuerto: que lo verdadero lo es, aunque no se le quiera oír, y es mejor oírlo: que el mundo no está tan firme que sea ocioso ir sabiendo cómo se le podrán sujetar las amarras con un poco de justicia: que el que se cree con derecho a dar una razón, tiene el deber, de oír la que le dan a él en respuesta: que lo que ha de caer del cielo no se va a detener con pilares de leyes ni toldos de Biblias, sino mejorando la suerte de los desdichados del mundo, para que con sus lágrimas no se desborde la furia de la mar, ni con sus brazos tendidos a la bóveda celeste llamen la ira, como los árboles llaman a los rayos.

Sí,—decía Ingersoll, hablando en la sala de la casa que rebosaba de amigos, sin cruces de jazmín, ni áncoras de siemprevivas, frente al féretro cubierto de ramos y coronas:—¡así fuiste, amigo mío, y más amigo de la verdad, y de descubrirla con tu propia luz, y del modo libre de buscarla!—Lo oían los concurrentes con la cabeza baja; y el orador que no sabe del Dios que no le habla y de la inmortalidad que no da prueba patente de sí, celebraba en apotegmas felices o hinchados el mérito moral del que afrontó la muerte como el médico Beard, tomando notas del ahogo que le iba cerrando los pulmones, como el senador Carpenter, que llenó de perlas de oratoria un discurso de asunto menor, de un tribunal de cónsules en China, cuando llevaba en el bolsillo, en un frasco de sus propias excrecencias, su boleta de entierro. “Para ti tampoco tuvo temores la muerte, por lo mismo por que los tenía el obrar mal. El mundo era tu patria, y tu religión el obrar bien: ¿qué credo atrevido osa levantarse por sobre este credo? Tú practicaste la hospitalidad intelectual. Tú concedías a los demás los derechos que ejercitabas. Creíste en la moralidad de lo útil. Sobre las religiones caídas viste con Augusto Comte, erguirse, como árbol cargado de frutos, la religión, más bella que todas, de la humanidad. Lo verdadero no tiene miedo de la luz; y tú buscaste, con la guía de tu luz, lo verdadero: ¡tú protegiste a los hijos de la inteligencia del Herodes de la autoridad!” ¿Cómo puede la muerte inspirar una frase tan violenta como esta última? ¡La retórica suena

a careta de cómico en la oratoria funeraria! ¡Siempre suena a careta de cómico la retórica!

“¡Amigo!”—decía Ingersoll al acabar, resbalándole el llanto por la cara lampiña de barba redonda, de boca persuasiva, de ojos imperiosos, de frente como cúpula, con las cejas adoseladas: “¡Amigo: no hay en este mundo camplaciente un espectáculo comparable al de un hombre de alma libre: la vida de un hombre sincero mejora al mundo, amigo! Adiós: te amábamos ayer, y te amamos ahora.”

Y un instante después, cuando el orador ateo y su mujer entraban en el carruaje que les aguardó a la puerta, celebraba el protestante Heber Newton, muy reñido también con la Biblia, el servicio religioso, que fue un tierno discurso, como el de Ingersoll, sólo que no lo precedió como a aquél, el canto de Wagner a la estrella, sino “Luz muerta”, que es un bello himno de la Iglesia Episcopal: “Luz muerta y bondadosa”. “¡Demos gracias, dijo Newton, porque en esta metrópoli de Maurman haya vivido en pleno siglo XIX un hombre que, redimido por el azar feliz de los cuidados usuales de la existencia, hizo misión suya de soñar y de realizar sus sueños.” Con una plegaria cerró el discurso, y bendijo el cadáver, juntas las dos manos.

En unos cuantos carruajes fueron los amigos privilegiados de Courtlandt Palmer al crematorio. Cargaron el cadáver hasta el cuarto de desvestir. Le quitaron las joyas. Lo envolvieron en una sábana blanca. Lo pusieron en una cuna de hierro. En un carro rodante llevaron la cuna a la retorta. Por el portillo de la retorta, al entrar la cuna, se vio un gran ojo rojo, de bordes negros. Cuando invitaron a los amigos, sentados silenciosamente en la sala de espera, a ver el cadáver por los postigos del horno, revoloteaban por sobre la sábana blanca muchas llamas azules.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 de septiembre de 1888

NOCHE DE BLAINE

*Una asamblea popular en el juego de pelota.—El gentío neoyorquino.—
Oratoria para las muchedumbres.—Escenas en los alrededores.—Blaine.—
Llegada dramática.—Su aspecto.—Su desembarazo.—Su mirada.—
Su oratoria*

Nueva York, Octubre 20 de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Era como la mar. Allá en el fondo, en la galería cubierta como un monte de granos de maíz negro, se apiñaba la gente sentada. De lejos, de las puertas, venía la muchedumbre lentamente, como asombrada ante el espacio y la noche. A los lados, vacíos, los asientos del enorme juego de pelota, donde va a hablar Blaine.

Frente a la galería, como en un foco de la elipse, han improvisado con tablas de pino la tribuna para los oradores y la concurrencia distinguida. De la gradería a la tribuna, la masa humana, como la oleada, ondea. Con las espaldas le echa atrás la policía. Una mujer se desmaya. A otra se la llevan en brazos, presa de dolores prematuros. Un italiano embiste a un irlandés. De atrás empuja la ola que lanza de bruces a los policías sobre el tablado. A golpes de porra, sin ver donde dan, si en carne o en hueso, hacen los cascos blancos recular al gentío. Cecean los carbones de las luces.

Las luces eléctricas, de lo alto de sus postes, echan sobre la multitud de vez en cuando una claridad como de cola de cometa: y la recogen. Por sobre las cabezas flota una luz de nebulosa. Coronan lo alto de la gradería, como diadema de color que se destaca sobre el cielo gris, guirnaldas de banderas.

Blaine no llega. Los hilos de gente, como de pueblo que se vacía, siguen entrando por las puertas, atravesando la explanada, agrupándose al gentío. Afuera cuernos, pífanos, tamboriles, naranjeros, puestos de cacahuets, carruajes que vienen y van, mensajeros de uniforme y gorra azul que le llenan las manos al transeúnte de discursos, diarios, denuncias, programas, caricaturas, estadísticas, banderas de papel, epítomes de historia, citas, retratos, circulares.

Se anda cuerdas enteras por sobre papeles pisoteados. Cada tren, que para al pie de las nubes, echa millares de almas escaleras abajo: vienen en parejas, mondando castañas; o en grupos, con bastones de un mismo color; o solos, que son los que van más de prisa. Envidiosos, se reclinan a verlos pasar, bebiéndose el llanto, los que no tienen patria.

¿Republicanos todos? ¡Oh no! Precisamente se nota que la asamblea es como descosida, y de menos peso que lo que se creyó. Falta allí de propósito mucho republicano notable. Dijeron cincuenta mil, y serán diez mil.

Se lo oye en los retazos de conversación de los que pasan:—“¡Quiero ver al hombre!” “Para ver a este hombre vengo de cien millas.” “Las mentiras que me dirá, ya me las sé, pero se las quiero oír.” “Por el Oeste lo quieren, pero aquí no mucho.” “¡Qué nos cuenta de que la tarifa nos está haciendo dichosos, cuando no me echo encima una pieza de ropa que no me cueste cuarenta por ciento más de lo que me debe costar, y los chanclos con que me levanto 35 por ciento, y la toalla con que me seco 45, y 50 el plato en que como, y 82 el azúcar, y 40 la sal, y 104 la frazada con que duermo, y 60 el traje de mala lana de mi mujer, y 50 por ciento el mármol que me pondrán cuando me muera, si queda en casa con qué comprarlo, después de estos veinticinco años de engordar monopolizadores y agiotistas, e hinchar las industrias más allá de lo que pueden vender, y traer de afuera millones de gente ruin a competir con el buen obrero, a quien le pagan por su oficio menos de lo que le cuestan los productos de los oficios de los demás!”

“¡Con mi pan—pan y vino—le quito yo el discurso de la boca!” “¡Tú te has de quitar, asno!: en cuanto le veas sacarse el sombrero, mirarte como si despellejara, y echar adelante el hombro izquierdo, te quedas sin palabra.” “No, gran orador no es: es orador fluido, sofista inverecundo, escamoteador de cifras, ponente hábil que enseña el lado que le conviene, y no los que lo niegan, y solemne cuando quiere, y cuando quiere sarcástico.” “Corramos, corramos: ¿no oyen los cañonazos?” “¡Ya está hablando Blaine!”

Suena el cañón, rompen las bandas, surcan el aire los voladores; con las luces de Bengala es colorada una puerta y la otra verde. ¡Al estrado! ¡Al estrado! Vocerío, desvergüenzas, votos, empujones. Está llena la

tribuna de generales, de capitanes de elecciones, de ancianos de buen vestir, de extranjeros privilegiados, de mujeres. Pero no es Blaine el que gesticula, el que se vuelve a mandar que apaguen las luces de atrás porque el gentío vocea que quiere ver la cara al que habla, el que echa en aquella turbulencia, como guiñapos infelices, retazos de palabras. Se le oye: ¡Cleveland!, y silban; se le oye: ¡proteccionismo!, y aplauden. Es Foraker, el enemigo del Sur, que no osa acusarle como suele, porque entre los méritos de Cleveland está el de haber probado que el Sur podía volver a los puestos públicos sin que la unión nacional se lastimase, antes quedara más firme; mientras que el tenerlo apartado del gobierno la habría tal vez comprometido, porque del desdén a la ira no hay más que un paso, y de la ira a la rebelión otro. No habla Foraker del Sur, ni dice cosa que valga la pena, ni inspira más que lástima aquella arenga sofocada, entrecortada, desoída, inútil, rota, echada a manotazos sobre la cabeza de la gente, y no menos revuelta e infeliz que las entrañas de un caballo desventrado en la plaza de toros. ¿Esa es la oratoria, la oratoria sagrada, o la mujer de la Escritura, abierta de par en par a los transeúntes? Envilece la caza de la fama. El candidato inspira compasión. La palabra, para no caer en descrédito, ha de conservar su majestad, como conserva su honra la mujer.

De pronto, el gentío se encrespa. Los de la tribuna se suben sobre las sillas. Foraker, lívido, se muerde los labios. Hurras sueltas, voces roncadas, mil banderas de papel ondeando sobre las cabezas. Ya Blaine viene; para que sea triunfal su entrada por medio del gentío, la policía, en dos filas, le abre paso. Ya sube la escalerilla. Ya está en la tribuna.

No habla a un pueblo de hombres, sino de sombreros. De sombreros, de banderas, de manos, de brazos abiertos en cruz, como los de un periodista que parecía querer darle el alma: ¡un periodista demócrata, que hala editoriales por la paga, y vota luego, sin que la mano se le caiga, contra lo que escribe! ¡A la política se le han de levantar las sábanas! No vale celebrar a ciegas, ni censurar porque sí, sino estudiar con desinterés, y ver dónde están las llagas públicas, y dónde las del carácter. Un escritor ha de ser un salvador. Ese debía quedar clavado en la cruz, como estaba allí con su gabán y sombrero de pelo, aclamando a prima noche al que injuriara en la madrugada: “¡Al diablo mi periódico!, dice a uno que se lo echa en cara: ¡yo soy republicano!”

Pero el arrebatado dura poco, como los fuegos de estera. La música cesa, que estaba tocando “¡Salve al jefe!” A un amigo da Blaine el

sombrero castaño; de un gesto se saca el gabán amarillo; con las dos manos, pálidas y nudosas, ase la baranda; la bandera que la cubre se le pliega y encoge bajo los dedos. Echa el cuerpo hacia fuera, como para mandar que callen. Lo obedecen. Se yergue.

Y habla lo que trae pensado con poco gesto, con una mano en la baranda, con la cabeza atrás, caída al hombro derecho, con el ojo que no mira, sino deja caer de alto la mirada. Cuando ataca a un enemigo personal, el cuerpo se le desembaraza, como si eso fuera lo mejor de su oratoria; y se le ve el perfil de lleno, la frente gruesa por lo alto, y redondeada sobre las orejas por el ejercicio de la palabra: la nariz, corva y robusta: la boca firme: la barba escurridiza, disimulando lo pobre del hueso por una barbilla blanca. El pelo es lacio, de seda natural; y suele con el calor del argumento caerle sobre la frente, como para ayudarle a combatir. Y el ojo es retador, agresivo, frío, viscoso, y más muro que puerta, hecho para citar al combate, y gozarse en él, y en ver postrado al enemigo, no—como otros ojos—para llamar a los hombres, y dejar que entren como en casa propia por el palacio del alma. Es ojo que espera a pie, que no se echa atrás, que no se cierra de noche, que ha vuelto cínico y duro de su viaje por las almas: ojo de esmalte: un diamante negro embutido en marfil: ojo de corso.

Por el desdén de la mirada se le ve la soberbia del corazón. De rodillas pedirá él, como dicen que pidió, al contrario que las tuvo, las cartas que prueban su delito, su aprovechamiento del puesto de legislador para fines privados. Su ojo se hará de mieles, como dicen que se hace, para los magnates que con él se ayudan a mantener, so capa de protección a las industrias, los monopolios que tienen al país como al rey Midas y van criando la guerra terrible, la guerra del hambriento que ya bate el tambor: ya se aprieta la cintura: ya ruge en la sombra. Para los ricos es sombrero en mano, sonrisa, finezas, coquetería, elocuencia, cuentos. Pero para sus opositores y rivales, el ojo se le eriza, siembra el espanto con sus artes, sospecha en los otros hombres sus propios móviles y recursos, cierra de antemano los caminos por donde pudiera salirse el contrario, los trata como a vencidos y gente inferior, que no tienen su sagacidad, ni su frialdad, ni su agilidad, ni su palabra brillante y flexible, que no compone, como la de Webster, fábricas majestuosas, ni funda como la de Lincoln, ni expone en conjunto, con tejido y labor de torre hindú, como la de Evarts, sino que es palabra de batalla, que finge el trueno, y saca el golpe al contrario, y cae sobre él, por donde

ve hendidura, sin darle tiempo a que se ajuste la coraza. Acá deslumbra, en sociedad como en política, este carácter versátil, dejado de escrúpulos, sin tanto apego a la virtud que ofenda a los pocos virtuosos, y lleno de estrategias y novedades cuando sus colaboradores desesperados no saben qué oponer al enemigo. ¿Mentir?: pues se miente. ¿Falsificar la estadística?: ¡pues la falsificamos, y decimos que los falsificadores son ellos! ¿Que nos lo echan en cara?: pues ¿para qué está la palabra asno en el mundo?: ¡haremos reír a la gente, con una linda anécdota, bien torneada y al gusto, en que les llamemos asnos! Pues en política para ser fuerte ¿qué se necesita más que participar de los defectos de los hombres? Los hombres se vengan de quien osa no parecerse a ellos.

Y Blaine conoce el arte de hablar a la muchedumbre. Llegar, deslumbrar, irse. ¿Quién se parará a razonar, en estas juntas de veinte mil hombres? ¿Quién los retiene atentos, cuando se han hecho, a la media hora, a la magia de la voz? ¿Qué ánimos tienen esos hombres estrujados, acalorados, cansados de la espera, adelantada ya la noche, más curiosos que amigos de pensar, para seguir por entre cumbres, donde el subir es siempre penoso, el vuelo dilatado y sereno del águila?—La vida entera es este grito del mundo al hombre: “¡Baja! ¡baja! ¡sé como nosotros! ¡El subir nos fatiga!”

Así Blaine hará lo que hace esta noche. Habla veinte minutos. Ni una pausa, para que los oyentes no se le escapen. Toma un hecho por las apariencias que a la vista vulgar lo confirman, y aunque es de tal falsedad que hombre tan culto como él ha de verla patente, pone el hecho por sobre su cabeza,—el hecho de que en los ensayos de libre-cambio el país ha caído en catástrofe,—y agrupa, con ligereza de saetero, las generalidades engañosas. ¡Afirma que se va a la ruina porque los demócratas quieren rebajar la tarifa a un 45%; y que el país vivió dichoso por el proteccionismo hace cincuenta años, ¡cuando lo cierto es que el proteccionismo aquel era de un siete por ciento, cinco veces menos de lo que acusa el librecambio ahora! Y no lo dice con gesto imperioso y palabra tonante, sino como decreto superior, que viene de donde no se discute ni se apela.

Y es una gran oratoria teatral, donde no se ve el teatro. Su misma sencillez como que contrasta con la fuerza del personaje, realza su fuerza. En la oratoria, como en todo, el arte sumo está en ser tanto que no se le vea. Llega tarde, como hoy, echa a un lado el abrigo, avanza sobre

la barandilla, mira fijamente, habla sin un solo descanso, recoge la tesis en una sentencia deslumbrante y súbita, y el auditorio queda suspenso, y casi sin aplaudir, mientras él vuelve a su gabán, y desaparece.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 10 de diciembre de 1888

EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL GABINETE DE HARRISON

Bocetos ministeriales

Nueva York, 7 de marzo de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Ni las fiestas locas, con bailes a caballo y noches como días con que los territorios están ya celebrando su ascenso a Estados; ni el retinto de Bonner, que debe la vida a la silla de montar, y en agradecimiento al animal generoso afina la raza, y levanta tipos que vende a cincuenta mil pesos; ni las noticias de los peleteros que andan jugando la pelota yanqui, con su cuadro de bases y sus dieciocho jugadores por el Trocadero, por el Coliseo, por las Pirámides; ni la pena de que el hijo de un anciano, del general encargado de las pensiones, haya estafado a la nación y al padre, que lo veía todo en la oficina por sus ojos; ni el solterón de Filadelfia, que murió sin testar, de miedo que la firma le trajese la muerte, y regaló en vida, para escuelas y caridades, los millones de que jamás sacaba un peso para un sombrero nuevo, o para mudar el paraguas que llevó quince años; ni las ovaciones que acogen a Cleveland en su viaje a Nueva York, y la historia fidedigna, minuciosamente narrada en los periódicos, de su almuerzo en el hotel, copioso como a él le gusta; y su primera visita a la oficina, seguido de la muchedumbre; ni los azotes que en pleno día ha dado contra un poste una banda de enmascarados de Connecticut a un pícaro que se entretenía, cuando se lo pedía el *whisky*, en sacarle sangre a las espaldas de su mujer; ni novedad alguna, ya sea la del teatro, que es ciclo de Wagner, cantado en la escena oscura, con religioso efecto, ya la de los periodistas, que van a ir de ministros a Europa,—preocupan tanto como el nombramiento de los ocho Secretarios de la Presidencia,—Blaine para Estado,—su amigo y socio Windom para el Tesoro,—Proctor, general y rico, para Guerra,—para Marina, Tracy, el general abogado,—Noble “el superlativo” de San Luis, el general “superlativo de medias de seda”, para lo Interior,—Wanamaker, el tendero de genio, para Correos,—para Justicia Miller, el amigo del alma y compañero de trabajo del Presidente,

—para Agricultura Jeremiah Rusk, general hacendado. ¡Pues no es de políticos de oficio, como quería el partido que fuese, el gabinete de este Presidente nuevo, amigo de la Iglesia, de los veteranos, y de los hombres naturales del Oeste, que es de donde son casi todos estos consejeros! Eso es lo primero que se ve, y el secreto de la elección de Harrison, y la derrota de todos los candidatos del Atlántico. De donde se produce la riqueza prima, con la energía de la vida verdadera: de donde en la batalla con lo natural se cría el hombre sano y recio: de donde, con la victoria diaria sobre la fortuna, se fomenta el carácter intrépido y decisivo que de sí propio se alista en el partido republicano, que es el partido de la victoria, surgen las fuerzas mayores y dominantes que ya el Este mira con temor, puesto que no puede como antes vencerlas, ni presidirlas, sino tiene que ir “de fimbria rica”, de provincia valiosa de la nación, como Harrison dijo en su discurso, y a pesar de amenazas y de ruegos, de banquetes de aviso entre los magnates del “Union League”, de viajes en caterva a la casa presidencial, ni al favorito de los ricos de Nueva York consigue colocar, ni a su émulo el favorito de los “trabajadores” y muchachos, de los “patriotas” a cinco pesos por día, y ve caer en manos imparciales la única cartera que de las ocho toca a un neoyorquino. Por la preminencia de Blaine, que era pago inevitable de la deuda del nombramiento, acusan al gabinete de peligroso los mismos republicanos, y creen que Windom ha entrado allí por ser su amigo, e ir con él al infierno o al cielo, como fue cuando los dos juntos eran Secretarios de Garfield. Wanamaker viene acusado de comprar el puesto con el medio millón que levantó entre sus compadres de Filadelfia para las elecciones.

Pero lo que se ve, midiendo y descontando, es que éste es un gabinete de hombres elegidos por un jefe firme y sagaz, que cree en el mando y la representación, y escoge de contrapeso a los compañeros terribles que le impone la fortuna, de contrapeso a Blaine, aventurero y personal, un grupo de asesores que han de gustar al país, porque son gente de éxito, que es acá condición esencial para inspirar respeto, y a los veteranos, en quienes Harrison parece ver tanto una esperanza como una memoria, y a la Iglesia, a la Iglesia de levita y corbata blanca, que a Harrison le parece gobierno invisible, que ha de bendecir y guiar los gobiernos terrenos, y a aquella mayoría que vuelve los ojos descontenta de la pelea nauseabunda de los políticos, y ama al que sabe desembarazarse de ellos, y se encara contra los ambiciosos, del brazo de los honrados.

Sí, hay muchos generales en el gabinete, en lo que se ve también sinceridad, porque el general ha ido a buscar amigos entre los que conoció más de veras, en la fatiga de vencer, en los sustos de la cautela, en las tentaciones de la gloria; pero no son generales de oficio, de los que se ponen la nación como plato debajo de la barba, a comer de ella, o la tienen aterrada, con el sable al cuello, en cuanto les niegan el tributo, como el chulo de Madrid, a la querida; sino de aquellos que de la mesa de enseñar, del banco cómodo del legislador, del asiento pingüe del juez, salieron, con el patriotismo y con el genio, a defender la patria en peligro, y cuando enviaron a los enemigos vencidos “a atender sus cosechas”, se volvieron, ungidos y vigilantes, a la mesa, al asiento, al banco. ¿Qué mucho que se les suba el vino de la guerra a la frente gloriosa, en cuanto creen, con el miedo excesivo de los padres, que no está firme la Unión que crearon, que el Sur entero les mina el poder, que tiene razón el republicano que niega “el derecho de participar en el gobierno a la generación que pretendió echarlo abajo”?

Ese es otro color de este gabinete, y no es color de paz, como se nota en la ausencia absoluta en las fiestas inaugurales de las tropas y políticos del Sur, que hace cuatro años, cuando Cleveland, vinieron a gustar del pan y la sal bajo la bandera de los vencedores.

¡No ven los generales que el que insiste en la victoria, la compromete, y sólo el que la olvida la asegura! Otra condición de estos consejeros ha de gustar más, fuera de que son, con las excepciones que marca la crítica, gente de moderación en los cismas de su partido, y caballeros sin tacha; y es el ser gente que ha vencido en la vida, en lo que consiste acá la autoridad mayor, y personas como Wanamaker, que es el romance del gabinete, por donde se tendrá siempre segura la simpatía del país; que tiene bellacos que se burlan del genio, cuando no se emplea en pintar mosqueteros o inflar odas, pero cuya masa cuerda celebra el empuje y la originalidad donde los ve, y aun la condición menor, como es menos la sal que las comidas, pero sin cuya sazón no se adelanta en el mundo, y es la astucia. La de Harrison se ve en la decisión con que, sin pararse en la novedad, ha puesto entre las aristocracias de su gabinete, esta aristocracia del trabajo, que es el grano de poesía sin la que la virtud misma no puede a veces regir a los pueblos. ¡La vida es novela!

A Blaine se le conoce más que a todos. A ímpetu y a desembarazo, y a poder político, ningún rival lo gana. Lleva la cabeza, ya se sabe, con aquella altivez con que la lleva desde niño, cuando a los nueve años repetía las “Vidas” de memoria; y era mimado en su casa, por padres

y maestros, como príncipe. Su ambición, su resolución de servirla, su pasión constante, su gracia y destreza, su conocimiento íntimo de la vida pública, en que se anunció como maestro; su aplomo casi increíble en las horas amargas de la acusación, que ha hecho olvidar, pero que no ha podido desvanecer; su uso oportuno de las preocupaciones nacionales, que atiza y aprovecha; su fiera convicción de que llegó para él la hora del triunfo y para su patria la de la extensión y el dominio, le habrían acaso asegurado, con la firmeza de una admiración unánime y afectuosa, la supremacía que debe principalmente a la intriga desbordada y a la habilidad, si fuera su inteligencia de esas caritativas, en quienes cabe, aun con el deseo insano del brillo, el gusto de alzar los demás a sí; pero es de los desdenosos que permite a los demás vivir con tal que no le lleguen más arriba de la cintura. Los que le admiran hablan de su natural arrogancia, de su juicio rápido, de su enemistad inclemente, de sus debates memorables, cuando con una réplica súbita, y de persona casi siempre, abrumaba al oponente y entusiasmaba la Casa, que presidió con fuerza elegante, y más que con el mallet con sonrisas; siempre a su hora en el sitio, con un favor para cuantos se lo pedían, sobrado de tiempo siempre, porque era águila, y no buey, para el trabajo. Hablan los que le admiran de sus veinte años de caudillaje en su Estado nativo, donde viven un soplo los caudillos que aparecen; de sus veinte años de Congreso; y el libro, notable por su lucidez y su falta de grandeza, en que narra aquellas luchas en que comenzó él por las comisiones, sin levantarse a grandes temas ni discursos voluminosos, aquellos días ardientes de la fundación del partido republicano, en que se oponía, ya dueño de la palabra improvisada, a la conscripción forzosa cuando la guerra del Sur,—a la deuda perpetua en papel irredimible,—al soberbio derecho inglés, que cree que un inglés no puede dejar de serlo, y peca por traición cuando se ampara de otra ciudadanía,—a la retirada de las tropas del Norte de las campañas electorales del Sur, que se quejaba de violencia en las urnas,—a que se incluyese en el decreto de amnistía a Jefferson Davis,—“el asesino abominable de los republicanos prisioneros en Andersonville!” Y los que no le admiran dicen que el fuego de aquel discurso: al que se le veía el estudio de atrás, no era el del patriotismo honesto, que perdona en vez de ensañarse, sino el del candidato que quiso encabezar la pasión pública, entonces mal extinta:—que no se ha de hablar tanto del desembarazo con que presidía, de la agilidad de su palabra, de su desenvoltura de seductor, de su brillantez suprema, sino de las tres acusaciones de soborno a que respondió—con bravura

sólo comparable a su angustia, con pruebas incompletas, o negadas, de que no hubiese él recibido dineros, durante su presidencia, para favorecer, a cambio de acciones en el ferrocarril, los intereses ilegítimos de estas y aquellas compañías. Unos celebran, como prueba de su humanidad, su intervención apasionada en los asuntos del Perú, y otros ahogan la celebración con el proceso que le levantó Belmont, el millonario representante, en que quedó punto menos que probada la complicidad de la Secretaría de Estado,—de Trescott, el ministro agente,—y de los capitalistas que querían hacer del Perú, so capa de garantía, una como intendencia norteamericana. Los amigos le celebran el proyecto de juntar en congreso a los pueblos de la otra América, y llevar de mano alta, a modo de Luis XIV, pero con artes de Richelieu, “las relaciones con las tierras débiles”: sus enemigos, que son lo más granado del pensamiento yanqui, censuran en público, y en privado mucho más, una empresa a la que acusan de llevar un espíritu menos cordial y respetuoso que su forma. El oye de lado, con el ojo amarillo a medio levantar, y planes confesos, como el de obtener “el señorío indirecto del canal de Panamá”, el de negar al Canadá la unión aduanera; para que tenga que caer en la ansiedad. El conoce sus tiempos, que son de fuerza plena en su país, y de debilidad y descomposición en Europa: él ha visto de la otra América cosas que no debía ver, gente de rodilla caída y boca de súplica, que mueve más a verla con desdén que a respetarla: él une a su natural altivez la que en esta hora de salud se desborda de su pueblo. Y en lo interior, no tiene su partido personaje que se le oponga con fortuna ni que acepte su compañía sino a la fuerza, y aun negándole, fuera de la política, el saludo. El lleva en la memoria cuanto han hecho, y en la adivinación cuanto pueden hacer, todos los que tiene enfrente, y en sus filas: él sabe cómo viven, qué amigos tienen, por dónde flaquean, qué quieren, por qué caminos se va a ellos; él recibe, a la misma hora de jurar su puesto, una esquila blanca con un ramo de rosas.

Windom, el Secretario del Tesoro, viene al puesto por la amistad de Blaine, que es mayor desde que andan juntos en las empresas de ferrocarriles que, con los intereses que crean, con los pueblos que resucitan, con los empleos a la nobleza pobre y desocupada, van minando con diente seguro la lealtad a la idea muerta que, hasta que le trajo las lentejas el conquistador, fue culto entre la gente confederada de Virginia. Pero Windom no es hombre menor, sino tenido en estima por los que saben juzgar de los tesoreros nacionales, que son los bancos que pueden ser

salvados con su prudencia, o muertos con sus teorías o cambios súbitos, y el público rentista, que no gusta de Secretario que le prive de pronto del interés firme del papel público. Windom juntó las deudas, cuando estuvo en el gabinete de Garfield, y con el ahorro moderado de la conversión, ganó el aplauso del país, que se ganaba ese tanto en los tributos, sin desagradar a los tenedores del papel, que son personas a quienes el Tesoro trata aquí con pinzas, porque "Wall Street" tiene fama de hablar de vez en cuando en las elecciones. Windom es abogado académico, de frente vasta y labios volubles: empezó de fiscal: llegó a representante: estuvo en la Casa diez años, en la Comisión de Dominios Públicos, en la de Gastos, en la de los Estados Rebeldes. De senador lo llamó Garfield a su consejo. En Nueva York es persona de mucha pró, muy saludable y buscada: lo mismo que Tracy, el Secretario de Marina:

Tracy es de lo alto de Brooklyn, aunque allí no lo puso nadie, sino su fama de general, su asiduidad de abogado, su palabra pronta y comedida, sus hábitos caballerescos. Es de los de antes, que no se sienta cuando habla a una mujer. No se le imagina con el sombrero por las cejas, sino, como casi siempre se le ve, en teatros y tribunales,—con el sombrero en la mano. Su oratoria elegante suele, como cuando defendía a Beecher, mover a las lágrimas: ¡era de ver aquel duelo: el marido robusto que le pedía dinero a su bienhechor en pago de la honra de la esposa que le echó en brazos; el párroco infeliz, con las canas por los hombros, y los ojos fuera de las órbitas; el abogado piadoso e ilustre, con su mano pequeña, pidiendo justicia, y sus patillas blancas. Aquella mano había regido un buen caballo en la guerra, y organizado tres regimientos, y empujado un cañón en la noche bárbara, en la noche de los quince mil muertos de la batalla del "Wilderness".

El creyó que lo llamaban para Secretario de Justicia, porque es caballero de ley, y gusta de provisos y considerandos; pero en los ajustes de gabinete quedó decidido que fuese la Marina su departamento, porque en él tienen mucho quehacer las industrias del Este, que pusieron el hombro para esta elección, y hay puestos pingües con que contentar, sin lastimar la ley, a los "patriotas" de a cinco pesos, que en Nueva York son muchos, y andaban alarmados.

Proctor viene a Guerra con fama de general, que ganó, pelea a pelea, cuando le pareció, en la hora del honor, más ligera la espada que el libro. Sólo el campo, enérgico y libre, le pareció empleo propio del que acaba de servir a su patria. El respeto de aquel hombre alto y en-

fermo, con la barba al pecho y el labio raso, con un ojo que parecía oír antes de mirar, con el empuje de los hombres callados, le ganó pronto amigos firmes, y ayuda para ir subiendo, hasta que llegó a dueño de las grandes canteras de Vermont, a representante, a gobernador. Sabía mandar. Era honrado. Le crecía la riqueza. Y cuando el partido quiso arrebatarse a Blaine, como le arrebató, la candidatura que tuvo como cierta, Proctor, que hoy se sienta con Blaine en el gabinete, fue el que le cerró primero el camino, el que por ningún candidato votó, con los de Vermont, en la convención, sino por su amigo Harrison.

En la caballería sirvió Noble, el Secretario de lo Interior, el que después de la guerra se ha señalado por igual en el amor con que la recuerda, y en la honradez con que rehusó valerse de la fama de ella para su beneficio. Cree él que las armas deben tenerse siempre donde se las pueda asir al primer toque; que "el pecador castigado no es muy buen devoto"; que no se eleva un monumento hasta las nubes para ver en paz que le zapan las raíces. Cree que el que llevó las estrellas de la guerra no es general de veras hasta que con sus propias manos no se ponga en el hombro las estrellas del trabajo.

El atacó, monte arriba, por aquellas piedras de Pea Ridge; él cayó sobre Vicksburg, que fue como ver nacer la victoria; él se quedó con su regimiento, de vela y capote, cuando lo quisieron poner de ayudante de general, con dorados y botas. Después de la guerra, desdenando empleos, se sentó a amasar oro, a su mesa de abogado. Ni ríe mucho ni sufre que le pongan la mano en el hombro. Tiene romántico el pelo, y la barba maciza. Ni en la vida ni en el traje le han hallado nunca manchas.

Gobernador y general también, y persona que atrae las miradas por su cara poderosa, es el Secretario de Agricultura, el bueno y el temido, el popular Jeremiah Rusk. Ese estudió a la vez, de noche en la casa, con su padre labriego, de día al sol y a la nieve, levantando maíz o buscando la vaca perdida, o conversando de libros y amores con Garfield, que era mozo de bote, e iba arriando el caballo, al paso de su amigo, por lo largo del canal. En la casa era poco el dinero, y allegaba Jeremiah cuanto era dable, hoy trabajando a jornal, mañana llevando la diligencia por aquellas selvas inseguras, lo que no es empleo ruin en estos campos donde baila en la sala la que sirve a la mesa, y se ve ordeñando su Jersey, y vendiendo los quesos de puerta en puerta, al consejero del pueblo, que predica cuando no hay cura, y enseña en el colegio matemáticas.

Ya era alcaide de su condado cuando la guerra, y entró a pelear de mayor. No había que buscar su caballo, si era recio el encuentro, en las últimas filas.

Ni de vuelta a su casa vino con el hambre de otros, “¡que no es más que pereza!”, y sólo se sacia con empleos; sino que con sus empresas libres fue ganando fortuna y estimación, hasta que no hubo para Wisconsin más gobernador que Jeremiah Rusk. “¡Sin esa barba blanca no sabemos qué hacernos!” Ganó fama cuando los anarquistas, porque dio orden a los milicianos de disparar sobre las turbas: otra vez había huelga, y no les mandó balas, sino cestas de panes. Hay mucho alemán en su Estado y lo celebran porque en tiempo de elecciones dijo sin miedo: “¡Yo bebo cerveza!”

Pero no es el mismo Rusk, sino Wanamaker, raso como un canónigo, peinado como un dependiente en día de fiesta, con los ojos grandes, benignos y astutos, el modelo de este hombre del Norte, que acaba de misionero el día que empezó de cajista y se levanta orador, y se hace seguir de las multitudes, y clava su nombre en todas las esquinas, y llama al mundo a que venga a su tienda de ropas; y sale del cónclave de dignatarios del protestantismo, del tratado secreto con los pontífices de la política, de la mesa del cable donde estremece los mercados con sus órdenes, para ir a ver cómo adelanta la iglesia que le fabrica a su pastor, con los cipreses seculares que acaban de llegar por el ferrocarril, o a perorar a los ladrones, entre los que anda sin custodia, probándoles con chistes, con argumentos que les hacen caer el cigarro de los labios, con un peso piadoso dado a escondidas, que “es bueno amar a Dios”,—o a su tienda famosa, su tienda donde compra “toda la gente cristiana”; su tienda que vienen a ver los forasteros como una maravilla del país, su tienda amplia, colosal, fresca, sonriente, con susurro de cintas y ventas de veinticinco millones, a ver si ya está a la firma la “cuenta de partes”, porque da a sus dependientes una porción de sus ganancias cada año—o si los que han visitado la casa en el día son mil tres o mil cuatro,—o si está en punto de servirse al público la sopa. Cien pesos fue su primera ganancia, en unos trajes que tomó en contrata para la policía: y los gastó en un solo anuncio. Ese es el Secretario de Correos.

¿Y Miller, el de Justicia?

Así fue su nombramiento: “Vea, Miller: no me diga que no: ya sé lo que deja: ya sé que lo quito de su casa: pero nosotros nos conocemos, nosotros hemos trabajado juntos, nosotros nos leemos el alma en los

ojos; y cuando todo se vuelva contra mí, cuando los ambiciosos quieran llevarme por mal, cuando yo no sepa, en lo que me dicen, qué es verdad y qué es intriga,—Miller, ¡yo quiero tener un amigo a mi lado!”

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de abril de 1889

EL CENTENARIO AMERICANO

Washington y la Constitución.—La mano del héroe.—En la paz y en la guerra.—¡Aquellos tiempos, aquellos hombres!—El principio de la fiesta

Nueva York, Mayo 11 de 18^o

Señor Director de *La Nación*:

Salen las manos como consagradas de revolver las páginas viejas donde están, como con su voz y sus vestidos de paño y encaje, los hombres que se pusieron por columnas, sin temer el peso ni contar la fatiga, a la casa más amplia que se ha sabido labrar aún el decoro humano. Quedan ante ellos como enanas y sin sentido, como procesiones de anca y luminarias de feria, las fiestas con que Nueva York ha celebrado el primer centenario de su obra, los arcos de triunfo, las paradas marciales, el baile desordenado, el gentío ejemplar, el banquete magnífico, la oración fulmínea y profética del obispo de los protestantes en el templo rodeado de huesos de héroes, donde después de jurar la Presidencia vino a postrarse ante el padre Benigno, temblando de miedo, aquel ante quien a menudo temblaban los hombres, y pedía perdón al ofendido con la misma mano colosal donde se aplastaron las balas del indio, tropezó el caballo triunfante del inglés, y saltó en pedazos la corona que quiso darle su tropa descontenta; aquella mano de Washington, "que era una curiosidad", tan grande que le tenían que hacer el guante a la medida, torpe en los versos de amor, cuando en las penas del desdén de Betsy pide al sueño refugio contra sus inveterados enemigos, y más firme y certera que mano alguna de hombre cuando guía en salvo a su patria naciente por entre los celos del mundo y las propias pasiones; aquella mano huesuda de jinete de más de seis pies, que aprendió, domando todos los caballos del contorno, a sujetar sus iras, y dominó con el desinterés en la hora revuelta de la constitución del país, las envidias locales que se habían comido, con dientes de fiera, el lazo flojo que ligó a los trece Estados, y los ímpetus despóticos con que quiere encadenar la libertad a la tropa que había ayudado a conquistarla. Para Washington ha sido al cabo de un siglo, la apoteosis destinada a la Constitución que ató cor

más firmeza a los trece Estados deshechos, y dio un gobierno equitativo y fuerte a las colonias celosas, cuya ruina acechaban, con el veneno en la sonrisa, los pueblos tiránicos donde se erguía ya, mirando a América, el hombre oprimido. Por Washington llegó a su término la guerra con toda la fuerza de la ley, sin que la milicia, sólo enfrenada por aquella mano, se echase sobre el Congreso flaco y mandarín, que pagaba los sueldos con reprimendas y decretos, y andaba con la silla al hombro, sin que los Estados reunidos en él le reconocieran más que una autoridad aparente, que hiciese de gobierno ante el mundo, sin cobrarles tributos, ni mermarles en un ápice la autoridad local, que cada Estado ponía por sobre la de la república, a que no querían dar ente ni fuerza. Por Washington volvió a sus faenas de hombre trabajador el ejército colérico y clamoroso que aprendió en él a deponer ante la ley la espada que pudo emplear en asesinarla. Por Washington llegaron a juntarse en la Convención de Filadelfia los representantes encargados de imaginar una nueva manera de gobierno en que el pueblo quedase como uno, según lo quiso y dijo la Declaración de Independencia, sin que perudiesen los Estados aquella soberanía, ya a medio desmoronar, que siempre defendieron con frenesí, ni delegasen de ella más que lo indispensable para no caer en nueva esclavitud. Por Washington, que sabía balbucear, se salvó en la hora sublime en que dijo sus frases de padre, el proyecto de Constitución que la furia de los convencionales tenía ya echado abajo. Por Washington, que juntó sobre su corazón a los partidos hostiles, salió triunfante de sus primeras pruebas la Constitución, que sólo a regañadientes aprobaban los Estados recelosos. "Por eso la aprobamos, como experimento, porque el Presidente va a ser Washington." Entre cañones y campanas nació por fin el Congreso que mandó a Thomson a sacar de su paz de Mount Vernon al que vino a Nueva York a jurar en la Biblia ser buen Presidente, por entre arcos de laurel y sobre hojas de rosa. Le sacaban los hijos, a que los bendijese con la mirada. Le escondían en un arco al niño que le puso al pasar una corona en la frente. Salían a recibirlo con pompa marcial, y con coros de vírgenes. En la punta de Elizabeth se embarcó para Nueva York, toda llena de júbilo y banderas, en un bote donde iban de remeros trece capitanes. A media bahía vino cantándole una oda una barca enflorada. Se le fueron detrás, cañoneando y vitoreando, las carboneras ponderosas, las barcas de tres velas, las corbetas galanas. El aire era oro, un grito la bahía, las caras rosas.

El iba "como un reo va al suplicio, pensando en la amargura de la vuelta, si no le da buen éxito tanta fatiga y deseo de hacer bien". Las

tortugas seguían el bote, sacando la cabeza, como para ver "la razón de aquella felicidad". ¡Al cabo de cien años, la milicia que formó para celebrar la Constitución, era en número doble que la ciudad toda que vio las fiestas de la primera jura, cuando el que había vencido al inglés, no pudo, al sentir sobre sus hombros la nación, vencer sus propias lágrimas. Y por espontáneo acuerdo declara la ciudad que debe levantarse, en memoria de este primer siglo, un arco de mármol.—"¡Temed, dijo el obispo, que de tanto adorar la riqueza, y de comerciar con la política, seamos de aquí a un siglo más un pueblo de gusanos!

"¿De qué está hecho el hombre, Dios bondadoso, que al día siguiente de derramar su sangre por el gobierno en que vive, por un gobierno que él mismo imagina y establece, se dispone a desenvainar el acero para volcarlo?" Así exclamaba Washington, poco después del día famoso en que devolvió su espada vencedora al Congreso, en carta a aquel Humphreys que tenía a su jefe por persona más divina que humana, y lo puso en trabajos cuando lo sirvió luego de edecán en la Presidencia, porque al pueblo no le parecía bien que diera el coronel tantas voces, como si viniera Dios mismo, cuando pedía paso para la carroza de color de crema con lindas pinturas en que iba Washington a sus paseos, o a un té de señoras, con las que usó siempre cortesía que llegó a parecer mucha, por buenas razones, a su austera esposa, o al teatro, donde lo recibió siempre con vitores aquel pueblo que lo quería tan bien que ni al cocinero Hércules dejaba pasar sin saludarlo con cariño, cuando iba a la plaza a ver si le traía el primer lenguado al amo, sin que él lo supiera, porque no quería su excelencia dar en su mesa ejemplo de lujo, sino de un buen comer, con moderada abundancia, y un Madera de bríos, con que brindar cinco veces a lo menos por "todos nuestros amigos", que era en aquellos tiempos de brindis el que él prefería:— aunque cuando escribió la carta a Humphreys no era ése el brindis en boga, sino el que pedía "un aro para el barril", o fuerza para el gobierno, sólo que los militares querían ser el aro y Washington quería que fuese un gobierno civil, acordado en vista de la necesidad por toda la nación.

Porque con los míseros artículos de la Confederación, que habían provocado por su impotencia y desorden la cólera y atrevimiento de los militares, era el país una batalla de Estados, que no querían obedecer las leyes del Congreso, ni tomar su papel como moneda, ni autorizarlo a levantar con impuestos el dinero necesario para los gastos federales,

para pagar los atrasos de la tropa, que se había ido a sus casas sin paga, para devolver a Francia los millones que adelantó a la Confederación por mano del poeta Beaumarchais. A boca de fusil obligaba un Estado a su legislatura a derogar el acuerdo que aceptaba como moneda el papel federal. Los Estados no pagaban las cuotas atrasadas a la Confederación. Los campesinos se resistían a pagar al Congreso por cabeza doscientos pesos, que era más de lo que ganaban al año. Se imponían los Estados contribuciones entre sí, se iban a las armas por cuestión de límites, se cobraban portazgo, derechos de entrada, tonelaje. El Sur, por celos del Este, daba su carga a los buques ingleses, a los buques enemigos, antes que a los de la Confederación. Ni el tratado de paz con Inglaterra podía cumplir el Congreso ni rescatar a sus ciudadanos cautivos de los piratas de Argel, ni levantar en toda Europa más de unos trescientos mil pesos. Estado había en que el *whisky* servía de moneda, y en otro el puerco salado. Ya seguían a balazos por las calles al juez federal, celebraban congresos rebeldes, se alzaban contra el Congreso en armas. Washington, que se levantó siempre dos horas antes de salir el sol, nunca escribió tantas cartas. Ama su paz, pero ¿cómo va a ver aquella anarquía con ojos indiferentes? ¡Está loco su ayudante Knox, que quiere que se reserve para alguna emergencia!, ¡para juntar por la fuerza en la hora de la catástrofe, para juntar para su persona de dictador, los Estados que no quieren ligarse por la buena voluntad!

Y el único que podía ser el tirano, rogaba, casi con lágrimas, que la nación se pasjera a tiempo en condiciones de no ser presa de tirano alguno. De entre las luchas, las escaramuzas, las peleas rabiosas de los defensores del imperio absoluto de los Estados y los partidarios de un gobierno federal vigoroso, surgió por fin, a fuerza de concesiones mutuas, la Constitución en que actúan sin choque los gobiernos libres de los Estados, que tienen en los senadores su cuerpo de veto y defensa, el poder unificador de la Confederación, regido por el Ejecutivo, y la Judicatura que resuelve en los casos de contienda de uno y otro.

Jamás asamblea de latinos apasionados debatió, injurió, estorbó, amenazó tanto. Estos convencionales se iban, alegando que sus Estados no les habían dado poder para acordar constituciones nuevas, sino para reformar la que se deshacía.

Los estados pequeños acusaban a los grandes de absorbentes, y le negaban todo poder al Ejecutivo federal. Los Estados esclavistas sólo le concedían poder a cambio de garantías para su privilegio inmundo. De allí nació la batalla entre los esclavistas y los abolicionistas, las

transacciones durante ochenta años, los magníficos duelos de Clay y Calhoun, de Webster y Hayne, de Lincoln y Douglass, la guerra horrenda que paró en la casa de ladrillo de Appomattox. Allí se peleó la batalla del Sur agrícola, que quería navegación libre, y el Norte manufacturero, que quería llevar las cosechas del Sur en sus barcos. Allí en cien formas en las elecciones de representantes, en los derechos del Senado, en el carácter y duración de la Presidencia, en enmiendas mezquinas y obstáculos descabellados, en denuestos y acusaciones a que sólo pudieron poner coto la bondad de Franklin, que pedía como abuelo lo que no le concedían como convencional, la habilidad de Madison, que fue tanta para modificar su proyecto como para imaginarlo, la súplica de Washington, que enmudeció encogido cuando lo recibió con honores de coronel triunfante la Casa de Burgueses de Virginia, y halló en la Convención acentos de esos que ablandan las entrañas; allí estalló aquella brega continua entre los partidarios del poder central, que lo tienen como cimiento, garantía y fuente de la vida de la nación; y los del poder local, que nada le quisieran conceder al centro, por parecerles vorágine donde va a morir la libertad, y con el mismo dolor que la carne propia se arrancan cualquier cesión del poder del Estado; allí estalló el combate que, a raíz mismo de la Constitución triunfante, produjo la hostilidad de Jefferson, columna de los Estados, que supo escribir en una mesa tan pequeña aquella Declaración tan grande, y Hamilton, el creador, que tenía prisa por abrir a la libertad una casa segura, con paredes que no se pudieran echar a la espalda los Estados celosos, como los niños cuando se enojan, que se ponen a da y quita, y con la hacienda unida, porque siendo uno el interés, será una la casa; produjo el dogma de la modificación, que un Estado tras otro proclamó luego, por donde cada Estado podía dejar sin valor la ley federal que no le pareciese bien; produjo la teoría de la separación, que dio fundamento a la guerra terrible. Pero allí, con todas sus manchas, nació el sol que le pareció aurora a Benjamín Franklin: “¡Ahora sé que es un sol que nace ese que brilla en el dosel, y no un sol que se pone!”

Y la nueva república volvió los ojos a Washington, quien junta y equilibra en sí todas las fuerzas que produjeron la revolución; que lleva en su persona, como las dos pesas de la balanza de la Justicia, el ímpetu que lucha y desconfía y la prudencia que lo dirige y mantiene; que tiene cóleras como de tempestad, en que mete la pistola por la cara a los soldados cobardes, y a votos y blasfemias los vuelve a poner en

línea de pelear, y calmas de mundo superior, como cuando ve perdida la batalla, y se clava a caballo, en medio de su gente que huye, a esperar de frente la derrota que el valor renovado de sus milicias convierte en victorioso frenesí; que con la mano izquierda le levanta chichones al negro que le limpió mal las botas, y con la derecha escribía a modo de hombre ungido, aquellas cartas de consejo y comunicación, de letra clara y macizo pensamiento, donde fluía como de cabeza de monte la idea alta y serena, con fuerza de miope y prósbita a la vez, y esa elocuencia judicial que viene a las almas fundadoras de la ternura del amor y la dignidad de la virtud. El era como sus tiempos, y como las cintas con que se adornaron para recibirlo las mujeres de Boston, que llevaban de un lado la flor de lis, y el águila de América del otro.

Era aquel santo impecable de las historias, como un monte sin zarzas ni cuevas, de virtudes más limpias que el cielo, sentado de ceremonia con el pelo en polvos y el espadín asomando por la casaca de pana, a la diestra y a la siniestra de Dios Padre, repartiendo sonrisas sobre el mundo, con labios que no humedeció nunca el vino, ni besó más que el matrimonio casto, ni tuvieron más que palabras de monumento,—o era “el padrastro de la patria”, y no el padre,—“disimulado inglés”, “tonto de cuna”, tan “ladrón” y tan “César”, debajo de sus renunciadas falsas y virtudes de bastidores, que había que “llorar con sangre, y no celebrar con bailes y odas”, el día en que vino al mundo este “Fabio de juego” que quiere que le llamen al Presidente “Su poderío”, “Su alto poderío”, este sacacastañas, a quien Jefferson, Jay, Madison, Hamilton, le ponían en los labios la sabiduría y el oro, este general de fortuna, que tenía como en tutela a la libertad, una libertad de zapatillas de seda, con manga de pompón y ojos de pupila timorata, una libertad de minué y manguito;—o era el hijo de aquella austera viuda que recorría todas las mañanas su hacienda a caballo; el que por derecho natural era capitán y árbitro en la escuela, el primero en la carrera, en la pista, en la barra, en el salto y en la lucha, el mocetón de nariz colorada que se gastaba los dineros en papel de flores, y las noches en sonetos y suspiros, el que a los dieciséis años, más amigo de la silla de montar que de la de gabinete, andaba entre indios y nieves midiendo tierras por cinco pesos al día, y a los diecinueve era mayor, masón, jefe de casa, y a los veintiuno el emisario, el coronel, el héroe de Virginia, el primer militar criollo, aplaudido por su valor en la guerra, por su hermosura en las paradas, por su tesón en los debates con los oficiales ingleses, por su energía y capacidad de improvisar y mandar en las elecciones,

el prohombre sagaz que casó con viuda rica y de abolengo, y tuvo veinte años casa abierta, con vino para todas las gentes de pro, maíz para los pobres, zorras para la cacería, bailes para la juventud, oídos para las ideas nuevas, calma para examinar, presteza para resolver, coraje para “levantar a mi costa contra los ingleses que tiranizan a Boston mil hombres de batalla”; el que venció a los ingleses con tal arte de guerra, que el gran Federico le dedicó su retrato “al primer general del mundo”, con tal fuego de hombre que saltaba en Monmouth de contento las cercas a caballo, porque la batalla era “magnífica, magnífica, una caza de zorras”, con tal piedad que en medio del combate enfrenaba su *Nelson*, blanca de la espuma, para admirar el valor de “esos nobles muchachos”, de sus enemigos; el que sujetó la ambición del ejército que condujo a la gloria, y se desciñó ante el Congreso débil la espada con que hubiera podido derribarlo; el que antes de montar su caballo de señor, para ver si la castaña de Mount Vernon venía bien o cortaban los pinos como tenía mandado, escribía, a la hora de salir el sol, a sus amigos de batalla, a los cincinatos de quienes era presidente, a los masones, entre los que nunca fue completo su poder, a los gobernadores y políticos de influjo que siempre lo veneraron como a padre, o lo temieron como a Júpiter, para que no se echasen sobre la ley que habían creado, para que levantaran con los Estados raquíticos una nación fuerte; el que fue llamado por los corazones a presidir el gobierno que se creó por sus opiniones, entre vajilla de oro y audiencias semimonárquicas guió, con un partido de cada mano, las pasiones públicas con tanta pureza que lloraba de dolor ante sus consejeros cuando la gaceta vil que uno de ellos inspiraba lo acusó de impuro, en tal acuerdo con los antecedentes de raza y la naturaleza, secreto del éxito en los gobiernos, que aunque pareciese, y fuera ingratitud, no quiso ayudar a los franceses, a los que le ayudaron a libertar su país contra sus padres, contra los ingleses que se lo oprimieron con tal calma que cuando le censuraba la opinión esta neutralidad, y su apoyo al primer banco nacional, y su intención de imponer derechos a las cosas de afuera, escribía a su mayordomo que cuidase de este negro, que es “remolón” y de aquello “que empieza temprano”, y de que no le anden los negritos por la cocina, ni con los árboles del jardín, y de que lo que quede del puerco se sale, y se dé a los negros lo que necesiten de comer, “pero no más”; el que con furia de huracán, lo mismo que sacude el viento árboles, increpaba al amigo que no quería servir a la nación por preocupaciones locales, y al otro día lo llevaba del brazo, como si no lo hubiera vapuleado

ayer, a que viese sus establos, con tanto caballo bueno, la negrada que iba a quedar libre a su muerte, las tierras que iba a dar a los nietos de su mujer, a aquel Lawrence a quien trataba en sus cartas de "estimado señor", a aquella Nellie, linda y astuta, que lo celebraba por galán cuando iba de señoras, con la pechera de rizos y la cara de tocador, mientras la esposa hacía compotas y daba de beber a los soldados, en traje de muselina blanca, o quitaba el polvo del salón de recibir, con un estrado como trono, donde venía a saludar la gentileza del país, que tachaba de alegres, y de muy amigas de Su Excelencia, a más de una dama; el que, con retoques de la mano suprema de Hamilton, dio a su patria y al mundo, antes de salir por su deseo del poder, aquella carta de adiós donde pudieron ir peregrinando, a buscar juicio las edades, y después de haber vencido con el desinterés y la cordura, y con el arte de ajustar el gobierno a la realidad, a los que en todo le sobrepujaban, menos en arranque heroico, sagacidad y virtud, volvió a sus campos "a saber cómo iba el castañar", y a recibir a lo mejor del universo que venía a ver en sus ojos al hombre ceremonioso y magnánimo, que en la hora de morir, pidió que lo enterrasen decorosamente, no antes de tres días, se arregló las ropas con su propia mano alrededor del cuerpo, y murió sin dolor con los brazos en cruz. —"¡Oh, qué haremos, qué haremos!" decían las gentes desoladas por las calles. "¡Lágrimas de cocodrilo!" le dijo la viuda a Jefferson, que vino con los ojos húmedos a darle el pésame. En las tabernas se quedaron los vasos vacíos. ¡El cielo está más claro como si hubiese entrado luz en él! "¡Ha muerto el padre!"

Pero cuando en la ceremonia oratoria, bañado por el sol, con júbilo de triunfo en el rostro aguileño, enumeraba Depew, como quien pone monte sobre monte, las conquistas, los crecimientos, los resultados, las adiciones de los cien años, al pie de la estatua de bronce, afeada con una coronilla de oro, del que allí mismo, sobre aquella misma piedra, de Wall Street, juró un siglo antes servir bien a la patria, con voz que hacía insegura el noble miedo de errar; cuando entraban en un mismo carruaje, hablándose corteses, el que fue Presidente republicano, el Hayes, de poca fortuna, y el que acababa de ser Presidente demócrata, el vitoreado Cleveland; cuando en las calles, negras del gentío, le abre paso el del Sur, de pera en punta y ojos negros, al veterano del Norte, de ojos azules y bigotes caídos, y el de Connecticut parte su pan con el de Filadelfia, y los niños llevan la bandera al hombro, y todos corean, a tiempo que pasa una bandada de palomas, el hurra que saluda a un

viejo que repite el arranque de Webster: "¡Gracias a Dios que soy americano!"; cuando delante del caballo de un gobernador del Norte marcha, en la parada de la milicia, con ciertos sonos a que no está habituado el clarín, la caballería de penacho amarillo que le salió al frente en la guerra, y lo echó atrás; cuando en la mesa que preside su rival triunfante, el caudillo de los amigos del poder fuerte, del poder de los de arriba, del Presidente Harrison, habla, entre aplausos que no han cesado todavía, el candidato vencido, el caudillo de los amigos del poder justo, del poder igual de todos, Cleveland el demócrata; cuando en el templo, morada usual de la preocupación y el interés, se levanta, como una llama abrasadora, el obispo honrado, y entre yerro y verdad, le echa en cara a la nación su vida ruda y a medio podrir, sin más mira que la de llenarse los arcones; y encomia ante el Presidente que da puestos pingües a su propio hermano, o aquel que pidió allí, en aquel mismo asiento de cerezo, al Padre Benigno fuerzas para rechazar a los que lo invitasen al robo y al deshonor, a la estafa y la villanía, de repartir entre sectarios y favorecidos los empleos y bienes públicos, cuando el Presidente lo oye, con la cabeza baja; aún se puede decir, como dijo el canciller Livingston en el balcón de la casa federal cuando juró en sus manos Washington: "¡Está hecho! ¡Vive el padre!"

No vino, como debía, cuanto tiene pies y bolsa en la nación a pasear bajo los arcos, a ver los bancos y hoteles decorados con lujo de banderas, a ver la calle por Wall, por donde Washington desembarcó del *Elizabeth*, llena de rojos y azules, a asistir a las fiestas arregladas de manera que fuesen como el simulacro de las de hace un siglo, del viaje del *Elizabeth* a Nueva York, cuando el héroe venía temeroso entre cantos y cañonazos; de la entrada de Wall, cuando no quiso la carroza de lujo, y siguió a pie, entre la gente frenética; de la jura en la Casa Federal, donde está ahora en su templo de granito el tesoro; de la oración en la iglesia de San Pablo, donde fue él a ponerse "en manos de Dios" después de la jura; del baile de ceremonia, cuando bailó sin espada con la esposa de uno de sus contendientes, que le era menos enemiga que el esposo; no vinieron todos los hijos ufanos, cuanta escuela aprende, cuanto taller humea, cuanta ciudad se ha levantado en el desierto, a poner una corona de bronce en la pirámide de gratitud y fortaleza que hubiera dado la medida de este pueblo al mundo; a ver conciliados a los enemigos en la procesión militar; a formar en mara-

villosos cortejos, vario como el universo, en la parada cívica; a ver en el simulacro naval la mañana sublime. Vino la gente de los alrededores. Vinieron las milicias de los Estados. Vinieron unas cuantas comisiones. Vinieron los del Sur a la fiesta de su héroe. Seiscientas personas acomodó una junta de hoteleros que había preparado casa para miles. A cinco pesos se vendían los asientos para las procesiones cuando se creyó ver venir el mundo. La mañana de la procesión asientos de sobra había por poco menos de centavos. Pero nadie lo dijera que viese lo que se vio en Nueva York el día naval. Las paredes se volvieron hombres, y los techos cabezas, y los mástiles tenían jarcia humana.

¡A los muelles todo lo vivo! ¡A los mil buques de la bahía, los invitados, los ricos, los jóvenes, las mujeres, cuantos hallaron donde poner el pie en los barcos de la parada! Asomarse a la calle llenaba de júbilo; los niños paseaban la acera de gorro militar, con las manos en los bolsillos; los viejos llevaban la barba fresca; las mujeres van de oros y grises, que es la gala de moda; los jóvenes salen de las casas perseguidos hasta la puerta por la madre amante, con el gabán al brazo y los anteojos en bandolera; los ferrocarriles, como que andan más de prisa. A la puerta de los vapores privilegiados, que ya vienen llenos de gente de más favor, se desmayan las mujeres en la muchedumbre ruda de obispos y de generales, de tricornos y gorras de flores, políticos y banqueros.

Ya se alcanza el vapor, y los viejos se apiñan en la proa descubierta, aunque amenaza lluvia: el del Oeste, con paraguas de mucho puño y guante de costurón, va junto al marino impasible, el miliciano muy peinado, el padre de cuatro hijas, el sacerdote de patillas blancas; tan preparado se viene a lo grande, que parece salón la bahía, visitas tempranas los buques que la han poblado, amigo íntimo el sol, lenguaje natural la música. ¡Qué emoción entre las mujeres al ver aparecer el primer "hombre de guerra", uno de los muchachos de la guerra civil, un barcón negro, con hadas como de monte!

Tanta bandera se ha visto que al acercarse a los cerros de la isla vecina parecen embanderados los árboles. Van viéndose los pueblos de la costa en esqueleto, como nidos vacíos, esperando el verano.

Los trenes, mudos, reposan en las orillas.

La playa, de legua en legua, es un hilo de gente que aguarda. Y el que alzó allí los ojos de repente, al clamoreo repentino, vio al Presidente, que venía como Washington de la punta del *Elizabeth*, subir al *Dispatch*, el barco de honor, lindo como un potro, blanca la chimenea

y los botes blancos, enmoñado y en flor, todo gallardetes, pendones y cintas. ¡Oh, muchachos curiosos, aquellos vapores cargados de humanidad, los amarillos de tres puentes, los blancos de música y festín, los de remolque, con seis *yachts* a la zaga! Entre cañonazos empieza la procesión y cuernos, chimeneas y campanas. Nueva York la veía de lejos, y dicen que oyeron que fue como si en el corazón se les levantasen dos alas. Allá era el cuchicheo, el espumeo, el susurro de tanto vapor rompiendo la ola. Ni hay orden, ni quien lo pida, ni necesidad de él porque el cariño es de ordenada locura, y con la mucha regla se le quita gracia. Los vapores pequeños le van detrás al *Dispatch*, acercándosele, codeándose, cambiando de puesto, sacándose la voz, saludándolo con las banderas, que se mueven más.

Se va como cuando se sueña, fuerte y ligero como un novio, inundado de orgullo. El buque debe llevar alas. Los jóvenes saludan a una carbonera llena de estudiantes roncós: "¡Oh, me muerdo por ellos!" Las banderas rojas se destacan sobre un girón de cielo negro y sobre el mar verdusco. De pronto los mismos que van de pie sienten como si se pusiesen de pie ahora: rompen los cañones de los barcos de guerra, suenan las músicas, cesan las hélices sujetas, exhalan las chimeneas potentes alaridos, pasa en una nube, derramando fuego, el *Dispatch* veloz: por sobre el humo entre las músicas que vuelan, con el pueblo de barcos a los pies, bañado de sol el pedestal, se alza la Estatua de la Libertad, levantando el brazo.

Calló el estruendo de las chimeneas, y no se oyó más que el ceceo de los vapores y el estampido de los disparos con sus bocas rojas. Hubo como un silencio de almas, como silencio de miedo y de iglesia, y cuando al descorrerse la humareda apareció brillante y lleno de luz el cielo, gozó el hombre lo que ha de volver a gozar cuando, lavado de la fealdad del mundo, ponga el pie en los umbrales divinos. Entró la flota en Nueva York por entre montes de hombres. Roma no lo vio nunca ni conocieron antes los ojos humanos en grado igual el placer de las lágrimas viriles.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 21 de junio de 1889

DESDE EL HUDSON

El problema del Sur. — Los negros. — La soberanía de los Estados Unidos. — Henry Grady. — El carácter y la influencia de un orador

Nueva York, Enero 1 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

¿Por qué, sino por este decir sin miedo su pensamiento, fue famoso ese noble Henry Grady que acaba de morir, al pie de su último discurso, como el abanderado al pie de su bandera? Hay batallas sin sangre;—batallas en que la sangre corre donde no se ve.

“Dile al Sur, madre, que muero por él.” ¿Qué más hubiera podido decir, con la mano sobre la herida, su propio padre, que cayó, como todos los caballeros de Georgia, defendiendo, más que la esclavitud, la independencia de su suelo y su emancipación de la casta imperante del Norte? Ese es el problema que, después de la esclavitud, subsiste. La guerra no lo ha resuelto, sino que lo ha enconado. Ni los pueblos vecinos, ya islas o fronteras, están hoy más libres de la amenaza de agresión, porque entonces se excusaba el Norte con que era el Sur el de las conquistas, para tener más Estados de esclavos y más voto en el Congreso, y ahora, o no es el *Belford Magazine* del Oeste el que dice, subrayando la frase, para que sea más enfática: “Queremos el continente, y la política de nuestros estadistas debe ser la de procurar la extensión de nuestra área por todos los medios legales, hasta que nuestra bandera ondee desde el Polo Norte hasta el Istmo”, lo mismo que dijo Ingalls, el presidente del Senado; lo mismo que dijo en Faneuil Hall, ¡sin que los muros sacros cayeran sobre él!, el famoso Edward Everett. ¿No es el general puritano el que, en el banquete de las autoridades del país, de la banca, del clero, de los ferrocarriles, de la milicia, celebra al ejército por lo que rapiñó, por el Norte inglés, y por lo español de México?

En uno de esos banquetes se enseñó Grady triunfante a la nación. Entre los prohombres victoriosos del Norte se levantó aquel orador lampiño de treinta y cinco años, que es edad tenida aquí por extrema

juventud. De él sabía el Sur, que lo había visto brillar en la universidad, —trabajar para la madre pobre que lo educó con el bordado de sus manos, caer con su primer periódico, casarse a los veinte años, con su mujer del brazo ir de humilde cronista del *Herald*, fundar y levantar, con su energía bondadosa y ágil, y con cimienta de corazones, *La Constitución de Atlanta*, el periódico que leen hoy cien mil suscriptores impacientes.

Pero en Nueva York, ¿qué hacía aquel mozo sin pelos en la cara, aquel amigo de los pocos banqueros del Sur que asistían al banquete, —frente a Depew, el abogado de los Vanderbilt, y de la arrogante, incompleta, egoísta, temible, canina libertad puritánica? ¿Frente a Talmage, el orador que habla sobre la punta de los pies, con los brazos en el techo, y es capellán lisonjero de uno de los regimientos que derribaran al Sur? ¿Frente a Sherman, el general que les arrasó a los del Sur los cortijos, y atravesó a Georgia, al Estado de Grady, sobre caminos de cenizas; el general que sabe—“¡oh sí, ya sé!”—que Montevideo está del lado allá del ecuador? ¿Le temblarán las piernas como al costarricense, delegado de los panamericanos, cuando habló ante los millonarios de la Cámara de Comercio de Nueva York? ¡Oh no! a éste no le tiemblan las piernas, porque pide justicia para su tierra, para su Sur maltratado y ofendido sin razón, y es de aquellas almas por donde el dolor del país, condensado, impreca y truena.

Hay eso, que no se ve y existe, y está en el aire, y se hace voz en el orador, y brazo en el militar, y genio en el financiero. De los muertos se hace, de las ideas invisibles, de las virtudes silenciosas. Con eso, se vence; sin eso, no vence nadie. El conquistador más poderoso triunfa si lo guía, y es bronce vivo; o desaparece si lo desdeña, como el humo, como la paja. Hay el alma de la patria.

Y en Grady habló prudente y valerosa.

Hombres del Norte: vuestro Lincoln fue tipo conmovedor de humanidad y timbre de honra de su especie; pero yo amo el hogar de mi niñez y amo sus tradiciones. El, el primer hombre del Sur que peroraba en la casa del Norte, en el banquete de los puritanos, después de la guerra, no venía, servil y blandilocuo, a postrarse ante los vencedores, ni a cantarles, con elocuencia de lacayo, sus tamaños y grandezas; sino a pedirles, con decorosa habilidad, su respeto, necesario y justo, para la tierra vencida, con cuyo pabellón cayó su propio padre en la sepultura. Y lo respetaron,—a aquel que les ofrecía, en nombre del Sur, la paz, a cambio del trato decoroso. Y lo aclamaron—la banca y el

clero, y los ferrocarriles, y ejército del Norte. Y lo oyeron reverentes—cuando, con fuerza de hijo, pintó aquella bravura de las huestes rendidas en Appomattox, andrajosas, descalzas y hambrientas, y aquel soldado que se fue a besar a su mujer, y a levantar una cosecha, y a aquel Bill Ary que dijo que ya había matado a tantos del Norte como le habían matado a él, y “¡ahora, a trabajar!” “¿Conservaréis, hombres del Norte, en vuestras almas, el rencor del vencedor cuando ya hemos borrado de las nuestras el rencor del vencido?” ¡No! dijeron en un grito, de pie ante el orador imberbe, los millonarios, los entorchados, las sotanas de rodilla, todas las autoridades.

Con el silencio respetuoso lo aplaudieron, y luego con hurras grandeadas.

Esa era su fuerza: la dignidad sin rencor. El Sur es una entidad independiente, con su espíritu y sus problemas; el Sur es una nacionalidad abatida que se aliará con el Norte, si el Norte le deja los brazos libres y la casa libre, y no le echa encima sus leyes conquistadoras; y si no, si no le deja en paz resolver sus problemas, si no admira, como como debe admirar, el ímpetu de un pueblo que sin hábitos de trabajo manual, sin dinero, sin inmigración, sin crédito, construye sobre sus ruinas ensangrentadas una familia de Estados laboriosos y prósperos; —si los que están creando en el Norte una aristocracia voluntaria se niegan, por asegurar su poder sobre el Sur, a permitir con su cordial respeto, y por su mismo interés de señores, el desarrollo gradual, hacia tiempos más iguales, de la aristocracia forzosa, e inevitable aún, de los Estados rebeldes;—entonces, allá está entero el hogar de nuestra niñez, calientes las cenizas, el viejo Davis en la hacienda que le regaló el amor del Sur, con todo su color el pabellón en que cayó envuelto mi padre.

Pero la amenaza no salía de sus labios, sino de la conciencia inquieta de los que la merecían, porque la habilidad de su oratoria estaba en acumular las pruebas sobre la cabeza del culpable, pero de modo que no le ofendiera, y que viese por sí mismo el camino para salir de la culpa. Los adjetivos eran muchos, pero de los que ahorran y concentran; y él los ponía donde convenciesen y brillasen.

No enumeraba a secas las estadísticas, sino las daba con su consecuencia y lección, y mucho arte de matices y colores, de modo que fuesen los pedestales de su argumento, y no los apagavelas. ¿Qué es el arte, sino el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee en las mentes, y en los corazones? Los que desdeñan el arte son hombres de Estado a

medias. Este orador, con sus párrafos triunfales, con sus epítetos bruñidos, con sus descripciones resplandecientes, logró más en una hora, para el acercamiento del Norte y el Sur, que elecciones, y leyes, y negocios y politiqueros de veinticinco años. Al amanecer era famoso. Que, como la paz es el deseo secreto de los corazones y el estado natural del hombre, ya vieron en él resuelto el problema terrible, y lo proponían los diarios, de California a Nueva Orleans, para Vicepresidente de la República.

De lo que Grady se rió; y volvió a su casita de Atlanta, vestida toda de enredaderas. ¿Verlo por la calle y no detenerse a sonreírle, a decirle una buena palabra, a saludarlo? “¡Allá viene Henry Grady!” decían los conductores del tranvía; “¡allá viene con uno de sus ataques de pensamiento!” y detenían desde lejos el carro, lleno de pasajeros, que no gruñían, hasta que Grady subía de un salto a la plataforma, sin poner pie en el estribo, y empezaba a dictar a chorros las ideas enérgicas y esenciales, al taquígrafo que solía ir con él en sus peregrinaciones. Todo lo nuevo y pintoresco le parecía digno de su pluma; “todo se iguala en la verdad”, diría él. Ver con los ojos propios, y contar de modo que se vea e interese: ¡lo de Juan Soldado, y el cuento de la piedra con salsa de tomates! Sus crónicas del terremoto de Charleston, escritas sobre las ruinas, entre las carretas y tiendas de la plaza, a la puerta del baile frenético, tienen notas durables de sociólogo, rasgos de naturalista, páginas de poema.

Era hombre vibrante, que penetraba y compadecía. A veces, en las temporadas de barbecho, la inteligencia se le iba como de huelga, y se estaba semanas enteras sin abrazarse con la mesa de escribir, ni ir de avanzada con el taquígrafo.

De pronto, unas tras otras, echaba sobre el periódico sus columnas de pensamientos. A los negros les decía: la puerta es estrecha; pero hay una puerta: ¡edúquense!—y cuando demuestren su igualdad mental, como tienen demostrada la moral, ya la social estará más cerca, en estos tiempos en que las coronas se hacen con el oro de la frente. A los blancos, a los jóvenes soberbios, que se remiendan la última ropa con los papeles de la familia; a los señores cruzados de brazos en sus pórticos rotos, descascarados, agujereados por las balas, les decía: no hay más que una puerta para la libertad, y es el trabajo. A la libertad segura sólo se va por el trabajo de las manos, puro y creador, por los trabajos reales de la mente, no por los de alquiler y ornamento. O trabajadores o lacayos.

El dinero fácil quebranta la espina; ¡atrás el dinero fácil! Y fomentaba sociedades, abría tierras, creaba industrias, organizaba exposiciones. Como que era grande de veras, no era vano. ¡Se entraba por las almas, porque no vivía sólo para sí! Le quedaba alma de amo y vivía más para el blanco que para el negro; ¡pero nadie le tocara al negro sin razón, ni viniese del Norte a exigir al blanco del Sur que conceda al negro los derechos que él le niega en su casa del Norte! Y luego, ¿con qué cautela no ha andar entre los hombres, apasionados y recelosos, el que de ellos mismos tiene que valerse para hacerles bien? Cederles a veces, ¿no es vencerlos, y ganar autoridad con que hacerles ceder luego? A más de que hay enfermedades sociales que el buen médico no ha de irritar, si les busca la cura, sino conllevar, y tratar con sabio engaño, como a los locos. Y así iba él, con el amor, aquietando al negro, ablandando al blanco reacio, conmoviendo y atrayendo al Norte, encendiendo en los jóvenes el amor al trabajo personal, raíz del decoro privado y la libertad pública; cautivando a los viejos por su lealtad a las tradiciones y por su prudencia superior. Y todo el Sur le decía: hijo. Ni representante quería ser él, ni senador, ni gobernador; ¿para qué, si era orador y periodista?

Hasta que le llegó la hermosa hora de morir. Alocado con el éxito, y corrompido con el uso mercenario del poder, manda en la nación el partido de la victoria. Ve el partido arrogante que se le vienen encima las industrias pequeñas, y todas las sensatas; que no tiene empleo para la muchedumbre que amenaza inquieta sus ganancias ilegítimas; que, puesto que venció, puede seguir venciendo. Se echa sobre cuanto desea; y como los votos demócratas del Sur, ayudando al buen sentido del país y al malestar industrial, pueden sacarlo del poder, toma pie de la indudable opresión en que los blancos del Sur tienen a los negros en todo lo político para no caer bajo el gobierno de los que fueron sus esclavos, —y con este pretexto, desleal en quienes aborrecen y maltratan más aún al negro en el Norte que en el Sur, intentan sacar del Congreso una ley de elecciones federales que quite de manos de los blancos la supremacía que aún conservan en los Estados rebeldes y asegure con el aumento del voto negro republicano el imperio del Norte en los asuntos nacionales. Porque éste fue el problema, antes de la guerra; y éste es ahora. Hay tregua; acaso no ha habido resolución. El Sur está vencido, pero no desbandado. Con cariño y respeto, y con la cortesía que el vencido tiene el derecho de esperar del vencedor, pudieran, por los lances de los partidos y las amistades de los negocios, irse fundiendo las

secciones hostiles, como quería Grady; pero ¿consentirá el Norte en que recobre el poder el Sur, que fue ayer entero a llorar, llorar de veras, sobre la tumba de Jefferson Davis? ¿Y el Sur, patriótico y caballeresco, a seguir siendo maltratado, se resignará a ser echado de casa por un invasor grosero e hipócrita? O sale del poder en los Estados Unidos la política codiciosa y violenta de la victoria, o al problema continental, tan adelantado ya, que más vale vigilarlo que negarlo, se unirá el problema local de la discordia con el Sur.

El de los negros se resolvera, allí donde aflige, como se resuelve siempre lo necesario; el continental, acaso viniese a ser menos grave con lo mismo que resolvería el problema del Sur; que no ha de ser menos que el cambio de estas políticas de mayoral por otras en que no necesitara un partido viciado y dominante mantener por la fuerza el influjo que ha perdido por sus yerros, y en que tuviera modo el Sur, por la vuelta gradual a los consejos de la nación, de defender a manos iguales sus derechos de Estado e ir contentando su orgullo. Los defectos nacionales, como las virtudes, son elementos políticos.

Y en esa campaña cayó Grady. Cayó no sin haberle sacado al Sur los primeros golpes de la cabeza con un magnífico quite. No todo en en el Norte, se dijo él, ha de ser rapacidad e injusticia. En Nueva York defendí al Sur y en Boston volveré a defenderlo. Los que me oigan en la mesa del banquete no me importan, sino que me oiga el país.

Los demagogos son malos, pero los pueblos son buenos. Por la soberanía de los Estados del Sur peleamos, y volveríamos a pelear. Davis no la abjuró, ni el Sur abjuró de Davis. Si, so pretexto de nuestras relaciones con los negros, quieren arrebatarnos, para asegurar el predominio constante del Norte, nuestra soberanía de Estados libres, nuestro derecho a resolver a nuestro modo los problemas locales de que más que nadie hemos de sufrir, y en que tenemos, por tanto, más autoridad que nadie,—¡yo voy! aunque tengo ardiendo el pulmón y la frente se me niega; aunque el médico me dice que dejaré la vida en el viaje, a decir en el banquete de Boston que de este sombrío problema, el más difícil que hubo de resolver pueblo alguno, vamos saliendo, por entre escaramuzas y crímenes inevitables, de manera que el negro no odia al blanco, sino lo prefiere para juez y señor, y trabajan ya juntos en el campo los blancos y los negros; y un ferrocarril se niega a poner vagón de primera separado, para los pasajeros negros, porque “bien se puede ir con los caballeros negros que viajan en primera”; y en un solo Es-

tado, en veintidós años de libertad, los negros han acumulado posesiones por valor de veinte millones de pesos.

Y otra vez, como en Nueva York, se levantó a hablar el orador sin barba, un tanto bizco, bien peinado y carirredondo; a hablar, con su oratoria del Sur, coloreada y férvida, más sectaria que apostólica, y señorial que egoísta; a hablar, sin la piedad que la condición del negro impone, pero con todo el amor de quien defiende, en el seno de sus enemigos, a su tierra nativa. ¿Qué es caer, con ella en los brazos? El discurso fue tan grande como el peligro que lo provocó. Pero para que sus argumentos resplandeciesen y libertaran al Sur de la injuria que pudiera llevarlo a la desesperación, era preciso tal vez que los consagrara con la muerte, a fin de causar mayor piedad y remordimiento a los invasores. Y Henry Grady, rodeado de su pueblo ha muerto.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 23 de febrero de 1890

W H I T T I E R

UN POETA DE 80 AÑOS

De la homeriada norteamericana; de la época de creación en que surgieron, con los caracteres originales de la República, las mentes magnas que los condensaron en la forma superior de poesía; de los tiempos de Bryant, Emerson y Longfellow, sólo quedan ya los poetas menores, a quienes lo mejor del país mima en la vejez con ternura de hijo. La casa se les llena de flores a cada nuevo cumpleaños; las escuelas declaran el aniversario día de fiesta; las ciudades dipután comisiones para que lleven sus cariños al poeta anciano; las casas editoras, enriquecidas con sus versos, le dan muestra de gratitud con algún presente artístico; la prensa cuenta su vida, sus primeros ensayos, sus versos de de mozo, la manera con que sus versos, como una enredadera de ipomeas a un olmo robusto, se han ido enlazando a la nación; pintan el retiro donde alberga el poeta sus últimos años, los amigos que le visitan, los libros cuya compañía prefiere, las creencias que le ha dejado en pie la vida y aquella fe en lo sobrenatural que, por claro misterio, posee a las almas bellas cuando se acercan a su nuevo estado.

Así ha sido ahora el cumpleaños del cuáquero Whittier. El, Wendell Holmes y Russell Lowell, son los tres viejos de la literatura americana. Su rostro no es hercúleo y barbón, como el de Lowell; ni ladino, písceo y de poco pelo, como el de Wendell; es un rostro amoroso, cercado por una barba nivea, raso el labio de arriba, como el de Lincoln; la nariz de águila, menos lo rapaz; los ojos debajo de la frente, que sobre ellos se levanta y adosela, brindán al transeúnte un asiento en el alma; la frente, como sus versos, es de nácar. Nácar no más son sus versos, como los vapores azulosos de las colinas en cuya falda mora, y los guijarros irisados que en sus largos paseos matinales recoge por las orillas de aquellos claros ríos; nácar que se tiñó una vez de fuego, y centelleó como las bayonetas, cuando, en vez de narrar amablemente las "Leyendas de la Nueva Inglaterra", condenó en sus "Voces de Libertad", henchidas de soberano desdén y santa furia, a los dueños viles y los políticos cobardes que se oponían a la emancipación de los esclavos.

Luego, "laureado de la Libertad", como acá le dicen, volvió el sensible cuáquero, siempre pobre de salud, al regazo de la Naturaleza; y de las flores silvestres, de los copos de nieve, de las mariposas primaverales. de las conchas de la playa vecina, tomó modelos para sus versos, que son de veras, como "La Tienda en la Playa", concha; como "Rumbo a la Nieve", copo; como "Maud Muller", flor y mariposa.

Ochenta son los años que acaba de cumplir, a pesar de que desde la juventud el cuerpo se le queja y no tiene hora sana. El día fue de fiesta en toda la comarca. El pueblo de Danvers, donde él vive, cerró sus tiendas y celebró en sus escuelas, con cantos y recitaciones de sus versos, el "día de Whittier". Allá, a la orilla del otro mar, hay una ciudad que lleva su nombre, y le envió impreso en seda un número de su primer periódico, "The Whittier News Item". En Massachusetts, así como hay sociedades literarias para estudiar al inglés Browning, las hay para el adelanto de las letras, bajo el nombre de "Whittier", y éstas honraron el día con sesiones solemnes, en que, en prosa y en verso, recordaron la gracia y virtud del poeta amado. En la casa, llena de amigos, no había lugar para tantos cestos de rosas; y tiendas de sienprevivas, en recuerdo de la "de la Playa"; y haces de helechos finos, como los que él pinta en sus poesías; y un pastel de cumpleaños, con recia capa de azúcar, y encima una corona; y el más tierno y original de los presentes, hecho de mano de una doncella india, que no era más que un almohadón de abeto balsámico, donde el verso de Whittier: "Es nuestro pino médico famoso" estaba bordado con hebras sacadas del pinar de la tumba de Helen Hunt Jackson, la autora de "Ramona". Y alrededor de la corona que realzaba el exquisito pastel, rodeado incessantemente de los visitantes y vecinos, sobresalía, con letras de fina fruta sobre la capa azucarada, este otro verso del cuáquero: "El que ama al hombre halla en la vida el Cielo". ¡De este modo celebra el norteamericano a sus poetas!

RECUERDOS

Franklin, Washington, Lincoln y Webster

No se cansa el norteamericano de oír hablar de sus héroes, ni parece que aquí pudiera caer en desgracia Aristides, por fatiga del pueblo de oírle llamar justo. No bien aparece una anécdota o dato nuevo sobre sus prohombres, su Washington, su Franklin, su Webster, su Lincoln, ya corre de boca en boca; la rima el poeta, la incluye en su primer discurso el orador y los diarios la acogen y comentan en su sección editorial, que es aquí varia y viva, dando a cada cosa su lenguaje propio, y no hueca y estirada, como suele en nuestros países, muy semejante a aquella caricatura de Luis XIV que hizo Thackeray, en que, sacándole al rey pomposo el manto y la peluca, no quedaba de él más que un vejete temblón y canijo; acá, en un editorial, se trata codo a codo del espíritu cesáreo en Francia y de la conveniencia de que la mujer lleve sombrero bajo al teatro o no lo lleve, que es cosa que la mujer haría sin duda, si supiera que no hay regalo mayor para los ojos de los hombres que una cabeza femenina sin más adorno que su propio pelo y sin los prendedores y las plumas que la hija de Franklin pidió a su padre, en días en que una vara de gasa costaba veinticuatro pesos y un par de guantes siete, a lo que Franklin le respondió enojado, desde París, donde andaba buscando ayuda para su patria, que “para encajes, con gastar bien tus puños de hilo, como los gasto yo, ya se te quedarán en encaje puro; y para plumas, hija mía, si tantos deseos tienes de emperifollarte, no tienes más que arrancarlas a la cola de cualquier gallo americano. De veras, hija, que leer esto de ti, en días en que todo nos aconseja la frugalidad y la moderación, me ha causado el mismo efecto que si me hubieras echado sal en las fresas”.

Así acaba una de las interesantísimas cartas, hasta hoy inéditas, que publica John Bigelow en la edición completa de las obras de Franklin, de que infortunadamente no saca más que seiscientos ejemplares, y a un precio que no es para pobres. Allí se ve a Franklin como fue, sin que los defectos que tuvo, que no fueron pocos, basten a deslucir la majestad de su intelecto y la ternura y pureza con que amó a su patria.

Allí se ve sangrar su corazón de padre, con dolor que ha de ser el más grande del mundo, al ver a su hijo sirviendo en las filas de los opresores de su patria. Allí está la carta a Washington, en que le recomienda a Lafayette, “caballero joven de quien se espera mucho y es aquí muy amado; pero a quien, por cuenta de sus amigos de Francia, proveerá Washington de dinero moderadamente, en vista de que la generosidad de este caballero es excesiva”.

La de Washington no lo era tanto, ni tenía en tan poco su caudal como el héroe francés; porque, a propósito del ridículo elogio de cierto orador que quiso poner al Padre de la Patria como modelo de todas las virtudes, se recuerda ahora el pormenor de sus amores, que nunca fueron sino por donde los acompañaba el beneficio, puesto que primero cortejó a una rica heredera de Nueva York, una Miss Philips, que no lo quiso, y a los tres años casó por fin con la ciuda Curtis, que tenía sus cien mil pesos, más que menos. Verdad es que Washington tuvo ocasión de saber lo que los pesos valían, porque hubo durante la guerra ocasión, con el frío en los huesos y la gente sin pagar, en que declaró por carta que “la remesa de quinientos pesos le sería un inmenso servicio”; ien lo que aprenderán fe y esperanza los cobardes! Esos tiempos recordaba Washington años después, un día que en el descanso de la gloria iba a caballo por un camino de Virginia, y al pasar por una choza de negros oyó un violín de son tan melodioso, que se apeó, conversó con los negros un buen rato y les compró el Steiner por una suma moderada, menor que el gusto con que hasta su muerte solía entretenerse con el violín en sus veladas de Mount Vernin, cuando no las distraía recibiendo amigos, o escribiendo cartas, cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln.

Ahora se acaba de revelar un dato curioso, que demuestra cómo aquel talento, recomendado por Boileau, de poner cada palabra en su lugar, no se aprende tanto en la retórica como en el buen sentido; porque aunque Lincoln no tuvo más escuela que la que se sabe, allá en los campos hondos, y Seward, su ministro, las tuvo todas, sucedió que cuando Seward le propuso un párrafo muy florido para el fin del discurso famoso de inauguración en su primera presidencia, no tomó el párrafo como se lo trajo Seward, lleno de pompa vana que obscurecía y debilitaba una hermosa imagen, sino que entresacó ésta de la palabrería de su ministro, y sin más que mudar aquí una voz y repeler allí otras, convirtió el flojo fraseo en belleza poderosísima.

Webster era lo mismo, aquel Webster en quien fue natural y constante lo grandioso, y no tenía en su estudio de abogado, según recordaba ayer un su amigo setentón, más leyenda ni anuncio que un latón con su nombre; iél, el que había anonadado a Hayne con su casi sobrehumana réplica! Destiérrese la pompa.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

LETRAS, PINTURA Y ARTÍCULOS VARIOS

NOTA PRELIMINAR

En los siguientes artículos de Martí hay también referencias y juicios sobre letras, pintura y otras manifestaciones culturales de los Estados Unidos.

*Se incluyen igualmente, con la traducción al español, dos crónicas que Martí publicó en inglés en la revista *The Hour*, de Nueva York.*

LETRAS

1. LIBROS AMERICANOS
2. "LAS LEYES DE LA HERENCIA"
3. CANSANCIO DEL CEREBRO
4. REPERTORIOS, REVISTAS Y MENSUARIOS LITERARIOS Y CIENTÍFICOS DE NUEVA YORK
5. EL "CENTURY MAGAZINE"
6. NOTABLE NÚMERO DEL "MENSUARIO DE CIENCIA POPULAR"
7. LA "REVISTA NORTEAMERICANA"
3. LIBROS NUEVOS
9. UN LIBRO SOBRE LOS INDÍGENAS DE NORTEAMÉRICA
10. EL "CENTURY MAGAZINE"
11. EL LIBRO MONUMENTAL DE BANCROFT
12. UN LIBRO NUEVO DE BAIN
13. LIBROS NUEVOS: "CALIFORNIA'S WILD JUSTICE".—"OUR ELECTORAL SYSTEM".—"LA CRONOLOGÍA PREHISTÓRICA DE AMÉRICA"
14. EN LOS ESTADOS UNIDOS: CLUBS Y LIBROS
15. CRÍTICOS DE CHICAGO

LIBROS AMERICANOS

Plática de libros.—Cómo se imprime un libro en los Estados Unidos

¡Qué nítidos, qué hermosos, qué convidadores son los libros que se imprimen en los Estados Unidos! Suele faltarles margen, como a los de Barcelona; suelen parecer muy cargados de letra, y como si pesasen más de lo ordinario las ideas que llevan dentro. Y es cierto que de prensa americana no ha salido cosa tan bella como el volumen en que imprimió, hace dos años, en Bolonia, sus poderosas *Odas bárbaras* el magno Carducci, ni como esos dieciseisavos deliciosos en que andan ahora las *Lettres de Mon Moulin*, azahares del talento caluroso de Alphonse Daudet; y *Madame Bovary*, el libro honrado y robusto de Gustave Flaubert; y los versos, pálidos y nubosos, como el ajenjo, desgarradores como la mirada de una novia que al llegar a su altar hecho pedazos viese caer al suelo, como una estatua de polvo, a su desposado, de Alfred de Musset. ¡Pobre poeta! Se desearía tener siempre cerca su sepulcro, para sentarse a sus bordes a menudo y besarle la frente.

Pero fuera de estas joyas de librería, no dan las prensas de país alguno tanto libro sólido, claro y perfecto. La obrilla más ruin, el más llano catálogo, el folleto veloz y levantisco que hoy hiere y mañana ya es perdido y pisoteado en el ardor de la batalla, están impresos de manera que invitan a escribir, por ver en molde tan gallardo los propios pensamientos, que parece que ya han de ser tenidos como buenos, de ir tan garbosos.

Pero, antes de que lo lleve la fortuna a manos piadosas o brutales, ¡cuántas manos, y cuán diestras y beneméritas, ponen sus artes en el libro! ¡Qué séquito de inventos! ¡Qué lujo de máquinas, estos obreros de

hierro! ¡Qué minuciosos y artísticos cuidados del formador, del preparador, del prensista, del obrero hombre, máquina por ninguna otra vencida! Primero es la reducción del manuscrito a tipo; luego, su ajuste en máquinas; luego, el moldeo de las letras en planchas sólidas, su nivelamiento luego, para que la página sea tersa; su paso por la prensa de Adams cómoda, o la más activa del cilindro doble; el secamiento de la página rugosa en la prensa hidráulica, o por rodillos de acero caliente, que la dejan más lisa. ¡Se llena el pecho de amor viendo a tantos hombres trabajar en el pensamiento!

Una pistola hace temblar. Todas debieran descargarse sobre el primero que la usó. Un libro, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo. Bien es que entre los libros, porque no hay serie de objetos inanimados que no refleje las leyes y órdenes de la naturaleza viva, hay insectos: y se conoce el libro león, el libro ardilla, el libro escorpión, el libro sierpe. Y hay libros de cabello rojo y lúgubre mirada, como aquel hijo de Milady en ese poema de Dumas que llaman novela, *Los Tres Mosqueteros*; y hay libros repugnantes como sapos.

No salen por cierto de prensas de madera, muy parecidas a una silla de canónigo—como aquella que usó Franklin,—los libros que por centenas cada día, en tal abundancia que no hay conocimiento humano que no esté en ellos ya especializado y diluido, brotan de las imprentas nunca desocupadas de Boston, Nueva York y Filadelfia; que en Chicago imprimen poco. Ni se parecen las bien pobladas librerías de hogaño, en que campean, sobre tallados anaqueles, en imperial volumen, los versos hondos de Edgar Poe, los resplandecientes versículos de Emerson, la pintoresca y novísima *Historia del pueblo de los Estados Unidos*, de John Bach McMaster, a aquellas otras escuetas de ha cien años, guardadas a ambos lados por grabados de colores que representaban la piedad de los africanos y las brutalidades de la trata, y en cuyas tablas ponderosas, perfumadas por el aroma de rosa de damasco y amable madreSelva que de la ventana eran señoras, reposaban, no sin haber sido leídos antes por toda la familia, los *Pensamientos Nocturnos*, el *Mejoramiento de la Mente*, de Witt; *Los temibles efectos del Papado* y el *McFingal*, de Turnbull; que el que todo esto sabía, era sabihondo.

Ahora, no: ahora, ni las madreSelvas dan va el mismo perfume; ni se tiene la buena costumbre de leer repetidamente un número escaso de perfectos libros, de esos buenos que son todo meollo y savia; ni los tiempos, y lo que piden de los hombres, quieren menos que esas prensas

colosales que en el espacio de una hora sacan de una tira de papel de cuatro millas de largo veinte mil periódicos; y libros, casi tantos.

Es un ejército una imprenta. Y como una estrella en una cueva, y una flor, suele verse al pie de una prensa jadeante una delicada mujer joven que echa la tinta en los cilindros, o un pequeñuelo de blusa tiznada que lleva en las manos una brazada de odas. Pues, ¿quién dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las noches rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres.

Cuatrocientos, quinientos obreros tienen en Nueva York algunas imprentas. Las *cajas* están llenas de *tipos* de Bruce, de Farmer Little, de Hoe & Co. Cada sala tiene su capataz, que distribuye el trabajo y manda humildemente. ¡Es vieja ya la idea del mando! Manda sólo, y mandará siempre de veras, el que haya traído consigo de la Naturaleza el derecho de mandar. Y el más cortés, es el mejor obedecido.

Takes, tomas, llaman en los Estados Unidos a la cantidad de material que se da a cada cajista para su conversión en páginas de plomo. *Original* le llaman con sobrada bondad las imprentas que hablan lengua española. Y en México, le llaman *hueso*. De tenerlo que roer le han dado este nombre.

De sus compartimientos en la caja van las letras, ordenadas por la ágil mano derecha del cajista, al *componedor*, que las recibe en la mano izquierda. A cada dos o tres páginas de material, que se truecan en unas veinte *líneas* de letras de plomo en el componedor, el cajista saca las líneas del componedor lleno, y las pone con cuidado en la *galera*, larga y estrecha plancha de metal, en figura de columna de periódico, con un borde de media pulgada de alto en sus lados y cabeza; y luego viene el amarrar y ajustar cada galera para *sacar* las pruebas de prensa, a fin de que las vea, ya limpias y espulgadas de meras faltas de imprenta, el autor.

¡Oh autores, divinidades maltratadas, estatuas de sí mismos, Joves diminutos! ¿Cuál de ellos no cree que no es pecado mayor, sino derecho propio y natural de su grandeza, tener al cajista encorvado luengas horas sobre sus galeras, acuñando, injertando, trasponiendo, rebanando, hinchando con las selvas y enmarañadas correcciones de que el autor repleta los márgenes de la prueba, el original que con un ápice más de respeto al hombre—por no estar averiguado que no lo sea un cajista—hubiera podido enviar a una imprenta liso ya y bien pulido? Pues un cajista es un hermano; y como el brazo de los autores, que deben mimar

y cuidar bien sus brazos. Sólo que en nuestras tierras tiene el buen cajista que corregir los defectos que por su cuenta comete al poner en letras de plomo, que llaman *parar*, el original, y cuantos aditamentos o tajos plazca luego al autor hacer en su obra; mientras que en esta tierra justa, el autor que ultracorrige, paga; y cuantas palabras ponga o quite de las que puso en el original, tantas le cuestan; por lo que hay trabajadores de a hora que cobran aparte por atender a estos cambios del autor. Autores y autorcillos debieran saber que injertar una palabra en lo ya compuesto, o sacar de ella una sin sustituirla, obliga a *recorrer* y cambiar todas las líneas de un párrafo, cuando no una o más páginas, como acontece cuando el escritor es de esos pomposos, historiomanos y asiáticos que de un sujeto o un predicado engastan versetes del Deuteronomio, barbas de Carlomagno, cadalsos de este y aquel rey, y Marías y Luises, que paran todos luego en los brazos regocijados y recién hechos del Progreso, de cuyos escritores, como del de estas líneas a veces, dicen cosas extrañas los cajistas.

Luego de corregir, viene el *aplanar*, ya para que las *formas* vayan a la prensa, a que la tinta las empape y el papel las copie; a ser luego fenómeno prodigioso, que da luz de letras negras, ya a estereotiparlas o electrotiparlas, que son ambas maneras de perpetuar en planchas de metal la obra, de modo que si se quieren hacer nuevas ediciones de ella, no haya que gastar de nuevo en su composición, o colocación en tipo, sino que como de un negativo se saca un retrato, de las planchas se sacan los nuevos ejemplares de la obra sin más costo que el del papel y la tirada. Sólo que esto ha de hacerse cuando ya no se tiene que alterar la obra, porque si hay muchas correcciones que hacer en la edición nueva—como para corregir hay que cortar la plancha y sustituir el trozo cortado con la corrección estereotipada, y como la plancha de cada página es enteriza, y ya las líneas no pueden recorrerse ni alterarse,—viene a ser la corrección de las planchas tan dilatada y cara como la composición nueva del libro.

Si de la obra sólo ha de consumirse un número no muy considerable de ejemplares, o si (por no ser libro de educación, de consumo constante, o de ciencia, de valor permanente, o de autor clásico, que ya no cambia y siempre se lee, entendiéndose por autor clásico todo autor magistral, en lo que Gustave Flaubert cabe tan bien como Homero) no es de esperar que se repita prontamente la edición, no es cosa de entrar en gastos de estéreo o electrotipia, a no ser que no se pare en cuartos el autor del libro, y quiera verse en páginas más tersas y bellas; que nunca lo son tanto las

impresas de letras, como las de planchas. Thompson & Moreau son buenos impresores de Nueva York, que imprimen la letra con tal arte, que la plancha parece innecesaria. Y disponen sus tipos antiguos y amaderados con tal respeto a las tradiciones de la buena imprenta, que parece que salen sus libros de la casa de Robert Etienne, que imprimiera en tomo muy curioso las primeras obras que Philippe Desportes encaminaba a la Majestad de Polonia, o de las prensas más cuidadosas de Charles Chappellain, que al amparo de la imagen de Santa Bárbara que en alto nicho ornaba su pared, ponía en letras redondas los versos cultos y atildados de François de Malherbc, “gentilhombre ordinario de la Cámara del Rey”.

Estereotipan los que quieren pagar poco, y electrotipan los que, por unos cuantos dineros más, gustan de que el contorno de las letras quede más claro y limpio, y de que las planchas, por ser de cobre en vez de metal de tipo, como son en la estereotipia, duren más. Los grabados en madera, por ejemplo, siempre se electrotipan: sus delicadas líneas, tenues blancos y tersas sombras, resaltan con especial dulzura con la electrotipia.

Hacer estas planchas no es obra de ingenieros del puente de Brooklyn. Con barro, yeso o “papier maché”—por ser tal la penuria de nuestra lengua en cosas de artes industriales, que tiene que andar de limosnera, usando términos foráneos,—se sacan los moldes de los tipos, como se saca de un rostro humano una mascarilla. Luego sobre esos moldes huecos, huecos que son la superficie de las letras que ha de quedar impresa, se echa metal de tipo en estado líquido, que los llena, y forma sobre ellos capa espesa de metal que, enfriada, es ya la plancha. Y ésa se lleva a la *prensa*, que la maltrata menos que a los tipos sueltos. Para los moldes de estos periódicos tamaños que, a fin de no sacar de tipos cansados ejemplares borrosos, requieren la estereotipia, se usa el “papier maché”. Para los de libros, el yeso.

La electrotipia es proceso más seguro y más largo. Sobre las páginas bien ajustadas y aplanadas, extiéndose una capa de cera dura y negra, que reciamente oprimida contra las páginas, saca con todos sus contornos y detalles la superficie de las letras. Echan sobre la cera endurecida grafito pulverizado, y la sumergen en un baño eléctrico, en que a las pocas horas se ve ya que el cobre precipitado sobre las láminas de cera, ha llenado los moldes y tendido sobre éstos una capa de cobre. Sacan la cera, ya inútil. Vierten metal de tipo sobre la base de la plancha, para hacerla más sólida. Cepillan esta espalda, de modo que quede a nivel, y rebanan los bordes, para que encaje bien en la forma. ¡Y a la

prensa, a que el prensista la acuñe y nivele, de manera que no haya una parte de la página más hundida que otra; ni los grabados, si los hay, queden más altos o bajos que las letras! Donde la plancha se levanta y queda demasiado apretada por el cilindro, o saja el prensista el papel que cubre a éste en el punto en que oprime la plancha, para igualar la presión del cilindro en este punto de ella con la de todos los demás, o si, por lo contrario, el cilindro no oprime cierto lugar de la plancha como debiera, sobre este punto del cilindro pega láminas de papel que lo abulten hasta que la presión en él equivalga a la del resto, o acerca más la forma al cilindro poniendo cuñas de papel bajo el lugar hundido. Muy buenos sueldos pagan a estos celosos embellecedores del pensamiento; porque como ayuda a la natural hermosura de la mujer un adecuado aliño, y a un lienzo bueno de pintor un marco, así las verdades resaltan más, y la belleza de lo escrito, cuando se le lee en páginas puras, nítidas y marginosas.

Marginosas, abundantes en margen.

Y luego de las prensas, a la máquina hidráulica, que con gran poder comprime las hojas que, de húmedas al salir de la prensa, se han vuelto rugosas y como cirrosas, y de la máquina hidráulica salen tersas, perfectas, sin pliegue ni arruga.

Si se quiere que el papel tenga esa apariencia sedosa que a los norteamericanos parece suma y colmo de arte, y que los sobrios y elegantes ingleses desdeñan, pasan entonces la hoja por entre cilindros de acero caliente, que la dejan bruñida y lustrosa.

Y después de esto, a la encuadernación; a que las parleras mozuelas que cotorrean en el departamento de plegadoras, mientras ven revolotear por el aire mariposas de color de fuego, que son como forma alada en que se cuaja el vapor sutil de las almas juveniles, tomen las grandes hojas y las plieguen con rapidez y precisión de máquina, ya en dos, ya en cuatro, ya en ocho, ya en dieciséis páginas, hasta en treinta y dos paginillas a veces, cuando son esos librillos de literatura de colegio y novelas buenas que publica la casa de Harper, y que parecen los Benjamines de la imprenta, de monos y menguados.

Y cuando ya están las hojas plegadas, y el *colador* ha puesto en orden, uno sobre otro, del último al primero, los cuadernillos u hojas plegadas que forman el libro, ¡a la prensa, que reduce grandemente el volumen de los cuadernillos hinchados; a la *cuchilla* circular, que les saja el lomo en tres o cuatro partes; a la *máquina de coser*, que pone en las sajaduras que ha abierto en el lomo la *cuchilla*, los gruesos hilos que han de ayudar

a sujetarlos; a redondear el *lomo* luego; a encolarlo, entelarlo y empapelarlo, para que encaje bien en la *cubierta* que le espera, ya sea de tela humilde, ya de tafilete vulgar de color habano, ya de piel de caiman, que es ahora gran lujo, o de pergamino, como vuelve a usarse.

Después de todo lo cual, sale limpio y recio al mundo, y como anunciando que no se le leerá de prisa, ni en una sola sesión, el sólido y hermoso libro americano.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

2

“LAS LEYES DE LA HERENCIA”

(LIBRO NUEVO)

Teoría nueva y racional de Brooks.—Supremacía del padre en la transmisión de los gérmenes vitales

¿Dónde empieza la vida? ¿De qué talleres salimos nosotros, los seres complicados y maravillosos? ¿Cómo de huevecillos, en apariencia iguales, se van desenvolviendo condiciones perfectamente peculiares y distintas, que de un lado hacen el pez voraz, y de otro el ave sensible, el bruto servicial, el hombre creador? ¿Cómo se transmite de un ser a otro la existencia? ¿En qué porción la transmite cada uno de los seres que contribuyen a producir el ser nuevo? ¿Cómo se heredan las particularidades de la especie, de la raza, de la familia misma, de manera que de un simple huevo ignorado va surgiendo el poder necesario para crear una criatura definida y perfecta, con todas las condiciones de su especie, y los caracteres particulares, los hábitos, los instintos, los defectos, las manías mismas de sus padres?

Los libros y periódicos científicos hablan de todas estas cosas de manera que, por venir en el dialecto técnico, aprovechan poco a los que no recibieron su instrucción en tiempos recientes, o no se han dedicado especialmente a este género de estudios. Poner la ciencia en lengua diaria: he ahí un gran bien que pocos hacen.

Ese mérito tiene el libro que acaba de publicar un hombre entendido en la ciencia de la vida, y en el estudio de sus causas, elementos, com-

posición y tendencias visibles. El libro se llama *Las leyes de la herencia*; el biólogo es el profesor W. K. Brooks.

Dos cualidades propias tiene la obra nueva. Expone clara y amablemente todo lo que va averiguado y teorizado sobre la producción y composición de la vida; tan clara y amablemente, que parece un amigo afectuoso que da clase conversacional a sus amigos. Y adelanta, con buen caudal de hechos de prueba, una teoría particular sobre la porción de influencia de cada sexo en el ser conjuntamente producido por ambos.

Darwin dice que el padre y la madre dan iguales elementos a su vástago común. Brooks mantiene que la madre conserva la raza, y lo que ya lleva adquirido; pero que el padre, más móvil, más responsable, más conocedor de la vida real, más sufriente, más experimentado, más andariego, transmite al ser nuevo las condiciones que personalmente ha conquistado, las facultades desenvueltas en el ejercicio de las que trajo a la existencia, el hábito del movimiento, la tendencia a lo mejor e ignorado, la inclinación a la pesquisa y al cambio, la desviación de la raza por acrecimiento y mejora, la inquietud saludable de la aspiración. La madre da todos los elementos conservadores de la especie; el padre, todos los elementos revolucionarios. La madre, los caracteres generales y hijos; el padre, la tendencia de variarlos y acrecerlos.

El libro está escrito en afirmaciones, no en hipótesis. La herencia en la vida animal es la transmisión de los elementos de una existencia determinada de un individuo a otro. La vida es sutil, complicada y ordenada, aunque parezca brusca, simple y desordenada al ignorante. La vida es una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso. La vida es un extraordinario producto artístico. Se sabe ya suficiente sobre la manera y condiciones de producción de la vida para tener derecho a esperar que se sabrá más, y no quedará en biología más misterio que el de la producción de los seres primitivos, aquel misterio que irrita y desafia a la mente humana. Pero la biología no resolverá los problemas, ni desvanecerá la confusión que aún ofrece la formación de la vida, ni busca la respuesta a sus preguntas por las vías que derivan de la teoría de la Evolución; que con nombre más comprensivo y seguro, aunque no tan aparentemente claro, pudiera llamarse, por lo universal de la vida, en esencia idéntica y varias formas armónicas, la teoría de la expansión análoga. Todo se vierte y convierte; pero todo en acuerdo con cada uno de los seres y objetos, y con todos.

Cómo se originan y transmiten los organismos vivientes, qué han pensado sobre eso los científicos, y qué están pensando ahora; qué es pro-

bable en lo que se tiene por cierto sobre estos problemas, y qué no es probable; cómo se trabaja, en fin, en esos talleres, en apariencia milagrosos y en realidad precisos y mecánicos, donde con sabias e inflexibles leyes se elaboran las varias formas de la existencia: he ahí los asuntos del libro nuevo del profesor Brooks, impreso en Baltimore por John Murphy en trescientas treinta y seis páginas.

La América. Nueva York, enero de 1884

3

CANSANCIO DEL CEREBRO

J. Leonard Corning acaba de publicar, por medio de la casa de Appleton, un libro sobre *Cansancio y agotamiento del cerebro*, que parece notable. Jamás, dice con razón el autor del libro, han tenido que pensar los hombres tanto como ahora; ni tampoco han sido jamás tan numerosos los factores que ejercen una influencia dañosa en el mecanismo cerebral. Todo empuja, precipita, exaspera, excita, arrastra. Se tiene miedo de quedarse atrás. Se quiere ir, por arrogancia humana y por tener segura la subsistencia, al nivel de todo lo que se ve. Todo es ferrocarril, teléfono, telégrafo. La actividad es tremenda, el sueño inquieto, el ansia permanente. Las fuerzas no se reparan en el grado en que se pierden. Se siente que la vida en estas grandes ciudades se consume, adelgaza y evapora. La situación general mejora; pero antes que ese cambio favorable en la condición humana quede definitivamente asegurado, muchos habrán perecido en esta carrera vertiginosa en que se está haciendo la mudanza. Ni médicos ni fisiólogos niegan que la demencia, como una enfermedad, no ha sido nunca tan frecuente como ahora. Y es que falta también, en la mayor parte de los individuos, la esperanza en lo futuro, por lo que se dan con prisa de avariento a los goces que se tienen a la mano en esta vida.

El libro nuevo de Corning es bastante leído. Funda sus cálculos en la ley de la convertibilidad de las fuerzas. Sube y baja la energía en el cerebro con tanta regularidad como asciende y descende la marea. Corning saca juiciosas deducciones de la comparación estrecha y sostenida entre esta acción física de la Naturaleza y la acción cerebral. "Si puede demostrarse—dice—que una libra de fuerza es la suma exacta de los factores que han concurrido en producirla, así puede demostrarse que

la capacidad del cerebro para el trabajo es susceptible de ser calculada con tal aproximación, que sea una guía fidedigna para todas las resoluciones en que este dato tenga que ser tomado en cuenta." De cifras parecen, más que de palabras, las páginas del libro; y como operaciones matemáticas desenvuelve Corning sus vigorosos argumentos. El laboratorio ha entrado ya en la literatura.

Considera el autor las varias causas que conducen al apocamiento del cerebro: el hábito de fumar, el abuso de los goces sexuales, la irregularidad de los hábitos, el recargo del trabajo, ya mercantil o literario; la prisa y el desbarajuste, los falsos métodos de educación; y en esta interesante parte ocupa la mayor y no la menos notable porción de su libro.

Concluye con un resumen de los principios de la higiene del cerebro; y enseña cómo puede remediarse el cansancio cerebral antes de que llegue a ser tal que ya no tenga remedio.

En este libro se estudian: la relación de la sangre a los músculos y al cerebro; la del alimento a los fenómenos mentales; los beneficios del descanso; la medicación especial que al cerebro conviene.

"El libro—dice el *Eclectic Magazine*—está admirablemente escrito. El estilo es simple, directo, lúcido, como conviene a una obra de enseñanza, sin muchos términos técnicos, ni esas lógicas en que los pedantes se deleitan y sólo están bien para la gente de la profesión. No se necesita ser médico para leer con interés esta obra. Todo hombre pensador puede leerla con placer y provecho. Todo el que trabaja con el cerebro (y hoy no hay quien lo tenga desocupado) sacará ventaja del estudio de este libro."

La América. Nueva York, abril de 1884

4

REPERTORIOS, REVISTAS Y MENSUARIOS
LITERARIOS Y CIENTÍFICOS
DE NUEVA YORK

El "Harper's".—*El "Century"*.—*El general Sheridan*.—*El "Mensuario de Ciencia Popular"*.—*"Revista Norteamericana"*

Tiene París su *Revue des Deux Mondes*, prudente y ática, y la *Nouvelle Revue*, más juvenil, abierta y acometedora. Tiene Inglaterra sus revistas de conservadores y liberales, que todo lo ven con ojo de *tory* o

de *whig*, como si lo *tory* y lo *whig* no fueran ambos elementos precisos de toda visión buena, por cuanto es necesario que vayan juntos la piqueta que echa abajo lo ruinoso y la polea que alza en lugar de ello piedras vivas; y es útil que haya a la vez caballo y rienda. De esas revistas tienen los ingleses, escritas en lenguaje flexible, esmerilado, repujado, terso, túrgido; en un lenguaje que no adelanta y que no peca, salvo cuando (en tanto que no muestran condiciones propias y batalladoras que a las revistas inglesas nunca placen) ceden a ellas la flor de sus labores, en su época de limbo aún clásico, los robustos e independientes talentos que, como soles de bronce encendido en medio de la niebla, suelen aparecer, más típicos aún y originales por el contraste vivo con su pueblo, en la literatura de Inglaterra.

Y los Estados Unidos tienen, más que revistas de alta y sutil literatura, a que se presta aún la tierra poco, lo que pudiera llamarse "repertorios", por cuanto "magazine" se llaman en inglés, que vale por lugar de almacenaje o receptáculo. Tienen dos famosos: uno es el *Harper's*, entrado en años y canoso, que corre en la regata con los repertorios nuevos tal como aquellos buenos burgueses hechos a anchas levitas, siesta y vida llana, que, sacados de sus hábitos pacíficos por el enlace de sus hijos con damiselas de mayor alcurnia o vida más moderna, trasnochaban, se encasacan, van a fiestas y sonrien de visible mal grado; como si estuvieran ya tan hechos a su "medianeza comedida" que les pareciesen fuera de razón y utilidad el piafar, el rampar, el caracolear, el desnudamiento, fatiga y atropello de la vida moderna; por lo que el *Harper's*, en sus grabados delicadísimos, como en su texto, más que de lo europeo, que a regañadientes y porque no le abandonen sus lectores estudia, trata de lo norteamericano, que con amor tenaz prohija y con cariñosa minuciosidad describe; sólo que el espíritu moderno, en forma de otros repertorios rivales, vestidos de más nuevas galas y de joyas de toda parte del universo, lo acosa y lo azuza, por lo cual hace que ya el *Harper's* dé entrada a lo moderno, aunque conserva su cubierta vieja de ingrato color mahón, en que dos columnillas encintadas, orlada de flores la una y de gajos de fruta la otra, sostienen dos cabezudos angelitos, que de las cestas que a la cabeza cargan, riegan sobre el título del periódico espesas rosas, en tanto que a horcajadas sobre el mundo, sostenido por dos brazos grifosos que salen de los capiteles de las columnas, otro ángel lanza al aire bombillas de jabón; con lo cual ha querido, sin duda, expresar el benemérito dibujante que en el repertorio de *Harper's* tienen cabida la imaginación con las aéreas burbujas; novelas y amenidades, con las rosas; y con las

frutas, la ciencia. Y todo esto no estorba para que, en letras que pudieran llamar malhumoradas, porque, como a pesar suyo son artísticas, se anuncie el *Harper's Magazine* por todo rincón, esquina o poste que hallan los ojos en los carros o estaciones del ferrocarril elevado, y se llame a sí mismo el *Gigante de los Repertorios*. Representa aquel bíblico espíritu neolinglés, original y respetable, amigo de la familia y de la Iglesia, contento en el bienestar doméstico y en la robustez corporal, recto y astuto de corazón, ancho y sano, y mente poco universal y abierta: el primitivo espíritu nacional representa, oscurecido, enturbiado y arrollado ya, sin duda, por la horda labrante, por la muchedumbre de todas tierras que, espantadas de su miseria original, emplea afanosamente el resto de su vida en librarse de ella, y educa a sus hijos en el terror de ella, por lo que la existencia de éstos, espoleados por el lujo ajeno, se consagra entera a la acumulación ardiente y goce desatentado de la fortuna; y en el fondo de este cuadro, que tiene a los dos océanos más vastos por marco y una comarca fría que no invita a la expansión, y otra cálida y pródiga que parece que tiende a pesar suyo los brazos colgados de rosas, cargados de frutos; en el fondo de este cuadro de gente apresurada, ruda, improvisada, casi fantástica, ansiosa, que se yergue del polvo, brilla en él, y vuelve a él; en el fondo, ya lejano, de este cuadro, las familias primitivas, silenciosas, apretados los labios y los brazos cruzados con tristeza, miran a su pueblo propio como a un pueblo invasor extranjero, de quien temiesen y se avergonzasen.

UN NÚMERO DE "CENTURY MAGAZINE"

Otro repertorio de artes y letras, de todos los tiempos, de forma exquisita y amplio espíritu, vástago natural de la nueva época, que satisface con elegantes estudios—montados sobre zancos franceses—el apetito súbito y creciente por noticias de artes y personas de otras tierras, y presenta en manera menos pastosa que la de antaño las glorias y bellezas norteamericanas; otro repertorio, tan profundo en sus estudios de literatura y arte como las revistas de Inglaterra, pero de más franca y generosa crítica que ella, con tal arte conducido, que, por útil y grave que en general sea, es siempre brillante y ameno, como un diario vivo, coloreado y parlante, que ayudará en mucho a hacer conocer el mundo de hoy, cual un espejo que guardase imágenes, a las generaciones futuras; otro repertorio, penetrado en toda su obra del sutil y durable encanto de la biografía, que tiene hoy la vida entera, desde que la ciencia, que viene

detrás de la intuición filosófica y de la previsión poética, documentándolas y confirmandolas, va demostrando que todo es móvil y vivo; otro repertorio, con grabados tan tiernos, pulidos y melodiosos que serán siempre sorpresa y gala del arte, y trabajos de letras no menos airosos y acabados que sus láminas, es el *Scribner* de antes, y *The Century Illustrated Magazine* de ahora.

Quien tiene la colección de uno y otro tiene en sus anaqueles, en lo pintoresco, artístico, pensador y poético, el mundo moderno: artes de ayer, con criterio de ahora; galas, fiestas y miserias de las grandes ciudades; domesticidades y hábitos de la gente ilustre; sesudo examen de la obra actual de artistas, poetas, magistrados, oradores, guidores de Estado y del pensamiento, nobles permanentes cuyos pergaminos realza y preserva el tiempo, no como los de un duque inglés a quien, por haber dicho a otro duque que no se case con la actriz Fortescue (porque actrices no pueden entrar en la corte), le recuerdan ahora que cuantos títulos y tierras, y cintillas enjoyadas y arrogancias tiene, le vienen de una querida de Carlos II. ¿Se quiere saber bien lo que es un número de *The Century*? Hermosa cubierta de color habano claro, en que, bajo grandes letras de madera, de usanza antigua, cada mes luce diferente, vincesca, y, por tanto, poderosa alegoría; que hasta en su gusto por la resurrección de lo antiguo, que es la forma de la creación en una época que todavía no se ha condensado bastante para crear, es moderno *The Century Magazine*. En la primera hoja, una cabeza de hombre, de Rembrandt. El genio es simplemente una anticipación: prevé en sus detalles lo que otros no ven aún en sus líneas mayores, y como los demás no ven lo que ve él, lo miran con asombro, se fatigan de su resplandor y persistencia, y lo dejan a que se alimente de sí propio, y sufra. Las obras de los grandes creadores en arte están hechas de manera que, salvo el oscuro color que les da el tiempo, parecen obras de ahora: es que los grandes creadores ven lo eterno en lo accidental; por lo que sus obras perduran.¹³

EL GENERAL SHERIDAN

Tras el estudio de Courbet, viene otro de la vida de Sheridan; Sheridan, el tremendo caballero que con Grant y con Sherman torció hacia la victoria el curso indeciso de la guerra del Norte contra el Sur, ya cayendo con fuerzas menores de su siempre temible caballería sobre los confede-

¹³ La nota sobre el pintor Courbet se inserta en la sección CRÍTICA Y ARTE, de estas *Obras Completas*.

rados victoriosos y desprevenidos; ya espiando con indígena astucia los campos rivales y sorprendiendo con súbitos y geniosos movimientos a sus propios soldados, que le seguían con ceguedad y amor, y a sus enemigos; ya enarbolando al pie de los cañones banderas arrancadas con sus mismas manos, metiéndose a la cabeza de veinte hombres por lo más revuelto y sangriento de la pelea; ya rompiendo puentes, molinos, diques, ferrocarriles, acueductos; ya desatándose sobre magnífico caballo, en hora dichosa e inesperada, sobre sus tropas, puestas en rota en Cedar Creek, a detener a su caballería en pánico y fuga con su voz angustiada y su presencia; recogerla, enfilarla, irse con ella entre hurras sobre el enemigo victorioso, y arrancarles las banderas confederadas sobre los cañones mismos que a su sombra acababan de arrebatar a sus soldados. Sheridan preveía, vencía, perseguía, extinguía. Por él fue famosa la caballería del Norte.

El remataba las grandes batallas; y cuando no decidía, salvaba otras. En Chickamauga lo vencieron, pero en la sombra; en Cedar Creek, parecía un gigante de piedra resplandeciente; en Chattanooga estuvo, y en Appomattox. Desprestigió a Early. Asedió y rindió a Lee. Es todo él pujante, y de rostro impaciente. Parece que espera y que acomete. La batalla le place. Discurre ingeniosísimas maniobras. Prepara con ciencia, aguarda con calma, cae con ímpetu, ve el riesgo y la victoria a luz de rayo. Sabe de sables, no de leyes. Es hombre sable, como hay hombres leyes.

Ni enunciar nos es dado siquiera todo lo que contiene este número: un estudio sobre los carneros merinos que de España vinieron a la América del Norte, y cómo los pastorean, cuidan y esquilan; y otro en que hallarán gozo los amigos del perspicaz y benevolente Dickens, donde cuentan cosas de él y cómo uno de sus libros fue enriquecido con dibujos. Sigue una novela de estas de análisis de caracteres, que hacen aparecer como incoloros, exangües y vacíos a los personajes de mera imaginación que diez años ha todavía nos deleitaban. Y la historia de un viaje por mar. Y una cuenta de los veinte Murillos, de los Rembrandt, de los Ruysdael, de los Potter, del Veronés y el Carpaccio; de tanta maravilla que avalora la galería del Ermitage en San Petersburgo. Y una como carta de Salvini, en que explica con su modesto y caliente estilo, cómo entiende él que ha de hacerse, enérgico al principio y postrado sólo al fin, al "noble, generoso e infeliz" rey Lear. Y lo que Cristina Rosetti, inglesa que viene del Dante, ve de la atormentada vida del sumo y tierno poeta en su honda obra. Y una buena noticia sobre retratos y bustos del

florentino, de la que se deduce que no hay más copias de él exactas que la efígie de mano del Giotto, retrato suave del enamorado de "la Vita Nuova", pintado al fresco en la capilla del palacio del Podestá, y la mascarilla de hermosura triste y majestuosa que es fama hizo sacar del rostro, aún caliente, de Dante recién muerto, el arzobispo de Ravena. Y más, y más tiene el número: un artículo jugoso sobre los sistemas y resultados prácticos de los establecimientos penales en los Estados del Sur, tras de cuyo estudio viene otro sobre el armonioso y auriolado poeta inglés Keats. Y versos, y más novelas. Y biografía de los príncipes de la Casa de Orleans. Y en una sección que llama "Asuntos corrientes", artículos juiciosos sobre los debates en curso en el púlpito y la prensa. Y en otra, que se llama "Cartas abiertas", opiniones varias de escritores de pro sobre sucesos o soluciones de los problemas públicos. Todo eso, en papel satinado, que bien pudiera no serlo, porque el brillo ha de estar en lo interior, y la superficie ha de ser mate, para que no crean los que ven que se tiene brillo tan escaso, que hay que darse prisa a sacárselo al rostro; todo eso, con grabados sutiles y exquisitos, en ciento sesenta páginas, por que los ojos se pasean como aturcidos y sin saber dónde fijarse; todo eso, en elegante volumen impreso cada mes, ofrece en su lucha con el menos abierto y nutrido repertorio de *Harper's*, el *Century Magazine*, de mayor fama.

"REVISTA NORTEAMERICANA" Y "MENSUARIO DE CIENCIA POPULAR"

A más de estos amenos repertorios, publicanse en Nueva York un mensuario de ciencia popular (*Popular Science Monthly*), donde en lengua llana se establecen y debaten por profesores de nota los problemas más nuevos y hondos de las ciencias nuevas, y la *Revista Norteamericana*, que contra tirios y troyanos cierra, y trata en forma de estudio concienzudo, toda cuestión pública, bien política o religiosa, bien social, económica o histórica; mas de manera que no influya dañosamente en la inteligencia, por presentar la cuestión de un solo aspecto, sino que quede el problema visto en todo y por completo estudiado, y el lector ponga en alto las pesas y decida; por lo que no es raro hallar en un mismo número opiniones varias sobre un tema, de un gnóstico frente a la de un agnóstico, o de Félix Adler, profesor de religión futura que esté de acuerdo con las revelaciones científicas modernas y la Naturaleza, frente a las de un empinado obispo que niega virtud a toda Iglesia que no sea romana.

Del *Century*, del *Harper's*, de la *Revista Norteamericana* y del *Mensuario de Ciencia Popular*, publicaremos cada mes noticia y resumen en *La América*; de modo que los que nos lean de seguida, tengan conocimiento reciente de las frases y trances de los actuales problemas humanos, y de la vida de los que proponen, trabajan e ilustran.

En marzo comenzaremos.

La América. Nueva York, febrero de 1884

5

EL "CENTURY MAGAZINE"

Dante triste.—Paseo por la Casa Blanca de Washington

A Dante, de cutis suave y ojos límpidos; a Dante, joven, esperanzado y lidiador, pintaba, en su camino por los lugares donde el florentino anduvo, el *Century* del mes de marzo. El número de abril nos lo pinta ahora en el convento de Santa Croce di Corvo, andando como una sombra por entre los monjes, que lo siguen entre afligidos y espantados; y cuando éstos le imploran que diga lo que busca, él vuelve el luengo rostro, hendido de arrugas, y dice con voz que todavía resuena: "¡Pace!" Del convento, donde es leyenda que escribió el *Infierno*, aunque dice el admirable Federico Mistral, de Provenza, que las negras rocas que vio luego en Arlés le inspiraron el destrozado paisaje que en el *Infierno* pinta; del convento, se fue por el camino áspero y grandioso de Cornice, hendiendo nubes y tocando alas, hasta la calle de la Paja, de París, llena entonces de estudiantes sorbonenses, que en un haz de paja se sentaban a oír las lecciones de Sigieri, inspirado y famoso, porque no había en las téticas aulas otros bancos. Dantesco espíritu anima todavía aquellos lóbregos y elocuentes alrededores. Y de París, cargada la mente de pensamientos más altos que las torres de Nuestra Señora, y más lucientes que sus ventanas de colores, fue a dar en Gubbio, en la desolada y noble Gubbio, más que Perugia etrusca con su casa de ciudad de augusta entrada, cóncava la techumbre, de anchas losas el piso, los muros de castillo; a Gubbio vino a dar, que ostenta todavía, como si el poseer esta reliquia fuera su única razón para existir, el autógrafo único que, sospechado de falsedad por ciertos dantistas, queda de la mano del poeta, quien con

peculiar ortografía de su propio nombre parece haber escrito a la cabeza del soneto, impreso en todas las ediciones de sus obras: "Dante Alighieri a Bosone Da Gubbio". Por conventos y casas de amigos vino, absorto y callado, hasta Ravena, ya dejando volar y retornar, como águila hecha a mensajes, la mirada magnífica, por las campiñas vastas y los montes que desde sus celdas contemplaba; ya bajándose por sendas estrechas y rugosas, sólo de los desesperados conocidas, a meditar en las sombrías cavernas. De los hombres quitaba los ojos, y los ponía en la Naturaleza, por lo que fue tan grande su poesía. En alto templete, coronado de bóveda sencilla, reposa ahora en Ravena, a la luz de su propio *Paraíso*, el Dante soberano.

LA CASA BLANCA

La Casa Blanca llaman a la mansión del Ejecutivo de los Estados Unidos en Washington desde que de blanco la pintaron para cubrir las huellas del humo y las dentelladas de las llamas en que en la guerra del año doce la envolvieron, como memoria de su paso triunfante por la ciudad de Washington, los vengativos ingleses. Y se llamó "mansión del Ejecutivo" porque sonaba mal, allá en el principio de la República, llamarla, como algunos querían, palacio, y el nombre de mansión fue el preferido, que era el que entonces se daba a las espaciosas y sencillas habitaciones de las gentes de nombre viejo, amplio dinero y buena casa. El *Century Magazine* de abril describe las actuales riquezas, las ventanas holgadas, las antesalas concurridas, el salón de recibo, muy dorado, y el frío y estirado comedor, todo amarillo, de la morada estrecha de los Presidentes norteamericanos. Veintiún Presidentes han vivido en esa casa; en ella, velando cuando todos dormían, como un águila en su picacho, meditó Lincoln; y desde sus ventanas, a punto ya de salirse el alma del cuerpo, vio el noble Garfield, al otro lado del Potomac tranquilo, los históricos cerros de Virginia. La Casa Blanca tiene su sala roja, y otra verde; y azul otra; y de la roja han hecho su salón de recibo las señoras de la familia del Presidente: de madera tallada y gran tamaño, a uso del siglo XIII, es la solemne chimenea del salón rojo, vigilada por dos jarrones, y del resplandor de sus leños protege a sus visitantes una rica mampara, regalo de Austria a la casa presidencial cuando la Exposición de Filadelfia.

Ingrato es el comedor, a pesar de su riqueza, como si todavía reinara en él la humedad de cuando la viril esposa del Presidente Adams usaba

de este cuarto para tender a secar la ropa; y es curioso ver cómo entran ahora a ese espacioso salón amarillo, las raras veces que el Presidente da comidas públicas, los que a ellas son llamados: entran los huéspedes sin precedencia, y sin precedencia se sientan, como para hacer gala de que no se para en rangos de corte un país republicano. Donde recibe ahora el secretario privado del Presidente a los que le asedian por empleos, que de sus visitantes son los más, firmó Lincoln un día el decreto de emancipación de los esclavos: debía la patria sellar esos lugares, o cerrarlos y santificarlos, para estímulo de héroes. Y ¡cómo se piden destinos en esa Casa Blanca! Más usadas que el pie de San Pedro están las escaleras. De Lincoln cuentan esto: le traían enojado las pretensiones y cartas de recomendación de dos candidatos rivales a un puesto de administrador de correos: Lincoln hizo traer una balanza, y poner en cada platillo las cartas y solicitudes de cada candidato, y dio el puesto a aquel cuyos papeles pesaron tres cuartos de libra más que los de su adversario. La sencillez de Lincoln prevalece en la Casa Blanca; se hace gala de elegancia sensata y de llana modestia. Ningún criado usa librea, como en condenación de estos bellacos anglómanos de Nueva York, que ayer aún rodaban por las calles barriles, cavaban minas o pescaban truchas y ahora mandan sus casas con toda suerte de prácticas cortesanías, y pueblan sus escaleras y portones de lacayos de zapato de hebilla, media de seda y chupa roja. Más que en comidas y recepciones oficiales, siempre escasas, gustan los Presidentes de reunir de noche o en comidas familiares a los senadores, representantes, jueces y otra gente de pro que en Washington habita durante los inviernos. Por singular humildad se han distinguido las esposas de los Presidentes: la de Garfield enseñaba allí, hace poco, a sus hijos, el griego y el latín; y otra esposa presidencial fabricaba con sus propias manos mantequilla de la leche de una vaca privilegiada. Agrada al país saber que en vez de los rudos bebedores de *whisky* de otros tiempos, ocupan la Presidencia caballeros cultos: pero causaría escándalo que un Presidente saliese ahora, como Washington salía, a lucir por la avenida de Pensilvania su carroza dorada, asistida de pajes y cocheros de peluca en polvos, y tirada por caballos blancos arrogantes que herían el pavimento con sus cascos bien embetunados y resplandecientes.

La América. New York, abril de 1884

NOTABLE NÚMERO DEL "MENSUARIO DE CIENCIA POPULAR"

*Modo de hacer revistas.—Materias interesantes y diversas*¹⁴

Liebig ha hecho esencia de carne. Así las revistas hacen esencia de pensamiento. Solicitada ahora de todas partes por espectáculos maravillosos la inteligencia; apremiados los lectores por la necesidad de aprender mucho, trabajar sin tregua y leer de prisa; obligados los escritores, por lo costoso de la vida, a dar en forma breve, que halla salida pronta, ideas que hubieran podido tomar forma más durable y artística en un libro, las revistas salen a luz, llenas de ella, con lo mejor de los mejores, con estudios macizos, en que la necesidad de dar a un público crítico alimento sólido en forma compacta y corta, la relación del precio del trabajo a su mérito, el espoleo de la competencia y el sensible decoro del talento, fuerzan al trabajador literario a condensar, en párrafos que parecen diamantes pulidos o impenetrables fortalezas, los frutos de esa ambiciosa observación científica con que hoy se miran, aun por los ojos inquietos de los poetas, los trances de la tierra y los de las pasiones, los gusanos y el vapor de luz de las estrellas, las rocas y las almas.

Leer una buena revista es como leer decenas de buenos libros: cada estudio es fruto de investigaciones cuidadosas, ordenados extractos y composición hábil de libros diversos. Adquiere la mente de los escritores de revistas, una disposición especial que llega a ser naturaleza, en virtud de la cual, cuando un objeto literario les preocupa, todo lo que leen va tomando su camino y dirección, los pensamientos se van alineando y apretando filas, los unos van—como sabiendo lo que debe venir—solicitando a los otros; el revistero, como capitán experimentado, ve los huecos y lados débiles de su falange; y como sabe a qué libros han de ir a buscarse los elementos que faltan, hace como un pintor, que de este color y el otro toma, para dar al lienzo la nota alegre o triste que le falta. Y de este modo sale a luz en las revistas tal artículo de unas cuantas páginas que ha costado a su autor no menos estudio de datos, ingenio de composición y habilidad de coloreo, que un libro detallado, diluido y pro-

¹⁴ La nota sobre "La Futura Esclavitud", de Herbert Spencer, se inserta en la sección *EUROPA: Crítica y Arte*.

fundo; sólo que las revistas quieren, a más de autores que sepan escribirías, público que sepa leerlas.

EL "MENSUARIO" DE ABRIL

El número de abril del *Mensuario de Ciencia Popular* viene tan sólidamente hecho, que pesa como una biblioteca, y deja tanto fruto como ella. Un siglo hace, aun después de aquel magnífico estallido de la Revolución Francesa, seno sangriento de que nació el espíritu moderno, publicábanse apenas, en hojas diminutas, chismes de la corte y versos maliciosos, o los sucesos extraños que podían llamar la atención de la desocupada vecindad. Ahora, en un solo número de periódico, un pensador, Herbert Spencer, señala el riesgo que ciertos pueblos modernos corren de caer en un degradante socialismo; un teniente de la armada americana demuestra la posibilidad de construir un ferrocarril eléctrico perfecto y económico; Gastón Tissandier explica cómo Roberto Haensel, de Reichamberg, ha logrado fotografiar un relámpago, que en el cielo se abre y serpentea, como en la onda la raíz de una planta acuática; un doctor en ciencias aconseja que se enseñen las naturales a los discípulos de manera que éstos se sientan habilitados para investigar por sí y adquieran el goce del descubrimiento; un médico prueba que si se sabe hoy más de la manera en que se desenvuelve el germen de la vida, ignórase tanto su origen y naturaleza, ahora que se le llama protoplasma, como en los tiempos en que Demócrito y Epicuro reconocían una especie primitiva de materia, cuyos elementos tenían la propiedad de combinarse en diversas e infinitas formas; estudia otro escritor la química de la cocina; el que le sigue defiende el salutífero derecho de los hombres a adquirir en el examen desapasionado de la Naturaleza el conocimiento de la verdad; otro escruta el cráneo humano, y halla el asiento de la facultad de hablar en una porción comparativamente limitada del lóbulo frontal del hemisferio cerebral izquierdo, y añade que jamás acierta el lóbulo a mostrar en todos sus colores y profundidad el pensamiento. Un médico cuenta que lo que el amable Jesús curaba no era la elefantiasis, sino otra lepra que se llama psoriasis; y otro discurre sobre los remedios que ofrece a mano la Naturaleza; y mantiene otro que hay más moralidad en ser venturoso que en consumirse en vivir abrasado de amor por los demás.

La América. Nueva York, abril de 1884

LA "REVISTA NORTEAMERICANA"

Es peculiaridad de la *Revista Norteamericana* dar abrigo en un número mismo a las opiniones más diversas sobre un mismo asunto, de manera que el periódico pueda decir con razón que refleja su tiempo de libre juicio y enérgica contienda, y el lector sienta estimulado su pensamiento propio, al que de este modo se obliga a elegir entre los argumentos contendientes.

Abrese, por ejemplo, el número de abril de la *Revista* con dos artículos sobre la decadencia de la marina norteamericana:—en un artículo se mantiene que deben continuar cerrados los registros de la marina de la nación a los buques fabricados en países extranjeros; y como a pesar de esto, la marina no ha crecido, sino que está a punto de desaparecer, cree el escritor que, como se hace en Inglaterra, el Gobierno debe subvencionar, para que puedan existir, grandes líneas de vapores norteamericanos.—Y en el otro artículo se niega en redondo que la marina inglesa haya progresado por las subvenciones del Gobierno, sino a pesar de ellas; se prueba que, en competencia con compañías subvencionadas, han surgido y prosperado compañías sin subvención, y que de este milagro sólo es causa la práctica inglesa de admitir libremente en los registros de la marina de la nación a todo buque que quiera tomar su bandera, haya sido o no construido a las orillas del Clyde, por sus arsenales y muelles famosos.

La *Revista* de abril, que con esa contienda empieza, con otra sobre la Biblia acaba. El reverendo Newton ha movido entre la gente de la Iglesia escándalo por sus desembarazados comentarios a la Biblia:—en la *Revista* le sale al frente, con el estandarje de la fe, que va a clavar en las puertas del crítico, el sacerdote católico Mortimer; y a página seguida se defiende de sus acusadores el reverendo Newton, y mantiene que es saludable la crítica, y obra querida de la actual generación, a cuyo lado hay que estar para influir en ella, y cuyo clamor por el empleo directo de las fuerzas que el hombre trae consigo es justo.—“La Biblia se recomienda a mi razón y a mi corazón; pero no es ésta la razón de mi fe en la Biblia: creo en ella porque creo en la Iglesia Católica, y esa Iglesia ha dicho que es la palabra de Dios; y yo debo creer lo que la Iglesia manda que se crea”;—así dice el sacerdote católico.—“El único medio de salvar todavía a la Religión, es aplicar la razón a la Biblia, puesto que feliz-

mente queda intacto el sumo espíritu religioso de ésta después del examen. El supremo tribunal religioso es la Biblia: si en el adelanto de la ciencia se averigua un error en este tribunal supremo, y se quiere hacer hincapié en la infalibilidad de éste para defender el error averiguado, es inevitable una revolución. En nuestra última adulatoria conmemoración del monje Martín debiéramos haber aprendido la verdad de esto: trescientos años hace, una Iglesia infalible provocó la revuelta: ahora la está provocando un Libro infalible. La única autoridad legítima y definitiva para el establecimiento de la verdad es la razón. La fe debe ser de tal manera amoldada a la inteligencia que sea razonable. Puede amoldarse así. Y con esa más flexible naturaleza se verá que es la misma en sustancia que la fe de nuestros padres,—a menos que el Cristianismo no sea una fantasmagoría. Pero las Iglesias se irritan contra ese examen de la Biblia, porque él requiere lo que a ellas no agrada, el ejercicio de la libertad. Ese es el secreto de la ira que levanta el descubrimiento de que el libro que se suponía haber caído de los cielos como un meteorito, pertenece en realidad a las "letras humanas"; y no es, por tanto, el "déspota infalible del entendimiento y la conciencia": así replica a Mortimer, cerrando la *Revista Norteamericana* de abril, el reverendo Heber Newton.

La América. Nueva York, abril de 1884

8

LIBROS NUEVOS

"Conceptos y Teorías de la Física Moderna"

Como un centenar de libros nuevos salen a luz en los Estados Unidos cada día. Traducen y parafrasean cuanto de notable se escribe en otros pueblos. Estudian con ahínco el desarrollo progresivo de la Naturaleza y la formación científica de las naciones. Una "Vida de la Virgen María" sale de las mismas prensas que *Dios y el Estado*, de Miguel Bakunin, este generalísimo y evangélico iluso que ni a los gobiernos ni a Dios creía necesarios, con aplauso de Carlo Cafiero y Eliseo Reclus, que le prologan el libro. Veamos, aunque sea de camino, algunos de los libros de ciencia y filosofía publicados en marzo: redúcense todos, como desde que los instrumentos de escribir actúan sobre el papel, al estudio de las

causas y los fenómenos. Algunos estudiosos de vista corta se pierden en el fenómeno, y quedan presos en él, como el gavilán en los copos de lana de la oveja que roba.—Otros, de mente menos fácil de aturdir, analizan los fenómenos, sacan las alas libres de ellos, y los juzgan de arriba y en conjunto. El conocimiento de una montaña será diverso según lo sea el punto de vista.

Veamos qué dice el buen autor Stallo en su lúcido libro sobre *Conceptos y Teorías de la Física Moderna*. Dice que es necesario demarcar bien el influjo de la metafísica en la física, para que se vea como los científicos de hoy no están de ningún modo emancipados todavía de la influencia metafísica. Precisamente porque son demasiado metafísicas ataca Stallo algunas teorías físicas modernas. Mucha novedad que pasa por tal no es más que el viejo *scientia entis quatenus entis*. Aristóteles, Eri-gena y Descartes reaparecen en las discusiones sobre la sustancia de las cosas, y en la absoluta pasividad de la materia, que enseña ahora el profesor de Física en Edimburgo.

De las prensas del Gobierno en Washington,—en donde en estos instantes se imprimen 400,000 ejemplares del discurso en que Carlisle, el presidente democrático de la Casa de Representantes, aboga por una gradual reforma librecambista—acaba de salir un libro de Guillermo Ferrel: *Estudios Populares sobre los Movimientos de la Atmósfera*. De oscuridad en el lenguaje científico se hacía gala en otro tiempo, y solía tenerse la oscuridad por elevación. El reinado del pueblo se conoce ahora en que los que escriben sobre más sabias materias, gustan de exponerlas de modo que el pueblo llano las entienda y aproveche. Con este objeto ha publicado McKloskie una atrevida *Botánica Elemental* en que cuenta las cosas de la ciencia de manera que atraen por su natural ropaje pintoresco, y no desanima al estudioso con su dialecto técnico:—la cosa importa, y no el nombre. Y con esa tendencia ha escrito Ferrel sus *Estudios Populares*, en que habla de los vientos y las corrientes del océano, de la causa del descenso del barómetro en las regiones polares y en la región central de los ciclones; de la relación entre el graduador barométrico y la velocidad del viento; y de ciclones, trombas y tornados.

Augusto Tischner ha dicho en Alemania que el Sol se mueve;—y acá republican su libro: *El Sol cambia su posición en el espacio: luego no puede ser considerado como un cuerpo en reposo*:—ésa es a la vez la verdad astronómica que inspira el libro y su título, título alemán por cierto. El alemán no concreta, sino que gira alrededor de lo que quiere decir. Y cuida poco de que le sigan o no: continúa desenredando su ma-

deja hasta que cree que lo que quiso decir queda dicho. El más pequeño movimiento del Sol, dice Tischner, echa abajo toda la fábrica de Copérnico. Si el Sol se mueve, las órbitas recorridas por los planetas no pueden cerrarse. No se concibe que un movimiento esté en reposo. Treinta y siete páginas tiene el libro, y más atrevimientos. El alemán dice fría-mente lo que estima cierto.

Más que Cervantes a España, ha aprovechado a Alemania Lutero. Todo hombre libre debía colgar en sus muros, como el de un redentor, el retrato de Lutero. ¿Qué sabe la acabada estatua de ahora cuántos han trabajado en esculpirla, y cuántos han caído muertos con el cincel heroico en las manos?

De Roberto C. Adams es un libro sobre *Evolución: Índice de Evidencia*. Para Adams la doctrina de la evolución no choca con la del origen divino del mundo. No niega la doctrina evolucionista que un supremo poder creó el Universo, sino que, contra lo que el Universo mismo revela, pueda mantenerse que fue hecho sin ley ni progreso, a capricho y a saltos. Adams cree fuera de duda que todo orden de seres vivos nació de un orden más bajo: y que la tierra se ha ido desarrollando como se habría desenvuelto a ser cierto ese principio. La doctrina de la evolución, impotente aún para explicar todo el misterio de la vida, no se opone a la existencia de un poder supremo, sino que se limita a enseñar que obra por leyes naturales y no por milagros. No ataca su existencia, sino que observa que es distinta su manera de obrar de la que se venía creyendo. La imaginación de los pueblos primitivos entrevió confusamente lo que hoy la observación cuidadosa y el análisis lento enseñan; pero no pueden oponerse a las revelaciones inflexibles y desinteresadas del examen, las imaginaciones informes y vagas de los pueblos primitivos. Sabe más el poeta después de treinta años de desangre y batalla, que cuando torneaba de niño su primera redondilla.

Del estudio de la evolución no sale quien anda entre libros de ciencia moderna. He aquí otro libro "escrito por un evolucionista para los evolucionistas".—¡Siempre los hombres tan apegados al detalle, y resbalando siempre de la colosal cucaña! Mucho interesa saber cómo se ha venido haciendo el mundo, aunque esto salta a la vista sin mucho esfuerzo de la naturaleza y de los ojos; pero interesa más saber adónde se va, puesto que a alguna parte se va, después de vivir. Ese problema no preocupa a

Gerardo Massey, autor de un libro muy rico en datos, en ánimo y en osadía: el *Génesis Natural*. Hace poco publicó dos volúmenes que sirven como de primera parte a éste, y los críticos hallaron mucho que decir, y los estudiosos mucho que aprender, del *Libro de los Comienzos*, que ya por su título atrae la atención. Fietschmann, que es un egiptólogo alemán, habla con asombro de las inusitadas sugerencias que el *Génesis Natural* contiene, "inspiradas, dice, por una desenfrenada pasión por el descubrimiento". Difícil es, sin embargo, dejar caer este libro de la mano. Con lo que deja el autor a la imaginación no se corre peligro, porque es ingenuo y se le adivina. Está repleta la obra, valientemente escrita, de sólidos, amenos y bien compuestos datos. Librería es el libro, no pesada como otras, sino segada por mano inteligente, y presentada en flor y fruto. Doce años ha tardado Massey en preparar su obra. Va viendo cómo los mitos primitivos han venido deformándose, migrando, adicionándose, adecuándose a las tierras nuevas, convirtiéndose desde que en Africa nacieron (donde a juicio de Massey nació todo) hasta nosotros mismos, que en forma nueva adoramos ahora los mitos antiguos en nuestros altares. Aquí objetamos, por más que haya mucho de cierto acerca de los mitos orientales en lo que dice Massey, que no siempre la semejanza de espíritu o de detalles en los mitos arguye derivación inmediata, ni siquiera mutuo conocimiento, de los pueblos en que prevalecen; porque es natural que siendo el hombre uno, y la tierra una, y unos, con diferencias escasas, cuantos elementos influyen en él—no sean muy diversas las creaciones del hombre en sus varias comarcas en períodos semejantes de existencia. Los campesinos contemporáneos de Barquisimeto tienen costumbres parecidas, y alguna vez iguales, a las de los antiguos campesinos del Egipto: y no se dirá, por cierto, que las costumbres de Barquisimeto vienen de las de Egipto.

El que sabe más de la naturaleza del espíritu humano, ése sabe más, aunque en detalle analice y sepa menos de todo lo que el espíritu humano ha elaborado: religiones, historia, legislación, poesía. En pueblos vecinos y comerciantes, cuya relación e interdependencia en lo antiguo fue segura, es natural desde el primer momento suponer que los mitos no esenciales, porque éstos en todas partes pueden surgir originalmente del hombre sin enseñanza ni transmisión alguna; los mitos accidentales y pintorescos, que no vienen ni pueden venir derechamente de las condiciones de naturaleza y educación del pueblo que los profesa, o se parecen a los que antes tuvo otro pueblo amigo,—de estos pueblos amigos de antes le vinieron.

Para Massey, del seno del Africa, cuna original del hombre, subieron por el Nilo al Egipto las tradiciones y los símbolos; y en Egipto se asentaron y perfeccionaron, para esparcirse de allí, como de comarca central madre, por todas las de la tierra. Niega Massey la originalidad de la raza aria, ni hay raza aria para él, a menos que no se la tenga por una rama de la egipcia. Del Egipto partieron, según este *Génesis Natural* todos los hábitos, todas las religiones, las creencias todas y todas las lenguas. Serena, pero inflexiblemente, va señalando Massey los orígenes africanos de la mitología cristiana. Uno es aquel soberano espíritu de Jesús, y otro las leyendas con que lo representaron luego la imaginación popular, que naturalmente se adornó con las creencias del tiempo, y más tarde el noble interés de sus apóstoles y el diverso que vino a tener en la eternidad y divinidad del mito la casta de los sacerdotes: siempre los sacerdotes dieron muerte a lo que pusieron en vida los apóstoles. Al cristianismo llama Massey "Cristología equinoccial". Alegorías ve en lo que otros ven misterios. Y enseña como éstas son leyendas astronómicas. Sinceridad, bravura y erudición avaloran el libro de Massey.

Fuera de traducciones de poca cuenta del francés y el alemán,—y de un libro en que se estudia el manejo y composición de las materias explosivas que han venido a acelerar el fúnebre trabajo de la pólvora, y a los cuales por más que parezca monstruoso, no hay derecho a rechazar mientras no se rechace ésta, fuera de buenas reproducciones de libros ingleses, y de uno entre ellos sobre la *Unidad de la Naturaleza*, escrito por el duque de Argyl,—que es bien que se vayan haciendo estudiosos los duques, y se vaya viendo que la Naturaleza es sagrada, consoladora y una,—no se han publicado otros libros interesantes de cosas de ciencia en este mes de marzo.

Se habla mucho de Fulton y de la primera máquina estacionaria de Watt; y bastante se habla de Trevithick, a quien se puso en estatua por haber ideado la aplicación del vapor a una máquina movible. No fue Trevithick, sin embargo, el originador de la idea, sino el mismo que descubrió el uso del gas para el alumbrado, el mismo que tuvo al ingenioso Trevithick de discípulo y ayudante, a quien, falto de ocasión y tiempo de completarlo, comunicó su invento: fue Murdock el inventor de la locomotora.

Entre inventores, como entre políticos, parece ley que el que ve una verdad, nunca la goce, acaso porque para dar lugar a que una verdad

se haga paso entre los hombres es necesario verla con más tiempo de anticipación del que puede esperar una vida de hombre a hacerla posible. Erasmo puso el huevo y lo empolló Lutero. Trevithick no hurtó, sino recibió del mismo Murdock la confianza de su invento. Ya en aquel tiempo ¡quién lo dijera! y cuando se conocía su habilidad mecánica y vigor de observación, sólo halló socio para su empresa en condiciones que le hubieran obligado a abandonar por largo tiempo el trabajo de que vivía.

Watt tuvo otras máquinas en que guiarse para producir la suya de vapor estacionaria: tuvo las del marqués de Worcester, Newcomen, Leupold y Savery; tuvo otras. Pero Murdock no tuvo modelos. Cuentan que Cugnot tuvo hecha una locomotora en Francia en 1770, antes de que Murdock concibiese la suya; pero de este invento, siempre confuso, no pudo Murdock, trabajador en una ciudad de Inglaterra, saber nada. Jamás se llegó a mover la locomotora de Cugnot.

Newton previó acaso lo que Murdock hizo; pero Murdock lo hizo. Lo hizo en un modelo pequeño y rudo, que Mathew McFee enseñaba meses hace en una conferencia en Inglaterra. Trevithick luego añadió unas partes y mejoró otras a la extraordinaria invención, y la sacó a luz, por lo que se le tiene como el aplicador del vapor a los ferrocarriles. Y aunque no sean nombres fáciles de retener en la memoria, es de justicia escribir que adicionaron después el invento Blenkinsop y Hedley y lo perfeccionó por fin Stephenson. Nombrarse debe a estos tenientes del inventor, como se nombra, con menor razón, a los de un general afortunado.

Esto que decimos de Murdock no es vejez tomada de añejos periódicos, lo que en *La América* no es uso, sino novedad biográfica, que en la memoria original leemos que Mathew McFee acaba de presentar a principios de este año a la Sociedad de Globos de Inglaterra.

La América. Nueva York, abril de 1884

9

UN LIBRO SOBRE LOS INDÍGENAS DE NORTEAMÉRICA

Osgood & Co., de Boston, acaban de publicar un excelente libro.

La autora es Ellen Russell Emerson: la obra se llama *Indian Myths*, y es notable.

La distinguen dos cualidades peculiares: conocimiento acabado y claramente transmitido al lector de la mitología indígena de Norteamérica y sus semejanzas con la de otros pueblos primitivos; defensa fundada y casi entusiasta de la bondad y perfectibilidad de la gente indígena.

La obra trae un segundo título que la explica un poco más: "Leyendas, Tradiciones y Símbolos de los Aborígenes de América, comparados con los de otros países del Indostán, Egipto, Persia, Asiria y China".

Llena de vida y de interés está la obra. Tiene fe en la inteligencia y benevolencia de los indios; pero la tiene fundada en un riguroso análisis científico. En ninguna otra obra se encontrarán tan clara y atractivamente como en ésta los ritos, las instituciones políticas de los indios; las relaciones, autoridad y modo de sucesión de sus caudillos, patriarcas y reyes; la división de las varias naciones en linajes, y las restricciones y limitaciones que existían en estos países para el matrimonio entre parientes y el castigo de las ofensas.

En los *Mitos Indígenas* halla el lector reseña fiel y vívida de las asambleas y consejos de los indios, y extractos detallados de sus debates, en que a cada paso se enseña la natural inteligencia del indígena americano, y su desusada capacidad para la organización, artes, gobierno y oratoria.

Menos nos interesa a los lectores de Hispanoamérica la porción filológica del libro, muy nutrida y juiciosa, en que se demarcan por sus dialectos las naciones indígenas, que las amenas páginas en que la autora discute sobre la peculiar perspicacia de los sentidos de los indios, y la influencia que esta cualidad ha ejercido en su imaginación, religión y lenguaje.

En lo que la autora yerra acaso es en suponer, como es común y probablemente erróneo, que todas las creencias de los hombres parten de un origen común. Esa opinión se funda en que las creencias de todos los pueblos se parecen; lo que no es extraño, sino indispensable, puesto que en todas partes el mismo individuo ha nacido y vivido en la misma naturaleza.

La América. Nueva York, mayo de 1884

EL "CENTURY MAGAZINE"

Los indios de Norteamérica.—La campaña de los "nez percés".—El "Trueno que Rueda en las Montañas".—Nathaniel Hawthorne.—Hawthorne y las obras de imaginación

De la barbarie de los indios hablan; fuera más justo hablar de sus virtudes y prudencia. Las tropas norteamericanas, abatidas mil veces y puestas en rota por los guerreros indios, los van acorralando, apresando, tragando. Defienden árbol por árbol los bosques en que nacieron, y la nobleza y amargura con que al cabo se rinden a los blancos poderosos sólo igualan al ímpetu con que se entran por sus filas, siguiendo con alaridos penetrantes a la manada de caballos salvajes que echan de vanguardia y escudo. Donde ponen el ojo, abren una herida. No se cubren de cotas ni cascos para guerrear, sino que se quitan las ropas, se arrojan sobre las filas enemigas, y hacen de su pecho limpio culata de sus rifles. Cráteres flameantes son sus rifles. No guerrearán por apoderarse de la tierra del vecino, sino para defender la propia; y como los búfalos de sus selvas nativas, ponen en cerco, que amparan con sus cuerpos, a sus mujeres y a sus hijos. Antes de pelear, discuten. Llamen a congreso: todos tienen palabra y voto; el que no piensa como los demás, no tiene obligación de obrar como ellos. Tienen aquellas patriarcales prácticas, y decoro, y fiereza y apostura de las tribus germanas que César describe, y Tácito. El *Century* de mayo abre sus páginas con el retrato del "Trueno que Rueda en las Montañas", del valeroso, sagaz y prudente jefe de guerra de los "nez percés".

¿Por qué les quitan sus valles donde nacieron, y nacieron sus hijos y sus padres? ¿Por qué les prometen, al despojarlos de una feraz campiña, guardarles otra que no parece tan fértil, y apenas se descubre que lo es, los echan de ella, quebrando el tratado; y a ellos, y a sus esposas, y a sus hijuelos, los clavan a los árboles y los ametrallan si resisten? El "Trueno que Rueda en las Montañas" está ya vencido. Tiene el rostro cuadrado, y puesto sobre el cuello como una fortaleza. Cauces de río parecen las arrugas que le hienden las mejillas, y le cercan los párpados y la boca; ésta, la aprieta; y habla con los tristes ojos; la frente es limpia; las cejas, montuosas; de águila joven la nariz; los labios finos; la barba lisa, firme y ancha. Cuando hablaba, que desde que lo vencieron no habla,

era en sabias parábolas. Tiene símiles que tunden y arrollan como si fuesen poderoso ejército. El hombre indigena americano es a la par sensato y pintoresco.

¡Qué triste estaba el "Trueno que Rueda" la mañanita en que, previendo desastres, fue a presidir las tribus indias reunidas en consejo general en el campo de Lapwai, para ver de sacar al hombre blanco del valle nativo! ¿Dónde están los pintores de América, que andan pintando mosqueteros y moros y mascarillas, y no pintan aquella gala de los ojos, que a otra ninguna histórica cede en lo graciosa y en lo épica? Era mayo, y gran luz, y estaban las yerbas llenas de brillante rocío; y las tiendas de pieles, como panes de azúcar, sembradas por el llano; y las indias aderezando los manjares, cubriendo de abalorios sus ponchos de piel de oveja, o mondando los gruesos membrillos de las cercanías; y los indiezuelos, elegantes como palmeras, mirando atónitos a los guerreros que de todas partes al llano se entraban. ¿Y éstos son los bárbaros, que vienen a discutir, por la boca de los viejos, de los cuerdos y de los bravos, en sesiones que duran seis días, las razones de la paz y de la guerra? A caballo se vienen por hileras, cantando sus canciones dolorosas, como de pájaros sacados de sus nidos; atadas al cinto, o flotándoles por la espalda, llevan las mantas de alegres colores; los nerviosos caballos van pintados de amarillo y azul, o de rojo encendido, y sobre la frente pavonean su penacho de duras plumas de águila. Plumero de colores aprieta a las sienas la cabellera suelta de los jinetes indios, y la larga cresta de plumas les baja por la espalda, cubierta de ancha lana, realzada con bordados caprichosos y con remates de flecos de cuero; calzoneras de cuero llevan unos, holgadas y viejas; y otros, más bellos acaso, las fuertes piernas desnudas, como los hermosos iberos. Por el cuello le caen hilos de garras de oso; y unos llevan brazaletes de ellas, y otros las lucen ceñidas a los tobillos. A poco estaban los caballos en suelta, el llano silencioso, en los "tepees" de pieles encerradas las familias, y el consejo, con el "Trueno que Rueda" a la cabeza, en la yerba sentado. Habla el "Trueno que Rueda", y dice que para deliberar se espere a que todos estén juntos, y aconseja que se debata por largo tiempo y ampliamente. El "toot" trémulo, el sacerdote de cabellos grises, impreca al intérprete para que diga la verdad "en nombre de los hijos e hijos de hijos de ambos, indios y blancos". Porque los blancos andan cerca, decididos a quedarse con el valle, y en espera de lo que decida el consejo. Y se abre el debate. Ollitut, a la cabeza de los jóvenes, quiere la guerra y el "Espejo" la quiere y el "Pájaro Blanco"; pero el "Trueno que Rueda" sabe que una

millarada de buitres puede más que una paloma, y cuando la discusión se encrespa, suspende los debates y al nuevo día, ya entibiados con la plática familiar y los consejos de la tienda, la sesión, con el blanco a las puertas, se reanuda.

¿A qué contar la historia?

En un vivero, los peces grandes se nutren de los pequeños; y en la llanura fresca de Lapwai, y por los montes, y por sobre los ríos, y en los despeñaderos vecinos—aunque a veces los "nez percés", forzados a la pelea con el norteamericano, suelen espantarlo y aventarlo, como el viento furioso el grano vano de las eras,—rehacen los blancos sus fuerzas mayores; detrás de los montoncillos de tierra que levantan con sus bayonetas de pala se atrincheran; caen rompiendo entrañas y acabando niños sobre el campo dormido que el "Trueno que Rueda" llama con admirable angustia a la batalla, y a los blancos resiste; hasta que al cabo, muertos todos los viejos, y los caupolicanes jóvenes, y las mujeres a quienes amaban, y los hijos que en ellas tuvieron, el corazón enfermo y triste, y sin comida y sin ropas, el "Trueno que Rueda", con los más de los suyos, se para y se rinde. Así han ido cayendo, engañados primero con tratados—siempre, y nunca por los indígenas, violados,—todas las tribus de los naturales.

Aquí viene a entregarse, magnánimo y hermoso, el "Trueno que Rueda". Lentamente camina su caballo, como quien lleva un pesar. Más que de Boabdil, tiene el indio de Vercingetorix. Las dos manos ha puesto sobre la poma de la silla; el rifle yace frío sobre ambas piernas, y la cabeza lleva baja; más que le cercan, le acarician, y se aprietan a él humildemente, cinco de sus guerreros, que le miran y le hablan muy quedo; pero él no ve, aunque escucha. Mas no bien llega a las tiendas de sus vencedores, yérguese sobre la montura, como si todavía tuviera dentro de sí alguien a quien domar, apéase con dignidad, se le ve estremecerse bajo su manta de lana gris agujereada por las balas, y con el brazo tendido, ofrece el rifle al jefe americano.

Junto a las páginas que cuentan las hazañas, habilidad y majestuosa cordura del caudillo de los "nez percés", están, palpitantes de cariño, las páginas perspicaces en que describe el hijo del genioso, profundo y sincero novelista Hawthorne los lugares de la ciudad de Salem, donde nació y vivió, amado por su humildad, y entre los grandes de la mente tenido como el mayor, aquel descriptor leal, veedor privilegiado, artista extremo y sentidor sutil de la Naturaleza y de su espíritu; porque Hawthorne no

veía, como Balzac y los noveladores de ahora, las líneas, minuciosidades y ladrillos y tejas de los lugares que copiaba; sino su alma, y lo que inspiran; y tenía una peculiar y dichosísima manera de ir acordando sus criaturas y los paisajes en que las movía, lo cual daba a todas sus novelas aquella rica vida espiritual, caliente luz y perfecto conjunto que las avalora. Que otros pintan actos, y combates de la voluntad, y dramas de pasiones; pero Hawthorne pintaba lo que en sí mismo lleva el espíritu del hombre, y nadie supo como él descubrirlo y revelarlo. Le fue dado asomarse a lo invisible.

Esos son dos de los estudios curiosos que trae el número de mayo del *Century Magazine*.

HAWTHORNE Y LAS OBRAS DE IMAGINACIÓN

Por debajo de las obras de fantasía, como la sangre por debajo del cutis, ha de correr, si se quiere que el libro sea viable y no se desvanezca como el alcohol expuesto al aire, un sentimiento vivo o un pensamiento de valor permanente.

Las inteligencias superiores tienen saludable horror a esas obras fáciles y brillantes, producidas sin entusiasmo y a capricho por la mera imaginación. Prefieren los espíritus profundos callar largo tiempo, a emplear sus fuerzas, como quien pinta sobre las aguas del mar, en obrillas que nada añaden al conocimiento humano, ni revelan un rincón nuevo en el corazón, ni son más que prueba fútil de la capacidad del escritor para levantar un palacio sobre una bomba de jabón. Es bello, pero es indecoroso. Emplearse en lo estéril cuando se puede hacer lo útil; ocuparse en lo fácil cuando se tienen bríos para intentar lo difícil, es despojar de su dignidad al talento. Todo el que deja de hacer lo que es capaz de hacer, peca.

Estas ideas nos despierta lo que en un diario de estos días refiere Julián Hawthorne de su admirable padre. Dice que escribió aquel conocedor acabado del espíritu, que cuando ponía los ojos sobre él ponía claridad, una serie de cuentos fantásticos que pasaban entre hechiceras y brujas, y los quemó todos, "porque no encerraban ninguna verdad moral; porque eran narraciones de pura imaginación, fundadas en la leyenda o en la historia, y no tenían aquel equilibrio y proporción espirituales que constituyen la obra de arte".

La América. Nueva York, mayo de 1884

EL LIBRO MONUMENTAL DE BANCROFT

"Historia de los Estados del Pacífico".—El último tomo, "Historia de la Nueva California"

Ya tiene fama universal el libro americano que con el título de *The History of the Pacific States*, está publicando Hubert H. Bancroft. Se sabe que tiene una biblioteca casi tan rica como lo fue en un tiempo la de Alejandría; que emplea en su libro, que él en parte escribe y en todas revisa, un número considerable de buscadores de hechos y edecanes. Dirige Bancroft su *Historia de los Estados del Pacífico* como un general en jefe dirige una batalla. Lo cierto es que ha reunido tanto libro y manuscrito sobre América, y revelado tanto nuevo, y recordado tanto hecho interesante y minucioso, que no habría ogro intelectual que por sí solo hubiera podido poner en libro tanta masa. El ha ideado su plan; ha trazado su edificio; dibuja sus entradas y salidas, y las columnas que han de sustentarlo; y mientras perfila y remata lo acabado, y echa abajo una parte imperfecta para rehacerla mejor, y pone la frase maestra y la deducción racional donde el colector sólo ha amontonado datos, los trabajadores de segunda mano, algunos de los cuales la tienen muy buena, le fabrican la masa de la obra. Así van publicados ya, en lenguaje sencillo y sin el desconcierto, contradicción y fealdad artística que fueran fáciles en libro de tal tamaño mal dirigido, unos trece volúmenes de esta historia, que desde su base misma fue ya un monumento. Porque antes de ponerse a escribirla, Bancroft había gastado de su bolsa unos seiscientos mil pesos en libros, manuscritos, jeroglíficos y compiladores que se los ponían en orden.

Acaba de publicarse el volumen decimotercero, que trata del descubrimiento y primera tentativa de población de la Nueva California. Bancroft es de aquellos Estados, que, como no han dado mucha gente de letras, celebran y miman al que con un solo libro atrae sobre California la curiosidad y el aplauso. Y Bancroft ha querido pagar este cariño y satisfacer su amor de hijo tratando con homérica minuciosidad los más sencillos detalles de la primitiva vida californiana. Que tiene poco que contar; porque ni los aztecas, a pesar de ser gente trabajadora y buscona, dieron con las minas de oro y plata de aquella rica porción del continente; ni los españoles, que eran menos que las minas de México, parecían

tener en cuenta el maravilloso territorio. De España les decían que era sabido lo muy valioso de aquellas tierras, y que debían poblarlas; pero ya los señores castellanos de esta parte del mar estaban más para gozar lo que habían conquistado sus mayores, y vivir de la labor de los indios, que para obedecer a reyes e intentar hazañas nuevas.

El explorador Cabrillo anduvo por California en 1542 y 1543; Sir Francis Drake la visitó, asombrado de tanta natural riqueza, en 1579; en el 84 del mismo siglo, Gali; Carmenor en el 95, y Vizcaíno al fin, que fue quien dijo más, en 1602 y 1603. Pero pobladores españoles no vino a tenerlos California hasta 1769; y tan poco hicieron y con tal desmayo la poblaron, que al comenzar este siglo, la que luego se ha levantado en unos cuantos años a poderío y fortuna que parecen un colosal sueño de piedra, era una pobre tierra olvidada con unos cuantos frailes, guardacostas e indios.

La América. Nueva York, junio de 1884

12

UN LIBRO NUEVO DE BAIN

Alexander Bain está publicando importantísimos libros. Sin preocupaciones, por lo menos sin preocupaciones metafísicas, estudia la vida y procura desentrañar los elementos de cada acto humano y lo que hay en todos ellos de orgánico y fatal, común a toda la especie, y lo que hay de mudable e imprevisto y peculiar de la persona. Está, como tantos otros, poniendo el hombre ante sí mismo. Ese es el maravilloso ejército moderno. Esa la nueva casta sacerdotal. Esos, en el nuevo estado humano, los que suceden y reemplazan a los héroes.

El último libro de Alexander Bain, que en este instante cae en nuestra mesa se llama "Estudios prácticos". Estos no son estudios, sino servicios. Darnos las riendas de nosotros mismos, es como sacarnos del camino de la desventura.

Trata en los dos primeros sobre los "Errores comunes de la mente", en otros dos sobre "Exámenes por oposición" y la "Controversia sobre la utilidad de los Estudios Clásicos". En otro ensayo, diserta sobre la tendencia y método que han de señalar la discusión de las cuestiones de filosofía en las Academias de estudiantes. En otro pinta el "Ideal de la Universidad". El que le sigue es un capítulo excelente por lo que a vuela

ojo alcanzamos, que no llegó a publicar el autor en su muy sesuda obra sobre la "Ciencia de la educación", de la que forma parte, y en el cual capítulo trata de la manera de instruirse a sí propio por medio de libros: y como los que anhelan aprender, suelen leer sin tasa y a destajo, lo que a veces más les cansa, abruma y confunde que aprovecha. No hay que decir que este capítulo solo vale el libro.

La América. Nueva York, junio de 1884

13

LIBROS NUEVOS

"*California's Wild Justice*", H. H. Bancroft.—"*Our Electoral System*", Ch. A. O'Neil.—"*La Cronología Prehistórica de América*", Daniel G. Brinton

"CALIFORNIA'S WILD JUSTICE"

H. H. Bancroft

La lengua española ha dado a la inglesa varias palabras: *guerrilla*, *olla podrida*, *pronunciamiento*, *vigilante*. El último tomo de la "Historia de los Estados del Pacífico", de Bancroft, es la historia del *vigilante*, del ciudadano amenazado que toma en sus manos la ley vendida por los tribunales cobardes o corruptos, de la "Junta de Vigilancia", armada e inapelable, con que, saltando por sobre la policía ociosa y los tribunales inermes, se liberaron a horca limpia de asesinos y ladrones los habitantes de la ciudad de San Francisco. Los pueblos de rodillas flojas pudieran aprender valor en este libro. Dominaba el rufián en California: se robaba al sol: la bribona y su amante gozaban en público el oro arrebatado a los mineros: las tiendas eran del primer atrevido que se presentaba en ellas cobrando el barato: en los caminos, los encargados de cuidarlos asaltaban las diligencias: un ladrón, harto de matar, era el corregidor de uno de aquellos pueblos: la justicia estaba en manos de los que violaban descaradamente la ley.—Nada más que bravura se necesitó para echar abajo toda aquella fábrica. El crimen es cobarde. Un comerciante habló con su dependiente, éstos con dos más, los cuatro con ciertos vecinos determinados, que levantaron en cada barrio una junta. El día siguiente robó un Jenkins la caja de una tienda: lo trajeron ante el tribunal de vecinos

entre bocas de pistolas; juzgáronlo honradamente, oyendo el contra y el pro: consultaron al pueblo reunido afuera si se hacía bien en sentenciarlo a muerte: a algunos que vacilaban, dijo el más bravo de todos, poniendo su revólver sobre la mesa: “¡Me parece, señores, que aquí estamos para colgar a alguien!” y lo colgaron. A los tres meses, libre ya de ladrones California, los ciudadanos, que no abusaron de su influjo, lo depusieron ante los tribunales de oficio: “aunque continuamos ligados por nuestro juramento de lidiar hasta morir por purgar esta tierra de malvados”. Cada pueblo del Estado levantó su junta, y se compró, como se ha de comprar siempre, la libertad con el peligro. Consta el tomo de Bancroft de quinientas páginas, eficaces y dramáticas.

“OUR ELECTORAL SYSTEM”

Ch. A. O'Neil

Leer los periódicos hispanoamericanos basta, para tener ocasión de lamentar el desconocimiento que en nuestra tierra reina sobre lo activo y verdadero del sistema político de los Estados Unidos, que unos, como quien sale al paso a la luz, deprimen puerilmente, y otros, llevados de la mera forma, encomian e importan fuera de medida, con aquel afán generoso con que los jóvenes, equivocándose de continuo, confunden el amor a toda hermosura que llevan en sí, con la primera damisela que les hace ojos. La libertad, en la pureza con que la sueñan, adoran los hispanoamericanos en este país donde la plena y constante acción del hombre la tiene aún asegurada. ¿Quién sabe en nuestras tierras que Arthur llegó a ser Presidente de los Estados Unidos, y no su rival Morton, porque Morton se negó, en la Convención que discutía las candidaturas, a dar su cheque por la cantidad que le ponían de condición para proponerlo, al lado de Garfield, de Vicepresidente? El libro de O'Neil *Nuestro Sistema Electoral*, no revela estos secretos, pero sí cómo en la práctica se entienden las leyes de elecciones; cómo, sin tocar lo esencial de la ley, han venido cambiándose los modos de elegir el Presidente, hasta que el poder de éste es hoy más del que era, y el del Congreso menos; cómo el nombrar las Legislaturas de los Estados a los electores presidenciales, pone la Presidencia casi fuera del alcance del pueblo, que es su dueño único, y la deja a merced de los contratos, comercios y fullerías de los representantes de opuestos partidos; cómo se cuentan; se revisan, se falsifican, se roban los votos, y, en suma, cómo, y con qué obstáculos y ventajas, obra en la práctica el sistema electoral de los Estados Unidos. El

libro es ameno como la historia, e interesante, como todo lo que se ve a la luz de bastidores.

“LA CRONOLOGÍA PREHISTÓRICA DE AMÉRICA”

Daniel G. Brinton

A Brinton, de Filadelfia, debemos mucho los americanos. Por el respeto entra el amor: a quien se desdeña, no se puede querer: los pueblos de indios, como casi todos los de América, con ellos han de andar, o andarán poco contra ellos. Brinton, con lo mucho que sabe de Etnología y Arqueología, lleva publicados en su “Biblioteca de Literatura Aborigen” libros donde se ve que ésta, que por el mal trato de los españoles y la desidia nuestra parece raza bárbara, tuvo desde el nacer lengua admirable, rica imaginación, fiestas floridas. De nuestra América ya lleva Brinton publicados: “Las Leyendas Mayas”, una “Gramática de la lengua cakchiquel”, y “El Güegüense, baile-comedia en el náhuatl-español de los primeros tiempos de la conquista”, donde resaltan la gracia y orden, naturales en aquella gente ingenua. Lo último de Brinton, que acaba de leerlo ante la Asociación de Adelanto de las Ciencias, es su “Noticia de los datos actuales para el estudio de la Cronología Prehistórica de América”. El es maestro en el asunto, como se conoce, entre otros libros, por sus “Autores Aborígenes de América, y sus Obras”. Tan cierto es para él que la raza americana es de remota antigüedad, como probable que el hombre no apareciese en América: “El hombre no pudo proceder de ninguno de los mamíferos fósiles conocidos en el continente, acaso vino del oeste de Europa por el puente de tierra preglacial que la unía a América, y de Asia luego”. Pero en todo ve Brinton demostrada la antigüedad de la estirpe humana en América:—en los depósitos de conchas y huesos de especies distintas donde se han hallado restos de cerámica y útiles de piedra pulidos con relativa habilidad, y en los arenales de Trenton y lugares varios, ricos en residuos paleolíticos que revelan la existencia del hombre americano en la época glacial, cuando no antes;—en lo esparcido del cultivo del maíz y del tabaco, que en edad remotísima se cosechaban, desde el Canadá hasta la Patagonia;—en las doscientas o más lenguas aborígenes diferentes de raíz en Norte y Sudamérica, lo que acusa una edad muy lejana, pues sólo por la duración de ella pudo parar en esas opuestas ramas una raza cuyo común origen se comprueba por la identidad de los cráneos hallados en los depósitos cuaternarios más antiguos:—y en el descubrimiento de útiles de labor en los depósitos gla-

ciales, lo que remonta la existencia del hombre en América hasta la época del hielo, hace unos treinta y cinco mil años.

El Economista Americano. Nueva York, agosto de 1887

14

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Clubs y libros.—El Club de los Trece.—El Senado de los ricos.—Por las lenguas modernas y por Browning.—Los “Dramas en prosa” de Ibsen.—El “Yanqui en la Corte” de Mark Twain.—Los “caballeros” del Sur.—Un club de mujeres

Nueva York, Enero 13 de 1890

Señor Director de *La Nación*:

De lo osado del Club de los Trece escriben hoy más los diarios que de la muerte del proteccionista Kelly, el “padre de la Casa” de Representantes, que tenía tiempo para contestar a cuantos le preguntaban sobre datos y argumentos en pro de la protección. De los trece ataúdes y de las trece velas del club se habla más que de la tardanza de los Estados Unidos en reconocer el gobierno nuevo del Brasil, so pretexto de que no es república firme ni gobierno popular de veras, sino una napoleonada, y Fonseca un militar usurpador, un rebelde victorioso, un ave de rapiña. De los trece platos, de los trece vinos, de los trece brindis, de los trece asientos, de las trece mesas, andan tantas anécdotas en los periódicos, y las reuniones, estos días como de la vergüenza de que un candidato a la Presidencia haya defendido en el Senado al amigo de Harrison que en una carta dio orden de comprar por cinco los votos “flotantes” de Indiana, los votos de los campesinos socarrones que esperan, mirándose las botas, que éste les ofrezca más que aquél, y votan por el que más les ofrezca, como dicen que han hecho los representantes demócratas de la legislatura de Ohio que han vendido el nombramiento de senador, por dinero contante, a un magnate ferrocarrilero que sólo a medias vive en el Estado, y quiere ir de compañero de los millonarios que hacen las leyes

de ferrocarriles; porque antes el Senado era como lo quisieran los fundadores, y dice el libro de Story, que debía ser “premio del mérito, y casa del talento”; pero ahora los que están son los abogados de la gente de empresa, y los empresarios mismos, que saben que los políticos de oficio son criaturas de compra y venta, que practican la profesión porque de cómplice se saca más provecho que de trabajador. y se suben sobre las masas para vender al postor interesado la autoridad que les viene de ellas, siendo ya tal la opinión contra este exceso de millonarios entre los senadores, que un hombre de valer que pretendía entrar en él ha desistido de la candidatura, porque es rico, además de hombre de mérito, y teme que se diga que anda “en el crimen de comprar votos” y de sacarle la raíz a la República, que no tiene más cimienta ni más válvula que el voto libre.

Ayer todavía se hablaba de que no hay pianista como D'Albert, que nació en Escocia y quiere que lo tengan por alemán, ni español que lo sea menos que Sarasate el violinista, que es el ídolo de las damiselas locas este mes, y les pone cara de violín; ni cantante menos dádivo que Tamagno, que está cantando con la Patti en el Auditorio enorme de Chicago, y da de propina un centavo en vez de los cinco que manda la ley, y no compra vino, o convida a la prensa a almorzar, o va en coche; ni poeta como Browning, el inglés profundo y confuso que acaba de morir, y cuyos versos van a oír por las tardes al teatro las damas, como a un templo con el “Asolando” o “La Mancha del Escudo” en el ridículo, y un poeta de compañero, que les vaya explicando las líneas, mientras que la lectora, en el estrado lleno de lirios, gime o truena, o lee aquella poesía de pensamiento, desconcertada y radiosa, como si le viniese silbando de lo alto, y la tribuna fuera trípode. Todavía ayer hablaban de ese versátil Depew, que en diciembre y enero está en todas partes, y no hay banquete donde no vaya levantando la bandera de las aristocracias, que en su persona brillante se miran, y unen, a tal punto que ya es el candidato natural de todas ellas para la Presidencia, y no lo hay más diestro, ni activo, ni elocuente, ni desenvuelto, ni mimado.

Hablaban del discurso iconoclasta del poeta Lowell, el que lee griego de corrido, y ha dicho en verso que la literatura griega es “lo único acabado en este mundo de prisas” y ahora predica que lo que se ha de estudiar en las letras es lo que se ha dicho en ellas, y “la autobiografía del hombre”, más que el modo de decirlo, que con ser sincero y directo ya es literario, sea de este siglo de calzones o de los de calzas, y vaya el hombre de manto y sandalias, o chistera y levita. Los del oficio literario,

apréndanlo todo, porque no hay goce como el de leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos a la mañana del mundo, ni lectura que beneficie más que la de Catulo elegante, por lo ordenado y preciso, o la de Horacio, el maestro del reposo. Pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas, donde se contiene hoy lo nuevo y lo viejo, y no en las muertas, donde sólo lo viejo está, que es menos de lo que se debe aprender, y lo que menos importa, puesto que fuera de las curiosidades de aquellos tiempos de Lesbias y Falernos, y la certeza de que siempre fue igual a sí propio el hombre y no valernos hoy menos, ni mucho más que los romanos, ¿qué aprende de veras, con aprenderse todo Plinio, y todo Ennio? A comparar con imparcialidad, a observar por sí, y a decir con orden, vigor y música, es lo que se ha de aprender; y eso no viene de una literatura sola, o de ella y sus ramajes y renacimientos, sino de ponerse fuera de ellas, y estudiarlas con mente judicial a todas. Precisión, ¿dónde se aprende mejor que en el inglés? En gracia y limpieza, lo francés ¿no es lo mejor? Y si se dice lo que se piensa con verdad, y sin churrigueras ni floriantes, sin cascabeles ni pasamanerías, ¿qué lengua enseña más ni disciplina mejor que la propia?

Y del dramaturgo de moda han hablado mucho, que es el noruego Ibsen que empezó con tragedias de castellanías, al uso del romántico Ochleuschlager, y con comedias en rima, que es lo absurdo de pintar lo verdadero, con una lengua falsa, hasta que conoció lo hipócrita del mundo, la virtud que suele haber en lo que pasa por pecado, los esqueletos que las casas tienen debajo de la mesa, la bondad de la vida sincera y libre, y puso en sus "dramas en prosa", ya en Europa y América célebres, su doctrina de la necesidad de fundar las relaciones humanas sobre bases más francas y justas, de modo que la mujer no sea la muñeca o la hembra, ni el hombre la cabalgadura de los que nacen a caballo.

Las damas de moda ostentan en los carros, en las tiendas, en el costurero, su libro de Ibsen; un teatro pone en escena "Una casa de muñecas" de donde sale la mujer por su voluntad, abandonando al marido egoísta y autocrático, y a los hijos que en sus "ocho años de sueño" tuvo de él, cuando se convence de que en lo del alma no la ha tenido su esposo de compañera, y la mueve el espíritu rebelado a buscarse por sí puesto en el mundo: y en otro teatro representan "Los pilares de la sociedad", que es en comedia de lo poco nuevo y durable, desde que escribieron los griegos y latinos, y no parece invención, ni es salsa nueva de substancia vieja, sino la pintura irreprochable de la vida hipócrita, con la virtud

que la hermosea, y la vence; el realismo pleno y verdadero, que es útil y encanta, no como el que sólo pinta el mal, que es falso.

Pero del Club de los Trece, por el gran banquete del año, es de lo que se habla hoy; de que la lista de la comida estará impresa en un dibujo de lápida funeral, y la de los vinos en un ataúd; de que a los trece minutos después de la hora se sentarán a comer; de que el club se alumbra con tantas bujías como miembros tiene, que son muchos y famosos, y eso no fue por lo más sereno de la luz, sino porque el club se creó para disipar preocupaciones y pelear contra el miedo insensato, y como la primera casa del club se vino a tierra, y en la segunda la caída de un muro apagó el gas, encendieron "las bujías de la vida", a ver si se apagaban, y las dejaron de luces. El soberbio Conkling, que murió de verse vencido en su política personal e inútil, fue de los trece fundadores. Barnum, el octogenario travieso, otro; otro, Ingersoll, el que cree en la honradez y en la poesía por única religión. Y desentierran las leyendas curiosas: ¿no era el bardo, en los tiempos de los primeros monarcas de Inglaterra, el que en los convites de los veinticuatro se sentaba, al lado de las dignidades, en el sitial número trece? Las caballerías están ahora en boga, porque de ellas, fuera del "Quijote", nada se dijo mejor, ni que las batanea y tunda con más eficacia y novedad, que el libro que, con su fuerza de hombre natural, ha escrito, previsor e indignado, el humorista Mark Twain. En su castillo vive él, porque su casa del pueblo de Hartford, rodeada de robles y calzada por un lago, castillo parece; pero lo ganó con sus sesos, pintando en "A la Dura" los caracteres selvicos que había visto con sus ojos primarios en hospitales, y peleas, y minas y ríos, y en sus "Inocentes por el Mundo", y su "Vagabundo en viaje" lo que, con su chiste de blusón y bota, halló de reír de Londres al Cairo. Tenía la mano aldeana, y su tabaco era de pipa; pero ya se vislumbraba en aquellos libros un hombre capaz de ver por sí, con el juicio acendrado por la pena larga y severa, y aquel amor por el triste que, con arte más culto y descansado, creó al fin, movido por el desorden que ve, por la injusticia que lo exaspera, por las castas que se van levantando sobre el lomo de los pobres, este libro del "Yanqui de Connecticut en la Corte del Rey Arturo", donde con la sencilla máquina del contraste entre el yanqui libre y los castellanos de la Tabla Redonda, pone de bulto, con cólera que raya a veces en sublime, la vileza de que unos hombres se quieran alzar sobre otros, y comer de su miseria y beber de su desdicha; y con tal habilidad mueve su asunto, que sin más que copiar lo saliente de aquella edad de rey y obispo, y de villanos y siervos, resulta la pintura de lo que en los

Estados Unidos se comienza a ver, y flagelan con látigo de apóstoles los hombres de virtud, armados en la naturaleza, a soledad y a hambre, para salir, con la pluma de lanza y el libro de escudo, a derribar los castillos de pesos de la nueva caballería. Hay párrafos en el libro de Mark Twain que dan deseos de ponerse en camino para Hartford, a darle la mano. Por los hombres ha levantado bandera, y se lo agradecerán los hombres. En las bibliotecas, el "Quijote" estará bien, y el "Yanqui" junto. Hay adargas y viseras en los dos, y se parecen en la burla magnífica; pero el "Quijote" es lo que es, pintura sabia y dolorosa de la vida del hombre, y el "Yanqui", esforzado por la indignación, es una batalla a lo vaquero, con lazo y revólver como la de su héroe contra sir Lagramor, en pro de la majestad y corona del hombre llano y libre. El argumento cabe en un dedal: un capataz de fábrica en un encuentro con un trabajador rebelde, recibe un barretazo en la cabeza y despierta, con sus artes de yanqui de estos tiempos, eléctrico y buscavidas, en la corte donde toda la ciencia estaba en Merlín, y la bóveda del cielo era la mitra, y la moral del reino los amoríos de Lancelote y Juinever, y el gobierno la voluntad del poderoso rey Arturo; ¡aquel paseo del rey disfrazado, y el yanqui que ha vencido a Merlín y ya es el primer ministro, por las aldeas de los villanos y los campos de los labradores,—por las faldas, sembradas de horcas, del castillo infame,—en la casa de la peste, maldita por la Iglesia, con la cadena de los siervos, vendidos a remate! ¡Aquel torneo de "Jin", vestido de gimnasta sobre su caballejo de la pradera, sin más armas que la pistola al cinto y el lazo por el aire, contra la torre de hierro que le viene encima, y es el gran Lagramor, ahijado de Merlín, que cae de espaldas, chorreando ferralla, con los extremos al cielo, al pescuezo el lazo, y las posaderas en la arena! ¡Aquel sitio de la electricidad, en que Jin y sus cincuenta y dos mancebos, cincuenta y dos corazones de alba, vencen con lances nunca vistos y de veras maravillosos, a los veinticinco mil defensores de casco y coraza de la caballería! Y el lenguaje la flor del yanquismo.

Del vocabulario popular tomó todo lo típico y expresivo, y habla con Jin en yanqui, y con Merlín y Arturo en parla de las crónicas.

Es literario el lenguaje, por supuesto, como que es enérgico y natural, y se ve como prefirió la palabra corta a la larga, y la aborigen a la latina, y como se afaná por poner los vocablos a modo de hueso, más que vestido, de la idea. Los efectos están afilados, como lápices. Algo de araña hay en el estilo, que es de seda firme, por donde huye la araña, entre riendo y temiendo, luego que hirió con los tentáculos a la sabandija.

El autor está detrás del libro, y no le quita encanto asomando en él a deshora, ni parando la acción para que el auditorio le oiga los comentarios y lindezas. Es libro útil, porque con ser de risa, como dicen que es, se ha escrito después de haber llorado.

De otros caballeros se habla mucho también, si es que lo son, porque por criminal han puesto a uno donde no es bien estar, a no ser por defender a los que padecen en su derecho, o por castigar a los enemigos públicos, con los que se ha de hablar siempre a latigazos. Estos se hablaban a balas, y eran unos próceres del Sur, que, porque en su casa se bebió Madera hace cien años, o el fundador de la mansión les picó las ancas a los ingleses en la gran guerra, creen que tienen derecho a vivir robándose el dinero, con nombre de jugar, alrededor de las mesas del club: hasta que, en la vergüenza de una pelea de barajas, salió un caballero huyendo y otro caballero disparándole encima el revólver. De lo que toman pie los diarios para hablar de los clubs de la ciudad, que no son todos para esas deshonras, sino que tienen, entre sus amenidades y fiestas, sus juntas de estudios, y una sobre todo, que es escudo y raíz, y es la de "vigilancia política", obligada a velar por toda violación de la ley, y a decirla sin exageración ni temor, de modo que la misma moderación sea la que la ayude a triunfar, y no haya sorpresas ni rodeos en las malas artes del sufragio que no salgan a luz, ni problema de política, o sociedad, o hacienda, sobre que la junta no inquiete e informe, para que el club cumpla a sabiendas con este deber de la moderna caballería. Porque pasarse la noche mojando barajas en champaña, como esos hidalgos del Sur, es quehacer que merece lo que ha dicho de él, citando una frase de Ibsen, el último club que se ha fundado en Nueva York, que no es el del baño turco, donde, cansadas de la hoja de coca y la morfina, van las bellezas, sedientas e incultas a remendarse el color, o lucir la vanidad, o calmar el corazón sombrío, sino el club de las mujeres de colegio, donde una junta de siete acepta o rechaza las aspirantas, que son muchas, porque no hay allí celos ni pompa, ni se aboga por raras novedades, sino que, a la sombra apacible de las cortinas amarillas, con una acuarela de menta donde se le ve la miniatura, y por todos los rincones grabados finos en marco de plata, las damas amigas que han de venir de alguno de los siete colegios clásicos, leen, y escriben, y comentan la visita de la mujer de Cleveland al club de Browning, y proclaman al Jin humanitario de Mark Twain, con su vestido de punto y su caballo

sin cola, mejor caballero que los que manchan con su vida ociosa y vil el nombre de que usan como ladrones, porque "si no cumplen con sus deberes, no tienen derecho a sus ventajas".

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 12 de marzo de 1880

15

CRÍTICOS DE CHICAGO

¡Este Universo es lo más mono del mundo! Vale la pena empezar con un disparate para hablar de otro. He aquí que como uno de los méritos de la "Vida de George Sand", que ha escrito el francés Caro, dice un crítico de Chicago: "*He does not rhapsodize*" (no peca por rapso-diar): como el otro día, que decía quién sabe dónde, también como mérito: "*He is not enthusiast!*" (no es un entusiasta). Por supuesto que el crítico ha de ser hombre de peso, capaz de fallar contra sí propio, y obligado a hablarnos, como todo hombre digno de tener la pluma, sin una sola palabra más de las que necesita para expresar su pensamiento, ni dos imágenes por una, ni una imagen donde no concurra a la claridad de la idea; pero de eso a echarse por el mundo a arriar banderas, y a negar so capa de crítica cuanta hermosura se ve, no deja de haber distancia. Criticar no es censurar, sino ejercitar el criterio. ¿Que todo ha de ser corriente, rastrero, bajo y podrido? ¿que ya no hay eminencias de genio y virtud? ¿que hemos de preferir Caro a Land, Gottsched a Lessing, Willis a Poe, Laharpe a Shakespeare? ¿la literatura de frac inglés, tiesa y fría como segundón envidioso del lord primogénito, al arrebató sublime, el desarreglo heroico, el gran desorden aparente, la visión del profeta agonizante, la concepción enérgica y expresión patética del mundo? ¿que al falso tono de hablar frío se ha de sacrificar la admiración legítima que inspire un carácter extraordinario o un acto glorioso? ¿que cuando en el examen de un carácter se hallen bellezas sumisas, ha de sofocarse el arranque de la expresión, que busca por lógica el nivel de la impresión, y es falsa cuando no se acomoda a ella, o no la transmite en el grado y fuerza mismos con que se ha sentido? ¿que se ha de perder el arte de ahorrar páginas, por medio de frases culminantes o imágenes justas que concentren viveza y muestren de relieve las ideas

que los escritores de menos poder y habilidad exponen hito a hito en páginas difusas? ¿que el estilo, compuesto para expresar lo natural, ha de salirse del modelo de la naturaleza, que no lo ha hecho todo montañoso, ni todo llano, sino llano y montaña a la vez? Mucha llanura oprime, y mucha montaña también. He ahí dos frases culpables, dos frases que han de parecer mal a los críticos de Chicago.

PINTURA

- 1. THE FIFTY-FIFTH EXHIBITION IN THE NATIONAL ACADEMY OF DESIGN**
- 2. THE METROPOLITAN MUSEUM**
- 3. EL ARTE EN LOS ESTADOS UNIDOS**

THE FIFTY-FIFTH EXHIBITION IN THE
NATIONAL ACADEMY OF DESIGN

As one enters these large halls, which, owing to the unfinished state of some of the works, resemble studios rather than galleries, there is something which attracts marked attention. Among so many incomplete pictures, so many landscapes which resemble chromos, so many figures painted with a few dashes of color and a few confused lines, amidst so much negligence and incorrectness, there are a certain freshness of primitive art, unmistakable originality, grandeur, boldness and love of freedom. The walls are replete with pretentious imitations. Landscapes, which are a painful sign of artistic poverty, abound. Portraits—another poor species of art—are also very numerous. Historical subjects, which reveal intellectual refinement and solid culture, are unfortunately in the minority. Fields too clean, very transparent rivers, banks too pretty, blotty skies, steamships and wharves, isolated figures and unsightly groups, are the most frequent subjects of the works now on exhibition. The coloring, in general, lacks animation. The outlines are vague and incorrect. General Grant's portrait, for instance, appears to have been painted during a foggy morning, and another, by Alden Weir, looks like a ghost emerging from the darkness. In judging works of art, the spirit which animates them and the manner of expressing it must be considered. Unfortunately, we cannot as yet consider the general spirit of the American school of painting, because there is no school here. To copy nature, to imitate European masters, to give color to caricatures, is not to create a school. There are famous names among our artists: Winslow Homer, Eastman Johnson, even Arthur Quartley (when he paints carefully), Moran, Porter, Brown, Gifford. All these and others like them, at least choose American subjects and treat them, as a general rule, in

a intelligent way. But this is not sufficient to give significance to the art of a country.

The art of painting has two principal guides—imagination and intelligence. From intelligence is born the classical, from imagination the romantic, school. The romantic painters are the impressionists; the classic ones the academics. About an impressionist painting, nothing else can be said than “Here is talent”. This praise should not satisfy true artists. If talent exists, it must produce great works. When we imitate, we often imitate what is bad. In painting, as in literature, Americans keep their jealous eyes on European glories. We grumble at them, but we remain slaves to them. While this servile admiration dominates us, we shall never be able to produce anything worthy of the New Continent.

Of these impressionists and classics—although the last are in lamentable minority—the Academy is composed. Two portraits well represent the two schools. “The portrait of Miss H.” by Douglas, shows the free manner; “The portrait of a Lady,” by Porter, the finished school. The brush in the hands of Douglas has been moved by an arrogant and rebellious spirit; in the hands of Porter, as if guided by a slave of the science of coloring. Draperies and fresh tints are predominant in Porter’s work; vigor and reality are admirable in Douglas: but a craving for effect greatly mars the latter’s picture. It is true that figure of the young lady dressed in black may be said to be in bold relief and to look at you with almost human eyes. But that yellow background, is it the studio of a painter (as stated in the catalogue), or is it a bale of hay, or an antique drapery, or the wall of a miserable garret?

In many of the pictures there is great incorrectness of drawing. Drawing can only be neglected by those artists who are perfect draughtsmen. One can become a good impressionist when he has been a long time an academic. But to paint lines, to dare to present picture unworthy to be hung on the walls of a Long Island hovel, will never be the way to elevate the art of America. The picture “Neighbors” is a sample of this unpardonable negligence. There are only a quantity of stains, supposed to represent faces, painted with whitewash, without any expression; a yard is there represented with trees that would bring a blush to the cheeks of a beginner. Genius beautifies the monsters it creates. Without genius, the monsters alone are apparent.

“Strictly Confidential”, by F. Wood, is a delightful and modest composition. It has American character and European refinement. “The Little Negroes”, by Winslow Homer; the various landscapes by Moran; the

delicate works of Brown: a colored caricature, “Bulls and Bears”; a remarkable “Bashi Bazouk”: “A May Day”, by Thompson; “The Turner’s Shop”, by Hall; “A Quiet Moment”, by Sartain, are the best in the collection.

The Hour. New York, 1880

Traducción

LA QUINCUAGÉSIMA QUINTA EXHIBICIÓN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE DIBUJO

Al entrar en estos grandes salones que, debido al estado sin terminar de alguna de las obras, asemejan más a estudios que galerías, hay algo que atrae poderosamente la atención. Entre los muchos cuadros incompletos, entre tantos paisajes que asemejan cromos, entre tantas figuras pintadas con unos cuantos brochazos de color y unos cuantos trazos confusos, en medio de tanto descuido e incorrección, hay cierta frescura del arte primitivo, una originalidad indiscutible, grandeza, audacia, y amor de libertad. Las paredes están repletas de pretenciosas imitaciones. Paisajes, que son una señal dolorosa de pobreza artística, abundan. Retratos—otra pobre especie del Arte—también son muy numerosos. Asuntos históricos, que revelan refinamiento intelectual y sólida cultura, desgraciadamente están en la minoría. Campos demasiado limpios, ríos muy transparentes, barrancos demasiado bellos, cielos borrosos, vapores y muelles, figuras aisladas y grupos feos, son los asuntos frecuentes de las obras que se exhiben ahora. El colorido, en general, carece de animación. Los contornos son vagos e incorrectos. El retrato del general Grant, por ejemplo, parece haber sido pintado durante una mañana brumosa, y otro, por Aiden Weir, parece un fantasma surgiendo de la oscuridad. Al juzgar obras de arte, hay que considerar el espíritu que las anima y la manera de expresarlo. Desgraciadamente, nosotros todavía no podemos considerar el espíritu general de la escuela americana de pintura, porque no tiene escuela. Copiar la Naturaleza, imitar a los maestros europeos, dar color a caricaturas, no es crear una escuela. Hay nombres famosos entre nuestros artistas: Winslow Homer, Eastman Johnson, y hasta Arthur Quartley (cuando pinta cuidadosamente), Moran, Porter, Brown, Gifford. Todos estos y otros como ellos, al menos escogen asuntos americanos y

los tratan, por regla general, de una manera inteligente. Pero esto no es suficiente para darle significación al arte de un país.

El arte de pintar tiene dos guías principales—la imaginación y la inteligencia. De la inteligencia nace la escuela clásica, de la imaginación la romántica. Los pintores románticos son los impresionistas; los clásicos son los académicos. Sobre una pintura impresionista, no se puede decir otra cosa que: "Aquí hay talento". Este elogio no debe satisfacer a los verdaderos artistas. Si existe talento, debe producir grandes obras. Cuando imitamos, imitamos a menudo lo malo. En pintura, como en literatura, los americanos mantienen sus ojos celosos sobre las glorias europeas. Les gruñimos, pero permanecemos esclavos de ellas. Mientras esta admiración servil nos domine, nunca seremos capaces de producir nada meritorio del Nuevo Continente.

De estos impresionistas y clásicos—aunque los últimos están en lamentable minoría—se compone la Academia. Dos retratos representan bien a las dos escuelas. "El retrato de Miss H.", por Douglas, presenta la escuela libre; "El retrato de una dama", por Porter, la escuela terminada. El pincel en manos de Douglas ha sido movido por un espíritu arrogante y rebelde; en las manos de Porter, es como si fuese guiado por un esclavo de la ciencia del colorido. Los ropajes y los tintes frescos predominan en la obra de Porter; el vigor y la realidad son admirables en Douglas: pero un afán efectista daña grandemente el cuadro de este último. Es verdad que se puede decir que la figura de la joven dama vestida de negro está en audaz relieve y que os contempla con ojos casi humanos. Pero el fondo amarillo, ¿es el estudio del pintor (como se afirma en el catálogo), o es una paca de heno, o un antiguo ropaje, o la pared de una misera buhardilla?

En muchos de los cuadros hay una gran falta de corrección en el dibujo. El dibujo sólo puede ser descuidado por aquellos artistas que son dibujantes perfectos. Se puede uno convertir en un buen impresionista cuando se ha sido por mucho tiempo un pintor académico. Pero pintar con crudos toques del pincel, dibujar sin líneas, atreverse a presentar cuadros que no merecen ser colgados en las paredes de una choza de Long Island, nunca será la manera de elevar el arte de América. El cuadro "Vecinos", es un ejemplo de este abandono imperdonable. Sólo existe una cantidad de manchas, que se supone representen caras, pintadas con lechada, sin ninguna expresión; ahí está representado un patio con árboles que haría enrojecer las mejillas de un principiante. El genio

embellece los monstruos que engendra. Sin genio, sólo los monstruos son evidentes.

"Estrictamente Confidencial" por F. Wood, es una composición encantadora y modesta. Posee el carácter americano y el refinamiento europeo. "Los Negritos", por Winslow Homer; los distintos paisajes por Moran; las obras delicadas de Brown: una caricatura coloreada, "Toros y Osos"; un notable "Bashi Bazouk"; "Un día de Mayo", por Thompson; "El Taller del Tornero", por Hall; "Un Momento Tranquilo", por Sarrtain, son los mejores de la colección.

The Hour. Nueva York, 1880

2

THE METROPOLITAN MUSEUM

New York may be proud of its Metropolitan Museum of Art, of the precious ceramics collection and the highly interesting Japanese works to be found there. A well-arranged light adds to their real value of the objects accumulated. Old laces, ancient books, classic engravings, are placed side by side with the most remarkable products of Asiatic art. In the capacious halls everything looks clean and fresh; the mummies grin and the sarcophagi recall memories of ancient history, not of death. Classification and division have been as closely attended to, as if the director intended to prepare visitors for the study and not merely for the contemplation of the treasures.

As to the paintings, two collections, one of old masters, another of modern artists, attract the attention. A single glance is sufficient to ascertain that the former is not—unluckily—as valuable as the latter. The Flemish school is profusely represented, but the great masters, if represented at all, are only so by common-place works. But the exhibition of modern paintings makes honorable amends for the deplorable scarceness of old works of value.

Such a painting as Mr. Chase's "Poor Girl" reveals an uncommon strength, worthy of a master. Mr. Swain Gifford's "Venice" stands comparison with the best bits of coloring. The "Broken Jug," by Mr. Chase, is an important work, showing the obnoxious influence of the excessive love of novelty. Mr. Gifford's landscape is, perhaps, too warmly colored,

yet the quietness of the sea, the elegance of the buildings, the reflection of the lights, give to the picture the appearance of a painting on steel. Mr. J. Brown's "Violinist", with his shabby clothes, his gray hair, and his blue eyes full of tears, is an affecting page of modern life. "Prisoners to the Front", by Winslow Homer, has all the ingenuousness of infancy and all the strength of primitive art. American art is in its cradle. It must be improved, but in an original direction; the old methods must be imported, but not the old ideas. Winslow Homer cannot be confounded with any other. His arrogant prisoner, his poor old man, his sympathetic officer, make up a striking scene—full of the gloom of war. His "Prisoners" could not be taken for a foreign work. He is an American painter and this is his first merit. Eastman Johnson's "A Glass with the Squire" possesses the same quality, but not in such a high degree. The ridiculous figure of the squire has something of the caricature about it. The light is not taken from nature. The interior has been badly chosen. The art of painting does not suffer the invasion of caricature. Satire can be usefully employed, as it has been by Kaulbach, Goya and Zamacois; but satire is not useless mockery. Moran's "Notre Dame" shows a fantastic talent. Nature is absent from the canvas. Memory guided the daring brush. The foggy spots of color, breaking forth from the dark night, are too straightly lined. The white stain behind the cathedral's towers has no natural significance. But imagination, boldness and the great difficulty of the subject speak in favor of the painter's ability. Arthur Quartley's "Morning Effect" is a conventional work. It lacks inspiration. The tops of the waves are like darkish cottonbuds. The light effects have been, however, happily caught.

The welfare of our school of art calls for the following remarks: We have thought, but lack execution. The color employed in almost all our works is, with rare exceptions, shadowy and spotty. The faces are generally expressive, but the bodies are incorrectly drawn. The courage to paint American subjects is also highly needed. Bierstadt and Whittredge have opened this new path. Autumn leaves never had such a conscientious interpreter as Whittredge. Bierstadt is only rivalled by the Mexican Velasco.

Amongst the European painters, the Germans are the most noteworthy in this collection. The "Crusaders" of Kaulbach combines elegant fervor with grandeur of conception. His coloring is often too soft. Yet only Gustave Doré could dispute the palm with him in invention and grouping. Knaus's "Holy Family" is perhaps the finest painting in the Museum.

The glass covering the picture spoils mucho of its beauty. The fine face of the young mother glows with rapturous love. The angels of Rubens are not so slight and natural as those of Knus. The virginity of his Madonna is perfectly human. Her purity is terrestrial. The cherubs surrounding her fly in the heavy atmosphere of earth. Two landscapes by Diaz and one of Rousseau are the best in the collection. There are two bright Madrazo's, "A Courtyard," by Rico, and Alvarez's remarkable "Our Forefathers' Diversions." A royal fancy inspired the brilliant imagination of Alvarez; the Spring morning gave him his lively colors. The group of ladies and priests is the only fault of this interesting canvas. The softness of light is surprising in the "Blue-dressed young lady", by Madrazo. But his "Spanish Woman", alone in a garden, notwithstanding the little bird flying around the up-side-down parasol, is a violent caprice. "The Temptation of St. Antonio" by Leloir, attracted great notice in Paris, and is worthy of it. Bouguereau's "Music and Painting" has all the qualities and all the defects of its author. "Painting" is a very expressive figure. "Music" lacks expression. Rosa Bonheur, is represented by some pretty calves; the violet sky breaks too roughly on the green mountain in the background. Müller's "The Call of the Victims of Terror" is a precious gem of expression, if not of purest drawing. The "Bodyguard of a Pacha", by Pasini, might have been signed by Fortuny. The "Call to Prayer", by Gérôme, gives a perfect idea of the quietness of this manner. The hour of prayer is a little indefinite. The city, emerging from the fog, is well treated. The general touch is exquisite, Jimenez Aranda, Ruy Perez and Villegas uphold the honor of Spain. Aranda sees all nature as if it were slatecolored. A landscape by Church must not be forgotten. "The Monarch of the Plain", by Sidney Cooper, is a fine piece of animal painting. A smiling girl, by Meyer von Bremen, is full of relief and grace. A malicious cardinal, by Vibert; the original flowers of Robbie; the well-touched horses of Chelמושki; a head, by Nicol; another head by Couture; the works of Hunt; "A Market", by Tiffany; a female beauty, by Gray; the beautiful Arabs of Schreyer; a charming Moor, by Tapiro; Kaemmerer's "Honeymoon", and "Napoleon", by Delaroche, are, with the foregoing, the works that at a first glance seem most worthy of the admiration of intelligent visitors.

The Hour. New York, 1880

Traducción

EL MUSEO METROPOLITANO

Nueva York bien puede estar orgullosa de su Museo Metropolitano de Arte, de la preciosa colección de cerámica y de las interesantísimas obras japonesas que se hallan en el mismo. Una buena iluminación contribuye a realzar el valor de los objetos coleccionados. Viejos encajes, libros antiguos, grabados clásicos, están lado a lado con los productos más notables del arte asiático. En los amplios salones todo parece limpio y fresco; las momias hacen muecas y los sarcófagos no evocan la muerte sino recuerdos de la historia antigua. Se ha atendido tan cuidadosamente la clasificación y distribución, como si el director se dispusiera a preparar a los visitantes al estudio en vez de la contemplación de los tesoros del museo.

En cuanto a las pinturas, dos colecciones, una de viejos maestros, y otra de artistas modernos, llaman la atención. Una sola ojeada es suficiente para darse cuenta que desgraciadamente la primera no es tan valiosa como esta última. La escuela flamenca está profusamente representada, pero de hallarse representados los grandes maestros, es sólo por cuadros corrientes. Pero la exhibición de lienzos modernos subsana con creces la escasez deplorables de cuadros antiguos de mérito.

Una pintura como "La muchacha pobre" del Sr. Chase revela un vigor extraordinario, digno de un maestro. "Venecia" del Sr. Swain Gifford se puede comparar con ventaja con las mejores obras del colorido. "La jarra rota" del Sr. Chase es un cuadro importante, que demuestra la influencia peligrosa del amor excesivo a la novedad. Quizás el paisaje del Sr. Gifford tiene un colorido demasiado cálido, sin embargo la quietud del mar, la elegancia de los edificios, el reflejo de las luces, le da al cuadro el efecto de una pintura sobre acero. "El Violinista" del Sr. J. Brown, con su ropa harapososa, su pelo gris, sus ojos azules llenos de lágrimas, es una página patética de la vida moderna. "Los prisioneros al frente" de Winslow Homer, tiene toda la ingenuidad de la infancia y todo el vigor del arte primitivo. El arte americano está todavía en la cuna. Tiene que ser mejorado, pero con ideas originales; se deben importar los métodos antiguos, pero no las viejas ideas. Winslow Homer no puede ser confundido con ningún otro artista. Su prisionero arrogante, su pobre viejo, su oficial compasivo, forman una escena notable—llena de la tristeza de la guerra. Su "Los prisioneros al frente" no podría ser tomado por una

obra extranjera. Su mayor mérito estriba en ser un pintor americano. El "Una copa con el escudero" de Eastman Johnson posee la misma cualidad, pero no en tan alto grado. La figura ridícula del escudero tiene algo caricaturesco. La luz no es natural. El cuarto ha sido mal escogido. El arte de la pintura no tolera lo caricaturesco. La sátira puede usarse con buen provecho, como lo han hecho Kaulbach, Goya y Zamacois; pero sátira y no mofa inútil. "Notre Dame" de Moran revela talento fantástico. Está ausente la naturaleza del lienzo. El pincel audaz fue guiado por la memoria. Las manchas nebulosas de color, que se destacan en la noche oscura, son demasiado rectilíneas. La mancha blanca detrás de las torres de la catedral carece de naturalidad. Pero la imaginación, la audacia y las grandes dificultades del asunto hablan a favor de la habilidad del pintor. El cuadro "La mañana" de Arthur Quartley es una obra convencional. Carece de inspiración. Las crestas de las olas asemejan oscuros capullos de algodón. Sin embargo, los efectos de luz han sido bien apresados.

El bienestar de nuestra escuela de arte exige el siguiente comentario: Sabemos pensar, pero no sabemos ejecutar. El colorido empleado en casi todos nuestros cuadros, con raras excepciones, es umbroso y manchado. Los rostros generalmente son expresivos, pero los cuerpos están mal dibujados. También el valor de pintar asuntos americanos se necesita mucho. Bierstadt y Whittredge han abierto este nuevo camino. Las hojas otoñales nunca han tenido un pintor más exacto que Whittredge. El único rival de Bierstadt es el mexicano Velasco.

Entre los pintores europeos, los alemanes son los más notables de la colección. "Los Cruzados" de Kaulbach unen a la grandeza de la idea concebida bello fervor. A veces su colorido es demasiado suave. Sin embargo, sólo Gustave Doré puede disputarle la supremacía del ingenio de la composición. "La familia sagrada" de Knaus quizás es el mejor cuadro del museo. El vidrio que cubre el lienzo le quita mucha de su belleza. La cara fina de la joven madre resplandece de amor extático. Los ángeles de Rubens no son tan ligeros y naturales como los de Knaus. La virginidad de su Madona es perfectamente humana. Su pureza es terrenal. Los querubines que la rodean vuelan en el aire pesado de esta tierra. Dos paisajes de Díaz y uno de Rousseau son los mejores de la colección. Hay dos cuadros de vivos colores de Madrazo, "Un patio" de Rico y el lienzo admirable de Alvarez, "Las diversiones de nuestros abuelos". Una regia fantasía inspiró la imaginación brillante de Alvarez; una mañana de primavera le dio sus vivos colores. El único defecto del lienzo interesante es

un grupo de señoras y curas. La suavidad de luz es sorprendente en la "Joven vestida de azul", pintada por Madrazo. Pero su "Mujer española", sola en el jardín, no obstante el pajarito volando alrededor de la sombrilla virada al revés, es una composición forzada. "La tentación de San Antonio" de Leloir llamó mucho la atención en París y bien la merece.

"La Música y la Pintura" de Bouguereau tiene todas las cualidades y todos los defectos del artista. "La Pintura" es una figura muy expresiva. "La Música" carece de expresión. Rosa Bonheur está representada por unos bonitos terneros; el cielo violeta rompe demasiado bruscamente con la montaña verde del fondo. "La llamada de las víctimas del terror" de Müller es una joya preciosa de expresión, si no del dibujo más puro. "La guardia del Bajá" de Pasini pudo haber sido firmado por Fortuny. "La hora de oración" de Gérôme da una idea perfecta de su tranquilidad de carácter. La hora de oración está un poco indefinida. La ciudad, saliendo de entre la neblina, está bien pintada. El conjunto es exquisito. Jiménez Aranda, Ruy Pérez y Villegas mantienen el honor de España. Aranda ve toda la naturaleza como si fuera de color pizarra. No debe de olvidarse un paisaje de Church.

"El monarca de los llanos" de Sidney Cooper, es una bella obra de pintura de animales. Una muchacha sonriente de Meyer von Bremen, posee mucho relieve y gracia. Un cardenal malicioso de Vibert, las flores originales de Robbie; los caballos bien retocados de Chelמושki; una cabeza de estudio de Nicol; otra de Couture; las obras de Hunt; "Un mercado" de Tiffany; una belleza femenina de Gray; los hermosos árabes de Schreyer; un moro encantador de Tapiro; "La luna de miel" de Kaemmerer y el "Napoleón" de Delaroche, son con las obras anteriores las que a primera vista parecen ser las más dignas de la admiración de los visitantes inteligentes.

The Hour. Nueva York, 1880

CARTAS DE MARTÍ

El arte en los Estados Unidos.—¿Hay un arte propio?—¿Puede haber arte vigoroso en un país industrial?—Los acuarelistas americanos.—Su adelanto pasmoso.—Su entrada franca en la escuela de la luz.—España, Italia y México en el arte yanqui

Nueva York, 27 de enero de 1888

Señor Director de *La Nación*:

Era hace pocos años motivo de tristeza ver en Nueva York una exhibición de cuadros de pintores norteamericanos. Relamían el paisaje, arte único que pudieron aprender de los ingleses, porque es el único que los ingleses saben. Sus marinas, brutales y negruzcas, no tenían la gracia y el cristal de agua, sino que eran duras, pastosas, violáceas, como la carne que va para podre.

Las figuras, sin vida ni dibujo, y como recortadas en madera, brotaban violentamente de un fondo rectilíneo siempre gris, o de un aire que era humo o ceniza. ¡Quién dijera que ocho años después estuviese ya, como está, la pintura yanqui en camino de animar, por el ímpetu y luz de todo lo de América, el lúgubre arte inglés de que aún ayer recibía falsas y tímidas lecciones!

Carece el pintor yanqui de aquella paleta luminosa que en nuestros artistas, como en los españoles e italianos, no es mérito personal sino de sus tierras y su sol, ni posee,—por ser ése privilegio de los países de luz, en que culminan la beldad y armonía de la naturaleza,—aquel arte sereno y juicioso, sin rebuscamiento ni extravagancias, negado a los pueblos en que la imaginación ha de suplir la ausencia de hermosura natural: ¡cuánto hay aún de profundo y no encañado en los cánones del arte, que América sabe, y que no pudieron saber ni Fromentin, ni Blanc, ni Ruskin!

Falta al yanqui esa calma artística, como al francés mismo, y al inglés sobre todo; pero no la decisión de aprender, ni el ansia de lo nuevo, ni el instinto del color, ni la necesidad de la emoción aguda, indispensable para el equilibrio y reposo de la mente en los países de vida difícil y nerviosa. ¿El pintar produce?—se dice el norteamericano. ¡Pues a pintar!

¿El pintar es una delicia de la fantasía, una ocupación noble, una protesta de la luz, un acto de rebelión del alma fina contra la existencia grotesca, bestial, insípida, indigna de un pueblo que perece, con lo mismo en que se hincha y deslumbra, porque no ama más que lo animal y perecedero? ¿A pintar, pues, los que tengan alma fina y mientras más grosera sea la vida nacional, más alto el arte!

La poesía es como la tierra, que con la nieve que la cubre y con la lava que la quema se fecunda. El diamante ¿no es carbón precipitado? ¿Dónde es la poesía más sutil, más delicada, más honda, más voluptuosa, más musical, ¡sí, más musical! que en Inglaterra, por lo mismo que el dolor de vivir en un pueblo duro y búfago acendra la fuerza poética, que sin el estímulo de la contradicción jamás llegará a tanta robustez, personalidad y finura? El contraste sublima; la indignación aquilata; la honradez, que es la forma más modesta de la poesía, crece hasta la locura, que se llama heroísmo en la historia y genio en el arte, allí donde la acorralan o la desconocen.

Por eso, aun al pintar lo natural, lo envuelven en tintas de ideas, etéreas y róseas, los pintores y estéticos ingleses. Por eso en los Estados Unidos los artistas, los desterrados de la luz, buscan el arte donde puedan bañarlo en ella.

Ya imitan menos que antes: ya copian menos la bruma de Millet, cargada de alma dolorosa, las crestas lilas y olas épicas del inglés Turner, el capricho imperante de algún maestro de fama transitoria que sale por entre azules y carmines persiguiendo el sol que le huye o la celebridad que se le escapa: ya no le seduce, como ayer, un innovador viril o un japonizante famoso. ¡La nieve, dicen, es buena para cromos!: ¡el mucho color es malo, pero no se puede vivir sin color!: y por aquel amor a lo natural que es consecuencia estética del régimen de la república, cuya verdad realza y fortalece la propia del espíritu, salen a buscar la luz donde es vestido usual de la naturaleza, o estela de siglos de arte,—¡a Granada, a Madrid, a Venecia, a Florencia, a California, a la Florida, a México!

Priva aún entre los artistas norteamericanos, que apenas comienzan a confiar en sí, aquella pasión por lo extravagante, legítima sólo como esfuerzo de la ambición desesperada en los pueblos donde el arte mercader convida con atrevimientos sorprendentes a los compradores ahítos, o donde, escasa la pintura de los modelos de la naturaleza, pide al capricho o al sueño el esplendor que le anuncia el alma.

Pero por esta exhibición de acuarelas que ahora visitamos; por esta obra simpática, leal y geniosa, que hace ocho años parecía imposible; por esta muestra pujante del genio improvisador y cálido de América. se ve que en cuanto dieron con la fuente del arte. que es la beldad natural. abandonaron las escuelas o maneras ficticias de los pintores literarios que prosperan en los países húmedos y oscuros. y fueron la primera forma inevitable de la pintura en Norteamérica. provincia cada día menos fiel de Inglaterra, en las letras y en las artes.

Aún quedan algunos, como Church a veces, como Lippicott, que arrebujan en un aire lechoso sus creaciones rosadas; como Robinson, para quien la primavera, como para el poeta Baudelaire, está en los labios hospitalarios de una africana sinuosa. Uno, copiando a Whistler, destaca un busto huesudo de un fondo amarillo: otro, con osadía singular, viste su "Coqueta", que hunde la barba en un abanico negro, con una túnica verde.

Pero lo que llama la atención no es, como antes, la vana tentativa de imitar lo extraviado y escandaloso, sino lo colorido de los paisajes, la pesquisa directa de lo bello natural, la entrada franca en la escuela de la luz, y la rapidez con que los artistas jóvenes de este pueblo burdo han adquirido el arte leve y discreto de la acuarela, a tal punto que Fortuny pudiera firmar el "Mozo de campo" de Winslow Homer, y Leloir la "Marquesa" de León Morau. Los que se distinguían como realistas toman por donde deben, buscando la realidad artística, que es diferente de la común, en lo constante y hermoso.

Los que sentaron plaza de idealistas, ya no confunden el pensamiento con la expresión, antes violenta de puro refina, sino que encarnan la aspiración, el dogma o el símbolo en obras gratas a los ojos, sólidas y proporcionadas, no como aquellas que, por parecer vapor, eran derroches de leche, tormentas de iris y charcos de sangre.

¿Con qué ahínco no han debido estudiar estos artistas de un pueblo convulso para adquirir la moderación, que es el genio del arte! Aun en los más arrebatados vuelos de la fantasía debe el artista, pintor o literato, llevar la rienda tirante a sus corceles, y agrupar, acentuar y desleír con miramiento escrupuloso a los dictados de la razón, y a las proporciones y distancias. La moderación se enseña demasiado, como en Moratin, o se deja adivinar, como en Goethe; y como en Goethe, ha de ser constante e invisible.

Por el contraste, pues, de las almas artistas con su pueblo rudo, y por la fecunda arrogancia con que en sí y en lo hermoso se refugia y crece

en medio del pueblo hostil el espíritu fino, ha venido casi desde el nacer el arte de Norteamérica a distinguirse en aquellas mismas condiciones culminantes y redentoras que escasean en su pueblo. ¡Oh divino arte! El arte, como la sal a los alimentos, preserva a las naciones.

Pero ni esa rápida victoria sobre el espíritu nacional, ni la tersura y gracia del trabajo, que realzan el asunto pintoresco y la composición serena, son las únicas novedades con que en este certamen muestra ya sus caracteres propios el genio norteamericano. Veraz, por lo real de la vida de la nación y lo franco de la controversia en que en ella se prueban las ideas universales, desdeñó lo postizo de las escuelas caprichosas, y buscó la verdad naturalmente: invicto, aplicó al arte la avaricia y pujanza, no exentas de nobleza, que en los demás aspectos de la vida le han asegurado. o le auguran, la victoria; pero apenas, dueño ya del pincel, supo donde reside la hermosura, pinta como Sargent, cuadros que, más que los de su maestro Carolus Duran, recuerdan a Velázquez por la naturalidad y el brío, y equivocando ambicioso los campos diversos de cada especie de arte, pretende reemplazar, no siempre sin fortuna, con acuarelas de enormes proporciones, los tamaños y pompa del óleo. Y la verdad es que, sin que se vean las junturas del color o pierda la obra su aire y tenuidad, ni las "Dalias" soberbias de Catalina Greatorex, ni el solemne "Cañón de Sicomoros" de Luis Tiffany, ni el colosal "Paisaje" de Hamilton, tienen que envidiar, por el vigor y efecto, al óleo más robusto, y sin duda lo vencen ¿por qué no ha de decirse? en vaguedad y gracia; aunque en vano intentan parangonarse con el lienzo las acuarelas grandes de figuras, tan pálidas y groseras en estas tentativas de tamaño mayor, como adorables y perfectas las que La Farge en "Salomé" y Moran en "Miss Dorothy" han pintado en su tamaño propio. Leve es la flor, y el campo vaporoso, por lo que puede ser que en grande como en pequeño los represente bien el arte del acuarelista, etéreo y sutil; pero precisamente por la incapacidad de este arte menor para expresar los estados superiores y cambiantes del alma y los movimientos enérgicos y múltiples, se conoce aquella ventaja que lleva por su espíritu el hombre, resumen y cúspide, al alma naciente con que a su alrededor se prepara, para transformarse en él, la de la naturaleza.

¿Quién que vaya viendo cómo el norteamericano se revela en la pintura, creará fútil este estudio ligero de la condición actual, genuinidad, y adelanto notable de su arte? No percibe aún el asunto épico, ni su misma guerra formidable se lo enseña; pero en sus lienzos, como en sus

edificios, como en sus negocios, como en sus vías de comunicación, como en sus fiestas públicas, tiende—cual a lo suyo natural—a lo grandioso. Ama, come todo pueblo trabajador, los animales, que el pintor en mil cuadros retrata, y hallan fácil venta; pero si pinta el mar, lo pintará crespo y rugiente, tragándose, como las olas de Harrison, la playa, y si copia árboles, no copiará la copa frondosa, sino el tronco.

Llega su brío hasta adquirir en pocos años la discreción artística que muy difícilmente logran en siglos de esfuerzo los pueblos más cultos. Su capacidad de absorción llega, hijo como es de la tormenta y de la nieve, a pintar con menudez y color italianos los aspectos recónditos y vivaces de las ciudades de civilización diversa donde centellea con inquietos matices la vida luminosa.

Su familiaridad con lo colosal le induce a intentar, con los recursos del arte de gracia, las obras gigantes del arte de fuerza. Y como la fantasía vigila para que no se corrompan las naciones, como los artistas, en el lenguaje o en el pincel son los hombres sagrados de los pueblos, ya se va viendo cómo, a medida que los vicios de la república y el concepto falso de la vida, menguan en el norteamericano el amor a la patria, vuelve por él el arte y trata sus hazañas y memorias con la frecuencia que conviene donde los gusanos tienen puesto asedio al alma.

Pero el triunfo es de los pueblos de luz, es de Fortuny, que la pintó por primera vez, es del arte de Italia, que en estos hombres independientes reemplaza al arte literario de los franceses y al falso y violáceo de Inglaterra; es de California, es de Florida, es de México.

Cada año han sido más los cuadros de color, ya acuarelas, ya lienzos, y se notaba que lo mejor de los artistas pedía al reposo agraciado de la naturaleza cálida asuntos a la vez nuevos, sinceros y durables. Pero este año ¡cuánto puente de Venecia, cuánto canal, cuánta Vía Garibaldi, y las palomas de San Marcos y el portal de un palacio y Santa María de la Salud, y Venecia de noche, y un calabacero veneciano! Y no eran las rejas y balcones de Rico, que parecen encaje incrustado, sin sombra ni liga de color, sobre las paredes resplandecientes; ni el azul de Pasini, cuyo cielo ígneo escalda más que ilumina las figuras: era el color fortuniano, saludable y jugoso, con el aire que lo refresca y nutre,—el color de Villegas, azul como la mar y amarillo como las naranjas,—el color de Domingo, un vaso de cristal lleno de claveles.

De España también ¡cuánto lindo asunto! Lo pintoresco español es más viril que en Italia, aun en lo femenino. ¡Y con qué gracia están

escogidos los temas! ¡con qué poder, que recuerda el del aragonés Gonzalvo, resalta en lo oscuro flamante el “Coro de la catedral de Avila”! ¡con qué firmeza mira, bajo el dosel de rizos negros que le oculta la frente, esa amorosa gitana de Granada! ¡y ese arriero que saca sus cuentas, sentado en las losas donde se quiebra en hartas luces el color, a la puerta, pintada a maravilla, del palacio moruno! ¡y ese cuadro finísimo de “Las Lavanderas”, de Fenn, menudo y centelleante como las acuarelas de Menzel, con su campo de ropa colgada que parece de nieve, y las mozas de Madrid, secando o riñendo, o estregando arrodilladas en su cajón de lavar, y los puentecillos de madera, tendidos sobre el débil hilo de agua, repletos de galantes soldados!

Pero lo más grato a nuestros ojos era el notable número de cuadros de tierras nuestras, o de las que como la Baja California lo serán siempre por la naturaleza, ¡aunque ya no lo sean por la historia!

A nosotros van a buscar estos pintores la luz: a las misiones de Santa Bárbara, Santa Inés y San Diego, teatro ayer de la estéril virtud de los franciscanos estoicos, y hoy desnudos jardines, emparrados sin vid, fontanas sin agua, campanarios sin bronce, techos sin tejas: a Santa Bárbara van, como Luis Tiffany, que pinta el patio melancólico y el claustro desierto, testigos un día de las hazañas de amor de fray Junípero Serra: al “Cañón de los Sicomoros”, donde por entre pedruscos cenicientos, de que surgen los troncos serpeantes, corre sin yerba ni flor, en la paz de los siglos, el agua sana y clara; van como Hopkinson Smith, que pinta con el amarillo terroso de Heilbuth, a la “Tierra Caliente” donde la sombra de los árboles escuetos vetea el suelo enjuto, sin más verde que un sediento maguey,—y a la ciudad misma de México, donde con pincel mortecino intenta en vano pintar la lindeza y luz de las canoas de mercado que vienen con sus frutas y sus flores canal arriba, y logra luego tonos más reales, aunque sin la vida y esplendor del país, cuando—como vieron sus ojos hechos a la bruma—copia el patio de Santo Domingo, con unos indios que parecen árabes, y la entrada de San Hipólito, compuesta, aunque no coloreada, como por excelente artista, salvo cierto quitasol que para avivar lo térreo del ambiente es de algodón rojo: ¡no a todos es dado asir la luz de América!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 13 de marzo de 1880. Publicado también en *El Partido Liberal*. México. 18 de febrero de 1888.

ARTÍCULOS VARIOS

1. EL TABACO
2. VERANO
3. GRAN EXPOSICIÓN DE GANADO
4. EL CENTENARIO DE WASHINGTON
5. BOLETÍN DE “EL PARTIDO LIBERAL”
6. LA EXHIBICIÓN DE FLORES

EL TABACO

Anda ahora en la rueda de los diarios norteamericanos un artículo en que el general Chingman, de la Nueva Carolina, cuenta maravillas de las virtudes médicas de la hoja del tabaco. El artículo se publicó en un periódico que se llama *Salud y Hogar*, y como no es el caso de un charlatán que quiere recomendar su panacea, sino de un hombre experimentado y agradecido que quiere popularizar un remedio simple, se han tomado en cuenta, por los médicos mismos, las declaraciones de Chingman.

Lo primero que vio hace cincuenta años, fue como un compañero curaba con jugo de tabaco los ojos inflamados de su caballo de labor: y luego, en tierras donde se padece mucho de irritación de los párpados, ha visto que se curaba la gente de ella, con extraña facilidad, con sólo dormir una sola noche a veces, con los párpados cubiertos por una hoja de tabaco húmeda.

Lo que importa más que esto, por lo peligroso del padecimiento de que trata, es la cura que el general cuenta que hizo en sí propio con la hoja, de una severa erisipela en la cabeza. Lo vio su médico, y se quedó asombrado: ningún médico, le dijo, hubiera podido curar a usted antes de tres semanas. Otra vez, dice que sufría mucho de un ataque de ciática: se puso hojas de tabaco húmedas sobre la cadera, y desapareció el dolor.

Para los endurecimientos de los pies, dice el general, a quien se le endurecieron mucho en las batallas, que la hoja de tabaco convierte en suave llanura una cordillera de montañas.

Se le abrió una vez el tobillo, como diría la gente llana, y curó la luxación con la hoja de tabaco, humedecida siempre.

Pero el caso más notable de todos los que el general Chingman refiere, es el de la cura por la virtud de la hoja, de una herida de bala que recibió debajo de la rodilla, y le cortó músculos y nervios. "En aquellos días,

dice, varios amigos míos habían muerto de la fiebre secundaria que seguía a sus heridas. Al poco tiempo empezó mi pierna izquierda a hincharse y a latirme, para calmar lo cual los cirujanos me dijeron que debía envolverla en paños húmedos. Se escandalizaron porque les dije que lo que me iba a poner era tabaco. Envolví bien la herida en hojas de éste, que mantenía en humedad por los paños mojados que les puse encima. A las dos horas ya no me latía la pierna ni sentía el calor quemante que había sentido en ella hasta entonces, y pude descansar como desde hacía tiempo no descansaba. Siga, siga con el tabaco, me dijeron al día siguiente los médicos cuando me vinieron a ver. Y aunque tardé algunos meses en ponerme en pie, jamás sentí dolor ni fiebre a consecuencia de la inflamación de la herida. Estoy seguro de que si se aplicara siempre el tabaco a las heridas externas, ninguna de ellas se inflamaría nunca bastante para que causase malestar al herido.”

La América. Nueva York, junio de 1884

2

VERANO

Ya en este mes de junio, Nueva York aflige. Es verano ardiente. Los altos edificios, que levantan a uno y otro lado sus decenas de pisos, detienen el aire caluroso que viene de los ríos, y que las emanaciones de las fábricas y las de un pueblo colosal de trabajadores, cargan de gérmenes impuros. Se siente sobre las sienes como el roce de un ala tibia y fangosa. El sol calienta las ideas en el cerebro, y les vuelve su entereza y gallardía; pero cuanto se mira y palpa es horno encendido. La gente culta se echa el sombrero de fieltro blanco hacia la nuca; un presidente de banco se saca al entrar en el ferrocarril elevado el saquillo ligero; un conductor de carros, herido del sol, cae de su asiento abajo; y a un lado de la calle, rodeado de gente sudorosa, un formidable caballo percherón se muere. Hay carros de enfermo, para llevar los hombres sofocados a los hospitales; y también hay, lo cual no puede decirse sin celebración, carros de enfermo para llevar a los caballos.

En los barrios pobres, es de echarse a llorar. De día en las casas de vecindad, repletas de gente miserable, los maridos ebrios querellan con sus mujeres desesperadas, que intentan en vano hacer callar a sus hi-

juelos, comidos por el *cholera infantum*. Parecen los míseros niños como si un insecto enorme les chupara las carnes, aposentado en sus entrañas. Miran desde cavernas. Tienden sus manecitas como pidiendo socorro. Por entre la piel, se ve asomar la cabeza de los huesos. Los malvados se convertirían a la virtud viendo espectáculo semejante: pero no; que hay muchos que viven ante él impasibles, y pasan a su lado coléricos de que tal miseria les salga a los ojos. Y hay filósofos modernos que escriben que no es bueno consolar esas miserias, ¡porque consolándolas, las miserias se harán mayores! De noche la gente abatida sale a las aceras; los acomodados, a enredar en las sombras de los portales y al amparo de los anchos abanicos, comedias de amores; los míseros, a ver si se refresca al trabajador ebrio la cabeza encendida, o se alivia el mal de los pobres niños, que como fetos de vientre hinchado se tienden sobre las rodillas de sus madres, o se acuestan, sediento el cuerpo todo, sobre las losas frescas de la acera. Decimos que hace llorar, el ver lo que se ve en un barrio de pobres en verano por la noche.

Por la mañana, cuando los trenes bajan repletos de gente desde los barrios altos de Nueva York; cuando los vapores de río vacían a uno y otro lado la apretada carga de trabajadores que traen de las grandes ciudades vecinas; cuando los mozos de oficina, malhumorados, y con más desmayo que buena voluntad, preparan los pupitres y enseres de trabajo de los que ya se acercan, Broadway abajo y Wall Street arriba, a dar comienzo a las diarias labores; cuando alrededor del termómetro del *Herald*, grande como un niño de siete años, resguardado en caja verde, se detienen un instante los transeúntes para ver cuántos grados marca a la sombra,—hay por allí cerca, en el edificio del *Herald* mismo, en una de las entradas más concurridas de Broadway, mirando de un lado a la pesada casa de correos y de otro a la iglesia vieja de San Pablo, una puerta por la que en hilo continuo entran y salen gentes. Es cosa muy simple; pero acabada. Es una droguería famosa; que por los refrescos que vende, tiene ya renombre nacional, como en Francia las frutas de la Mére Moreau. La droguería es pequeña y nada tiene de singular más que el perfecto ajuste del establecimiento a su objeto, lo cual es caso de arte, y la aplicación a los usos prácticos de las novedades de la ciencia. Los refrescos son exquisitos, en el invierno preparados con soda caliente, y ahora con grata soda fría. Y los que los sirven, graves y vestidos de blanco, parecen hombres movidos a manubrio, y como los sacerdotes de la soda. ¿De dónde viene ese aire fresco tan agradable, que parece que se entra en una gruta de reposo, y que se ve volar un beso de

ninfa? Viene de un sistema de aspas movidas por una máquina de vapor, las cuales en rapidísimo giro batan y hacen danzar las ondas de aire. ¿Y ese que corre hacia nosotros, sin que nadie lo haya llamado? Lo ha llamado un timbre eléctrico, oculto en el escaparate de los cigarrillos, para que lo oprima el que desee éstos. ¿Y esas flores de cristal de todos colores que se abren en la pared, y enguirnaldan los escaparates que bajan del techo? Son los globos de la luz eléctrica, que se encienden ahora, para que la veamos nosotros, con sólo torcer una pequeña llave. Dan deseos de arrancar en alto la droguería y montarla en oro, lo mismo que una joya.

La América. Nueva York, junio de 1884

3

GRAN EXPOSICIÓN DE GANADO

En Nueva York.—La lechería.—La agricultura, sus productos, sus auxiliares.—El toro triunfante.—Razas.—Modelos.—Criaderos.—Alimentación.—Mejoras.—Indicaciones.—Premios

Nueva York, Mayo 24 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

A poca distancia de la plaza de Madison, que tiene por el oeste, como gargantilla de brillantes, los hoteles más suntuosos de Nueva York, y por el este, al amor de encopetada iglesia, sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de "Madison Square", adonde, como aurícula capaz, acuden, en las festividades de gusto popular, las grandes concurrencias.

Allí el hipódromo de Barnum, con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmelenados aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fungen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste a su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible

músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, un ruido como de volcanes.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran Patricio demostró a su jefe el misterio de la Trinidad, pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erin, van a Parnell, su abogado sesudo, a quien tiene ahora mismo a morir su amor intenso a Irlanda;—van a desear buen viaje a Davitt, a su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la determinación con brillo sobrenatural.

Allí—cuando como airones de primavera aún aletean los vítores,—levantan el piso, cúbrelo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, apriétanse junto a la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, a la embriagadora luz eléctrica, halan el cuerpo misero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el color, suplicante y moribundo el ojo, caída la barba al pecho, los andarines competidores, ¡que es cosa que da náusea!

Allí, a diez pesos por cabeza, y de general a bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, a ver cómo se magullan a puñetazos, desnudos del cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida, caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria ladrando vilmente, unos de lana como seda, otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueros, de ojos saltados y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad,—el *pony* malicioso y peludo, el feo, enjuto y sufrido *mustang*, el Glydesdate, tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de ancas, el caballo de carruaje, hermoso y recio, el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la feria que contamos ahora, la feria del ganado y de las lecherías, preparada en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar ciempitos a la patria.

Eran de compararse, en los días de la feria, ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar; abestiada la frente con el peinado a

modo de vendaje; el traje sin carácter, y como el uniforme de zoncera; los labios, de mostacho pobre, besuqueando el mango de cuerno de sus bastones, rematados en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho a disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían, como gallos finos entre quiquiriquíes; el cuerpo, ágil y proporcionado; el traje, obediente y suelto; la mano, algo más ancha; el rostro con cierta marcial hermosura, y ese esplendor, tan grato de ver, ¡que sólo la fuerza de la dignidad da al hombre!

Se llegaba a la puerta de la feria por entre un laberinto de carruajes, porque no hubo esposa que no quisiese parecer buena casera, yendo a ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa; ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para aparecer vestida de lechera normanda; ni magnate que no tuviese a honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país.

El padre de los Vanderbilt de ahora ¿qué era más que lechero, hasta seis años antes de morir?: y aun después de heredar a su padre, nunca abandonó su hacienda. Muchos nombres famosos protegían la feria del ganado; Vanderbilt, Pierpont Morgan, Le Grand B. Cannon, Appleton, Sloan, Tselin, Douglass. ¿Cómo no, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son de vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de mantequilla, sin contar con lo de uso doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año ganado vivo por veintiún millones de pesos, y en carne fresca treinta más.

¡Y a todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, y otro para mejorar la casta lechera, y otro para la res de matazón—sino una cría torpe y revuelta, en que se iban confundiendo en juicio las razas distintas; y por no afinar cada una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaban, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: “el buey ruin en el cuerno crece”!

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y a pesebre pleno, se ha venido a parar del ganado zancudo y as-

tosos de Tejas, del buey caído y lentón de Massachusetts, a estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como una corona, y rompen de una pasada el labrantío, a estas Jerseys copiosas que valen, como “Eurotas” y “Mary Ann”, de diez a veinte mil pesos!

¿Quién no ha de querer ver esas vacas famosas, el modo de ordeñarlas, de sacar la crema a la leche, de hacer esa mantequilla, de ver cómo se elabora el queso, de comparar, allá al fondo del circo, las castas rivales, desde la Holstein de alzada hasta la Jersey pizpireta?

La feria lo es de veras. Acá éstos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, arreadores de la leche recién ordeñada, vasijas para recoger la crema, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas: allá la pagoda en que un mujik, vestido de azul y negro, vende *kumis*: más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo: y en torno y hacia el fondo los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamas. El aire, que entra a bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias. Acarician las mujeres en el testuz a las vacas que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados, los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pifano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. “The American Agriculturist”, que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica a la feria. Un caballerete de arrogantes modales da a cuantos pasan un ejemplar de “The Jersey Bulletin”, donde se publica la genealogía de todas las familias ilustres de este rico ganado, y el registro de sus compras y ventas. “The American Dairyman”, “El Lechero americano”, está en manos de todos, recomendando estos o aquellos modos de beneficiar la leche. “El Campesino de Nueva York”, “The Rural New-Yorker”, es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice “voto” en el pecho del monstruo “fraude”, cuyas tres cabezas, “glucosa”, “oleomargarina” y “semilla de algodón”, representan las sustancias viles con que se envenena la leche, y se imitan, con autoridad del Congreso, sus productos. Pero el puesto más bello es el de la “Orange Judd Co.”, la noble casa de Broadway, que lleva publicado cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina, aquellos estantes!: ¡es de hacerse agua los ojos, por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil!: y todo está

explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen en el estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero,—el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquélla la mantequilla, y con la desnatada el queso.—Unos, el sueco Laval, enseña su “separador mecánico”, el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema que contiene, lo que se conoce por el “lactótrito” de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca:—otro, el americano Cooley, que tiene su “Cremería” ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, a la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de manera especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone a criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da a la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley;—otro americano, Stoddard, encomia un refrigerador parecido, que de uno a otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, saca la nata toda, y deja las jarras listas para la nueva ordeñadura, con la ventaja de que cada jarra tiene un graduador que sin necesidad de destaparla dice por donde va la crema, y ésta baja en segundos por un embudo a la tina que la aguarda abajo, sin que sea menester recogerla despacio y a la burda: aunque también el refrigerador de Cooley tiene su modo propio y automático de separar la nata, que ha de ir seguramente a las mantequeras.

¡Y las mantequeras, giran que vuelan! Las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas y de columpio, movida ésta a manija, a rueda aquélla: unas baten la crema con aspas interiores, que quiebran a la mantequilla el grano, lo cual la expone a agriarse y durar poco: otras, como la “Stoddard” y la “Soper”, no trabajan por fricción como éstas, sino por concusión, dejando que el grano entero se aglomere por el movimiento propio y veloz de la leche en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencillo como en la de columpio de Davis, a todas superior porque se sirve a sí misma, y no hay más que empujarla de vez en cuando mientras se anda en las demás faenas.

Pero la más curiosa era una de metal a modo de nevera, donde, dando de firme a la cigüeña, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos o tres minutos. Que se hace, es verdad; pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da a la rueda. ¡Y a esto le llama el inventor “la maravilla del mundo”, sin ver que más ma-

ravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, a cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la vaca, baja la leche de una lata fija en un tablón entre dos ranuras corredizas. “Así, decía el inventor Small, se nutre el ternero mejor que de la tina, no le quita a la leche la crema, que a él le hace mal, y toma el alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda.”

Alrededor de todo esto había puestos de varias invenciones,—ya el “aereador” de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfría la leche recién ordeñada y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse,—ya jarras ingeniosas para traer la leche a los mercados, y botellas herméticas de vidrio, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjugarla, y batidores en que molerla, y sellos de madera para marcar sus panes, y un papel apergaminado donde envolverlos, más limpio y económico que el lienzo donde la amortajan ahora.

¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer, desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar en panes apetitosos la mantequilla, tan fina como la de Bélgica, o henchir con el queso nuevo, que ha de sazonar a los tres meses, los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le vería, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está a punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, hasta que ésta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende el vapor, o lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por las llaves se deja ir el suero, y a las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oír sería lo que ante estas cosas dijera el pastor, que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombro, descubrió la mantequilla y la halló buena, como fue de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitantes campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran a engañar, iguales las corbatas y los ojos en lo que cada cual se salía de su cuenca, registrando en cucullas los codos y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos maduros de un buey padre o una vaca lechera. Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada; pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser,

pero sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y a ojos presentes se vio allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no alzaba del suelo mucho más que él: pues ¿qué ciencia hay mejor que la que salta a la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve a lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender?

Este pregona los menjurjes de McDougall, exentos de sustancias venenosas para limpiar de lacras la piel de las ovejas; otro dice que los remedios de "Vet" son más variados y mejores: uno cuenta que a su ganado le va bien con el "Fluido de Little", que cura fuera y dentro: aquellos contienden sobre si la "turba alemana" ("The German Peat Moss Co."), que es muy absorbente y desinfectante, debe preferirse en los establos a la paja, húmeda y de mal olor, y al aserrín de Newell, que si no vale lo que la turba luego para abono, tampoco daña la vista de los animales y el pavón de los arneses con el amoníaco que exhala, como aquella. ¿Quién no sabe que al animal se le ha de dar el forraje cortado, y caliente y cocido si es posible, para que así le vaya a la carne, a la leche o al trabajo, la fuerza y calor que de otro modo pierde en mascar y digerir la fibra dura?: allí está el "Lion", el cortador de forraje, que lo aplasta a la vez que lo corta, y se lo da ya a la bestia roto y masticado. Y aquel, el único que aún no hemos visto, prueba en una vaca su "amarra de cadenas", prendida al techo y suelo por dos cadenas cortas, que dejan al animal, sujeto por el cuello, aquel grado de mayor libertad que amansa y aprovecha a los cautivos.

De pronto rompen las músicas: puéblanse los alrededores del corral: resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de Jersey, a "Pedro".—Puerilidad será: pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, ¡daba gozo que este triunfador se llamase "Pedro"! Del narigón lo llevaba el zagal, por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. El, corpulento, impetuoso, duro al palo: ellas pequeñas, adamadas, mansas, como traídas a tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba, parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno "Pedro", como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían a la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecía su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado

bien las guirnaldas de flores. Y se fue, negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido a paso alegre de sus hembras.

El fue el premiado entre los Jerseys, por la hermosura y mérito de su progenie; y entre los Holstein lo fue "Sir Henry Mapplewood", abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas que son todas ubre, pero sin aquella graciosa majestad, y paso vivo con que "Pedro", galán de su manada, la mejora y señorea.

No se quiso juntar en esta feria, como pudo ser, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para la colodra, ya para el yugo; sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante a la servidumbre del arado, y acompaña bien al hombre en las tierras calurosas;—ni el Hereford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo de su yugo;—ni el Longhorn, de astas caídas, de allá del Lancashire y de Irlanda, que en pocos años de mejora dio prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño;—ni el Kloe torvo y peludo de los escoceses, afilado de cuerno y de testa atopada, pero de carne bien deparada sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho a vivir con el pastor, y a dormir junto a él en su cabaña;—ni las "mochas" de Garloway, gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna, en cuya casta es manso el toro, por lo que el pastor tiene a vergüenza que se las vean en su majada; ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros, ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo;—ni aquel ganado suizo parco y huesudo que vive del aire aromoso más que del yerbón escaso en los desfiladeros de los Alpes;—ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, angosta de ancas e ijares, cerrada de pecho, bolsuda, carnosa y dura la ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola,—disputaban en la feria el premio a esas cuatro razas, únicas allí reconocidas, que campean hoy como primeras en los establos norteamericanos,—la Jersey, viva y cuidona; la Guernesey, un poco más recia; la Ayrshire, la vaca de los pobres; y la Holstein, que a todas ha vencido.

Pero a la Jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa "Eurotas", con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mu-

llido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojerías; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como para que la ubre de delicados pezones, tenga libre juego;—allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mimos los tiene bien ganados, porque hay Jerseys, como “Eurotas”, que en 341 días dio 7,525 libras de leche y 778 de mantequilla; y la “Duquesa de Smithfield”, a quien por las gracias y altanería no le va mal el nombre, en una semana dio 436 libras de leche; y en un año 10,784 libras; y “Mrs. Langtry”, del color de las rosas de té, estaba dando en la feria treinta y seis cuartos diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, “Lorenzo Beauty”, y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vio Jerseys, ha visto Guerneseys, que dan leche de tanta nata, y tan copiosa y amarilla, como aquéllas, sólo que su lindeza es menor, a pesar de lo más claro de su piel; aunque en eso mismo aventajan las Jerseys, porque no es tan saliente su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas de buen pasar del gremio, a quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

Las Holstein venían luego, todas negras y blancas, y de mucho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas de sus toros, aunque a la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de casta buena: catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos: levántanse del suelo con la pesadumbre visible de

su potencia: en el lomo pudieran descansarles camarines, como el que llevaba Lalla Rookh cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.

De Holstein fue el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses; y les sirvió en la labor con voluntad, y les dio abundante leche. Son más huesosos que Jerseys, Guerneseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofo del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne de fibra ruin, cuero de harto peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado e infecurdo, y toda la luz del día entre las costillas;—sino ese otro hueso sano y compacto que atrae la carne a donde debe estar, con su debida proporción de gordo.

Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga a la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Hereford y Devon como res de matanza—aunque su carne no es tan noble, y no hay quien le gane a padre enérgico, ni casta que dé más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen: dos libras de mantequilla al día da cualquier Holstein. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. El es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre: ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas.

“Lady Fay”, la que ganó por lechera el premio de la feria, mira con su dulce rostro a los que la contemplan admirados: su ubre, tamaña como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 libras y cinco onzas de leche en un día, y 20,412 en un año. Y el premio de mantequilla también fue de una Holstein, de “Clotilde”, que viene como “Lady Fay” de los establos de Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dio dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por vez última el sumiso testuz, el medallón de Guénon, que les crece a pelo vuelta a ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indica, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de crianzas de riquísima ubre. A “Sir Henry Mapplewood”, que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras de peso, le llega el medallón del pie del muslo a la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las puntas del asta cubiertas por bolas de oro: así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban “la fuerza, la paz y la paciencia, favorables a los trabajadores”.

Pero hay algo en las fieles Ayrshire que seduce, a pesar de su flaca apariencia, y de ser toda ella hondonadas y puntas: los ijares voluminosos, el costillaje grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y sólo el pecho y el vientre anchos.

De color son bermejas, o bermejas y blancas. No se espera de cuerpo tan menudo pezones tan pródigos. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella es cinco galones diarios de buena leche butirácea; y hay muchas que dan al año mil galones; pero "comen bondadosamente", como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que por lo pobre del forraje sufran tanto como las de otras castas. Ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto a sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha a los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje, como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su resistencia y mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de Jersey es la vaca barragana.

"Esta es buena, señor, decía un zagal levantando de una pellizcada la piel de la grupa, flexible y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella. Vaca lechera, así ha de tener acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos. La cola no le hace, porque lo mismo da leche la negreta de Holstein, que la amarilla de Jersey, que esta Ayrshire achocolatada. Mírele la cabeza pequeña; el cuerno corto, ancho de base y punta fina; el ojo que parece de señora, quieto y suave, y de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso: ¡y lo que come! ¡y lo que bebe!: vaca bebedora cómprele el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, a que le queden bien sueltos los pulmones, y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio."

"¿No ve el señor?: dos dedos le caben en esta abertura del espinazo. que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como deben, bien aparte, para que la ubre tenga

donde crecer, y todo lo de atrás quede espacioso, que estas partes son los talleres de la leche, donde ha de estar todo amplio y en juego. La ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de seda, con este pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la gran señal son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza hasta entrarle en la carne, por esos agujeros donde cabe el dedo. Vaca con eso, y los medallones en lo de atrás, ¡esa es vaca lechera!"

"Véala cómo me mira, señor, porque la trato bien, y la vaca lo sabe: la mejor no dará toda su leche, si no la lleva con mimo el lechero. ¿El comer? Eso hay que cuidarlo, y dárselo con medida sin tanto que empache, pero fuerte y lleno. La leche empieza en la yerba. Buen comer, —buena colodra y buen ternero. Buen invierno, medio verano; y buen verano, medio invierno. En verano la pongo donde yerba, y que no me coma yerbaje de mucha agua o con rocío, sino seco, que es como nutre: cuando se acaba, a establo, a comer pasto cortado y caliente, y cocido si hay un poder. Y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses, porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres no tengo para cada vaca, y a establo con acre y medio tengo; y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral siempre aseado, con lo que recojo todo el abono. Eso sí, la comida ha de mezclarse, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, que le gusta a la vacada, aunque en lo dulce ha de andarse con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril a la vaca."

"El ternero, sí señor, salió blanco; porque la madre vio en una ocasión pasar a un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea o le suceda cuando está para la familia." "Ahora a callar, señor, que es la hora de ordeñar, y junto a las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni distraerse con ningún ruido, porque mientras se las exprime, se ve que sufren, y están espantadizas: yo, por mí, lo que hago es canturrearles, y al son se me están quietas, y veo que me agradecen el canto."

Ya cae el crepúsculo, los mansos lecheros se acercan a sus vacas: beben los ternerillos de las tinas: el quesero vende a los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean, como al apagarse, las luces eléctricas: hablan en un rincón empleados del entusiasmo con que Nueva York ha asistido a la feria; de los largos artículos en que la describe la

prensa diaria; de como en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquiera otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la feria, pasa "Pedro", seguido de una turba de zagales, de un lado a otro del circo: la sombra lo agiganta: va halando a la tierra el palo que lo guía: los mozos, a un lado y otro, van callados como orgullosos de llevarlo: las Jerseys todas, a la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor bajaba Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando, al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 2 de julio de 1887

4

EL CENTENARIO DE WASHINGTON

Primera fiesta.—Inauguración de la "Exhibición de Retratos y Reliquias".—De lo que se habla en Nueva York.—Los provincianos.—La crónica del gran baile.—Cisma en la alta sociedad.—Los aristócratas de la sangre contra los aristócratas del dinero.—Despachos e injurias.—La exhibición.—La mascarilla de Washington.—Las espadas.—La espada de la inauguración.—La plata de mesa: cinceladuras y relieves.—Los autógrafos: Washington y Lafayette.—Los periódicos de aquella época.—El traje de seda con que Washington juró.—El traje de Martha Washington.—La vajilla de campaña y la de la Presidencia.—El baúl de la guerra.—Los retratos.—Hamilton y Franklin.—El Washington militar de Peale mejor que el Washington pomposo de Stuart.—Mrs. Cleveland

Nueva York, Abril 18 de 1889

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Esta noche ha comenzado el centenario suntuoso de la primera jura de Washington. De eso sólo se ocupa la ciudad. Ya no cabe en los hoteles la gente que llega. Las calles están llenas de campesinos endomin-

gados, de novias de aldea que se pasean por Broadway con los guantes de bodas, de ancianas satisfechas, de esas de quitasol y ridículo, que sonríen a la multitud, para que les admiren el vestido escocés, o dorado y azul, o verdepino con adornos de plata. En las escuelas no se da clase, sino de patriotismo, y cada niño recita un arranque de Patrick Henry, el primer abogado de la guerra, o de Rutledge, el orador ardiente del Congreso filadelfiano, que el inglés Chatham proclamó el primer Congreso del mundo, o de Henry Clay, el que halló bien que en los días de amargura los hombres amen a su patria hasta el sacrificio: a las niñas les enseñan versos de Emerson, de Lowell, de Whittier, en que se celebra "el cañonazo que dio la vuelta al mundo", "el aire que respiraron De Kalb y Sumter", "el suelo que nos dio este hombre imperial"; o cesa la enseñanza, y salen a la calle con los maestros a ensayar el paso con que han de ir estos soldados de mañana en la procesión a que le están levantando arcos más altos que la cruz de las iglesias. Se piensa en Roma cuando se pasea estos días por las calles principales, llenas de travesaños y virutas, de escaleras y puntales, de los estrados donde, a tanto por cabeza, van a ver la procesión el señorío y el pueblo. El señorío quiso hacer suya la fiesta, como cosa de herencia personal, y ocasión de lucir la sangre, que los que vienen de los próceres de la revolución creen tener más fina que los que han comprado libreas para sus lacayos con el dinero del comercio y los ferrocarriles. Ni de las procesiones siquiera se habla tanto como del baile que trae a capirotaños a toda la gente linajuda, aunque una procesión va a ser de buques, como la que salió a recibir a Washington cuando vino a Nueva York a jurar la Presidencia, y en otra van a marchar juntos, como pocas veces se les vio, los federales azules, que celebran el centenario como la confirmación de su poder, y los confederados grises, que tienen a Washington por suyo propio, porque él fue la flor y la gloria del Estado materno, de la romántica Virginia: y la parada mayor será la cívica, la parada popular, con muchas maravillas, pasos y alegorías, y Washington y su mujer de cera en su coche, como cuando iban los domingos a la iglesia, o venían de bailar el minué en casa del embajador español, hombre de buenos vinos y espada de ceremonia, muy mentado por sus bailes de tono, en que se servían nueces, helados y manzanas.

Los eruditos y los curiosos son los que hablan de estas cosas, y saben si Washington delectaba bien el inglés en sus cartas sesudas, o si escribió o no con asesor lo que pasa por suyo, o si fue de verdad tan pomposo como lo pintan, y tan amigo del clarete y del Madera, o si amó o no fuera de casa. Los libreros dicen que no han vendido estos días más literatura

de Washington, más "Vidas" de Irving o Hale, más "Escritos" de Sparks, más "Mount Vernon" de Lossing, que los que venden usualmente, que nunca son muchos. De lo que no se cansan de hablar pobres y ricos es del baile famoso; de la fatiga de los linajudos porque el baile no se les fuera de las manos, y parase en cosa pública; de las escaleras que hay que subir, y los pesos que hay que pagar, para obtener de los ceñudos caballeros una papeleta de entrada, impresa en letras de oro, con el medallón del prohombre en el centro; de que por fin vendrán al baile los representantes y senadores del Estado de Nueva York, entre quienes resulta que anda un encubridor de bandoleros, que no hace malos discursos, y cobra el barato a las cuadrillas de jugadores y asesinos; de que ha habido entre los "cuatrocientos", entre lo de arriba de la nata y lo fino de la flor, peleas mortales de hombres y mujeres, porque la junta no quiere dar puesto en el cotillón de honor a quien no venga en línea recta, sin escapadas ni menjurjes, de las familias que bailaron en casa del francés Moustier la contradanza célebre de la primera inauguración, cuando salió Washington de traje de terciopelo y sin espada, a hacer paso y cadena, al son de los violines, con aquella desdeñosa, aquella coqueta Sally Carry, que lo dejó cuando joven para casarse con un Lord Fairfax. Se cuchicheó mucho entonces, y ahora más; porque por mucho que estiran la genealogía los ricos, no les llega a cien años, o le quiebra una rama un tendero como Astor, o un botero como Vanderbilt, o un especiero como Peter Cooper, por lo que ha habido millonario despechado que está ya en viaje para sus castillos de Inglaterra, antes de morderse los labios en el baile, viendo desde su palco piruetear entre Adamses y Jays, entre Hamiltons y Fishes, entre Lewises y Gerrys, entre Morrises y Kings, a "unas pobretas mal vestidas", con "pedrotes montados en plata", como si el venir de los fundadores de un pueblo fuera más mérito que el de aprovecharse de él para hacerse bañaderas de marfil, alcobas de ónix y comedores de oro.

Pero cuando, desde el mismo escritorio de caoba que usó Washington en sus tiempos de Presidente, declaró hoy un delegado del Corregidor de la ciudad, abiertas, con la "Exhibición de Retratos y Reliquias", las fiestas del centenario de la jura, no faltaba en los salones, en los cinco salones repletos, una cara conocida: allí las damas mentoras, que amparan beneficencias y dan banquetes; allí las herederas principales, con trajes de seda parda y talle suelto, como en los tiempos de "la hija adoptiva", la lindísima Nelly, a quien le compró Washington un clavicordio de mil pesos; allí, como mendigos de estas reinas, los pobres galanes, con franja en el pantalón y solapa de raso; allí los que se llevan el corazón con su

cabeza blanca, con aquel modo de inclinarse ante las mujeres que ya se va olvidando, con aquellas corbatas de tres vueltas y casacas de ala de pollo,—los viejos con su sonrisa de resucitados. De memoria conocen los viejos los retratos de Washington: los jóvenes pasan sin mirar, alisándose el capuz, tentándose el corsé, codeando.

Y no se sabe lo que ver primero. Hay trajes de la revolución, armas de las que vencieron al inglés Cornwallis, periódicos de la época en que contendían "Pacíficus" y "Helvius", óleos y miniaturas, muebles y libros, loza y argentería. Junto a la mascarilla de Washington, donde se le ve el rostro noble y fuerte, ancho por los ojos, de boca reflexiva y nariz de poder, con el labio de arriba embebido, está un tocador donde se besan dos paíomas, un cubierto de mango de piedra verde, un encaje del que se ponía el prohombre de puño, y la pierna de palo del embajador que encantó y aconsejó a París, de Gouverneur Morris. Todo el mundo quiere ver a la vez las espadas: la corta, de cabo de hierro, que llevaba Washington, el único oficial que quedó con caballo, en la derrota cuando la guerra india del Monongahela; la de puño de plata, de guarda hecha a cincel, con vaina blanca y cordón de plata pura, que cargaba al cinto cuando puso la mano en la Biblia de los masones, y prometió servir a su país como caballero honrado; la de puño de oro que le regaló Lafayette, fina y esbelta como su donante. Entre las espadas enseñan los pistolones el cabo marroquí, y la chispa mordida por las tenazas del gatillo, que es toda una ferretería. Al lado están las platas de aquel tiempo, las cafeteras lisas, con mucho cuerpo del mango al pico, y el mango de ébano; las cestas cinceladas, para que se viera bien la fruta; los candelabros estriados, con su base de escalinata, y su capitel corintio; las salseras capaces, con el asa imitando una paloma; los jarros altos y delgados como columnas, con el ángel arrodillado ante la corona de la tapa, y los relieves de guerras y de Biblias.

¿Qué autógrafo se verá primero? ¿El de Lafayette, franco y firme, no sin sus adornos y vueltas, o el de Washington, que peca por la ortografía, sólido y preciso como su carácter, con muchos puntos y comas y guiones, de letra corrida y de tamaño común, que no cambia jamás, bien apunte las libras que adelanta a sus hijastros del dinero que les administra, bien escriba a su mujer que ha arrodillado a Inglaterra en Saratoga, y no tienen ya qué hacer las águilas republicanas?

¿A los periódicos se irá primero, o a los trajes? Los periódicos de entonces eran muchos, de tres o cuatro columnas, y más sustancia que páginas. Todo era el "Federal", "el Americano". "el Colombiano". Ha-

bía Mentores, Monitores, Censores, Anunciadores, Crónicas, Gacetas, Centinelas, Heraldos. Uno era "Argus", otro "Estrella", y otro "Paladión". Allí se publicaba la historia de "Eugenio y Florinda", o "el largo y detallado encuentro de nuestro buque Hampden con un barco de guerra inglés de las Antillas", o "pensamientos sobre la guerra", o cartas de polémica y consejo, con firmas bucólicas o romanas. Y al fin los anuncios, de un jardinero que vende semillas, de un tendero que acaba de traer sedas francesas y botones con el retrato de Franklin, de un librero que ofrece libros de salmos, de un buey y un negro que se han perdido, el buey, bermejo, y el negro, cojo. Aquí está el baúl de Washington, el baúl de campaña, no mayor que una maleta de ahora, de cuero claveteado, con la tapa de haldas. Esos son los platos de estaño de Su Excelencia, en los que daba de comer con mucha ceremonia a su familia de ayudantes, o a los marqueses del rey francés, a quienes asombraba aquel poner y quitar mesas, y servir la cena cuando estaban cascando las nueces del festín de por la tarde, donde todos comían como héroes, menos "el hombre más grande y virtuoso del mundo", que se contentaba con una sencillez, y su Madera para los brindis, que eran de uso entonces,—unos cuatro o cinco brindis.

De los trajes, el más lujoso es el del munífico John Adams, caballero de peluca y bastón, y de chupa de terciopelo y chaleco enflorado: pero el que se viene a ver es el vestido de seda castaña que llevó Washington el día de la jura, y no estuvo mal, según cuentan, en aquel cuerpo formidable, que tenía de las corvas a la coletilla la altura de una persona de buen tamaño: es de tapa el calzón, abotonado y abrochado a la rodilla: y el chaleco tiene sobre los bolsillos tres botones de seda, como en la hilera del pecho y en las bocamangas: allá, solitario, en un maniquí con el seno de papel, cuelga un traje de mujer, de la misma seda, el traje vacío de Martha Washington,—la de familia ilustre,—"era de Dwindidge",—la que "nunca fue bonita",—la celosa, la viuda rica,—la que en los años de la guerra iba a vivir con su señor en el campamento cuando se aquietaba la campaña ¡Entonces no era como cuando se comía en la vajilla de porcelana de lo mejor, con una orla de mirto y otra de laurel, y la "G. & M. W." en medio del plato, en un cerco de rosas, y arriba un águila de oro, con las estrellas a la cabeza y los rayos a los pies! Debajo de un cristal están juntos un traje verde de mujer, de mangas muy floridas y una capa de miliciano.

Washington, Hamilton y Franklin se llevan los ojos en la galería de retratos. Ni Washington oscurece a Hamilton, el chiquitín isleño, el te-

sorero de la guerra y de la primera Presidencia, el que se sacó de la cabeza casi divina la república armada; el de los ojos azules como el mar de sus Antillas, de boca fina que va a romper a hablar, de frente alta por las cejas y echada muy atrás hacia el pelo de espaciosas entradas: la levita le hace pliegues sobre el pecho, como si sobrase lo de abajo: la cara fea resplandece con gracia de Apolo.

Franklin no quiso que lo vieran poco galán, y regaló él mismo su retrato al pastel, con los ojos azules y pómulos rosados de su carne sana: la frente se le levanta como en doble cúpula sobre ambas cejas, y tiene el ceño arrugado, como del mucho pensar: los ojos de párpados claros dicen: "no me mientas": la boca es como de quien se ríe a sus horas y sabe callar, con el labio de abajo como burlándose del de arriba, y de los que se lo ven: el cabello gris, fino como seda, le cae por los hombros: es de un paño de perla el traje; y el abdomen voluminoso.

Washington está mejor, con su perfil aguileño, su nariz caída por la edad, su labio encogido, su barba firme, así cuando le saca a hurtadillas el retrato un curioso en la iglesia, que cuando se sienta con polvos y pompas a que le copien a la vez la cara presidencial tres pintores a quienes el respeto de su persona les hace temblar la mano. De muchos pintores se dejó retratar, y aun sacar en vida la mascarilla donde se le ve la magnanimidad y entereza. El se retrató cuando volvía de su primera gloria, de haber ido sin guardia, por entre indios asesinos y guías traidores, a decirle al francés que echara atrás los fuertes que estaban plantando en tierra inglesa; cuando de guerra en guerra ganó la coronelía, la mano de la viuda y el respeto de sus americanos; cuando el arrebatado Patrick Henry declaraba que no había en el Congreso de Filadelfia, el que echó los cimientos de la nación, militar más apuesto ni consejero más sesudo, que aquel que años antes se quedó sin palabras con que responder, cuando el presidente de la Asamblea de Virginia le alabó en un discurso improvisado el valor: "¡A ése, dijo un jefe indio, lo creó el Padre del mundo para que pasase vivo por las balas!" "¡A ése, dijo un sacerdote inspirado, le ha permitido la Providencia salir salvo de manos de los indios para que preste algún inestimable servicio a su patria!"

Se retrató cuando vivía, ya coronel famoso, en su hacienda de Mount Vernon, cazando y sembrando, con mesa abierta y cuarto libre para los amigos del señorío; cuando supo los agravios de Boston contra los ingleses, y salió de su prudencia, con aquel fuego que guardaba él entre ceniza, para "levantar a su costa dos mil hombres en defensa de la libertad americana"; cuando peleó en tanta estrechez a la cabeza de las tropas, que

quinientos pesos le hubieran parecido “la salvación”, y un pan fresco, un festín; cuando, echado el inglés, vino entre arcos de flores a Nueva York a jurar su cargo de Presidente primero de la República, que rigió con mano de padre; pero sin quitarse los encajes ni el terciopelo: y acababa de retratarse cuando, llegada la hora de morir, acaso por haberse detenido en la mañana lluviosa a acariciar a su caballo de guerra, se sentó en la cama, se compuso la ropa, cruzó los brazos sobre el pecho, y acabó sereno. Pero tal vez su retrato mejor es aquel de cara enjuta, sin bellezas postizas ni adulaciones del pincel, en que clava los ojos inquisidores en el que atenta a su respeto o le compromete su República; tal vez está mejor en el cuadro de Peale, de militar arrogante con cara traviesa, en traje mahón de casaca azul, con bota negra y acero desenvainado, entre heridos y pabellones, venciendo en Monmouth, que cuando Stuart lo pinta de Presidente después de la hora de tocador; cuando los dientes recién hechos le afeaban la encía, y los retoques de colorín le daban a la cara mortecina cierto aire de máscara.

¡No es a ese anciano repintado y frío a quien Federicó el Grande llamó el primer general del mundo! Ni el que en una reunión amenazadora de los militares descontentos del poder civil, les pidió permiso para leer con espejuelos el discurso en que les aconseja respetarlo: “¡se me han puesto los ojos débiles en el servicio de mi patria!” Pero no era la caja de espejuelos lo que se agolpaba a ver el gentío favorecido, el gentío rico e ilustre de esta primera noche de la exhibición, el gentío de caballeros y de damas: no era la Biblia sobre que juró: no era el tomo de máximas de Hale en que aprendió la virtud: no eran los platos de estaño: lo que se agolpaban a ver era la espada.

Pero de pronto se vuelven unánimes todas las cabezas. De reliquias, de retratos, de la argentería, de la vajilla, de todo se olvidan:—“¡Encantadora!” “¡Una reina!” “¡Oh, qué sencillez!” “¡Pero qué alta!” “¡Qué bien le está la frente desnuda!” “¡Nadie como ella pudiera llevar sin deslucirse ese traje de casimir amarillo!” “¡Traje suelto, y saya casi lisa!” “¡Quién la olvida que la ve sonreír y mirar una vez?” “¡Oh, qué delicada criatura!” “¡Oh, Mrs. Cleveland!”

Y pasa, graciosa como una niña, del brazo de un anciano.

JOSÉ MARTÍ

BOLETIN DE EL PARTIDO LIBERAL

“*Ciencia Loca y Sabia Locura*”.—*Libro curioso y usos prácticos del fonógrafo*

Del fonógrafo se burlaban hasta hace poco tiempo los críticos de oficio, que todo lo que no hacen ellos lo hallan mal: lo llamaban “pura poesía”, e “invento ocioso”, como el del yanqui que inventó un caballo mecánico, que andaba una cuadra en diez días, y costaba diez mil pesos. Pero por las circulares que nos llegan de los Estados Unidos, y por lo que de allá nos cuentan los que lo ven, el fonógrafo está ya en su periodo útil, y ha comenzado a hacer seria competencia a los taquígrafos. Hasta los poetas han empezado a mirarlo con favor; porque en las altas horas de la noche, cuando las ideas echan alas, y se tiñe la sombra de colores, y pasa una virgen llorando sobre su corazón roto, o una bayadera bebiendo champán, el poeta, que no puede perder tiempo en buscar fósforos, sacude las sábanas fogosas, palpa en la oscuridad el fonógrafo que tiene a su cabecera, habla por la trompeta al rollo que recoge sus imágenes: y a la mañana siguiente, con poner en el fonógrafo el rollo, los versos salen cantando. El comerciante hace lo mismo: tiene en su casa un fonógrafo, y en su oficina otro: dicta sus cartas de noche, lleva al otro día los rollos a su despacho, y el fonógrafo va lentamente dictando las cartas al amanuense sentado a la máquina de escribir. El taquígrafo se cansa o se equivoca, o se come las palabras, o se enferma, o no está en la oficina a la hora que se quiere: el fonógrafo siempre está allí, obediente, seguro, pronto a toda hora, rápido. Hay veces en que la mente está como encendida, y manda andar: la mano está para espada, más que para pluma: sentarse en la silla, es como sentarse en un potro: la cabeza, alta, padece de inclinarse: las ideas chispean: no se puede soportar presencia humana: se echarían abajo las paredes de la casa, y se le diría al sol, “¡aquí estoy!”—el fonógrafo, manso y veloz, recibe entonces la palabra impaciente del militar, del ministro, del abogado, del orador: el amanuense, allá donde no molesta su tecleo en la máquina de escribir, vierte al papel la frase vigorosa y fresca, sin los rasguños y torturas de la palabra escrita: se escribe menos y mejor, porque la idea sale como se la concibe. Un dueño de fábrica, que tiene muchas órdenes que dar a sus diversos capataces, las da como si las hablara, con el detalle, claridad

y energía que en una carta no se pueden poner,—y el fonógrafo de la fábrica repite las órdenes. El que quiere escribir una carta y no tiene tiempo, la dicta de pie al fonógrafo, pone el rollo en su caja ligera, y lo echa al correo. Y la familia reunida en la noche, que desea oír la música viva, la voz mística del tenor, la melodía delicada del piano, el acento del poeta favorito, pone en el fonógrafo los rollos, y los oye tocar, declamar, cantar: el misterio aumenta el goce.

El ciego, que ni escribir ni leer puede, tiene consigo el fonógrafo, y habla y escribe.—Y si en nuestro despacho nos promete esto o aquello el que contrata con nosotros, después no se puede volver atrás, porque el fonógrafo le tomó al hablar la promesa; y es testigo intachable, que probará al juez quién miente: y se conocerá al que nos quiere engañar, si se resiste a poner su oferta en el fonógrafo.

En los periódicos, donde se debe vivir al minuto, el escritor dicta su editorial en el instante en que recibe la impresión que se lo inspira, y emplea en preparar otro, o en otros trabajos, el tiempo que el cajista tarda en tomar del fonógrafo el primero, y parar las letras sobre la caja, según la trompeta se las va echando al oído: y si oyó mal o anduvo lento, vuelve a poner el rollo, y se corrige. Allá, en los Estados Unidos, ya es costumbre ver llegar a un negociante atareado a su oficina con sus rollos que escribió la noche antes a ratos perdidos. Y esta comodidad no cuesta allá mucho: los fonógrafos no se venden, sino se alquilan, por cuarenta pesos al año: un rollo, en que caben dos cartas, vale unos centavos, y puede usarse muchas veces: el fonógrafo mismo borra lo escrito y queda el rollo como nuevo; pero ¿quién borrará la frase de la madre, la canción de la novia, la voz de la cantatriz, la palabra del buen amigo, el balbuceo del hijo muerto? En las horas de tristeza, en las noches de lluvia, el fonógrafo consolará la agonía del alma.

Mas yerra quien crea que ésta es novedad de nuestro tiempo; porque, por un libro viejo que se acaba de descubrir en Alemania, se ha venido a saber que ya hubo algo como fonografía hace doscientos años. El libro se llama “Ciencia Loca y Sabia Locura”, y es de un Beecher que anduvo por el mundo hablando con sabios. Del teléfono también cuenta, que se llamaba entonces “stentrophonicon”, y estaba tan adelantado que se podían hablar por él dos personas, sin que los oyese nadie, a distancia de una milla. Y de la taquigrafía se hablaba también, y copiaban con ella sermones en Alemania, y en Inglaterra discursos. Ni el mismo “volapuk” es novedad, porque Beecher inventó un lenguaje que en todos los pueblos le servía, sin más que doce letras, quinientas palabras y seis

reglas de sintaxis; y muy claro de entender, porque “se basaba en las cualidades y empleo de los objetos”. Tampoco parece maravilla el famoso motor de Kelley, de aire comprimido, porque Beecher dice que vio una escopeta de aire, que descargaba tres balas seguidas, sin ruido ni pólvora. Beecher vio el buque icíneo de Cornelius Trebbel, que navegó bajo el agua en el Támesis. Vio otro barco en el aire, sostenido por globos más ligeros que la atmósfera.—Y en Nuremberg conoció al óptico Gründler, que embotellaba, en una botella de su invención, la voz del hombre, y “después de una hora salía la voz, hablando palabra por palabra”. ¿Pero quién se sorprende de todo eso, si ha leído uno de los libros más útiles y amenos que se pueden leer, que dice cosas aún más extrañas y mejor comprobadas que éstas, el libro de “Lo Viejo Nuevo”, donde prueba en elegantísimo francés Eduardo Fournier la vejez de lo que pasa por nuevo hoy, y la identidad continua del hombre, y la vanidad de la soberbia?

El Partido Liberal. México, 12 de marzo de 1890

6

LA EXHIBICIÓN DE FLORES

Orquídeas y crisantemos.—Las palmas.—Las plantas humildes.—Una casa de bodas.—El Día de Gracias

Nueva York, 28 de noviembre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Ni en el misterio de las últimas elecciones pensaban ayer los neoyorquinos, ocupados en celebrar al sol el Día de Gracias; ni en las quiebras, que han sido muchas porque los negocios artificiales, como la política de intriga, son palacios de barajas, que con una que caiga, como decían que iba a caer Baring, se vienen al suelo las demás; ni piensan en la guerra temida de los indios *síoux*, que están bailando sin cesar la danza de guerra, con alaridos y éxtasis de fanático pavor, cuando creen ver que baja del cielo en el lomo de un águila, armado con la flecha invencible, al Mesías, que como un soplo que corte como la hoz, ha de echar de sus valles, de

sus florestas, de sus colinas, al blanco que les compró la tierra de sus abuelos por pan y por ropa, y ahora los echa de su último rincón, y les pone a los pechos la artillería negra, cuando los indios, hambrientos, y desnudos, van, con la ley de la venta en la mano, a pedir pan y ropa. Ni en la parada del Día de Evacuación se piensa, la parada en memoria del día en que salieron los ingleses de Nueva York, que es cosa de viejos, que halan la pierna de palo, calle sobre calle, con el fieltro a los ojos, detrás de la bandera que ondea en silencio entre la multitud indiferente y despedazada. Es el día de "mostrar agradecimiento al Ser Supremo", según dicen las proclamas del Presidente de la nación y los gobernadores de los Estados, "por los beneficios de que disfruta por su merced el pueblo más próspero y libre de la tierra, y por el crecimiento y las grandezas futuras que en sus designios misteriosos le tiene el Ser Supremo a este gran pueblo reservados". ¿Y va el país a las iglesias, a "dar gracias a Dios", por lo que fue y por lo que dicen que va a ser, con la cabeza mansa del que oye en las alturas el trueno prepotente, y en la mano el devocionario o el salterio? ¡Oh no! El día está hermoso, y la iglesia es el mundo. El cazador sale de mañana con su perro, a ejercitarse en matar, que es sin duda oficio de hombres. Con el blanco al frente, que es amarillo y rojo, van a los suburbios, donde no dañen las balas perdidas, los clubs de tiradores, unos de blusa y casquete, y calzones a la rodilla, otros de máscara, vestidos de irlandés, en chaleco y sombrero de pelo, con la pipa caída por la barbaza roja, o de chinos y mexicanos, con trajes de seda y alamares de oro, o de sacerdote negro, de espejuelos y levitón, montado en un burro, y otro burro a la cola, con el barril de cerveza. Los pilluelos peroran en las esquinas, con los diarios bajo el brazo, la colilla pegada al rincón de la boca, y la nariz al viento, mientras abra las puertas algún caserón hospitalario, donde habrá pavo y pastel hasta morir, y "¿quién sabe, Jim, si nos dan para este frío terrible algún chaquetón viejo?" "¡Brrr, Jim, que se me huela este pie descalzo!" Y niñas y damiselas pasean la ciudad, con los colores del bando de pelota que van a favorecer en el juego famoso de la tarde, colores que lucen en cinta alegre al brazo de la damisela y en un moño galán al cuello del perro que lleva de la mano. Allá van, y allá iremos por la tarde, a ver cómo juegan la pelota de pie, a rodillazos y cabezadas, ante un circo de veinte mil vociferadores, los once estudiantes de Princeton, amarillos y negros, contra los estudiantes de Yale, los once azules. Allá va todo Nueva York, en coche de campo, con trompetas y mujerío en la imperial;—en los vapores de música y bandera;—en los trenes, que bufan por el aire,

ahitos y rezagados. Ahora, entre lo más fino de la ciudad, vamos a Madison Square, con sus torrecillas que parecen banderolas, y la torre mayor que como un asta echa el edificio enorme al cielo, vamos en la mañana fría a ver la piña triste y la palma a medio helar, y las orquídeas venezolanas y la sensitiva, que dicen que es lo que ha de verse en la exhibición de flores. Y la dionea, la ostra de las plantas, que se abre traidora, enseñando a la mosca incauta el seno de carmín, y sobre la mosca presa cierra los dos pétalos verdes, con pestañas que se montan y aprietan como los dedos de las manos. La "trampa de Venus" llama la gente a la dionea, que es friolenta y menuda, y crece una con otra como chismeando y en rebaño. Al fondo, caídas por el tronco las hojas peludas, como cabezas de toro, colgadas de trofeo alrededor del mástil, domina el jardín, cercado el pie de dátiles enanos y livistonas hojirredondas, la palma del desierto, de abanicos erguidos y vigilantes; la *Seaforthia elegans*. De un tallo quebrado pende un abanico, seco.

Rosas, apenas hay, sino las que componen en ramos, con sus manos ágiles, las doce floristas judías del mostrador redondo, sentadas, con sus ojos negros, y con un clavel rojo en el delantal, entre florones de crisantemos blancos. Y estas ramilletteras de dedos vivaces, con uñas pulidas de corte de almendra, no ganarían los diez privilegios que otorga sabio sumo en el arte fino de las hojas y las flores, a quien las pone de manera, en el vaso de bronce o de bambú, que por el ramo se sepa si el huésped agasajado es hombre o mujer, o si la casa de la boda es del novio, lo cual se dice con las flores rojas, o de la novia, que se dice con blancas. Ni el derecho de tutearse con la majestad, ni la soltura en casa de los príncipes, ni el consuelo de distraer las horas solas, ni el gusto de conversar en familia con la naturaleza, ni la salud de la carne y de la mente, ni el poder de olvidarse de los pesares, ni la bendición del carácter amable y cortés, ni la abnegación y señorío de sí propio, ni el espíritu religioso y respeto de la humanidad, merecen,—a los ojos del vizconde de Tokio que del brazo de su novia cuáquera visita la exhibición,—estas floristas culpables que ponen hojas de otoño con flores de mayo, o sofocan un lirio que ha de esplendor solo, entre claveles o violetas, o ponen sin respeto, las flores amarillas, que son damas, con las rosadas o púrpuras, que son flores viriles, o ponen a un lado y otro del ramo la misma flor, sin esparcir el color de una parte, con matices afines, de modo que se esquive la monotonía, o ciñen el ramillete con un redondel de hojas, como

la corona de un calvo. La flor es alma, según el vizconde japonés, y ha de hablar a ella. ¿Quién habla en voz alta, en las casas del Japón, cuando están juntando flores? De estos cuidados finos tienen los japoneses el corazón cortés y las manos pequeñas. Y sin ese mimo de siglos, y ese esmero y orgullo de todos, ¿habrían llegado los crisantemos de aquellas mesas, los hijos mayores de la humilde margarita, al esplendor amarillo del kioto, que es una majestad, altiva y crespa, o al candor de la *shasta* erizada, o al rosa blando de la siringa melenuda, o a ese plumón de nieve, el fúlgido *hardy*, o al sol rojo de los rayos blancos, el crisantemo de la maravilla? Mil quinientos pesos vale un *hardy*, en los invernaderos de Short Hill. El vizconde japonés, arrebatado, pide allí mismo, en una hoja de su cartera, una maceta de *hardy*, para la casa nueva de la cuáquera. Lejos, detrás de las orquídeas colgantes, o prendidas en las ramas de naranjos y de jazmines, brillan en masas, en tres canteros enormes, los crisantemos rojos, los amarillos y los blancos.

El jardín de las orquídeas, por marco arrogante, tiene a ambos lados, con su florón cardenal de erecta y larga espiga, al más bello de los anthurios, el *Andreanum* colombiano: como un asta de lanza sale de la gran flor, redondo y unipétalo, el pistilo de granos verdes, recio y apiñado como una mazorca. En terrones fibrosos, o en cáscaras blandas, crecen, erguidas o pendientes, las parásitas encantadoras: cuelga el racimo de flor alba de un odontogloso: el oncidio está allí, el de las dos alas, y el que da en otopño su cáliz de más aroma, el cigopétalo, lanza al aire, como de una aljaba, sus flechas florecidas, habanas y violetas: el epidendro naranjado, de tallo esbelto, no deslucen el dendrobio tricolor, ni al catleya rosa y lila, con el labio de oro puro: ni puede ninguna de las lelias, frondosas y leves, vencer en finura, ni en el vago rosado, a la armoldiana lloronajo de flores refulgentes, como mariposas heladas, la vanda cerúlea. A sus pies, en su tiesto de hilaza natural, se yergue, con las fauces abiertas, el odontogloso tigrado, con la cabeza de unicornio.

Pero los cipripedios, grandes y generosos, son los que se llevan todas las miradas. Los niños no quieren creer que sean flores de veras, sino pantuflas, pantuflas que han echado tres alas por el talón. Hay pie de mujer que cabe, por supuesto, en el labio colgante con que el cipripedio lustroso ampara de los insectos ladrones su columna hermafrodita, con las antenas machos, como dos orejas, pegadas a la lengua blanda del estigma, que echa tubos abajo, hasta que se juntan con el huevo, los granos

de polen que le trae en el lomo la abeja buscamiel, enamorada de la fragancia y el color. ¡Qué insectos, en aquella soledad divina, para estas flores enormes! ¡Qué ir y venir, de la vida del mundo, por el aire tórrido, entre las alas vibrantes, de la abeja fecundadora!

¡Y el pensamiento del cipripedio de poca miel, que echa listas de carmín a lo largo de sus tres pétalos blancos, y bruñe hasta que da luz su zapatilla redonda, para que la visite por la hermosura la abeja que lo desdeñaría, por su exterioridad! ¡Y la estrategia de esas otras flores, que crían crines por el borde interior de su zapatin, para que se le traben las patas al mosco hambrón que viene a beberse la miel sin tamaño, para llevarse con el roce el polen de la antena, o a roer, sin dar nada en pago, la piña dulce del polen! ¡Y el tallo peludo, y el barniz de la flor, para que no se le suba la hormiga de veneno, la hormiga colorada! La flor, ¿es alma en ciernes, que sabe menos que el hombre, o es alma en pena, ya a punto de vuelo, que purga en la pelea,—hermoseando, como todo lo que padece,—sus últimas culpas? ¡Si está como que vuela preso por la cintura en su talle alto, el cipripedio lenchordum, con las alas colgantes y picudas, lo mismo que las de una golondrina! Unos llaman pantuflas de señora al cipripedio, de labio afilado como la prea de un bongo, y otros le llaman mocasin, porque en algunas flores es como el zapato indio, redondo por la punta con manchas como cuentas. El cipripedio barbado da flor blanca y carmín; la superciliar es la de la bota roja, con los tres pétalos listados, al modo del jacinto; la cardenal tiene el botín de sangre, y agudas las tres alas de leche; la expansum es de púrpura, con fajas de cebrá; la grande es de brazos alunarados, color de rosa y carne; la insigne, que dura tres meses en el tallo, es de un blando amarillo.

Apenas visitan los curiosos el cantero de las hojas, donde las begonias no son tantas, y triunfa, en su menudez, la más bella de las campylobrotis, la campylobrotis refulgente, de anverso negruzco y ondeado. es como de terciopelo a la luz de la luna aquel extraño esplendor.

Las mejores marantas, con sus hojizas blancas y verdes, bordan el cantero, y sobre ellas impera, entre los crotones lanceolados, de pintas rojas y amarillas, y la *Dieffenbachia* de hoja colosal, entre dracenas matizadas y pandanus estrechos, malangas y vrietas, como lenguas retorcidas de cuchillo, entre la hoja de corazón de la alocaasia cebrina y la bicornuda y hocicosa del philodendron de los paseos, la hoja triunfal, veteada

de blanco, del anturio de cristal, que es la felpa más suave, de área gigantesca, y de un brillo fantástico.

Por la calle de los helechos, donde campea en su tronco velludo la *cyathea*, alta y finísima, y la *alsophila* de Australia, empina sus abanicos en el tallo de ojos donde rodean el gran asplenio de los nidos, con sus hojas en círculo como una corona de plumas, los adiantos espesos y rampantes, donde, como un vapor se mece, entre *pteris* y *aspidios*, el espárrago aéreo; por la avenida que bordan, macilentas, la piña enjuta y amarilla, el cactus senil, envuelto en canas despeinadas, y el plátano canijo, con la hoja en guñapos y el racimo limosnero, se va al oasis de las palmeras, cercado de arena, donde crece, oprimida, la *caryota* frondosa y el coco de la mar pliega sobre el tronco los abanicos mustios, y la *erica* de anillos verdes puja la hoja difícil, y no circunda al dátil, como aroma cuajado, el globo de polen de bermellón radiante. En las esquinas, como erizos, abren las púas de su tallo rechoncho tres encefalartos de Lehmann.

¡Cómo que no tiene qué decir la gente a las palmas tristes y magníficas! De la *caryota* hablan más, por su hoja espesa de helecho; de la cucúrligo, de hoja oblonga y de pliegues; de la de Panamá, la palma de los sombreros, que es fina como la seda, de hoja larga y venosa. Las damas de moda, con el traje a rastras, y el talle dorado entreabierto bajo la pelliza de armiño, no tienen ojos más que para los crisantemos y las orquídeas, las flores extrañas y caras. Los pocos hombres andan como perdidos, paseando por donde venden las judías. Los niños van, como sin querer, allá con la flor campestre, a un cantero lejano. Las señoras de edad, los maestros de espejuelos, y algún extranjero, desolado como las palmas, rodean la mesa de las plantas curiosas, donde por sobre el místico papiro, de pie luengo y gentil, sobre la noble ravenala, que da el agua de su tronco al viajero sediento, sobre la sensitiva mimosa, que se cierra al ver venir la mano del hombre, sobre la *sarracenia* verde, erecta como un cetro, con el remate de casco africano, sobre el arbusto del pino colosal, de la *araucaria excelsa*, brilla en lo alto el follaje del café como un cesto en una lanza.

¿Qué hay allá, en lo que es de lejos como tienda de campaña, que no parece que la gente pueda entrar, de tanta que quiere ver a un tiempo? A los niños no se les puede arrancar de las flores caseras. ¿Qué tienen los

tiempos, que en la exhibición de flores de hoy se ve el empeño del jardín en mejorar la flor humilde, la flor del campo y de la huerta, como ayer, en la exhibición de caballos, enseñaban con orgullo los criadores las muestras de los caballos de fatiga? ¿O qué religión viene, que crece la democracia del mundo, y el hombre que se levanta, acrisolado por la pesadumbre, llama a su seno la bestia y la flor? De dalias hay un mundo, y de claveles, y de anémonas. Sin la abeja visitadora están las flores pálidas con las hojas a medio abrir, y manchas por donde rebosa la miel inútil.

La madre selva caída no da su aroma tentador, que es para la noche, al aire abierto, cuando viene el insecto a la golosina del perfume. Allí está la ipomea, con la campanilla a tierra porque no quiere la enredadera sabichosa que le arrasen el almibar de su cáliz frágil la lluvia y el rocío. Un niño encucillado abre sobre su rodilla una violeta, para que vea el concurso de colegiales aquel arreglo de espuelas y compuertas con que la flor divina cierra y defiende el polen seco, hasta que la abeja, guiada en el viaje entre los pétalos por las venas que llevan a la miel, empuja sedienta la vara de las semillas, que sacude y entreabre las antenas celosas, por donde cae al lomo del visitante el polen. O viene corriendo de donde las judías vendedoras un colegial vano, que no quiere que el de la violeta le gane a saber, y explica afanoso su geranio azul, y las listas rojas que guían a la abeja a donde está la miel. La flor de salvia es el asombro de un grupo de niñas, porque tiene una abeja de cera que parece de verdad para que los niños vean cómo se mete la abeja con las alas polvoreadas de amarillo, por entre el estrado que le pone la flor para que no se canse la visita al posarse, y la caperuza que guarda del viento las varas, cargadas de la semilla.

¿Por qué es pegajoso el tallo de esas flores, sino para que no se la coman las hormigas? ¡Y esas flores de noche, que no tienen colores! ¡Qué tristeza, ver tanto y saber tan poco! Menuda, como riéndose, está en su arbusto retorcido de granos colorados, pimienta cayena.

Y ya se ve, por sobre las cabezas del gentío, el cartelón de la que parece tienda de campaña. Las que entran, están allí largo tiempo. Las que salen, como sin voluntad, salen cuchicheando. Es una sala enflorada como para bodas: "¡Boda en la casa!" dice el cartel y está el salón con todo el lujo del país, y los adornos florales como el florista quiere que estén, no con su gracia natural, de modo que cada flor tenga sentido y cuente el cuento, y con su misterio y delicadeza realce la santa función, con uno que otro penetrante clavel, que haga en la fiesta el oficio del

bufón catedrático en las bodas chinas, sino en masa ostentosa, a ver quién gasta más, sin cuidar de que los colores sean reservados y elocuentes, y de que la flor toda de la casa dé la idea de un beso en la mano. Se echa la muchedumbre, de seda y terciopelo, sobre la cinta blanca que hace de barrera. De tapicería pintada a mano son los muebles, de espalda cuadrada y pies retorcidos, con el maderamen de oro. La alfombra no es de una pieza, sino de muchas alfombrillas, del color rico del bosque en otoño, y por entre ellas se ve el barniz del pavimento. A un lado, ahogada entre palmas y helechos, está la chimenea grande y de caoba rica; la chimenea del frente es toda de palmas, en el hueco de los leños, y la repisa es monte de espárragos, y adiantos; con un golpe de rosas blancas a occidente, cuando a oriente es donde está la flor en los matrimonios, y sobre el conjunto, las centifolias fofas, rosadas y blancas.

Los espejos son bellos, con la luna redonda ceñida de la obra fina de oro que remata en el candelabro de dos bujías, y a un lado, al descuido, las rosas de té, o blancas con una que otra rosada. En las esquinas, al entrar, hay dos palmas suntuosas, en tibores azules; y al fondo una esquina tiene un gran vaso mandarín, azul también, con la guirnalda alrededor, lleno de blancos crisantemos; y en la otra, sobre un juguetero de cristal y oro, una urna de ónix. ¿Y por qué habla bajo, cabeza contra cabeza, como si se dijese un secreto, la muchedumbre de terciopelo y seda? Allá, frente a la ventana velada del fondo, que imita el altar, está el reclinatorio, con la guirnalda de colorín, que le arrastra a un lado; y en la ventana, como de un dosel, cuelgan, sobre donde hubieran de estar los novios al cambiar de anillos, hilos de rosas blancas, rosadas y amarillas. En un rincón, porque está de moda en Inglaterra, una flor amarilla menuda en tiboretas azules.

JOSÉ MARTÍ